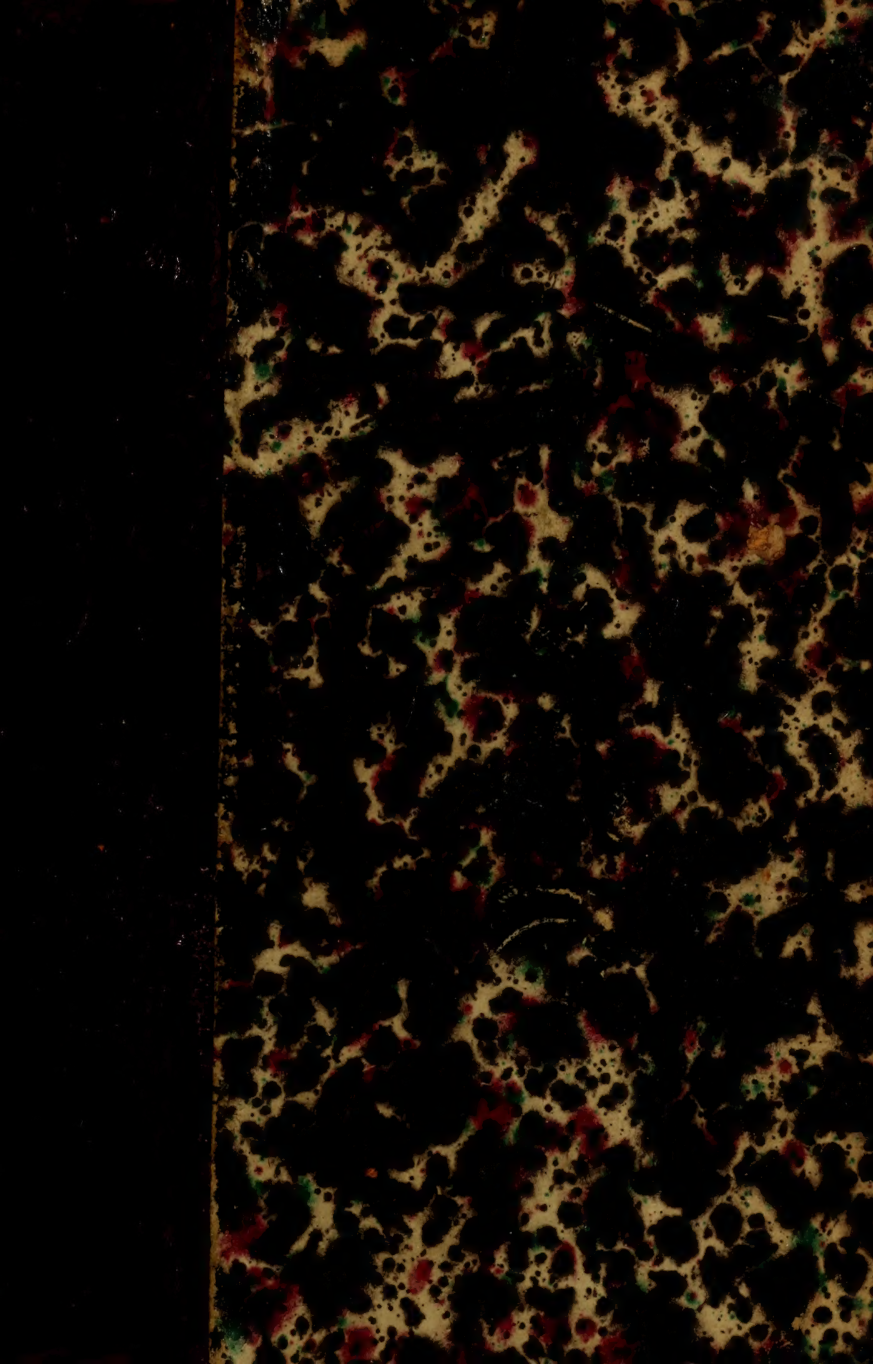
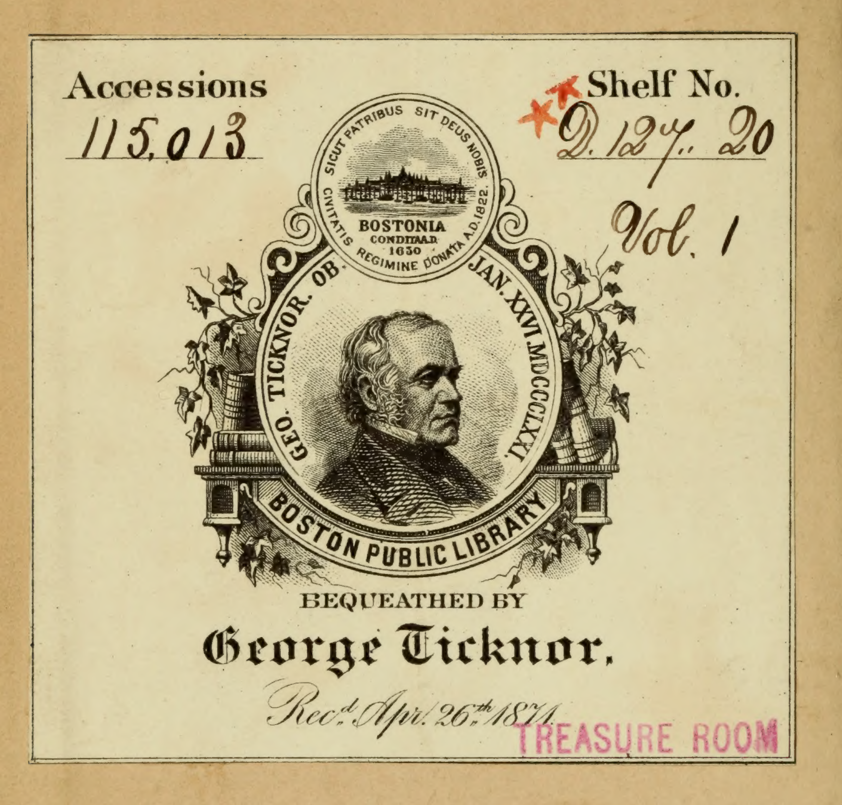



SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
BOSTONIA
CONDITA A.D.
1630
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI. MDCCCLXXI.
BOSTON PUBLIC LIBRARY

Few books are so rare as this. I think myself quite fortunate to get a decent copy, tho' the two volumes are of different editions. The second vol. which has more of the truth of history was printed in 1604 but the first which has the most literary merit & contains the fine ballads so often cited, was printed in 1595 & has been printed since that time oftener than the other. It is merely a Romance. v. N. Ant. I. Nov. 536. Bouterwek I. 128.

The two volumes of these editions 1757 & 1731 like this copy, sold by Salva, 1830. £1.10.

HISTORIA
DE LOS VANDOS
DE LOS
ZEGRIES, Y ABENCERRAGES,

Cavalleros Moros de Granada, y las Civiles Guerras que huvo en ella, hasta que el Rey Don Fernando el Quinto la ganó.

TRADUCIDA EN CASTELLANO

POR GINES PEREZ DE HITA,
Vecino de la Ciudad de Murcia.

PRIMERA PARTE.

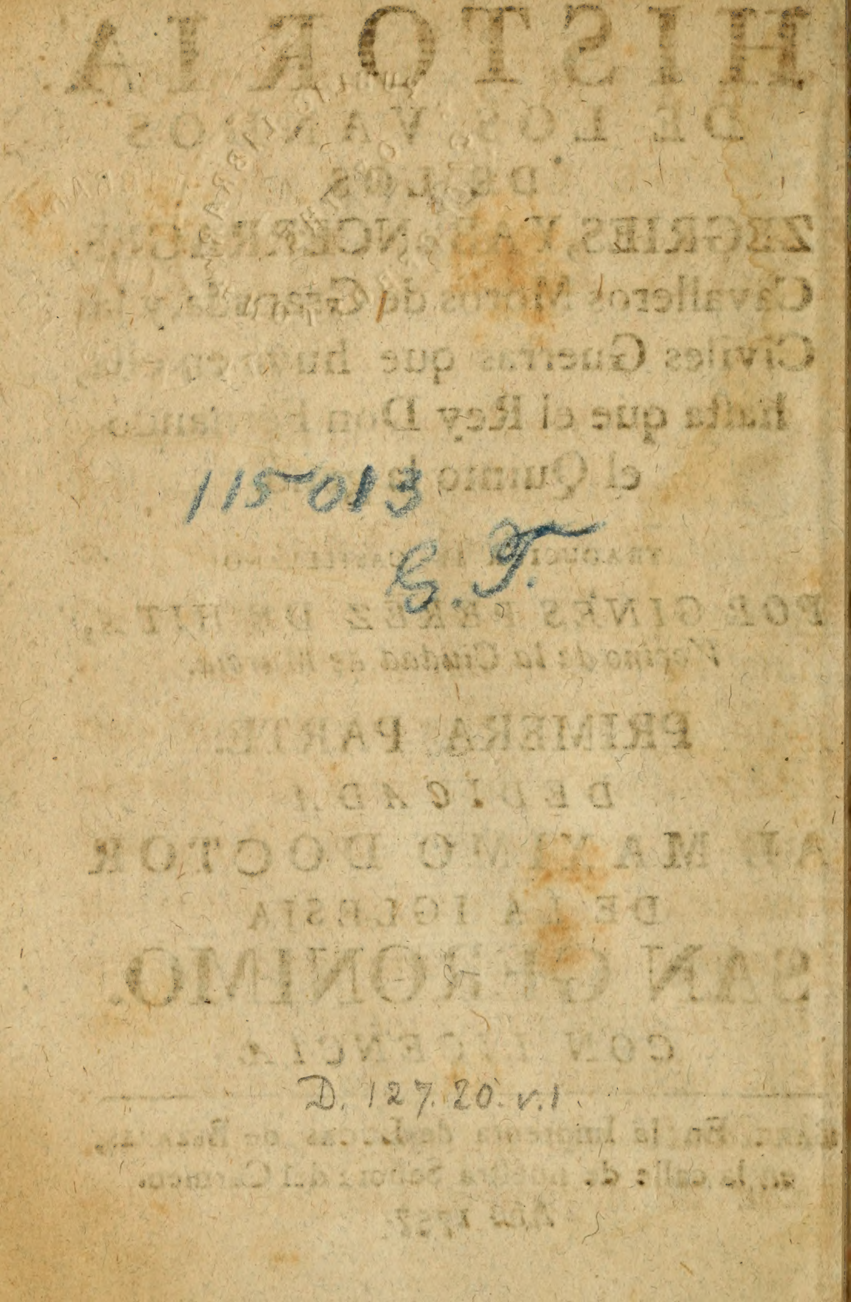
DEDICADA

AL MAXIMO DOCTOR DE LA IGLESIA

SAN GERONIMO.

CON LICENCIA.

Barc. En la Imprenta de Lucas de Bezares, en la calle de nuestra Señora del Carmen.
Año 1757.



AL
MAXIMO DOCTOR
DE LA IGLESIA
SAN GERONIMO.

SI lo liberal cautiva los corazones no quien ha de ſer vueſtro Eſclavo? Eſclavo, Santo mio, ha que me hallo debaxo del amparo de vueſtra proteccion muchos años, y deſde aquel inſtante que os tomé por Patron mio, ſon tantas las liberalidades que recibo cada dia (por vueſtra interceſion) de la ſoberana mano, que para numerarlas me hallo falto de guariſmos: Y ſi quien eſtá obligado debe ſer agradecido, hallando eſta ocaſion, no quiſe dexar de moſtraros mi corto agra-

deci-

decimiento en eſte corto libro, que os dedico, que à coſta de mi trabajo he coſteado en la Prenſa, ſuplicoos le admitais, que aunque ſea todo Guerras, de Hiſtoria trata tambien, y nadie mejor que vos podrá dar ſu voto, habiendo ſido Maeſtro en las Hiſtorias Sagradas; ſagrados ſon vueſtros pies adonde todos ſe acogen, y ya poſtrado à ellos miſmos os ſuplico perdoneis tan corto agradecimiento, à tantos favores como eſpero recibir de vueſtra piadoſa mano.

Lucas de Bezáres, y Urrutia.

LICENCIA.

DON Juan de Peñuelas, Secretario de Camara del Rey nuestro Señor, y de Gobierno de Consejo por lo tocante à los Reynos de la Corona de Aragon. Certifico, que por los Señores de él se ha concedido licencia à Lucas de Bezares Urrutia Impresor en la Ciudad de Barcelona, paraque por una vez pueda reimprimir, y vender los dos Tomos intitulados: *Guerras Civiles de Granada*, su Autor Ginés Perez Vecino de la Ciudad de Murcia, con tal de que la dicha reimpresion se haga en papel fino, y por el impreso que sirve de original que está firmado, y rubricado de mi mano, y antes que se venda se trayga al Consejo junto con él, y Certificacion del Corrector General de estár conforme para que se Tase el precio à que ha de vender, guardando en su reimpresion lo dispuesto por leyes, y pragmaticas de estos Reynos. Y paraque conste doy esta Certificacion en Madrid à 15. de Setiembre de 1756.

Don Juan de Peñuelas.

FEE

FEE DE ERRATAS.

PAG. 4. lin. 27. levadizo, *lee* levadiza. pag. 7. lin. 4. aljaba, *lee* aljuba. pag. 19. lin. 23. seguia, *lee* se le seguia. pag. 38. lin. 21. Almoradines, *lee* Almoradies. pag. 39. lin. 21. enesa, *lee* en aquesta. pag. 53. lin. 16. embarazando, *lee* embrazando. pag. 69. lin. 2. apreciados, *lee* preciados. pag. 72. lin. 4. ocupando, *lee* ocupado. pag. 81. lin. 9. y el, *lee* y al. pag. 111. lin. 10. bien entendido, *lee* bien entiendo. pag. 130. lin. 3. que hicieron, *lee* que se hicieron pag. 214. lin. 20. lo bautizó, *lee* le bautizó. pag. 234. lin. 24. Abin, *lee* Albin. pag. 240. lin. 4. Mahomet, *lee* Mahomete. pag. 270. lin. 10. es vuestro gusto, *lee* pues es vuestro gusto. pag. 324. lin. 16. Reynado, *lee* Reyno. pag. 451. lin. 20. de la tierra, *lee* de esta tierra. pag. 476. lin. 26. lo, *lee* la pag. 547. lin. 15. la tiene, *lee* me la tiene.

La Historia de los Vandos, y Guerras Civiles de Granada traducida à el Castellano por *Ginés Perez de Hita*, paraque esté conforme con el antiguo impreso que sir-

ve

ve de original se tendrán presentes las erratas de esta fee, y asi lo certifico en esta Villa, y Corte de Madrid à 7. dias del mes de Diciembre de 1757.

Dr. Don Manuel Gonzalez Ollero.
Corrector General par Su Magestad.

TAS-

TASSA.

DON Juan de Peñuelas Secretario de Camara del Rey nuestro Señor, y de Govierno del Consejo por lo tocante à los Reynos de la Corona de Aragon. Certifico, que haviendose visto por los Señores de él, el Libro intitulado: *Historia de los Vandos de los Zegries, y Abencerrages Cavalleros Moros de Granada*, traducido al Castellano por Ginés Perez de Hita, que ha sido reimpreso con licencia csncedida à Lucas de Bezáres Impresor en la Ciudad de Barcelona, le Tasaron à seis maravedís cada pliego, el qual parece tiene treinta y quatro que à dicho respeto importa doscientos y quatro maravedís de vellon, à cuyo precio, no à mas mandaron se vendiese, y que esta Certificacion se ponga al principio de cada libro paraque sepa el precio à que se ha de vender. Y paraque conste la firmo en Madrid à 16. de Diciembre de 1757.

Don Juan de Peñuelas.

HIS-

HISTORIA
DE LOS VANDOS
DE LOS
CEGRIES, Y ABENCERRAGES,
Cavalleros Moros de Granada; de las Guerras que huvo en ella, y batallas particulares, que huvo en la Vega entre Moros, y Christianos, hasta que el Rey Don Fernando el Quinto la ganó.

CAPITULO PRIMERO.

EN QUE SE TRATA LA FUNDACION de Granada, y de los Reyes que huvo, con otras cosas tocantes à la Historia.



A inclita, y famosa Ciudad de Granada fue fundada por una muy hermosa doncella, hija, ò sobrina del Rey Hispán. Fue su fundacion en una hermosa, y espaciosa Vega, junto de una Sierra, llamada Elvira, porque tomó el nombre de la fundadora Infanta; la qual se llamaba Iliberia, dos leguas de donde ahora está, junto à un Lugar que se llama Alboloto, que en

Arabigo se decia Albolut. Despues pasados algunos años, les apareció à los moradores della, que no estaban alli bien, por ciertas causas. Fundaron la Ciudad en la parte donde ahora está, junto à la Sierra nevada, en medio de los hermosos Rios, llamado el uno Genil, y el otro Darro, los quales son de la nieve que se derrite en la Sierra. De Darro se coge Oro muy fino, y de Genil Plata, y no es fabula, que yo el Author de esta relacion le he visto coger. Fundóse aqui esta insigne Ciudad encima de tres cerros, como hoy se parece, adonde se fundaron tres Castillos, el uno está à la vista de la hermosa Vega, y el Rio Genil, la qual Vega tiene ocho leguas de largo, y quatro de ancho, y por ella atraviesan otros dos Rios, aunque no muy grandes, el uno se dice Veito, y el otro Monachil. Comienzase la Vega desde la falda de la Sierra nevada, y vá hasta la fuente del Pino, y pasa mas adelante en un gran Soto, que se llama el Soto de Roma, y esta fuerza se nombra: Torres bermeja; hizose alli una gran poblacion, llamada el Antequerela. La otra fuerza, ò Castillo, está en otro cerro junto à este, un poco mas alto, la qual se llamó el Alhambra, cosa muy fuerte, y aqui hicieron los Reyes su Casa Real.

La otra fuerza se hizo en otro cerro, no lexos del Alhambra, y llamóse Albaycin, donde se hizo gran poblacion. Entre el Albaycin, y el Alhambra pasa por lo hondo el Rio Darro, haciendo una ribera de arboles agradable. A esta fundacion no llamaron los moradores della Iliberia, como à la otra, sino Granata, respecto que en una cueva junto à Darro, fue hallada una hermosa doncella, que se decia Granata, y por esto se llamó la Ciudad asi, y despues corrompido el vocablo, se llamó Granada. Otros dicen, que por la muchedumbre de las Casas, y la espesura que habia en ellas, que estaban juntas, como los granos de la granada, la nombraron asi. Hizose esta Ciudad famosa, rica, y populosa, hasta el infeliz tiempo en que el Rey D. Rodrigo perdió à España: lo qual no se declara, por no ser à proposito de nuestra Historia, solo dirémos, como despues de perdída toda España, hasta las Asturias, y confines de Vizcaya, siendo toda ella ocupada de Moros, traídos por aquellos dos bravos Caudillos, y Generales, el uno llamado Tarif, y el otro Muza. Asimismo quedó la famosa Granada ocupada de Moros, y llena de gente de Africa. Mas hallase una cosa, que de todas las naciones Moras que vinieron à España,

los mejores, y principales, y los mas señalados Cavalleros, se quedaron en Granada, de aquellos que siguieron al General Muza, y la causa fue su hermosura, y fertilidad, pareciendoles bien su gran riqueza, asiento, y fundacion; aunque el Capitan Tarif estuvo muy bien con la Ciudad de Cordova, y su hijo Balagir con Sevilla, donde fue Rey, como lo dice la Coronica del Rey D. Rodrigo. Mas yo no he hallado, que la ocupacion de Cordova, ni Toledo, ni Sevilla, ni Valencia, ni Murcia, ni de otras Ciudades, poblasen tan nobles, ni tan principales Cavalleros, ni tan buenos linages de Moros, como en Granada; para lo qual es menester nombrar algunos destos linages, y de donde eran naturales, aunque no se digan, ni declaren todos, por no ser prolixo. Poblada Granada de las gentes mejores de Africa, no por eso dexó la insigne Ciudad de pasar adelante con sus muy grandes, y sobervios edificios; porque siendo governada de Reyes de valor, y muy curiosos, que en ella reynaron, se hicieron grandes Mezquitas, y muy ricas Cercas, fuertes Muros, y Torres, porque los Christianos no la tornasen à ganar, è hicieron muy fuertes Castillos, y los reedificaron fuera de las murallas, como hoy en dia parecen.

cen. Hicieron el Castillo de Bibatambin, fuerte con su caba, y puente levadiza. Hicieron las Torres de la puerta Elvira, y las de Alcazaba, y Plaza de Vibalbolut, y la famosa Torre del Azeytuno, que está camino de Guadix; y otras muchas cosas dignas de memoria, como se dirá en nuestro discurso. Bien pudiera traer aqui los nombres de todos los Reyes Moros, que governaron, y reynaron en esta insigne Ciudad, y los Califas, y aun de toda España; mas por no gastar tiempo no diré, sino de los Reyes Moros, que por su orden la governaron, y fueron conocidos por Reyes de ella, dexando aparte los Califas pasados, y Señores que tuvo, siguiendo à Estevan Garibai, y Zamalloa.

El primer Rey Moro que tuvo Granada, se llamó Mahomad Alhamar: este reynó en ella veinte y seis años, y mas meses, acabó año de 1263.

El segundo Rey de Granada se llamó asi como su Padre Mahomad Mir-Almuzmelin. Este obró el Castillo del Alhambra, y muy rico, y fuerte, como hoy se parece; reynó 39. años, y murió año de 1302.

El tercero Rey de Granada se llamó Mahomad Abenhalamar; à este le quitó el Reyno un hermano suyo, y lo puso en prision, havien-

viendo reynado 7. años, acabó año de 1309.

El quarto Rey de Granada fue llamado Mahomad Abenazar, à este le quitó el Reyno un sobrino suyo, llamado Ismael, año de 1313. reynó 6. años.

El quarto Rey de Granada se llamó Ismael, y à este mataron sus deudos, y vasallos, mas fueron degollados los homicidas; reynó 9. años, acabó año de 1322.

El sexto Rey de Granada, se llamó Mahomad, à este tambien le mataron los suyos à traícion; reynó 11. años, acabó año de 1343.

El septimo Rey de Granada se llamó Jusef Hacen Hamet, tambien fue muerto à traícion, reynó 11. años, acabó año de 1354.

El octavo Rey de Granada fue llamado Mahomad Lagus, à este le despojaron del Reyno, à cabo que reynó 12. años, y acabó año de 1360. por aquella vez que reynó.

El noveno Rey de Granada se llamó Mahomad Abenhalamar, septimo deste nombre; à este mató el Rey D. Pedro en Sevilla sin culpa, haviendo ido à pedirle amistad, y favor. Matóle el mismo Rey D. Pedro por su mano con una lanza, y mandó matar à otros que ivan con este Rey, haviendo reynado 2. años: acabó año de 1362. Fue embiada su cabeza en presente à Granada.

Tor-

Tornó à reynar Mahomad Lagus en Granada, y reynó en las dos veces 29. años: la primera vez 12. y la segunda 17. acabó año de 1379.

El decimo Rey de Granada se llamó Mahomad Guadix: reynó 3. años pacifico; acabó año de 1392.

El onceno Rey de Granada se llamó Jusef, segundo deste nombre, el qual murió con veneno, que el Rey de Fez le embió, puesto en una aljuba, ò marlota de brocado: reynó 4. años, acabó año de 1395.

El doceno Rey de Granada, que fue llamado Mahomad Abenbalva, reynó 12. años, acabó año 1408. su muerte fue de una camisa que se puso emponzoñada de veneno.

El treceno Rey de Granada fue llamado Jusef, tercero deste nombre; reynó 15. años, murió año 1423.

El catorceno Rey de Granada fue llamado Mahomad Abenazar el Izquièrdo. Haviendo reynado 4. años, le desposeyeron del Reyno año 1427.

El decimoquinto Rey de Granada fue llamado Mahomad Pequeña, à este le cortó la cabeza Abenazar el Izquierdo (arriba dicho) porque le tornó à quitar el Reyno por orden de Mahomad Carraz, Cavallero Abencer-

ge:

ge: reynó este Mahomad el Pequeño 2. años, acabó año de 1436.

Tornó à reynar Abenazar Izquierdo, el qual fue otra vez despojado del Reyno por Jusef Abenalmao su sobrino; reynó este Rey 3. años la ultima vez, acabó año de 1445.

El decimoseptimo Rey de Granada, se llamó Abenhozmin el Coxo. En tiempo deste sucedió aquella sangrienta batalla de los Alporchones. Reynava en Castilla el Rey D. Juan el II. Y pues me viene à cuento, trataremos desta Batalla antes de pasar adelante con la cuenta de los Reyes Moros de Granada. Es de saber, segun se halla en las Coronicas antiguas, asi Castellanas, como Arabigas, que este Rey Hozmin tenia en su Corte mucha, y muy honrada Cavalleria de Moros, porque en Granada havia treinta y dos linages de Cavalleros, como eran Gomeles, Mazas, Cegries, Vanegas, y Abencerrages: Estos eran de muy claro linage. Otros Maliques Alabeces, descendientes de los Reyes de Fez, y Marruecos, Cavalleros valerosos, de quien los Reyes de Granada, siempre hicieron mucha cuenta, porque estos Maliques eran Alcaydes en el Reyno de Granada, por tener de ellos mucha confianza, y asi servian en las Fronteras, y partes de mayor pe-

peligro, como eran, en Vera, el Alcayde Malique Alabez, bravo, y valeroso Cavallero. En Velez el Blanco estaba un hermano suyo, llamado Mahomad Malique Alabez. En Velez el Rubio habia otro hermano de estos Alcaydes, muy valiente, y amigo de Christianos. Otro Alabez havia Alcayde en Xiquena, y otro en Tirieza, Fronteras de Lorca, y cercanas en Calice, y Cuellar: Benamaurel, Castilla, y Cavises, y en otros Lugares del Reyno. Estos Maliques Alabezes eran Alcaydes, por ser (como havemos dicho) todos Cavalleros de estima. Sin estos havia otros Cavalleros en Granada muy principales, de quien los Reyes della hacian grande cuenta: entre los quales havia un Cavallero, llamado Abidbar, del Linage de los Gomeles, Cavallero valeroso, y Capitan de la gente de Guerra: y no hallandose sino en batallas contra Christianos, le dixo un dia al Rey: Señor, holgaria que tu Alteza me diese licencia para entrar en tierra de Christianos, en los Campos de Lorca, Murcia, y Cartagena, que confianza tengo de venir con ricos despojos, y Cautivos. El Rey dixo: Conocido tengo tu valor, y te otorgo licencia como la pides, y tambien porque se exercite la gente de Guerra; pero temo mal succeso,

por-

porque son muy Soldados los Christianos de esas tierras que quieres correr. Respondió Abidbar; No tema vuestra alteza peligro, que yo llevaré conmigo tal gente, y tales Alcaydes, que sin temor ninguno ose entrar, no digo en el Campo de Lorca, y Murcia, mas aun hasta Valencia me atreviera à entrar. Pues si ese es tu parecer sigue tu voluntad, que mi licencia tienes. Abidbar le besó las manos por ello, y se fue à su casa, y mandó tocar sus añafiles, y trompetas de Guerra, al qual belico son se juntó grande copia de gente bien armada para saber de aquel rebato. Abidbar quando vió tanta gente, y tan bien armada, holgó mucho dello, y les dixo: Sabed buenos amigos, que havemos de entrar en el Reyno de Murcia, de donde, placiendo al Santo Alá, vendrémos ricos. Por tanto, cada qual con animo sigan mis vanderas. Todos respondieron, que eran contentos, y asi Abidbar salió de Granada con mucha gente de Cavallos, y Peones, y fue à Guadix, y habló al Moro Almoradi, Alcayde de aquella Ciudad, el qual le ofreció su compañia con muchisima gente de à cavallo, y de à pié. Tambien vino el Alcayde de Almería, llamado Malique Alabez, con muchisima gente muy diestra en la Guerra. De

alli pasaron à Baza : donde estaba por Alcayde Benazis, el qual tambien le ofreció su ayuda. En Baza se juntaron onze Alcaydes de aquellos Lugares, à la fama de esta entrada del campo de Lorca, y Murcia : y con toda esta gente se fue el valeroso Capitan Abidbar hasta la Ciudad de Vera, donde era Alcayde el bravo Alabez Malique, adonde se acabó de juntar todo el Exercito de los Moros, y Alcaydes, que aqui se nombrarán.

El General Abidbar.
Abenaziz, Capitan de Baza.
Su hermano Abenaziz, Capitan de la Vega de Granada.
El Malique Alabez de Vera.
Alabez, Alcayde de Velez el Blanco.
Alabez, Alcayde de Velez el Rubio.
Alabez, Alcayde de Almería.
Alabez, Alcayde de Cullar.
Otro Alcayde de Guescar.
Alabez, Alcayde de Orce.
Alabez, Alcayde de Purchena.
Alabez, Alcayde de Xiquena.
Alabez, Alcayde de Tirieza.
Alabez, Alcayde de Caniles.

Todos estos Alabezes Maliques, eran parientes, como ya es dicho, y se juntaron en Vera, cada uno llevando la gente que pudo.

Tam-

Tambien se juntaron otros tres Alcaydes, el de Mojacar, el de Sorbas, y el de Lobrin; todos juntos, se hizo reseña de la gente que se habia juntado, y se hallaron seiscientos de à cavallo, aunque otros dicen, que fueron ochocientos, y mil y quinientos Peones; otros dicen, que dos mil. Finalmente, se juntó grande poder de gente de Guerra, y determinadamente, à doce, ò catorce de Marzo, año de 1453. entraron en los terminos de Lorca, y por la Marina llegaron al Campo de Cartagena, y lo corrieron todo hasta el rincon de S. Ginés, y Pinatat, haciendo grandes daños. Cautivaron mucha gente, y robaron mucho ganado, y con esta presa se bolvian muy ufanos, y en llegando al Puntaron de la Sierra de Aguaderas, entraron en consejo, sobre si vendrian por la Marina, por donde havian ido, ò si pasarian por la Vega de Lorca. Sobre esto hubo diferencias, y muchos afirmaban que fuesen por la Marina, por ser mas seguro. Otros dixeron, que seria gran cobardia, sino pasaban por la Vega de Lorca, à pesar de sus Vanderas. Deste parecer fue Malique Alabez, y con él todos los Alcaydes, que eran sus parientes. Pues visto los Moros, que aquellos valerosos Capitanes estaban determinados de pasar por

la

la Vega, no contradixeron cosa alguna, y asi las banderas enarboladas, y la presa en medio del Esquadron, comenzaron à marchar la buelta de Lorca, arrimados à la Sierra de Aguaderas. Los de Lorca tenian ya noticias de esta gente, que havia entrado en sus tierras, y Don Alonso Faxardo, Alcayde de Lorca, havia escrito lo que pasaba à Diego de Ribera, Corregidor de Murcia, que luego viniese con la mas gento que pudiese. El Corregidor no fue perezoso, que con brevedad salió de Murcia con setenta Cavallos, y quinientos Peones, toda gente de valeroso animo, y esfuerzo, y juntóse con la gente de Lorca, donde havia doscientos Cavallos, y mil y quinientos Peones, gente muy valerosa. Tambien se halló con ellos Alonso de Lison, Cavallero del Habito de San-Tiago, que era à la sazon Castellano en el Castillo, y fuerza de Aledo, llevó consigo nueve Cavallos, y catorce Peones, que del Castillo no se pudieron sacar mas. En este tiempo los Moros caminaban à gran priesa con sobrado animo, y llegando de frente de Lorca, cautivaron un Cavallero llamado Quiñonero, que avia salido à reconocer el Campo; y como ya la gente de Lorca, y Murcia venia apriesa, y quando los Moros los vieron, se

mara-

maravillaron de vér tanta Cavallería junta, no podian creer, que en solo Lorca huviese tan lucida gente. Y el Malique Alabez, Capitan, y Alcayde de Vera, le preguntó à Quiñonero (haviendole quitado el Cavallo, y armas) esta pregunta que se sigue:

Alabez. Anda Christiano Cautivo,
tu fortuna no te asombre,
y dinos luego tu nombre,
sin temor del daño esquivo.
Que aunque seas prisionero,
con el rescate, y dinero,
si nos dices la verdad,
tendrás luego libertad.

Quiñonero. Es mi nombre Quiñonero,
soy de Lorca natural,
Cavallero principal,
y aunque me sigue fortuna,
no tengo pena ninguna,
ni se me hace de mal.
Que en la Guerra es condicion,
que hoy soy tuyo, y yo confio
mañana podrás ser mio,
y sujeto à mi prision.
Por tanto, pregunta, y pide
porque en toda tu pregunta
satisfaré sin repunta,

pues

pues el temor no me impide.
Alabez. Trompetas se oyen sonar,
y descubrimos pendones,
y Cavallos, y Peones
junto de aquel olivar.
Y Querria Quiñonero,
saber de tí por entero,
que péndones, y que gente
es la que vemos presente
con animo bravo, y fiero.
Quiñonero. Aquel pendon colorado,
con las seys Coronas de Oro,
muy bien muestro su decoro
ser de Murcia, y nombrado.
Y el otro, que tiene un Rey
armado, por gran blason,
es de Lorca, y es pendon,
que le conoce tu grey.
Porque como es frontero
de Granada, y su Tierra,
siempre se halla en la Guerra
de todos el delantero.
Traen la gente bellicosa,
con gana de pelear:
si quieres mas preguntar,
no siento de esto otra cosa.
Apercibete al combate,
porque vienen à gran priesa

para

para quitarte la presa,
y dar fin en tu remate.
Alabez. Pues por prisa que se dén,
ya querrá nuestro Alcorán,
la Rambla no pasarán,
porque no les irá bien.
Y si con valor estraño
la Rambla pueden romper,
muy bien se puede entender,
que ha de ser por nuestro daño.
Sus, al arma, que ellos vienen,
y en nada no se detienen;
toquese el són, y la zambra,
porque llegue à nuestra Alhambra
nuestras famas, y resuenen.

CAPITULO II.

EN QUE SE TRATA LA SANGRIENta Batalla de los Alporchones, y la gente que en ella se halló de Moros, y de Christianos.

APenas el Capitan Malique Alabez acabó de decir estas palabras, quando el Esquadron Christiano acometió con tanta braveza, y pujanza, que à los primeros encuentros (à pesar de los Moros, que lo defendian) pasaron la Rambla; no por eso los Moros mostra-

mostraron punto de cobardía, antes tuvieron mas animo peleando. Quiñonero, como vido la Batalla rebuelta, llamó à un Christiano, que cortase la cuerda con que estaba atado, y siendo libre, al punto tomó una lanza de un Moro muerto, un cavallo, y una adarga, y con valor muy crecido, como era valiente Cavallero, hacia maravillas. A esta sazon los valerosos Capitanes Moros, especial los Maliques Alabezes se mostraron con tanta fortaleza, que los Christianos estuvieron à punto de bolver à pasar la Rambla contra su voluntad: lo qual visto por Alonso Faxardo, y Alonso de Lison, y Diego de Ribera, y los principales Cavalleros de Murcia, y Lorca, pelearon tan valerosamente, que los Moros fueron rompidos, y los Christianos hicieron muy notable daño en ellos. Los valientes Alabezes, y Almoradi, Capitan de Guadix, tornaron à juntar su gente, y con grande animo rebolvieron sobre los Christianos con bravo impetu, y fortaleza, matando, è hiriendo à muchos dellos. Quien viera las murallas de los Capitanes Christianos! Era cosa de ver la braveza con que mataban, y herian en los Moros. Abenariz, Capitan de Baza, hacia gran daño en los Christianos, y haviendo muerto à uno de una lan-

zada, se metió por la priesa de la batalla, haciendo cosas muy señaladas; mas Alonso de Lison, que le vió matar aquel Christiano, de cólera encendido, procuró vengar su muerte, y asi con gran presteza, fue en seguimiento de Abenariz, llamandole à grandes voces, que le aguardase. El Moro bolvió à mirar quien le llamaba, y visto, reconoció, que aquel Cavallero era de valor, pues traía en su escudo aquella Cruz de San-Tiago, y entendiendo llevar dél buenos despojos à Baeza, le acometió con grande impetu; pero el Cavallero Lison se defendió con gran destreza, y ofendió, y acosó de tal suerte al Moro, que en poco rato le hirió en dos partes; y como se vido herido, se encendió en mas cólera, y corage, y procuró la muerte al contrario: mas muy presto halló en él la suya, porque Lison le dió en descubierto de la adarga un golpe por los pechos, tan recio, que no aprovechando la fuerte cota le metió la lanza por el cuerpo: al momento cayó el Moro muerto de el cavallo: el cavallo de Lison quedó mal herido, por lo qual le convino tomar el cavallo del Alcayde de Baza, que en extremo era bueno, y se entró en el mayor peligro de la Batalla, diciendo à voces: San-Tiago, y à ellos.

ellos. Alonso Faxardo andaba entre los Moros, y el Corregidor de Murcia asimismo, que era cosa de maravilla. Y tanto pelearon los de Murcia, y Lorca, que los Moros fueron segunda vez rompidos; mas el valor de los Cavalleros Granadinos era grande, y peleavan fuertemente, y como tenian tan buenos caudillos, asistian en la Batalla con mucho animo; y era tan grande el valor, y esfuerzo de Alabez, que en un punto tornó à juntar su gente, y bolvió à la lid, como si no huvíeran sido rompidos ninguna vez. La Batalla estaba tan sangrienta, que era admiracion, porque havia tantos cuerpos de hombres, y cavallos muertos, que apenas podian andar, y con los alaridos, vocería, y polvareda, casi no se podian vér; pero no por eso dexaban de pelear con mucho esfuerzo ambos Exercitos. El valiente Alabez hacia por su persona grande estrago en los Christianos; lo qual visto por Alonso Faxardo valeroso Soldado, y Alcayde de Lorca, se maravilló de vér la pujanza del Moro, y arremetió con él con tanta braveza, que el Moro se espantó, y sintió bien su valor, y fuerza, pero como no habia en él punto de cobardía, resistió con sobrado animo la fortaleza de Faxardo, dandole grandes botes de

lanza, que à no ir bien armado el Alcayde, muriera alli, porque era muy fuerte el valeroso Moro, aunque le sirvieron poco sus fuerzas, por ser mucho mayores las de Alonso Faxardo; y aviendo el invencible, y valiente Alcayde quebrado su lanza, en un instante puso mano á la espada, y con un valor nunca visto, se fue para Alabez, y con tanta velocidad, y presteza, que no pudo el gallardo Moro aprovecharse de la lanza, la perdió, y puso mano al alfange para herir à Alonso Faxardo: mas el valeroso Alcayde no mirando el peligro se le seguia, cubierto con su escudo, arremetió con Alabez, y le dió un golpe sobre la adarga, que le cortó gran pedazo de ella, y asiósela tan fuertemente con la mano izquierda, que casi le desencaxó de la silla, y Alabez que lo vió tan cerca, le tiró un golpe à la cabeza, pensando acabar con él, y si Faxardo no le hurtára el cuerpo, le hiriera. Y en esta ocasion cayó el cavallo del Moro, porque estaba desangrado, y no se podia tener. Apenas Alabez estuvo en el suelo, quando los Peones de Lorca le cercaron, maltratandole. Alonso Faxardo como vió al Moro en tal estado, se apeó, y fue à él, y echóle los brazos encima con tal fuerza, que Alabez no pudo ser señor de sí. Los

Peo-

Peones entonces arremetieron con él, y le prendieron. Alonso Faxardo mandó que le sacasen de la Batalla, y asi lo hicieron. Todavia andaba muy rebuelta, y sangrienta la Batalla, y no parecia ninguno de los Capitanes Moros, lo qual causó en sus Soldados mucha cobardía, y no peleaban como antes, ni con aquel brio. La gente de Lorca peleó belicosamente este dia, y no menos la de Murcia, que se vido bien su valor. El Capitan Abidbar, como no vió ningun Alcayde, ni Capitan de los suyos, se saltó de la Batalla, y desde un alto miró su Exercito, y lo vió en mal estado; y bolviendo como un Leon à la Batalla, le dixeron unos Soldados suyos: Qué guardas? Ya no ha quedado ningun Alcayde, ni Capitan Moro, y Alabez de Vera está preso. Oído esto por Abidbar, perdió la esperanza de la victoria, y asi mandó tocar à recoger. Oyendo los Moros la reseña, se retiraron, y mirando por su General, le vieron ir huyendo por la Sierra de Aguaderas, y ellos atemorizados le siguieron. Los Christianos les iban al alcance hiriendolos, que de todos no se escaparon trescientos. Siguieronlos hasta la fuente del Pulpi, junto à Vera, y este dia consiguieron los Christianos una singular victoria: era dia de San Patricio,

y hoy Lorca, y Murcia lo celebran, en memoria de la victoria. Bolvieronse los Christianos alegres à Lorca, cargados de despojos. Alonso Faxardo se llevó à su Casa al Capitan Malique Alabez, y queriendole entrar preso por un postigo de un huerto, le dixo Alabez: No soy hombre de baxa suerte, que he de entrar por aí, sino por la Puerta Real de la Ciudad, y porfió tanto en esto, que enojado Faxardo, le hirió de muerte. Este fue el fin de aquel valeroso Capitan, y Alcayde de Vera. Murieron en la batalla doce Alcaydes Alabezes, parientes de Alabez de Vera, y mas dos hermanos suyos, Alcaydes de Velez el Blanco, y el Rubio, y murieron ochocientos Moros. De los Christianos murieron quarenta, huvo doscientos heridos. Quedaron los de Lorca, y Murcia muy gozosos con la victoria que Nuestro Señor por la intercesion de su Santisima Madre les concedió. Bolvamos al Capitan Abidbar, que fuè huyendo de la lid. Como llegó à Granada, y el Rey supo lo que avia pasado, le mandó degollar, porque no murió como Cavallero en la Batalla, pues fue por Caudillo. Sucedió esta Batalla reynando en Castilla el Rey Don Juan el Segundo, y en Granada Abenhozmin decimo septimo, como está dicho,

cho, el qual reynó ocho años, y fue despojado del Reyno, año de 1453. Por esta Batalla de los Alporchones se hizo aquel Romance antiguo, que dice de esta suerte:

Allá en Granada la rica
instrumentos ohi tocar
en la calle de los Gomeles,
à la puerta de Abidbar.
El qual es Moro valiente,
y muy fuerte Capitan;
manda juntar muchos Moros,
bien diestros en pelear,
Porque en el Campo de Lorca
se determina à entrar:
con él salen tres Alcaydes,
aqui los quiero nombrar.
Almoradi de Guadir,
este es de sangre Real:
Albenaciz es el otro,
y de Baza natural;
Y de Vera es Alabez,
de esfuerzo muy singular,
y en qualquier guerra su gente
bien la sabe acaudillar.
Todos se juntan en Vera,
para vér lo que harán,
el campo de Cartagena

acuer-

acuerdan de saquear.
Alabez, por ser valiente,
lo hacen su General;
otros doce Alcaydes Moros
con ellos juntado se han,
Que aqui no digo sus nombres,
por quitar prolixidad.
Ya se partian los Moros,
ya comienzan de marchar,
Por la fuente Pulpe,
por ser secreto lugar,
y por el puerto los Peynes,
por orillas de la mar.
En campos de Cartagena
con furor fueron à entrar,
cautivan muchos Christianos,
que era cosa de espantar.
Todo lo corren los Moros,
sin nada se les quedar,
el rincon de San Ginés,
y con ello al Pinatar.
Quando tuvieron gran presa
ácia Vera buelto se han,
y en llegando al Puntaron
consejo tomado han,
Si pasarian por Lorca,
ò si irian por la mar:
Alabez, como es valiente
por

por Lorca queria pasar,
Por tenerla muy en poco,
y por hacerle pesar:
y asi con toda su gente
comenzaron de marchar.
Lorca, y Murcia lo supieron,
luego lo van à buscar,
y el Comendador de Aledo,
que Lison suelen llamar,
Junto de los Alporchones,
alli los van à alcanzar;
los Moros iban pujantes,
no dexaban de marchar.
Cautivaron un Christiano,
Cavallero principal,
al qual llaman Quiñonero,
que es de Lorca natural.
Alabez, que vió la gente,
comienza de preguntar:
Quiñonero, Quiñonero,
digasme tu la verdad,
Pues eres buen Cavallero,
no me la quieras negar:
Qué Pendones son aquellos,
que están en el Olivar?
Quiñonero le responde,
tal respuesta le fue à dar:
Lorca, y Murcia son, Señor,
Lorca,

Lorca, y Murcia, que no mas;
Y el Comendador de Aledo,
de valor muy singular,
que de la Francesa sangre
es su prosapia Real.
Los cavallos trahian gordos
ganosos de pelear.
Alli respondió Alabez,
lleno de rabia, y pesar:
Pues por gordos que los traygan
la Rambla no han de pasar,
y si ellos la Rambla pasan,
Alá, y qué mala señal!
Estando en estas razones,
allegára el Mariscal,
y el buen Alcayde de Lorca
con esfuerzo muy sin par.
Aqueste Alcayde es Faxardo,
valeroso en pelear,
la gente trahen valerosa,
no quieren mas aguardar.
A los primeros encuentros
la Rambla pasado han,
y aunque los Moros son muchos,
alli lo pasan muy mal.
Mas el valiente Alabez
hace gran plaza, y lugar,
tantos de Christianos mata,
que

que es dolor de lo mirar.
Los Christianos son valientes,
nada les pueden ganar,
tantos matan de los Moros,
que era cosa de espantar.
Por la Sierra de Aguaderas
huyendo sale Abidbár,
con trescientos de acavallo,
que no pudo mas sacar.
Faxardo prendió à Alabez
con esfuerzo singular,
quitaronle la cavalgada,
que en riqueza no hay su par;
Abidbar llegó à Granada,
y el Rey lo mandó matar.

Este fin es el que tuvo esta sangrienta Batalla de los Alporchones. Vamos ahora à la cuenta de los Reyes Moros de Granada. Ya hemos dicho de Abenhozmin, que fue el decimo septimo, en tiempo del qual pasó la Batalla de los Alporchones; este reynó ocho años, fue despojado del Reyno año de 1453.

El Rey decimo octavo de Granada fue Ismael, y este le quitó el Reyno à Abenhozmin, como está dicho. En tiempo deste Ismael murió Garcilaso de la Vega en una Batalla que los Moros tuvieron con los Chris-

Christianos; reynó este Ismael doce años, acabó año de 1475

El decimonono Rey de Granada se llamó Muley Hazen, otros le llamaron Albohazen; este fue hijo de Ismael pasado. En tiempo deste pasaron grandes cosas en Granada, y su Vega. Tuvo este un hijo llamado Boaudillin, y tuvo (segun cuenta el Arabigo) otro hijo bastardo, llamado Muza; este dicen, que lo huvo en una Christiana cautiva. Tuvo este un hermano, llamado Boaudillin, asi como el hijo del Rey. Este Infante era muy querido de los Cavalleros de Granada, y muchos (por estar mal con el Rey su Padre) le alzaron por Rey de Granada, por lo qual le llamaron el Rey Chiquito. Otros Cavalleros siguieron la parte del Rey; de manera, que en Granada havia dos Reyes, Padre, è Hijo, y cada dia havia muy grandes vandos entre los dos Reyes, por donde sucedian muchas muertes, unas veces amigos, otras enemigos. De esta suerte se governaba el Reyno, y no por eso se dexaba de continuar la guerra contra Christianos. Este Rey, Padre del Rey Chico, estaba siempre en el Alhambra, y el Chico en el Albaycin, y ausente el uno, mandaba, y gobernaba al otro; mas el Rey viejo fue el que adornó, è hizo

muy

muy magnificas las cosas de Granada; hizo grandes, y sobervios edificios, por ser muy rico. Este hizo labrar de todo punto la famosa Alhambra, fabrica muy costosa; hizo la famosa Torre de Gomares, y el quarto de los Leones: llamase asi, porque en medio del quarto, que es largo, y ancho, hay una fuente de doce Leones de alabastro, riquisimamente obrada; todo el quarto está losado de muy lucidos azulejos, labrado à lo Moro. Asimismo hizo este Rey muchos estanques de agua en la misma Alhambra, y los algibes del agua tan nombrados. Hizo la Torre de la Campana, de la qual se descubre toda la Ciudad de Granada, y su Vega. Hizo un maravilloso bosque junto del Alhambra, debaxo de los miradores de la misma Casa Real donde hoy se parecen muchos venados, y conejos. Mandó labrar los Alixares de oro, y azul de mazonería à lo Moro. Era tan costosa esta obra, que el artifice que la labraba, ganaba cada dia cien doblas. Mandó hacer encima del cerro de Santa Elena, (que asi se nombra hoy aquel cerro) una Casa de placer muy rica. Hizo la Casa de las Gallinas à proposito de aquel menester. Orilla de Genil tenia este Rey encima de Darro, un Jardin muy deleytoso, llamado

mado Generalife, en el qual hay diversidad de frutas, fuentes de alabastro bien obradas, plazas, y calles hechas de menudos arrayanes. Hay labrada una rica Casa, con muchas salas, y aposentos, balcones, y ventanas doradas, y en la sala principal, retratados por grandes Pintores todos los Reyes Moros de Granada hasta su tiempo, y en otra sala todas las Batallas que havian tenido con los Christianos, todo tan al vivo, que era cosa admirable. Por estas obras, y otras tales que havia hecho en la Ciudad de Granada, adornadas de tanta perfeccion, hizo el Rey Don Juan el Primero aquella pregunta al Moro Abenamar el Viejo, estando en el Rio Genil, que dice asi:

Abenamar, Abenamar,
Moro de la Moreria,
el dia que tu naciste
grandes señales havia.
Estaba la mar en calma,
la Luna estaba crecida;
Moro que en tal signo nace,
no debe decir mentira.
Alli respondió el Moro,
bien oíreis lo que decia.
No te la diré, Señor,
aunque me cueste la vida;

Por-

Porque soy hijo de un Moro,
y de una Christiana cautiva:
siendo yo niño, y muchacho,
mi Madre me lo decia,
Que mentira no dixese,
que era gran villanía:
por tanto pregunta Rey,
que la verdad te diria.
Yo te agradezco Abenamar
aquesa tu cortesía:
qué Castillos son aquellos,
altos son, y relucian?
El Alambre era, Señor,
y la otra la Mezquita,
los otros dos los Alixares,
labrados à maravilla.
El Moro que los labraba
cien doblas ganaba al dia,
y el dia que no los labra
otras tantas se perdía.
El otro es Generalife,
Huerta que par no tenia:
el otro Torres bermejas,
Castillo de gran valía.
Alli habló el Rey Don Juan,
bien oíreis lo que decia:
Si tu quisieses Granada,
contigo me casaria,

da-

darete en arras, y dote
à Cordova, y à Sevilla.
Casada soy Rey Don Juan,
casada soy, que no viuda,
el Moro que à mi me tiene,
muy grande bien me queria.

Mostraban tanta sumptuosidad, y fortaleza los edificios de Granada, y su Alhambra, que admiraba, y hoy son fortisimos. Estaba tan rico, prospero, y bien afortunado el Rey Mulahazen, que en la Morisma no havia otro tan poderoso, fuera del Gran Turco, si la fortuna no le derribára del Throno en que estaba, como adelante se dirá. Era servido de Cavalleros de estima, y de sangre Real; porque havia en Granada treinta y dos linages de Cavalleros Moros, sin otros muchos Poderosos, descendientes de aquellos Nobles de Africa, que ganaron à España. Y porque será justo nombrarlos à todos, y de qué Reynos, y Provincias eran naturales, se dirá todo por extenso, paraque se considere la Nobleza, que à la sazon havia en Granada.

***

CAPITULO III.

EN QUE SE DECLARA LOS NOMBRES de los Cavalleros Moros de Granada, de los treinta y dos linages; y de otras cosas que pasaron en Granada. Asimismo se nombrarán todos los Lugares, que estavan en aquel tiempo debaxo de la Corona de Granada.

YA qué havemos tratado de algunas cosas de la Ciudad de Granada, y de sus edificios, dirémos de los preciados Cavalleros que en ella vivian, y de las Villas, Lugares, Castillos, y Ciudades que estaban sujetos à la Real Corona de Granada; para lo qual comenzaremos por los Cavalleros, desta manera, nombrandolos por sus nombres.

Almoradies,	de Marruecos.
Alabezes,	Alarbes.
Bencerrages,	Alarbes.
Alquilaez,	de Fez.
Cazules,	Alarbes.
Barragis,	de Fez.
Vanegas,	de Fez.
Zegries,	de Fez.

Mazas,	de Fez.
Comeles,	de Velez de la Gomera.
Abencerrages,	de Marruecos.
Albayaldes,	de Marruecos.
Abenamares,	de Marruecos.
Aliatares,	de Marruecos.
Almanades,	de Fez.
Audallas,	de Marruecos.
Hazenos,	de Fez.
Langetes,	de Fez.
Azarques,	de Fez.
Alarifes,	de Velez de la Gomera.
Abenjamines,	de Marruecos.
Zamelas,	de Marruecos.
Sarracinos,	de Marruecos.
Mofarix,	de Tremecen.
Abenchoares,	de Tremecen.
Almanzorez,	de Fez.
Abidbares,	de Fez.
Alhamares,	de Fez.
Reduanes,	de Marruecos.
Aldoladines,	de Marruecos.
Alducarines,	de Marruecos.
Aldoradines,	de Marruecos.

Alabezes Maliques, de Marruecos, descendientes del Rey Almohabez Malique, Rey de Cuco.

Los

Los Lugares del Reyno, y Vega de Granada, son estos.

Granada.
Abendin.
Gabia la Grande.
Gabia la Chica.
Alfacar.
Pinos.
Albolote.
Monte frio.
Alcalá la Real.
Moclin.
Colomera.
Isnalloz.
Malacena.
Cogollos.
Los Padules.
Albabia.
La Zubia.
Alhama.
Loxa, y Lora.
Guadahortuna.
Cardela.
Yllora.
Famala.
Cuelma.

Los Lugares de Baza.

Baza.
Zujar.
Freyla.
Benzalema.
Castril.
Benamaurel.
Castilleja.
Huescar.
Orce.
Galera.
Cuellar.
Caníles.
Velez el Blanco.
Velez el Rubio.
Xiquena.
Tirieza.

Los del Rio Almanzora.

Seron.
Bentigla.

Tijola.
Bayarque.
Armuna.
Purchena.
Urcila.
Urraca.
Zumuitin.
Ovora.
Santopetar.
Guercal.
Las Guevas.
Portilla.
Vera.
Mojacar.
Turre.
Albanchez.
Cantoria.
Eria.
E Boz.
Alborcas.
Patabola.
Zurguena.
Cabrera.
Teresa.
Antas.
Serbas.
Lobrin.
Ucila del Campo.
Serena.
Guebro.

Los Lugares de Filabores.

Filabores.
Vacare.
Sierro.
Geral.
El Volodui.

Los Lugares del Rio de Almería.

Almería.
Enix.
Fenix.
Vicar.
Guercal.
Pichina.
Alhamaca la seca.
Terque.
Santa Fé.
Abiater.
Rioja.
Ylar.
Lacunque.
Ragul.

Gue-

Guerlja.
Gueneja.
Santa Cruz.
Ohanez.
Almancata.
Esficcion.
Cagiyar.
Mieles.
Marchena.

La Tabla de Andarax, y Oxicar.

Andarax.
Oxicar.
Barchul.
Lanjaro.
Murtal.
Tuton.
Berja.
Las Albuleñas.
Las Guaxaras altas.
Las Guaxaras baxas.
Castillo del Hierro.
Canile Azeytuum.
Dalaas.
Ynox.
Tabernas.
Potox.
Alcundiar.
Guadix.
Lapeca.
Veas.
Valor el alto.
Valor el chico.
Cadiar.
Fiñana.
La Calahorra.
Carriana.

Estos, y otros muchos Lugares de las Alpujarras, y Sierra Bermeja, y Ronda, que no hay para que nombrarlos, estaban debaxo de la Real Corona de Granada. Y pues havemos tratado de los Lugares, será bien tratar de los Cavalleros Moros Maliques Alabezes, el qual linage era muy estimado,

y

y tenido de les Reyes de Granada, y de todos. Y es de saber, que como Miramamolin de Marruecos convocase à todos los Reyes de Africa, para pasar en España (quando totalmente fue destruída hasta las Asturias) vino un Rey, llamado Abderramen, y este traxo tres mil hombres de peléa; vino otro, llamado Muley Alboal, y en su compañia otros veinte y cinco Reyes Moros, los quales traxeron grande poder de gente; y entre estos Reyes vino uno, llamado Mahomad Malique Almohabez, cuyo era el Reyno de Cuco, y traía consigo tres hijos valerosos, llamados Maliques Almohabezes. Todos los quales Reyes, y sus Vasallos conquistaron à España; y en aquella gran Batalla, en que se perdió el Rey Don Rodrigo, y la flor de los Cavalleros de España, murió à manos del Infante Don Sancho el Rey Malique Almohabez; sus tres hijos anduvieron en las guerras todos los ocho años que duraron, hasta que se apoderaron los Moros de casi toda España: y acabada la guerra, el mayor de los hermanos pasó à Africa rico de despojos al Reyno de su Padre, donde fue Rey, y los hijos de este fueron Reyes de Fez, y Marruecos, y uno de los Reyes de Fez tuvo un hijo llamado el Infante Abomelique, el

qual

qual pasó à España en tiempo que los Reyes de Castilla tenian guerra con los Reyes de Granada. Fue Abomelique Rey de las Algeciras, Ronda, y Gibraltar, respecto que fue ayudado de sus parientes, que havian quedado en la Ciudad de Granada, descendientes de aquellos hijos del valiente Rey Almohabez, que como arriba es dicho, el uno se bolvió à su tierra, y Reyno, los otros dos se quedaron en Granada, por parecerles la tierra muy agradable; quedaron muy ricos de los despojos de la guerra de España; fueles dadas grandes partes, y haciendas en Granada, sabiendo cuyos hijos eran, y especialmente por el valor de sus personas, que era muy grande el linage destos Maliques Almohabezes. En Granada emparentaron con otros claros linages de la Ciudad, que se decian los Almoradines; sirvieron à sus Reyes muy bien en todas las ocasiones que se ofrecieron. Finalmente, ellos, y los Abencerrages eran los mas esclarecidos, y tenidos linages, aunque tambien habia otros tan buenos como ellos, como eran Zegries, Gomeles, Mazas, Vanegas, Almoradines, Almohades, Marines, y Gazules, y otros muchos. Finalmente, con el favor destos Cavalleros Maliques Alabezes (que asi fueron llama-

llamados) el Infante Abomelique de Marruecos alcanzó en el Reyno de Granada à ser Rey de Ronda, y de las Algeciras, y Gibraltar, como está dicho. Pues bolviendo al proposito de nuestra Historia, como dice el Arabigo el Rey de Granada Mulahazen (de quien ahora tratamos) se servia de los Cavalleros mas principales de la Ciudad, con los quales tenia su Corte prospera, y sus tierras pacificas, y hacia guerra à los Christianos, y era de todos muy temido, hasta que su hijo Aboudili fue grande, y entre él, y el padre huvo grandisimas diferencias; y el hijo fue alzado por Rey con favor de los Cavalleros de Granada, que estaban mal con su Padre, por vér los agravios que dél havian recibido: otros seguian la parte del Padre. De esa manera andaban las cosas de la Ciudad, y Reyno de Granada, y no por eso dexaba de estar en su punto, siendo bien gobernada, y regida: mas el Rey que mas metia la mano, era el Rey Chico, que no se le daba mucho dello, atento que era su heredero, pasaba aunque contra su voluntad por lo que el hijo hacia: y es de saber, que de los treinta y dos linages que havia en aquella famosa Ciudad, y de cada linage havia mas de cien casas; los que sustentaban la Corte

eran

eran los que aqui nombraremos, porque hace mucho al caso à nuestra Historia, asi como lo escrive el Moro Abenhamin, Historiador de aquellos tiempos, desde la entrada de los Moros en España; porque aqueste Abenhamin tuvo cuydado de recoger los Papeles, y Escrituras que trataban de Granada, y su fundacion primera, y segunda. Los Cavalleros que mas se estimaban en Granada, eran los siguientes.

Alhamares.
Alhabezes.
Gomeles.
Liegas.
Mazas.
Zegries.
Almoradies.
Abencerrages.
Vanegas.
Avenamares.
Gazules.

Los Cavalleros Abencerrages eran muy estimados, por ser de esclarecido linage, descendientes de aquel valeroso Capitan Abenraho, que vino con Muza en tiempo de la gran rota de España: de este, y dos hermanos suyos descendieron estos Cavalleros Abencerrages, de sangre Real. Hallaránse los hechos destos insignes Cavalleros en las Coronicas de los Reyes de Castilla, à las quales me remito. Los que tenian mayor amis-

amistad con estos Cavalleros, eran los Maliques Alabezes, y el valiente Muza, hijo bastardo del Rey Mulahazen. Era Muza muy valiente, robusto, y todos le amaban por su nobleza. A la sazon havia en Granada muchas fiestas, à causa de haber recibido la Corona el Rey Chico, aunque contra voluntad de su Padre, el qual vivia en el Alhambra, y el Rey Chico en el Albaicin, y Alcazaba, visitado de los Cavalleros mas principales, por quien habia recibido la Corona, asi Abencerrages, como Gomeles, y Mazas, y entre todos se hacian muchas, y celebradas fiestas, y Muza las solemnizaba. Pasando estas cosas, el muy valeroso Maestre de Calatrava Don Rodrigo Tellez Giron, con mucha gente de acavallo, y de à pié entró à correr la Vega de Granada, è hizo en ella algunas presas; y no contento con esto, quiso saber si havria en Granada algun Cavallero, que con él quisiese escaramuzar lanzada por lanzada; y sabiendo como en Granada se hacian fiestas por la nueva eleccion del Rey Chico, acordó de embiar un Escudero con una letra suya al Rey, el qual estaba en Generalife holgandose con muchos Cavalleros; y en llegando el Escudero, pidió licencia, y diósele, y siendo en presencia del

Rey,

Rey, hizo el acatamiento debido, y dió el recado de su Señor el Maestre. El Rey lo recibió, y lo hizo leer alto, que todos lo entendiesen; y decia asi:

POderoso Señor: tu Alteza goce la nueva Corona, que por tu valor se ha dado, con el prospero fin que deseas. De mi parte he sentido grande contento, aunque diversos en layes; mas confiado en la grande misericordia de Dios, que al fin tu, y los tuyos vendreis en el claro conocimiento de la Santa Fé de Jesu-Christo y querrás amistad con los Christianos. Y pues ahora hay tantas fiestas por tu nueva coronacion, es justo que los Cavalleros de tu Corte se alegren, y reciban placer, probando sus personas con el valor que de ellos por el mundo se publíca, y es notorio. Y asi por este respecto, yo, y mi gente havemos entrado en la Vega, y la havemos corrido; y si acaso alguno de los tuyos quisieren en pasatiempo salir al Campo à tener escaramuza, uno à uno, ù dos à dos, ò quatro à quatro, déles tu Alteza licencia para ello, que aqui aguardo en el Fresno gordo, harto cerca de tu Ciudad. Y para esto doy seguro, que los mios no saldrán mas de aquellos, que salieren de Granada para escaramuzar. Ceso besando tus Reales manos.

Maestre D. Rodrigo Tellez Giron.

Leí-

Leída la carta el Rey con alegre semblante miró à todos sus Cavalleros, y vidolos andar alborotados, y con deseo de salir à la escaramuza, pretendiendo qualquiera dellos la empresa; y el Rey como los vido asi les mandó que se sosegasen, y preguntó si era justo salir à la escaramuza que el Maestre pedia? Y todos respondieron, que era cosa muy justa salir, porque haciendo lo contrario, serian reputados por Cavalleros de poco valor, y muy cobardes; y sobre esto huvo muchos pareceres, sobre quien saldria à la escaramuza, ò quantos; y fue acordado, que no fuese aquel dia mas de uno à uno à la escaramuza, que despues saldrian mas; y sobre quien havia de salir huvo muchas, y grandes diferencias entre todos; de modo, que fue necesario, que entrasen en suerte doce Cavalleros, y el que saliese primero de una vasija de plata su nombre escrito, que aquel saliese. Asi acordado; los que fueron escritos para las suertes, fueron los Cavalleros siguientes.

Mahomad Abencerrage.	El Valiente Muza.
El Malique Alabez.	Mahomad Muza.
Mahomad Almoradi.	Albayaldos.
Vanegas Mahomet.	Abenamar.

Maho-

Mahomad Gomel. Almadan.
Mahomad Zegri. El valiente Gazul.

Todos estos Cavalleros fueron señalados, y escritos sus nombres, y echados en la vasija, los rebolvieron muy bien, y la Reyna sacó la suerte, y leída decia: *Muza*. La alegria que sintió fue grande, y en los demás Cavalleros embidia; porque cada uno de ellos holgára en extremo ser el de la suerte, por probar el valor, y esfuerzo del Maestre. Y aunque despues desto entre todos los Cavalleros fue despues conferido, y debatido, que mejor fuera salir quatro à quatro, ò seis à seis, no se pudo acabar con Muza; y asi luego se escrivió al Maestre una carta, y dandola al escudero en respuesta de la que havia traído, le embiaron, y llegando à la presencia del Maestre, le dió la carta del Rey Chico, y decia asi:

VAleroso Maestre, muy bien se muestra en tu virtud la Nobleza de tu sangre, y no menos que de tu bondad pudiera salir el parabien de mi eleccion, y Real Corona, lo qual me ha puesto en obligacion de acudirte à todo lo que la amistad de un verdadero amigo se debe tener; y asi me obligo à todo aquello que de mi, y mi Reyno huvieres

me-

menester. Con muy comedidas razones embias à pedir à mis Cavalleros escaramuza en la Vega, por alegrar mi fiesta; lo qual te agradezco grandemente. Entre los mas principales Cavalleros de mi Corte se echaron suertes, por quitar diferencia, à causa de que cada uno quisiera verse contigo. Cayóle la suerte à mi hermano Muza: mañana se verá solo contigo debaxo de tu palabra, que de ninguno de los tuyos será ofendido. Conocido tengo, que será muy de vér la escaramuza, por ser entre dos tan buenos Cavalleros; la qual será mirada de las Damas de las Torres de el Alhambra. Quedo aqui para lo que te cumpliere.

Audalla Rey de Granada.

Alegre fue el Maestre con la respuesta del Rey, y aquella noche se retiró gran trecho la tierra adentro, mandando à su gente que estuviese con cuydado, y vigilancia toda la noche; porque los Moros no les diesen algun asalto. Venida la mañana, se acercó à la Ciudad, llevando para su guarda cinquenta Cavalleros, y dexando el resto gran trecho apartados, avisandoles, que estuviesen listos, por si los Moros rompian la palabra de seguro que estaba dada; y asi estuvo aguardando à Muza, para hacer con él la Batalla.

CA-

CAPITULO IV.

TRATA DE LA BATALLA QUE Muza tuvo con el Maestre y de otras cosas que pasaron.

ASi como el mensagero del valeroso Maestre partió con la carta, acceptando el desafio, el Rey, y todos los Cavalleros quedaron tratando de él, y de otras cosas. La Reyna, y las Damas no se holgaron del desafio, porque sabian bien, que el valor del Maestre era grande, y muy diestro en las armas; y à quien mas pesó de este desafio, fue à la hermosa, y discreta Fatima, de linage Zegri, que amaba mucho de secreto à Muza; pero él adoraba à la hermosa Daraxa, hija de Hamet Alabez, y hacia en su servicio señaladas cosas; mas Daraxa no amaba à Muza, porque tenia todo su amor puesto en Abenhamet, Cavallero Abencerrage de mucho valor, y el Abencerrage amaba à la hermosa Daraxa, y la servia. Bolviendo, pues à Muza, aquella noche siguiente aderezó todo lo necesario para la Batalla que havia de hacer, y la hermosa Fatima le embió con un page suyo, un pendoncillo para la

lanza,

lanza, el medio morado, y el otro verde, todo recamado con riquisimas labores de oro, y sembradas por él muchas FF. que declaraban el nombre de Fatima. El page lo dió à Muza, diciendo: Valeroso Señor, Fatima mi Señora, os besa las manos, y os suplíca pongais en vuestra lanza este pendoncillo en su nombre, porque será muy contenta si lo llevais à la batalla. Muza tomó el pendon, mostrando muy buen semblante, porque era para con las Damas cortés, aunque él mas quisiera que fuera de Daraxa; pero por ser tan discreto como valiente, lo recibió, diciendole al page: Amigo, dí à la hermosa Fatima, que tengo en muy grande merced el pendoncillo que me embia, aunque en mi no hay meritos para prendas de tan hermosa Dama; y que Alá me dé gracia paraque la pueda servir, y que le prometo de ponerlo en mi lanza, y de entrar con él en la Batalla, porque sé que con tal prenda, y embiada de tal mano, será muy cierta la victoria de mi parte. El page fue muy contento, y en llegando à Fatima, le dixo todo lo que con el valiente Muza havia pasado, que no fue poca alegria para Fatima. Pues el alba aun no havia bien rompido, quando Muza ya estaba aderezado de todo punto

para

para salir al Campo, y dando de ello aviso al Rey, se levantó, y mandó que tocasen las trompetas, y clarines, al son de las quales se juntaron muchos Cavalleros, sabiendo ya la ocasion de ello. El Rey se puso aquel dia muy galan, llevaba una marlota de tela de Oro tan rica, que no tenia precio, con tantas perlas, y piedras de valor, que muy pocos Reyes las pudieran tener tales. Mandó el Rey que saliesen doscientos Cavalleros muy bien alistados para pelear, por la seguridad de su hermano Muza; todos los demás salieron muy ricamente vestidos. Aun no eran los rayos del Sol bien tendidos, quando el Rey Chico, y su Cavalleria salió por la puerta de Bibalmazan, llevando à su lado à Muza, y con él los Cavalleros; iban tan gallardos, que eran muy de vér. No menos parecer, y gallardia llevaban los demás Cavalleros de pelea, y parecian tan bien con sus adargas blancas, lanzas, y pendoncillos, con tantas divisas, y cifras en ellos, que era maravilla. Iba por Capitan de la gente de Guerra Mahomad Alabez, gallardo, y valiente Cavallero, y muy galan, enamorado de una Dama, llamada Conaida, en grande extremo hermosa. Llevaba este valiente Moro un liston morado en su adarga, y en él

por divisa una Corona de Oro, y una letra que decia: *De mi sangre*; dando à entender, que venia de aquel valeroso Rey Almohabez, que murió à manos del Infante D. Sancho. La misma divisa llevaba el gallardo Moro en su pendoncillo. Asi salieron estas dos quadrillas, y anduvieron hasta donde estaba el belicoso Maestre con sus cinquenta Cavalleros aguardando, no menos aderezados, que la contraria parte. Asi como llegó el Rey tocaron sus clarines, y respondieron las trompetas del Maestre. Despues de haverse mirado los unos à los otros, el valeroso Muza que no veía la hora de verse con el Maestre, pidiendo licencia à su hermano el Rey, salió con hermoso donayre, y gallardía, mostrando en su aspecto el valor, y esfuerzo que tenia. Llevaba el bravo Moro su cuerpo bien guarnecido sobre un jubon de armas una muy fina cota, que llaman jacerina, y encima una coraza fuerte, aforrada en terciopelo verde, y sobre ella una rica marlota del mismo terciopelo, labrada con Oro, por ella sembradas muchas LD. de Oro, hechas en Arabige. Esta letra llevaba el Moro, por ser principio del nombre de Daraxa, à quien él tanto amaba. El bonete era verde, con ramos de Oro, labrados, y en-

enlazados con las mismas DD. Llevaba una adarga hecha en Fez, y atravesado por ella un liston verde, y en el medio una cifra, y era una mano de una Doncella, que apretaba en ella un corazon, de que salian gotas da sangre, con una letra, que decia: *Mas merece.* Iba tan gallardo el valeroso Muza, que qualquiera que lo miraba quedaba aficionado à las galas. El Maestre echó de vér luego, que aquel era con quien havia de escaramuzar, y luego mandó à todos sus Cavalleros, que ninguno se moviese en su socorro, aunque le viesen puesto en necesidad, y fuése poco à poco ácia donde venia el gallardo Muza. Iba el Maestre bien armado, y sobre las armas una ropa de terciopelo azul, recamado de Oro, el escudo verde en campo blanco, y en él puesta una Cruz roxa; la qual señal tambien llevaba en el pecho; el Cavallo era bueno, rucio rodado; llevaba en la lanza un pendoncillo blanco, y en él la Cruz roxa, y debaxo della una letra que decia: *Por esta, y por mi Rey.* Parecia tan bien, que el verle daba contento; y quando el Rey le vido, dixo à los que con él estaban: No sin causa este Cavallero tiene gran fama, porque en su talle, y buena disposicion se muestra el valor de su persona. Llegaron los

dos valientes Cavalleros cerca el uno del otro, y despues de averse mirado muy bien, el que primero habló fue Muza, diciendo: Por cierto, valeroso Cavallero, que vuestra persona muestra bien claro ser vos el que la fama publica; y asi digo, que vuestro Rey se puede tener por bien afortunado en tener un tan estimado Cavallero como vos soys: y por la fama que el mundo tiene de vos, me tengo por muy dichoso de entrar con vos en la batalla, porque si Alá quisiese, qua yo alcanzase victoria de tan buen Cavallero, todas las glorias de él serian mias; que no poca honra, y gloria serian para mi, y para todo mi linage: y si yo quedo vencido no sentiré tanta pena, por serlo de tan buen Cavallero. Con esto feneció el gallardo Muza sus razones, à las quales respondió el valeroso Maestre con mucha cortesia, diciendo: Por un recaudo que ayer recibí del Rey, sé que os llaman Muza, de quien no menos fama se divulga, que la que decís de mi, y que soys su hermano, descendiente de aquel valeroso, y antiguo Capitán Muza que en tiempos pasados ganó gran parte de nuestra España; y asi estimo tener con vos Batalla: y pues cada uno de su parte desea la gloria, y honra de ella, vengamos à ponerla en exe-

cu-

cucion, dexando en manos de la fortuna el fin del caso, y no aguardemos, à que se nos haga mas tarde. El gallardo Moro, que oyó aquellas razones al Maestre, se sintió avergonzado, por aver dilatado tanto tiempo la ascaramuza, y sin responder palabra ninguna, con mucha presteza rodeó su Cavallo, y apretandose el bonete en la cabeza (debaxo del qual llevaba un muy fino, y acerado casco) se apartó un grande trecho, y lo mismo avia hecho el Maestre. A este tiempo la Reyna, y todas las Damas estaban puestas en las Torres del Alhambra, por mirar desde alli la escaramuza. Fatima estaba junto à la Reyna, ricamente vestida de Damasco verde, y morado, de la color del pendoncillo, que havia embiado à Muza: tenia por toda la ropa sembradas muchas MM. Griegas, por ser la primera letra de su amante Muza. El Rey como vido apartados los Cavalleros, y que aguardaban señal de Batalla, mandó tocar sus clarines, à los quales respondieron las trompetas del Maestre. Siendo la señal hecha, arremetieron los Cavalleros el uno para el otro, con tan grande furia, y braveza, que cada uno sintió el valor de su contrario en los encuentros que tuvieron, mas ninguno perdió la silla,

lla, ni hizo mudanza alguna; las lanzas no se quebraron, la adarga de Muza fue falseada, y el hierro de lanza tocó en la fina coraza, y rompió parte della, y paró en la jacerina, sin hacerle otro mal. El encuentro de Musa pasó el escudo al Maestre, y el hierro de la lanza tocó en el peto fuerte, que à no serlo, fuera herido. Los Cavalleros sacaron las lanzas, y con grande destreza comenzaron à escaramuzar, rodeandose el uno al otro, procurando herirse; pero aunque era bueno el Cavallo del Maestre, no era tan ligero como el del Moro, à cuya causa no podia darle golpe à gusto, por andar Muza tan ligero; y asi entraba, y salia con velocidad el Moro, dandole algunos golpes al Maestre; el qual como vió la ligereza del Cavallo del contrario, acordó (fiado en la fortaleza de su brazo) tirarle la lanza, y aguardó à que el Moro le entrase, y viendolo cerca terció la lanza, y levantóse sobre los estrivos, y con fortaleza jamás vista le arrojó la lanza. Muza quiso hurtar el cuerpo, y rebolvió la rienda al Cavallo por huír del golpe; pero no lo hizo tan à su salvo, que llegando primero la lanza del Maestre, le pasó el cuerpo al Cavallo: alborotóse, faltando, y dando bueltas, y empinandose,

y

y dando grandes corcobos, y visto por el Moro, temiendo no le viniese algun daño por aquella causa, saltó en tierra, y con osado animo se fue al Maestre, por desjarretarle el suyo; y de él entendido, saltó tan ligero como el viento, y embrazando el escudo, la espada desnuda se fue à Muza, el qual venia lleno de colera, y saña contra él, por haverle herido tan mal su Cavallo, y con una cimitarra fue à herir à el Maestre, el qual se le defendia bien, y le maltrataba, peleando à pie cerca el uno del otro; se daban tan recios, y desaforados golpes, que no bastaba la fineza de los escudos, y de las armas que en la fortaleza de sus brazos no se deshiciese, y rompiese; y como el valeroso Maestre era mas diestro, y cursado en las armas, y mas fuerte que Muza (puesto que el Moro era valiente, y de animoso corazon) quiso mostrar donde llegaba su valor, y afirmando su espada sobre su cimitarra de Muza, fue al reparo; el Maestre con muy gran presteza le hirió la cabeza, sin poderlo remediar el gallardo Moro; cortóle de la cuchillada la mitad del bonete, y vino el penacho al suelo, y si el casco no fuera tan fino, fuera la herida mas peligrosa, y quedó Muza casi aturdido del golpe: y viendo quan à mal

tra-

traher le tenia el Maestre, bolviendo en sí, acudió con su cimitarra con presteza, y fuerza, y descargó un golpe muy recio: el Maestre lo recibió en su escudo, el qual fue cortado por medio, por ser fuerte el golpe que en él le dió, y le rompió asimismo la manga de la Loriga, y le alcanzó à herir de una pequeña herida en el brazo, de la qual salia mucha sangre: fue causa de que el Maestre se encendiese en saña, y queriendo vengarse, acometió con un golpe à Muza en la cabeza, el qual con presteza fue al reparo, porque no le hiriera. El Maestre viendo, que acudió al reparo, abaxó la espada, y de rebés le dió una herida en el muslo, que no le aprovechó la Loriga que llevaba encima, paraque no entrase la espada del Maestre. De aquesta suerte andavan los valerosos Cavalleros muy encarnizados, dandose muy grandes, y fieros golpes. Quien mirára à la hermosa Fatima, conociera claro, que amaba à Muza; porque asi como vido el bravo golpe que el Maestre dió à su amante, y querido Muza, del qual le derribó ol bonete, y penacho, temió que quedaba mal herido, y viendo el Cavallo muerto, no lo pudo sufrir, mas de todo punto perdió su color, y cayó en el suelo. La Reyna mandó,

que

que le echasen agua en el rostro, y echada bolvió en sí, y abriendo los ojos, dió un suspiro diciendo: O Mahoma! Por qué no te dueles de mi? Y tornandose à amortecer, la mandó la Reyna llevar à su aposento, y que la regalasen. Xarifa, Daraxa, y Cohaida la llevaron con mucha tristeza, porque en extremo la amaban. Hicieronle muchos remedios, hasta que la bella Mora bolvió en sí, y les dixo à Daraxa, y à Xarifa, que la dexasen sola, porque queria reposar un poco; ellas lo hicieron asi, y se tornaron adonde estaba la Reyna mirando la escaramuza, que à la sazon estaba mucho mas encendida; pero manifiesta era la ventaja que el Maestre llevaba à Muza por ser muy diestro en las armas, puesto que Muza era de gran valor, y esfuerzo, y no mostró jamás punto de cobardia, y mas en aquella ocasion, antes redoblaba sus golpes, hiriendo al Maestre. Al Moro le salia muchisima sangre de la herida del muslo, y era tanta, que Muza sentia bien la falta de ella, y estaba desfallecido, y debil. Lo qual visto por el Maestre, considerando, que aquel Moro era hermano del Rey de Granada, y que era tan estimado de todos, y deseando, que fuese Christiano, y que siendolo, se podia ganar algo

algo en los negocios de la Guerra, en provecho del Rey Don Fernando, determinó de no proseguir la Batalla, y de tener amistad con Muza; y asi luego se retiró afuera, diciendo: Valeroso Muza, pareceme, que para negocios de fiestas, hacer tan sangrienta Batalla como la que hacemos, no es justo; demosle fin, si te pareciere, que à ello me mueve ser tu tan buen Cavallero, y ser hermano del Rey, de quien tengo ofrecidas mercedes: y no digo esto porque de mi parte sienta haver perdido nada del campo, ni de mi esfuerzo, sino porque deseo amistad contigo por tu valor. Muza, que vido retirar al Maestre, se maravilló, y tambien se retiró, diciendo: Claramente se dexa entender, valeroso Maestre, que te retiras, y no quieres fenecer la Batalla, por verme en tal estado, que della no podia yo sacar sino la muerte; y movido tu de mi mala fortuna, me quieres conceder la vida, de la qual reconozco me haces merced. Y tambien digo, que si tu voluntad fuera, que nuestra lid se fenezca, que de mi parte no faltaré hasta morir, con lo qual cumpliré à lo que debo à ley de Cavallero. Mas si (como dices) lo haces por respecto de mi amistad, te lo agradezco infinito, y lo tengo à grande merced,

por

por tener amistad con un tan singular Cavallero como vos; y prometo, y juro de serlo tuyo hasta la muerte, y de no ir contra tu persona ahora, ni en tiempo alguno, sino en todo quanto fuere mi poder, servirte. Y diciendo esto, dexó la cimitarra de la mano, y se fue à abrazar al Maestre, y el hizo lo mismo con mucho amor; y entendió de cierto el Maestre, que de aquella amistad havia de resultar muy gran bien à los Christianos. El Rey, y los demás que estaban mirando la Batalla, se maravillaron mucho, y no podian entender, que podia ser; y venido à entender el caso, y la amistad, el Rey con seis Cavalleros se llegó à hablar al Maestre; y despues de haverse tratado cosas de muy grandes cortesias (sabiendo la amistad del Maestre, y de su hermano) aunque no se holgó mucho, dió orden de bolverse à la Ciudad, porque Muza fuese curado, que lo havia bien menester. Y asi se partieron los dos Cavalleros, llevando la amistad en sus corazones muy fixa, y sellada. Esse es el fin que tuvo esta Batalla. Buelto el Rey à Granada, no se trataba otra cosa sino de la escaramuza, y de la amistad que della procedió, y de la virtud, bondad, y valor del Maestre, y con razon, porque era adornado

de

de todo, y por eso se dixo aquel Romance, que dice:

AY Dios que buen Cavallero
es el Maestre de Calatrava,
y quan bien corren los Moros
por la Vega de Granada,
desde la fuente del Pino
hasta la Sierra nevada;
y en esa puerta de Elvira
mete el puñal, y la lanza,
las puertas eran de hierro,
de parte à parte las pasa.

Siendo fenecida la Batalla del Maestre, y de Muza, desamparando la Vega, el Maestre se fue con las presas que havia hecho él, y su gente. Bolvamos ahora à lo que pasó en Granada despues que el Rey entró en ella, y sanó Muza de sus heridas, que tardó mas de un mes.



CAPITULO V.

TRATA DE UN SARAO QUE SE hizo en Palacio entre las Damas de la Reyna, y los Cavalleros de la Corte, sobre el qual huvieron pesadas palabras entre Muza, y Zulema Abencerrage: y de todo lo que pasó.

GRande fue la reputacion que cobró Muza de valiente Cavallero, pues no quedó del Maestre vencido, como lo havian sido otros valientes Cavalleros, à los quales havia vencido, y muerto à sus manos. Entró Muza en Granada al lado del Rey su hermano, acompañado de todos los Cavalleros mas principales de la Ciudad. Entraron por la puerta de Elvira, y por las calles donde pasaban, todas las Damas le salian à mirar, y otras muchas gentes, ocupando las ventanas, que era cosa de ver; salian dandole mucho loor, por la Batalla que con el Maestre havia tenido. De esta suerte llegaron hasta el Alhambra, donde fue Muza curado por un gran Maestro. Estuvo casi un mes en sanar, despues de sano fue á besar las manos al Rey, el qual tuvo con su vista mucho con-

contento, y asimismo todos los demás Cavalleros, y Damas de la Corte: y quien mas con su vista se alegró, fue la hermosa Fatima, porque le amaba mucho, aunque él no le pagaba su amor. La Reyna le hizo sentar junto à sí, y le preguntó como se sentia, y qué le havia parecido de esfuerzo del Maestre? Muza le respondió: Señora, el valor del Maestre es en demasia muy grande, y me hizo merced que la Batalla no pasase adelante, por escusar el daño notable que estaba de mi parte, que era manifiesto: juro por Mahoma, que en lo que yo pudiere le tengo de servir. Mahoma lo confunda (respondió Fatima) que en tal sobresalto nos puso à todas, especialmente à mi que como vide que de un golpe que os dió os derribó la mitad del bonete con todo el penacho, no me quedó gota de sangre, y faltandome de todo punto el aliento, me caí amortecida en el suelo. Fatima dixo, esto, encendiendose todo su rostro en color, de suerte, que todos lo echaron de ver que amaba al gallardo, y valiente Moro; el qual respondió: Mucho me pesa, que tan hermosa Dama viniese á tal extremo por mi causa; Alá me dexe pagar tan alta merced como esta. Y diciendo esto, bolvió los ojos à Daraxa, mirandola

la aficionadamente, dandola à entender, que la amaba de corazon, pero ella se estuvo los ojos baxos, y sin hacer mudamiento. Llegada la hora de comer, el Rey se sentó con sus Cavalleros à la mesa, porque en comiendo havia de haber gran fiesta, y zambra. Las mesas fueron puestas, y comieron con el Rey los Cavalleros mas principales, y eran quatro Cavalleros Vanegas, quatro Almoradies, dos Alhambres, ocho Gomeles, seis Alabeces, doce Abencerrages, y algunos Almoradies, y Abenamar, y Muza. Eran estos Cavalleros de gran estima, y por su valor les daba el Rey su mesa. Asimismo con la Reyna comian muy hermosas Damas, y de buenos linages, las quales eran, Daraxa, Fatima, Xarifa, Cohaida, Zayda, Sarracina, y Alboraya. Todas eran de la flor de Granada. Tambien estaba la hermosa Galiana, hija del Alcayde de Almería, que havia venido à la fiesta, y era parienta de la Reyna. Andaba enamorado desta hermosa Galiana el valiente Abenamar, y por ella havia hecho muchos juegos, y escaramuzas, y por él se dixo este Romance.

EN las huertas de Almería,
estaba el Moro Abenamar,
fron-

frontero de los Palacios
de la Mora Galiana.
Por arrimo un Albornoz,
y por alfombra su adarga,
la lanza llana en el suelo,
que es mucho allanar su lanza.
En el arzon puesto el freno,
y con las riendas travada
la yegua entre dos linderos,
porque no se pierda, y pazca.
Miraba un florido almendro
con la flor mustia, y quemada
por la inclemencia del Cierzo,
à todas flores contraria, &c.

Este Romance lo dice de otra manera, diciendo: Galiana está en Toledo, y es falso; porque la Galiana de Toledo, fue mucho tiempo antes que los Abenamares, especialmente este de quien ahora tratamos, y el otro de la pregunta del Rey Don Juan, porque en tiempo de aquestos era Toledo de Christianos: y asi queda la verdad clara. La Galiana de Toledo fue en tiempo de Carlos Martel, y fue robada de Toledo, y llevada à Marsella por Carlos. Esta Galiana, de quien aqui tratamos, era de Almería, y por ella se dice el Romance, y no por la otra,

y

y este Abenamar era Nieto del otro Abenamar. Bolviendo à nuestro caso, el Rey con sus Cavalleros, y la Reyna con todas sus Damas, comian con grande contento al son de muchas, y diversas musicas, asi de menestriles, como de dulzaynas, harpas, y laudes, que en la Real Sala havia. Hablavan el Rey, y los Cavalleros sobre algunas cosas, en especial de la Batalla del Maestre, y de Muza, y del gran valor del Maestre, y de su cortesia, que era muy grande; de lo qual le pesaba al Moro Albayaldos, que sentia mucho el no haverse acabado la Batalla, porque le parecia que no era tanto el valor del Maestre como la fama publicaba; y que si peleára en lugar de Muza, havia de alcanzar victoria del Maestre; y asi propuso en sí, que la primera vez, que entrase en la Vega, le havia de pedir Campo, por ver si lo que decian era asi. Las Damas tambien trataban de la Batalla pasada, y del grande esfuerzo del gallardo Muza, y de su donayre. Abenhabet no quitaba los ojos de Daraxa à quien amaba en extremo, y no era mal correspondido en su fee, porque ella le adoraba, por tener partes para ser querido, porque en extremo era galan, y valiente, gallardo, y dispuesto, temido, y muy estimado. y Aguacil Mayor

de Granada, porque este cargo, y oficio no se daba sino à persona de mucha estima; y nunca salia este oficio de los Cavalleros Abencerrages, como se dice en los compendios de Estevan de Garibay, y Zamalloa, Coronista de los Reyes Christianos de Castilla. Pues si Albayaldos estaba con deseo de probar el valor del Maestre de Calatrava, no menos le tenia su hermano Aliatar, que se preciaba de valiente, y holgára ver, si era asi lo que se decia del Maestre. El valiente Muza, ya no trataba desto, sino de tener por amigo al Maestre, y mas se entretenia en mirar à Daraxa, que en las otras cosas; y tanto se embebecia en mirarla, que muchas veces se olvidaba de comer. El Rey su hermano advirtió en ello, y coligió que amaba Muza à Daraxa, y pesóle grandemente, porque él tambien la amaba de secreto, y muchas veces la havia descubierto su corazon, aunque no daba ella atento oído à sus quarellas, ni palabras, ni hacia caudal de lo que le decia el Rey. Tambien Mahomad Zegri miraba à Daraxa; aqueste era Cavallero de mucha calidad, y sabia, que Muza la servia, pero no por eso desistia de su proposito; de lo qual no se le daba à Daraxa nada por tener puestos los ojos en Abenhamet, Caballero Aben-

cer-

cerrage, gallardo, y estimado. La Reyna trataba con las Damas en cosas de los Cavalleros, y sus bizarrias, y entre todos de los Abencerrages, y Alabezes; los quales linages eran sus deudos. Estando la Reyna hablando con sus Damas, haviendo acabado de comer el Rey, y los demás Cavalleros, y haviendose comenzado algunas danzas entre Damas, y Cavalleros, llegó un Page de parte de Muza, y hincado las rodillas en el suelo, le dió à Daraxa un ramillete de flores, y rosas, diciendo: Hermosa Daraxa, mi Señor Muza os besa las manos, y os suplica recibays este ramillete, que el mismo hizo, y compuso por su mano, paraque os sirvays de tenerle en la vuestra: y que no mireys el poco valor del ramillete, sino la voluntad con que os le embia; y que entre esas flores viene su corazon, paraque lo tomeis entre vuestras manos. Daraxa miró à la Reyna, y se puso muy colorada, sin saber, si lo tomaria, ò no; y visto, que la Reyna la miró, y no la dixo cosa ninguna, tomó el ramillete, por no ser descortés, ni ingrata à Muza, por ser buen Cavallero, y hermano del Rey, considerando, que por tomar el ramillete, no era ofendida su honestidad, ni su querido Abencerrage, el qual vido bien como le

tomó, diciendo al Page, que ella agradecia mucho el presente. Quien mirára à la hermosa Fatima, entenderia bien lo mucho que le pesó de que Muza huviese embiado el ramillete: pero procuró disimular, y llegandose à Daraxa, le dixo: No podreys negar, que Muza no es vuestro amante, pues en presencia de todos os ha embiado ese ramillete; y pues vos lo recibisteys, es argumento, de que lo quereys bien. Casi afrentada Daraxa de aquello, la respondió: Amiga Fatima, no os maravilleys si recibí el ramillete, que no le tomé con mi voluntad, sino por no dar nota de ingrata, y cruel en presencia de todos los Cavalleros, y Damas de la Sala; que sino pareciera mal, lo hiciera mil pedazos. Con esto dexaron de hablar sobre aquel caso, porque mandó el Rey, que danzasen las Damas, y Cavalleros; lo qual fue hecho, y Abenhamar danzó con Galiana, Malique Alabez con su Dama Cohaida, y muy bien por ser extremado en todo; Abindarraez danzó con la hermosa Xarifa, y Vanegas con la bella Fatima; Almoradi, un bizarro Cavallero, pariente del Rey, danzó con Alboraya, un Cavallero Zegri danzó con la hermosa Sarracina, Alhamia Abencerrag con la linda Daraxa. Y en acabando

de

de danzar, al tiempo que el Cavallero Abencerrage le hizo cortesia, ella haciendo la reverencia, le dió el ramillete, y el lo recibió con mucha alegria, y lo estimó en mucho, por ser de su mano. El valeroso Muza, que havia estado mirando la danza, y no quitaba los ojos un momento de su Señora Daraxa, visto que le havia dado el ramillete, que él havia enviado à su Dama, ciego del enojo, pasion que recibió por ello, sin tener respeto al Rey, ni à los demás Cavalleros, que en la Real Sala estaban, se fue al Abencerrage con una vista tan horrible, que parecia hechar fuego por los ojos, y con voz sobervia, le dixo al Abencerrage: Di, vil, y baxo villano, descendiente de Christianos, malnacido, sabiendo, que aquese ramillete fue hecho por mi mano, y que se lo embié à Daraxa, le osaste recibir, sin considerar, que era mio? Sino fuera por lo que debo al Rey, por estar en su presencia, ya huviera castigado tu loco atrevimiento. Visto por el bravo Abencerrage el mal proceder de Muza, y el poco respeto que tuvo à su antigua amistad, no menos encolerizado que el, le respondió, y diciendo: Qualquiera que dixere, que soy villano, y mal nacido, miente mil veces, que soy muy buen Cavallero, y

Hijo-

Hijodalgo; y despues del Rey mi Señor, no es ninguno tal como yo; y diciendo esto los dos Cavalleros pusieron mano à las armas para herirse, lo qual hicieran, si el Rey no se pusiera en medio, y todos los Cavalleros; y muy enojado el Rey contra Muza, por haver sido el movedor de la causa, le dixo palabras muy sentidas; y por haver tenido tanto atrevimiento en su presencia, mandó saliese luego desterrado de la Corte. Muza dixo, que se iria, y que algun dia en escaramuzas de Christianos le hecharia menos, y diria? Dónde estás Muza? Y diciendo esto bolvió las espaldas para salirse de Palacio: mas todos los Cavalleros, y Damas le detuvieron, y suplicaron al Rey, que se le quitase el enojo, y le alzase el destierro à Muza; y tanto se lo rogaron los Cavalleros, y la Reyna, y las Damas, que le perdonó, y hicieron amigos à Muza, y al Abencerrage, y le pesó à Muza de lo hecho, porque era amigo de los Abencerrages.

Pasada esta question, se movió otra peor, y fue, que un Cavallero Zegri (que era cabeza de ellos) le dixo à Abenhamet Abencerrage: el Rey mi Señor hechó culpa à su hermano Muza, y no reparó en una razon que dixiste, que despues del Reyno no havia

Cavalleros tales como vos, sabiendo, que en Palacio los hay tales, y tan buenos como vos; y no es de buenos Cavalleros adelantarse tanto; y sino fuera por alborotar al Real Palacio, os digo, que os havia de costar bien caro lo que hablasteys en presencia de tantos Cavalleros. Malique Alabez, que era muy cercano deudo de los Abencerrages, como valiente, y osado, se levantó, y respondió al Zegri muy valerosamente, diciendo: Mas me maravillo de ti en sentirte tu solo, adonde hay tantos, y tan preciados Cavalleros, y no havia paraque ahora bolver à renovar nuevos escandalos, y alborotos, porque lo que Abenhamer dixo, fue bien dicho, porque los Cavalleros de Granada son muy bien conocidos quien son, y de donde vinieron, y no penseys vosotros los Zegries, que porque sois de los Reyes de Cordova descendientes, que sois mejores, ni tales como los Abencerrages, que son descendientes de los Reyes de Marruecos y de Fez, y de aquel gran Miramamolin. Pues los Almoradies, ya sabeis que son de aquesta Real Casa de Granada, tambien de linage de Reyes de Africa. Pues nosotros los Maliques Alabezes, ya sabeis que somos descendientes del Rey Almohabez, Señor de

aquel

aquel famoso, Reyno del Cuco, y deudos de los famosos Malucos. Pues donde están todos estos, y havian callado, porque tu quieres renovar nuevos pleytos, y pasiones, pues sabes que es verdad lo que digo, que despues del Rey nuestro Señor, no hay ningunos Cavalleros, que sean tales como los Abencerrages. Y quien dixere lo contrario, miente, y no lo tengo por hidalgo. Como los Zegries, Gomeles, y Mazas (que eran deudos) oyeron lo que Alabez decia, encendidos en saña, se levantaron para darle la muerte. Los Alabezes, Abencerrages, y Almoradies, que eran otro vando, viendo su determinacion, se levantaron para resistirlos, y ofenderlos. El Rey, que tan alborotado vió el Palacio, y en peligro de perderse toda Granada, y aun todo el Reyno, se levantó dando voces, diciendo: Pena de traydor qualquiera que mas se moviere, y sacare armas, y diciendo esto, asió Alabez, y al Zegri, y llamó la gente de guarda, y los mandó llevar presos. Los demás Cavalleros se estuvieron quietos, por no incurrir en pena de traydores. Alabez fue preso en el Alhambra, el Zegri en Torres Bermejas, y puestas guardas, los tuvieron à buen recaudo. Los Cavalleros de Granada procuraron

ha-

hacer las amistades, al fin se hicieron interviniendo en ellas el Rey, y para confirmacion dellas se acordó que hiciesen fiestas de torneos, toros, y cañas: el que las concertó fue Muza, y el Rey; y fuera mejor que no se hicieran, como se dirá adelante.

CAPITULO VI.

COMO SE HICIERON FIESTAS EN Granada, y como por ella se encendieron mas las enemistades de los Zegries, y Abencerrages, Alabezes, y Gomeles; y lo que pasó entre Zayde, y su Mora Zayda, acerca de sus amores.

ANtes de pasar adelante con la fiesta concertada, diremos del valeroso Zayde, y de la bella Zayda, à quien el tanto queria, y era tan publico en Granada, que no se trataba sino de sus amores. Sabiendo esto sus Padres della, determinaron de casarla con otra, ò dar fama dello, porque Zayde se apartase de aquel proposito, y perdiese la esperanza de sus amores, y cesase en pasearle la calle, y puerta, y porque no fuese el honor de Zayda tan rompido; y con este intento pusieron mucho re-

recato en su hija no dexandola salir à las ventanas, porque no hablase con Zayde; pero poco aprovecharon sus prevenciones, porque no por eso dexaba Zayde de pasearla la calle ni ella le dexaba de amar con mas fervor, que antes. Y como se publicaba el casamiento de Zayda por toda la Ciudad, que sus Padres la casaban con un Moro de Ronda, poderoso, y rico, el bravo Zayde no podia reposar de noche, ni de dia, ocupado en varias imaginaciones, procurando estorvar el casamiento, con dar la muerte al desposado, y no cesando un momento de pasear la calle de su Dama, por ver si la podria hablar para saber de ella su voluntad, porque se espantaba el gallardo Moro, que su Zayda consintiese en el casamiento, à causa de la fee, y palabra que los dos se havian dado; y la guardaba que saliese à un balcon, como solia hacer. La bella Zayda no estaba con menos pena, y cuydado que su Galán, deseosa de hablarle, y darle cuenta de lo que sus Padres tenian tratado; y asi salió al balcon, y vió al valeroso Zayde, que se andaba paseando solo, con semblante triste, y melancolico, y alzando los ojos al balcon, y viendo à la hermosa Zayda tan gallarda, y bizarra, se le quitó lue-

luego todo su mal, y llegandose al balcon temeroso, habló à su Mora desta manera: Dime, bella Zayda, es verdad esto que se dice, que tu Padre te casa? Si es verdad, dimelo, no me lo encubras, ni me traygas suspenso; porque si es verdad, vive Alá, que tengo de matar al Moro que te pretende, porque no goce de mi gloria. La hermosa Zayda le respondió, los ojos llenos de lagrimas: Asi me parece Zayde, que mi Padre me casa; consuelate, y busca otra Mora à quien servir, que por tu gran valor no te faltará; ya es tiempo, que nuestros amores tengan fin; el Cielo sabe las pesadumbres, que por tu causa he tenido con mis Padres. O cruel! (respondió el Moro) pues esa es la palabra que me tienes dada, de ser mia hasta la muerte? Vete Zayde (dixo la Mora) porque viene mi Padre buscandome, y tén paciencia. Diciendo esto, se quitó del balcon llorando, quedando el valeroso Moro ocupado en una gran maquina de pensamientos, sin saber lo que determinar para alivio de su pena, y determinando de no dexar su pretension, sin perder la esperanza de su pensamiento, desocupó el puesto, dexando alli el alma. Por esto que pasó Zayde con su Mora, se dixo este Romance.

Por

POr la calle de su Dama
paseandose anda Zayde,
aguardando que sea aora,
que se asome para hablarle.
Desesperando anda el Moro,
en ver que tanto se tarde,
que piensa con solo verla
aplacar el fuego, en que arde.
Viéla salir al balcon,
mas bella que quando sale
la Luna en la obscura noche,
y el Sol en las tempestades.
Llegóse Zayde diciendo:
Bella Mora, Alá te guarde,
si es mentira lo que dicen
tus criados à mis pages?
Dicen, que dexarme quieres,
porque pretendes casarte
con un Moro, que ha venido
de las tierras de tu Padre.
Si esto es verdad, Zayda bella,
declarate, no me engañes,
no quieras tener secreto
lo que tan claro se sabe.
Humilde responde al Moro:
Mi bien, ya es tiempo se acabe
vuestra amistad, y la mia,
pues que ya todos lo saben.

Que

Que perderé el ser quien soy,
si el negocio vá adelante;
Alá sabe si me pesa,
y lo que siento el dexarte.
Bien sabes, que te he querido,
à pesar de mi linage,
y sabes las pesadumbres
que he tenido con mi Padre.
Sobre aguardarte de noche,
como siempre vienes tarde;
y por quitar ocasiones,
dicen, que quieren casarme.
No te faltará otra Dama
hermosa, y de galán talle,
que te quiera, y tu la quieras,
porque lo mereces, Zayde.
Humilde respondió el Moro,
cargado de mil pesares:
No entendí yo, Zayda bella,
que conmigo tal usases.
No entendí, que tal hicieras,
que asi mis prendas trocases
por un Moro feo, y torpe,
indigno de un bien tan grande.
Tu eres la que dixiste
en el balcon la otra tarde:
Tuya soy, tuya seré,
y tuya es mi vida, Zayde.

Aun-

Aunque la bella Zayda pasó con su Zayde todo lo que habreys oído, no por eso le dexaba de amar en su corazon, y el gallardo Zayde asimismo la amaba; y aunque la Dama le despidió, muchas veces se hablaban, aunque no con tanta libertad, porque sus Padres no lo sintiesen, y le hacia todos los favores que solia, aunque el Moro, por evitar escandalo, no continuaba el pasear la calle de su Dama, mas no era tan secreto, que no fuese sentido del Moro Tarfe, amigo de Zayde, el qual tenia una embidia mortal en su alma: porque amaba de secreto à Zayda el qual considerando, que jamás Zayda dexaria de amar à Zayde, acordó de rebolverlos, poniendo cizaña entre los dos, aunque esto le costó la vida; que asi acaece à los que no son leales con sus amigos. Pues bolviendo al caso de las fiestas, atrás referidas, tratarémos primero de un Romance, que compuso un Poeta en respuesta del pasado, y despues dirémos lo que en las fiestas pasó. Dice, pues, asi el Romance:

BElla Zayda de mis ojos,
y del alma bella Zayda,
de las Moras la mas bella,
y mas que todas ingrata.

De

De cuyos rubios cabellos
enreda amor mis lazadas,
en quien ciegas de tu vista
se rinden mil libres almas.
Qué gustos, fiera, recibes
de ser tan mudable, y varia,
y con saber que te adoro,
tratarme como me tratas?
Y no contenta de aquesto,
de quitarme la esperanza,
porque de todo la pierda
de vér mi suerte trocada?
Ay, quan mal, dulce enemiga,
las veras de amor me pagas,
pues en cambio de él me ofreces
ingratitud, y mudanza!
Quan presto le diste al viento
tus promesas, y palabras!
pero bastaban ser tuyas,
paraque tuviesen alas.
Acuerdate, que algun dia
dabas de amor muestras claras,
con mil favores tan tiernos,
que por ser tantos ya faltan.
Acuerdate, Zayda hermosa,
si aun aquesto no te enfada,
del gusto que recibias
quando rondaba tu casa.

Si

Si de dia, luego al punto
salias à las ventanas;
si de noche, en el balcon,
ò en las rexas te hallaba.
Si tardaba, ò no venia,
mostrabas zelosa rabia;
mas ahora en que te ofendo,
que acorte el pasar me mandas?
Mandasme que no te vea,
ni escriva villete, ò carta,
que un tiempo tu gusto fueron,
mas yà tu disgusto causan.
Ay Zayda, que tus favores,
tu amor, tus palabras blandas,
por falsas se han descubierto,
y descubren que eres falsa!
Eres muger finalmente,
à ser mudable inclinada,
que adoras à quien te olvida,
y à quien te adora desamas.
Mas Zayda, aunque me aborreces,
por no parecerte en nada,
quando de yelo tu fueras,
mas sustentáras mi llama.
Pagaré tu desamor
con mil amorosas ansias;
que el amor fundado en veras,
tarde se rinde à mudanza.

Por

Por ser aqueste Romance bueno, y aludir al pasado, se puso aqui, y por adorno de nuestra obra. Pues bolviendo à nuestro Moro Zayde, valeroso, y gallardo Abencerrage, quedó tan apasionado por lo que la bella Zayda le dixo, que se le puso en extremo su pensamiento, en si era verdad que los Padres de Zayda la querian casar, y con este cuydado andaba el gallardo Moro muy pensativo, y por consolarse paseaba la calle de su Dama; pero ella no salia à las ventanas, como otras veces salia, sino era muy de tarde en tarde; que aunque la bella, y hermosa Mora le amaba tiernamente; pero no lo manifestaba, por no dar enojo à sus Padres, y asi carecia de su gusto, y contento, y no osaba hablar con su querido Moro, lo qual el sentia mucho, y lo mostraba hasta en los trages, y vestidos, porque conforme la pasion que sentia, asi trahia el vestido, y por él juzgaban los Cavalleros, y Damas de Granada los efectos de su causa, y de sus amores. Pues con estas congoxas, y pesadumbres andaba el valeroso Zayde, y tan imaginativo sin poderlas apartar de su pensamiento, que le vinieron à poner en grande extremo, y flaqueza, y estuvo muy mal dispuesto: y por consolarse, lleno de amorosas ansias,

una noche muy obscura, buena à su proposito, bien aderezada su persona, y solo con un Laud, se fue à la calle de su adorada Mora à media noche, comenzó à tocar el instrumento, y con mucho sentimiento cantó en Arabigo esta sentida cancion.

Lagrimas que no pudieron
tanta dureza ablandar,
yo las bolveré à la mar,
pues que de la mar salieron.
Hicieron en duras peñas
mis lagrimas sentimientos,
tanto, que de su tormento
dieron unas, y otras señas.
Y pues ellas no pudieron
tanta dureza ablandar,
yo las bolveré à la mar,
pues que de la mar salieron.

No sin faltar lagrimas decia esta cancion el enamorado Zayde al son de su sonoroso Laud, acompañadas de ardientes suspiros, que le salian del alma, con que acrecentaba mas las ansias de su pasion. Y asi como el enamorado Moro sentia pasion en su alma, como lo mostraba, no la tenia menor la bella Zayda, la qual como sintió el Laud, que

quien

quien le tocaba era su Zayde, porque en eso le conocia, se levantó muy quedito, y se fue à un balcon baxo, donde oía la cancion, y los suspiros que daba su amante, y enternecida le acompañaba en su mismo sentimiento con lagrimas, trayendo à la memoria la sentencia de la cancion, y por la causa que el Moro la decia. La qual es de saber, que la primera vez que Zayde vió à la hermosa Zayda, fue en Almería un dia de San Juan, siendo Capitan de una Fusta, con la qual hacia el Moro grandes entradas, y muy grandes robos por la mar: y acaso llegó Zayde con su Baxel à la Playa de Almería, à la sazon que la bella Zayda estaba en ella holgandose con sus Padres, y Parientes. Trahia el Moro gallardo en su Navio, ricos despojos de Christianos, y con muchas flamulas, gallardetes, y vanderas tendidas, las quales adornaban, y hermoseaban el Navio; y fue causa que su Padre de Zayda, y ella entrasen à ver el Navio, y al Capitan del, el qual era de ellos conocido. El valeroso, y gallardo Zayde los recibió con muy grande alegria, y aplauso, poniendo los ojos en la bella Zayda, à la qual le presentó muchas, y muy ricas joyas, con las quales el descubrió su deseo, y amor, y quedó amartelado de

ella, y ella asimismo se enamoró del bizarro Moro. Finalmente se trató entre ellos, que si fuese Zayde à Granada, se tuviesen mucha fe, y amor. El aceptó el partido, y determinó de dexar la mar, è irse à Granada, dexando su Navio à un deudo suyo; y estando en Granada el gallardo Zayde, sirvió à su Dama hasta aquel punto, y visto el proceder de los Padres de su querida Mora, y el gran disfavor que ella le havia dado, y que no le mostraba el rostro como solia, lleno de amorosas llamas le cantó la cancion dicha, trayendo à la memoria sus primeras vistas. Asi como la bella Mora consideró las penas, que su Amante mostraba en sus acentos, hizo el mismo sentimiento que él, y llegóse al balcon enternecida, y llamóle quedo, por causa de sus Padres. No se tardó el bizarro Moro en su ida, y llegandose quanto pudo al balcon, muy gozoso, le dixo su Dama: Como, Zayde todavia perseveras? No sabes, que me infamas? Advierte la nota que das; considera, que mis Padres me tienen puesta en vida estrecha, solo por tu causa, vete antes que seas sentido de ellos, porque han jurado, que si no hay enmienda, que me han de embiar à Coin à casa de mi Tio; no des lugar à esto, porque será

rá mi vida acabada, y no imagines que te he olvidado, que tan en mi mal te tengo como antes; pasen estos nublados, que Alá nos embiará bonanza, y queda con el, que no puedo estár mas aqui: llorando se apartó de su Amante, dexando à su amado Moro en tinieblas, faltandole su luz; el qual confuso se partió de aquel puesto, imaginando diversas cosas, no sabiendo el fin que havia de tener su amoroso deseo.

Pues bolviendo al pasado sarao, y à las prometidas, y concertadas fiestas, las quales fuera mejor que no se concertàran, ni hicieran por las revoluciones, y pesadumbres, vandos, y rencores que en ellas huvo, y duraron por muchos tiempos despues, como mas largamente adelante diremos. Un dia la bella Mora hizo una trenza de sus hermosos cabellos (que eran mas que ebras de Oro de Arabia) y con sus proprias manos se la puso en el turbante à su querido Zayde. El muy quedó ufano, contento, y gozoso con el nuevo bien, y favor; Audalla Tarfe su amigo le pidió le dixese la causa de su demasiado contento. Y como quiera que no se gozan tanto los bienes, y contentos, que no se comunican, fiado en su grande amistad, y debaxo de secreto le declaró la causa, y le

ense-

enseñó la prenda estimada que su Dama Zayda le havia dado. El Moro Tarfe lleno de embidia, y mortal rabia, viendo quan favorecido, y estimado estaba con Zayda, determinó de revelarle el secreto à la bella Mora, y buscando ocasion para hablarla, un dia la dixo: Eres tu, Señora, la que tanto amas à Zayde? La doncella tan estimada, querida, y tenida de todos en Granada, y fuera de ella? Pues tu honra anda muy caída, que no ha mucho que en una conversacion, tratando de los galanes favorecidos de sus Damas, se quitó Zayde el turbante, y nos enseñó à todos una trenza de Cabellos, y dixo ser tuyos, texida, y puesta allí por tu mano; mira si son señas conocidas. Creyólo ser asi, y como propiamente la muger es mudanza, todo su amor se bolvió en rencor, y odio, y le dió gran tristeza, y pena, considerando como andaba su honor; luego le embió à llamar, y una criada le dixo, que havia poco que el havia preguntado, que colores le agradaban, y quien la visitaba? Venido Zayde muy alegre, ella encendida en colera, le dixo: Zayde, ruegote, que por mi calle, ni casa no pases, ni hables con nadie de mi casa, porque está mi honra muy abatida por tu causa. *La* trenza que te dí enseñaste à

Tar-

Tarfe, y à otros, y asi no hay que fiar de tí cosa alguna, y no esperes ya hablarme jamás; y diciendo esto, llorando se entró en un aposento, sin bastar las disculpas del enamorado Moro, diciendola, que mentian quantos lo havian dicho; y visto que no aprovechaban sus palabras, juró de matar al Moro Tarfe; y por eso se hizo este Romance.

MIra, Zayde, que te aviso,
que no pases por mi calle,
ni hables con mis mugeres,
ni con mis Cautivos trates,
Ni preguntes en que entiendo,
ni quien viene à visitarme,
ni que fiestas me dan gusto,
ni que colores me placen.
Basta que son por tu causa
las que en el rostro me salen,
corrida de haber mirado
Moro que tan poco sabe.
Confieso, que eres valiente,
que hiendes, raxas, y partes,
y que has muerto mas Christianos,
que tienes gotas de sangre.
Que eres gallardo ginete,
que danzas, cantas, y tañes,

gen-

gentil hombre, bien criado,
quanto puede imaginarse.
Blanco, y rubio por extremo,
esclarecido en linage,
el gallo de las bravatas,
la gala de los donayres.
Que pierdo mucho en perderte,
que gano mucho en ganarte,
y que si nacieras mudo
fuera posible adorarte.
Y por este inconveniente,
determino de dexarte,
que eres prodigo de lengua,
y amargan tus libertades.
Habrá menester ponerte,
quien quisiere sustentarte,
un alcazar en el pecho,
y en los labios un Alcayde.
Mucho pueden con las Damas
los Galanes de tus partes,
porque los quieren briosos,
que hiendan, y que desgarren.
Y con esto, Zayde amigo,
si algun banquete les haces,
del plato de tus favores
quieres que coman, y callen.
Costoso fue el que hiciste,
venturoso fueras Zayde,

si

si conservarme supieras,
como supiste obligarme.
Pero no saliste apenas
de los jardines de Tarfe,
quando hiciste de la tuya,
y de mi desdicha alarde.
A un Morillo mal nacido,
me dixeron que enseñaste
la trenza de mis cabellos,
que te puse en el turbante.
No pido que me la des,
ni que tampoco la guardes:
mas quiero que entiendas, Moro,
que en mi desgracia la trahes.
Tambien me certificaron,
como le desafiastes
por las verdades que dixo,
que nunca fueran verdades.
De mala gana me rio:
que donoso disparate!
No guardas tú tu secreto,
y quieres que otro le guarde?
No quiero admitir disculpa,
otra vez buelvo à avisarte,
esta será la postrera
que me veas, y te hable.
Dixo la discreta Mora
al altivo Abencerrage,

y al despedirse replica:
Quien tal hace, que tal pague.

Este Romance se hizo por lo que atrás havemos dicho, y viene à proposito à la Historia. Y bolviendo à ella, quedó Zayde tan desesperado, viendo el cruel desden de su Dama, siendo mentira todo aquello que le increpaba, que saliendo de alli casi perdido el juicio, y en colera ardiente, fue à buscar à Tarfe para matarle, y hallóle en la Plaza de Bibarrambla, dando orden en algunas cosas para las venideras fiestas. Llamóle aparte, y dixole: Porque me has rebuelto con mi Señora Zayda; no guardando ley de amistad? Tarfe le respondió: Yo no te he rebuelto con tu Dama, y estoy inocente de eso que dices, y de mi no debes presumir tal. Zayde se afirmaba en lo dicho. Tarfe se lo negaba, y se dixeron palabras muy sentidas. Cesaron las lenguas, y echando mano de sus alfanges, pelearon muy bien, y Zayde dió al Tarfe una herida mortal, de la qual murió dentro de seis dias. Los Zegries quisieron matar à Zayde por ser amigos de Tarfe, y acudieron los Abencerrages presto, y si no viniera el Rey, aquel dia se perdiera Granada, porque Mazas, Gomeles, y Zegries,

gries, y los de su vando se armaron para herir à los Abencerrages, Gazules, Vanegas, y Alabezes; mas el Rey Chico acompañado de muy principales Cavalleros de otros linages, hicieron tanto, que los apaciguaron, y à Zayde llevaron preso al Alhambra. Hecha la averiguacion del caso, se halló que Tarfe era culpado, y porque el honor de la bella Zayda no fuese manchado, hizo el Rey que Zayde se casase con ella, y le perdonó la muerte de Tarfe. Por eso quedaron los Zegries enojados, pero no por eso cesaron las fiestas concertadas; porque el Rey mandó que se hiciesen. No ha faltado quien à Zayda responda à su mandato de esta suerte.

DI, Zayda, de que me avisas?
Quieres que mire, y que calle,
no des credito à mugeres,
no fundadas en verdades.
Que si pregunto en que entiendes,
ò quien viene à visitarte,
fiestas son de mi contento
las colores que te salen.
Si dices, son por mi causa;
consuelate con mis males,
que mil veces con mis ojos
tengo regadas tus calles.

Si

Si dices, estás corrida
de que Zayde poco sabe;
no supe poco, pues supe
conocerte, y adorarte.

Conoces que soy valiente,
y tengo otras muchas partes,
no las tengo, pues no puedo
de una mentira vengarme.

Mas si ha querido mi suerte
que ya en quererme te canses,
no pongas inconvenientes,
mas de que quieres dexarme.

No entendí que eres muger,
à quien novedad aplace;
mas son tales mis desdichas,
que aun en lo imposible hacen.

Hasme puesto en tal extremo,
que el bien tengo por ultrage;
y acabarme, por hacer
la nota de los pesares.

Yo soy quien pierdo en perderte,
y gano mucho en amarte,
y aunque hables en mi ofensa,
no dexaré de adorarte.

Dices, que si fuera mudo
fuera posible adorarte;
si en mi daño no le he sido,
enmudezco en disculparme.

Ha

Hate ofendido mi vida?
quieres, Señora matarme
que aun no hable, me mandas,
paraque el pesar me acabe?
Es mi pecho calabozo
de tormentos inmortales,
mi boca la del silencio,
que no ha menester Alcayde.
El hacer plato, y banquete,
es de hombres principales,
mas el hacer disfavores,
solo pertenece à infames.
Zayda cruel, hasme dicho,
que no supe conservarte,
mejor supe yo quererte,
que tu supiste olvidarme.
Mienten los Moros, y Moras,
y miente el villano Tarfe,
que si yo le amenazára,
bastára para matarle.
Ese perro mal nacido,
à quien yo mostré el turbante,
no le fio yo secretos,
que en baxo pecho no caben.
Yo he de quitarle la vida,
y he de escribir con su sangre
lo que tu Zayda, replicas,
quien tal hace que tal pague.

Es-

Esta es la historia del valeroso Moro Zayde Abencerrage, por lo qual se han hecho dos Romances (à mi parecer buenos) donde nos dan à entender, como no es bueno rebolver à nadie, porque dello no se espera sino el galardon de Tarfe, que murió à manos de su amigo Zayde, y si acaso fue mentira, que Tarfe no lo havia dicho, tomaremos por exemplo en la liviandad de Zayda, que por creerse de ligero, fue causa de la muerte de Tarfe. Finalmente, por esto, y por las palabras que el Malique Alabez havia hablado en el sarao, y Zomela Abencerrage. Todos los Zegries, Gomeles, y Mazas, y los de su vando quedaron muy enojados, y con malos propositos, y deseos de vengarse del agravio recibido en presencia del Rey, y de los Cavalleros, y Damas, porque estaban en el sarao, y fiesta toda la flor, y nobleza de Granada, y aun del Reyno todo, porque fue mucha la desemboltura del Malique Alabez, y se alargó mucho y el Abencerrage tambien; mas como se havian hecho las amistades, no trataban de ello, ni lo daban à entender, aunque el rencor estaba arraygado en sus corazones; y por no dar à entender su odio mortal, se comunicaban con los Abencerrages, y Alabezes, disimu-

lan-

lando todo lo que podian, puesto que eficáz, y grande deseo tenian de vengarse todos los de el Linage Zegri, como pareció despues. Estando un dia todos los Zegries en el Castillo de Bibataubin, morada de Mahomad Zegri, Cabo, y Cabeza de los Zegries, tratando de las cosas pasadas, trayendo à la memoria las palabras de Alabez, y de las fiestas que se esperaban del torneo, y juego de cañas, Mahomad Zegri habló à todos los presentes de ta manera: Bien sabeys Ilustres Cavalleros Zegries, como nuestro Real, y antiguo linage ha sido tenido en tanto en España, y Africa, y como han sido nuestros antecesores Reyes de Cordova, y como ahora ha sido vituperado, y ofendido nuestro honor por los Abencerrages, y que son nuestros enemigos declarados, porque se han buelto contra nosotros; con lo qual estoy tan rabioso, que muero de pesar; y lo que me alivia, y entretiene, es la confianza que tengo de verme vengado. El agravio es de todos, y todos nos hemos de satisfacer. Ahora nos ofrece muy buena ocasion la fortuna, aprovechemonos de ella, y es procurar matar en el torneo, ò en las cañas al Malique Alabez, y al sobervio Abencerrage, que muertos estos, iremos dando traza, como

mo se acabe de todo punto este perfido linage de los Abencerrages, que tan estimados, y queridos son de todos; y para esto el dia del juego do cañas hemos de ir bien armados con jacos fuertes debaxo de las libreas. Y pues el Rey me ha hecho Quadrillero, saldremos treynta Zegries, y llevaremos libreas roxas, y encarnadas, con los penachos de plumas azules, antigua divisa de los Abencerrages, paraque sea esto instrumento de que se enojen con nosotros, y se rebuelva question, y venidos à Batalla, cada uno haga como quien es, y pues llevaremos armas, que es gran ventaja, no hay duda, sino que los maltrataremos. No hay que temer, pues tenemos de nuestra parte Mazas, y Gomeles: y si no se les diere nada à los Abencerrages de la divisa azul, en el juego de cañas, les tiraremos agudas lanzas en lugar de cañas: Este es mi parecer, decidme ahora el vuestro. Asi como acabó Mahomad de decir su razonamiento, respondieron todos, que era justo lo que decia, y que era buena su traza, que cada uno haria lo posible por vengarse; y concertado esto, se fue cada uno à su casa. A esta sazon ordenaban su quadrilla Muza, y los Abencerrages, siendo Quadrillero el valiente Muza, por

man-

mandado del Rey, en la qual quadrilla havia de ir Malique Alabez, y los Abencerrages; y de comun acuerdo sacaron las libreas de damasco azul, aforradas en tela de plata fina, con penachos azules, blancos, y pagizos, conforme à las libreas; los pendoncillos de las lanzas blancos, y azules, recamados con mucho Oro: en las adargas llevaban por divisa, unos salvages, solo el Malique llevaba su misma divisa, que era en el liston morado que atravesaba la adarga, una corona de Oro con su letra, que decia: *De mi sangre.* Muza llevaba la misma divisa que sacó el dia que escaramuzó con el Maestre, que era un corazon en la mano de una doncella, apretado el puño, destilando el corazon gotas de saugre, y la letra decia: *Por gloria tengo mi pena.* Todos los demás Cavalleros Abencerrages sacaron listones, y cifras à su gusto, puestas de suerte, que no quitaban la vista de los salvages. Concertada, pues, esta quadrilla del gallardo Muza, acordaron de llevar yeguas blancas, enlazadas las colas con cintas azules de seda, y Oro muy fino. Llegado ya el dia de la fiesta, mandó el Rey traher veinte y quatro toros de la sierra de Ronda, que se crian alli muy bravos; y puesta la plaza de Bibarrambla co-

mo convenia para tal fiesta, el Rey acompañado de muchos Cavalleros, ocupó los miradores Reales, que para aquellas fiestas estaban diputados. La Reyna con muchas Damas se puso en otros miradores, de la misma orden que el Rey. Todos los ventanages de las casas de Bibarrambla estaban ocupados de bellisimas Damas. Acudió tanta gente, que no habia sitios donde estuviesen, y vinieron muchos de fuera del Reyno, como fue de Toledo, y Sevilla, y la flor de la cavalleria de todas estas Ciudades se hallaron en Granada à la fama de tan grandes fiestas. Los Cavalleros Abencerrages andaban corriendo los toros con tanta gallardia, y brio, que daban à todos mucho contento en mirarlos, y en verles hacer aquellas gentilezas, los daban mil alabanzas, y particularmente se llevaban tras sí los ojos de todas las Damas, porque eran tan favorecidos dellas, que no se tenia por Dama la que no amaba à Abencerrage, y à donde quiera que havia Cavalleros deste linage, eran tan tenidos, estimados, y queridos todos que causaban embidia à los otros Cavalleros: y con mucha razon eran tan queridos de las Damas, porque todos ellos eran galanes, gentiles hombres, hermosos, y dotados de dis-

discrecion, muy bien criados, y buenos respectos. Ninguno llegaba à qualquiera de ellos con necesidad, que no se la remediase, aunque fuese muy à su costa. Eran deshacedores de agravios, quietadores de la Republica, Padres de huerfanos, amigos en extremo de la conversacion, y obediencia à sus Reyes debida. Eran muy amigos de Christianos, porque ellos mismos iban à las mazmorras à visitar los Cautivos, y los consolaban, y daban limosna, y les embiaban de comer; y por esta, y otras muchas causas eran tan queridos de todo el Reyno. Jamás en ellos se halló temor, aunque se les ofreciesen casos muy arduos. Daban tanto contento con su bizarria, y nobleza, que las Damas, y toda la gente no apartaban su vista dellos. No menos galas llevaban los gallardos Alabezes. Procuraron mostrar su valor los Zegries, porque alancearon ocho toros muy bien, sin recibir daño ningun Zegri, ni aun los cavallos. A la una de la tarde ya estaban corridos doce toros, y el Rey mandó tocar los clarines, y dulzaynas, que era señal paraque todos los Cavalleros que havian de justar, se juntasen en su mirador, y juntos, muy gozoso el Rey, le hizo dar colacion. Lo mismo hizo la Reyna à sus Da-

mas, las quales tenian galas, y trages nunca vistos, à quien daba mas ser la hermosura de quien las tenia puestas. Llevó la Reyna una rica marlota de brocado, con muy galanas labores de Oro, y pedreria fina, tenia un tocado muy costoso, y encima de la frente una rosa encarnada, y en medio della un carbunclo precioso. En bolviendo el rostro la Reyna era tanto el resplandor, y claridad que daba de sí el carbunclo, que quitaba la vista à quien lo miraba, como lo acaece quando miramos el cuerpo del Sol, que nos deslumbra. Daraxa la bella salió de azul, la Marlota de damasco picada, aforrada en tela de plata, que descubria por las picaduras las finezas de la tela. En el tocado las plumas, una azul, y otra blanca, divisa de los Abencerrages; estabanle muy bien las galas, por ser hermosa, que ninguna Dama podia competir con ella. Galiana de Almería salió con un vestido de damasco blanco con una labor peregrina, la marlota aforrada en brocado morado, con unas cuchilladas grandes; su tocado era artificioso. Entendiase bien desta Dama en sus trages quan libre vivia de amor, aunque sabia que Abenamar la amaba mucho, y deseaba servir; mas quando se hubiera de entretener en amo-

amores la Mora libre, eligiera al valiente Muza, por haberle parecido bien. Fatima salió de morado (no imitando à Muza en la librea, porque estaba desengañada que Muza amaba à Daraxa, y se empleaba en servirla) la ropa era costosa, por ser de terciopelo, aforrada en tela blanca de brocado. El tocado era muy de ver, puesta en él una garzota verde, pareciale bien el nuevo trage. Finalmente, Cohayda, Sarracina, Alboraya, y Xarifa, y todas las demás Damas que estaban con la Reyna, salieron con tanta bizarria, que era cosa notable. En otro balcon estaban todas las Damas del linage Abencerrage, que no havia mas que ver en el mundo; sus galas, vestidos, y trages asentaban tan bien sobre su extremada belleza, que eran como esmaltes sobre el Oro. Llevaba la ventaja en todo à las demás Lindaraxa, hija de Mahamete Abencerrage. A esta hermosa Dama servia un galán, y bizarro Moro, llamado Gazul, y en su servicio, y por darle gusto hizo muchas fiestas en San Lucar. Bolviendo, pues, à nuestro proposito, serian las dos de la tarde, quando los Cavalleros, y Damas acabaron de comer las colaciones, y soltaron un toro de los mas bravos que havia entre todos, que no se-

guia

guia à hombres à quien no bolteaba, ni ligereza de los cavallos, ni de las yeguas bastaba à escaparse de sus veloces cornadas. Era tanta su braveza, y ligereza, que en breve espacio le desocuparon la Plaza todos los de à pié, aunque contra su voluntad. Como vido su braveza el Rey, dixo à los Cavalleros: Bien será alancear este toro: Malique Alabez pidió licencia para hacer algun lance, el Rey se la dió. Muza venia à pedirla para alancearle, y como se la havia dado à Alabez, no la pidió. Baxó de los miradores Alabez, y subió en un cavallo bien enjaezado, el qual le havia embiado el Alcayde de Velez el Rubio, y el Blanco, que era primo hermano suyo, hijo de un hermano de su Padre, el qual mataron à traícion unos Cavalleros llamados los Alquifaes, por embidia, que de él tenian, por ser tan querido, y favorecido del Rey; pero no compraron muy barata la muerte del Noble Alcayde, que el Rey la vengó muy bien. Siete hermanos eran estos Alquifaes, y à todos juntos los mandó degollar, por la traícion que hicieron, en matar sin ocasion, ni culpa, à quien no se lo merecia. Sus bienes fueron confiscados por la Corona Real. Dió, pues, buelta Alabez por toda la Plaza, y llegando

al

al balcon, donde estaba su Señora Cohaida, hizo que se arrodillase el cavallo; y él humilló la cabeza, haciendo cortesia à su Dama, y à todas las Damas que estaban alli. La Dama enamorada de su Alabez, se levantó, y le hizo acatamiento, él muy gozoso de haver visto à su querida Señora, y tan favorecido, espoleó el cavallo, y partió mas veloz que nn rayo: tanta era la ligereza del cavallo, que apenas se veía en la carrera. El Rey, y los Cavalleros se holgaron de verle; à los Zegries les pesó, porque era mortal su embidia. Era tanta la griteria de la gente, que ponia grima, y era la causa, que el toro havia dado buelta por toda la Plaza, haviendo bolteado, y derribado mucha gente, y muerto cinco, ò seis persònas, y venia como el viento à donde estaba Alabez, y como le vido venir, quiso hacer una gentileza, y fue que saltó del cavallo, y guardó al toro con animo muy osado, el albornoz en la mano izquierda, y quando baxó el toro la cabeza para hacer su golpe, y darle un bote, le echó tambien el albornoz delante de los ojos, que dió gran contento à todos; y asiendole de ambos cuernos, le hizo estár quedo à su pesar, porque era grande la fuerza que tenia. El toro procuraba desasir-

se

se para maltratarlo, y Alabez se defendia con el valor de su persona, aunque con mucho peligro. Y pareciendole al valiente Moro, que ya duraba mucho aquella pelea, enojado, y con colera que tenia, le torció el pesquezo, y con su fuerza increíble le derribó en tierra, como si fuera una debil oveja; y como lo vido en el suelo, se fue poco à poco, con semblante apacible, y sin poner pie en el estrivo saltó en su cavallo, dexando al toro molido, y tan quebrantado, que no se pudo mover de alli, quedando todos muy maravillados de su esfuerzo, valor, y fortaleza invencible, dandole todos mil loores. El Rey llamó à Alabez, y fue como si no huviera hecho cosa ninguna, y llegando, le dixo el Rey: Mucho contento me haveys dado, y no se esperaba menos de vuestro valor, y nobleza; yo os hago merced de la Alcaydía de la fuerza de Cantoria, y de que seais Capitan de cien Cavalleros. Alabez le besó las manos, por las nuevas mercedes que le hacia. Serian à la sazon las quatro de la tarde, y mandó el Rey, que se tocase à cavalgar. Oída la señal, todos los Cavalleros que eran de juego se alentaron para hacer la entrada, en el entretanto comenzaron una muy acordada musica con diversidad de ins-

tru-

trumentos, como fueron trompetas, atabales, añafiles, clarines, y pifanos. Luego vino entrando por la boca del Zacarin el gallardo Muza, con su Abencerrage quadrilla. Entraron de quatro en quatro, y dando buelta por la Plaza, haciendo el debido acatamiento al Rey, y à la Reyna, y à las Damas, dieron algunas carreras, con muy grande brio, y donayre. Eran Muza, y Malique Alabez, y treinta Abencerrages en la quadrilla, y parecian muy bien las plumas azules, y telas de plata, sobre nevadas yeguas, que hermoseaban toda la plaza, y amartelaban las Damas con su bizarria. No menos galanes, y briosos entraron los Zegries por otra puerta, todos de encarnado, y verde, con plumas, y penachos azules, en yeguas bayas, y en las adargas, una misma divisa puesta en listones azules, y eran unos Leones, encadenados por mano de una Dama, decia la letra: *Mas fuerza tiene mi amor.* De esta manera entraron en la Plaza de quatro en quatro, y juntos hicieron un caracol, y escaramuza, con mucho concierto, que no menos contento dieron, que los Abencerrages. Y tomando las dos quadrillas sus puestos; y apercebidas las cañas, haviendo dexado sus lanzas, al són de las trompetas, y

dul-

dulzaynas, se comenzó à trabar el juego con mucha gallardia, donayre, y brio, de ocho en ocho. Los Abencerrages, que havian reparado en las plumas azules, que los Zegries trahían, antigua divisa suya, y muy enojados les tiraban à los turbantes, por derribarselos en el suelo; mas los Zegries se adargaban tan valerosamente, que no pudieron los Abencerrages salir con su intento, y asi andaban jugando con muy gran concierto, que era mucho de ver, y daban grande contento à todos los que los miraban. Mahomad Zegri, como tenia tratado con todos los de su linage de dar la muerte à Malique Alabez, ò à alguno de los Abencerrages, por las palabras dichas, Mahomad Zegri dió orden, que Malique Alabez saliese de la parte contraria, y cayese en su quadrilla teniendo inteligencia paraque él con sus ocho rebolviese sobre Alabez, y los suyos. Y haviendo corrida seis cañas, dixo el Zegri à los de su quadrilla: Ahora es tiempo, que está el juego encendido, venguemonos, pues se nos ofrece buena ocasion; y tomando una lanza con un muy agudo hierro, aguardó que Malique Alabez viniese con los ocho Cavalleros de su quadrilla, rebolviendo sobre los de la contraria parte, como

mo

mo es uso, y costumbre en semejantes juegos; al tiempo que Malique Alabez bolvia cubierto con su adarga contra él, y los suyos, salió el Zegri, y llevando puestos los ojos en Malique Alabez, mirando por donde mejor le pudiese herir, le arrojó la lanza con tanta fuerza que le pasó la adarga de una parte à otra, y el agudo hierro entró en el brazo derecho, que se le pasó con mucha facilidad. Muy grande fue el dolor que el valeroso Malique Alabez sintió de aqueste golpe, porque le atormentó todo el brazo, y aun todo el cuerpo, sin entender que estaba herido, y llegando à su puesto, puso la mano en la parte que le dolia, y ensangrantósela, y mirandose el brazo, viendo la herida dixo en alta voz à Muza, y à los Abencerrages: Cavalleros grande traícion nos han armado los Zegries, lanzas con hierros agudos tiran por cañas, veisme aqui herido. Los valientes Abencerrages al punto tomaron sus lanzas, para estár prevenidos à lo que se ofreciese. A esta sazon bolvia el Zegri con su quadrilla, para irse à su puesto, quando Malique Alabez con gran furia se atravesó de por medio, viendose herido, y le tiró la lanza, diciendo: Traydor, no es de Cavallero lo que has hecho, sino

de

de villano. No fue en valde el tiro, pues pasó el adarga, y cota, y le entró en el cuerpo mas de un palmo de lanza, y luego cayó el Zegri de la yegua muerto. De ambas partes habia apercibimientos, para lo que se le ofreciera, y empezaron la escaramuza brava, y sangrienta; y como los Zegries iban bien armados, llevaban lo mejor de la Batalla; pero como era tanto el valor de Muza, y del valiente Alabez, y de los Abencerrages, no dexaban de maltratar à los Zegries, y hacerles daño notable. La voceria, y algazara era mucha, y quando vió el Rey encendido el juego, baxó à la Plaza; y subió en una yegua, y entró entre los viadores con un baston, diciendo: Afuera, afuera. Asimismo todos los Cavalleros desinteresados ayudaron à poner paz. Estuvo este dia en peligro de perderse Granada, porque de la parte de los Zegries fueron Gomeles, y Mazas; y de la de los Abencerrages, Almoradies, y Vanegas. Y como los vandos, y cismas sean tan peligrosos entre los Principes, y Magnates, lo temió el Rey, y asi hizo todo lo posible en apaciguarlos; y quietos, y apartados cada uno con su quadrilla el valiente Muza, y los de su quadrilla se subieron al Alhambra, llevando consigo à los Almorades, y

Va-

Varegas. Los Zegries se fueron al Castillo de Bibataubin, llevando muerto à Mahomad Zegri. La Reyna, y las Damas se quitaron de los miradores dando gritos, quando vieron las veras del juego, porque en los de la lid havia Maridos, Hermanos, Parientes, y Amantes de las Damas, y sus lastimas, y lloros movian compasion à todos los que las ohian, y en particular las lamentaciones de la hermosa Fatima, llorando su muerto Padre; y eran tantos los extremos que hacia, que eran bastantes à enternecer un corazon diamantino. Este desdichado fin tuvieron las fiestas, quedando muy rebuelta Granada. Y por esto se hizo el Romance, que dice:

A Fuera, afuera, afuera,
aparta, aparta, aparta,
que entra el valeroso Muza
Quadrillero de unas cañas.
Treinta lleva en su quadrilla,
Abencerrages de fama,
conformes en las libreas,
de azul, y tela de plata.
De listones, y de cifras
travesadas las adargas,
yeguas de color de cisne,
con las colas encintadas.

Atra-

Atraviesan qual el viento
la Plaza de Bibarrambla,
dexando en cada balcon
mil Damas amarteladas.
Los Cavalleros Zegries
tambien entran en la Plaza,
sus libreas eran verdes,
y las medias encarnadas.
Al son de los Añafiles
travan el juego de cañas,
el qual anda muy rebuelto,
parece una gran Batalla.
No hay amigo para amigo,
las cañas se buelven lanzas,
mal herido fue Alabez,
y un Zegri muerto quedaba.
El Rey Chico reconoce
la Ciudad alborotada,
en una hermosa yegua,
de cabos negros, y baya,
con un baston en la mano
vá diciendo: Aparta, aparta.
Muza reconoce al Rey,
por el Zacatin se escapa,
con él toda su quadrilla,
no para hasta el Alhambra.
A Bibataubin Zegries
tomaron por su posada,

Gran

Granada quedó rebuelta
por esta question travada.

Quedó la Ciudad de Granada muy llena de escandalo, y rebuelta, porque la flor de los Cavalleros estaba metida en estos vandós. el Rey Chico andaba suspenso, y admirado de ver las novedades, que cada dia havia en la Corte, y con todas veras procuró hacer las amistades, porque no viniese à mas daño de lo sucedido. Mandó, que se hiciese informacion del caso, para castigar los culpados, y por ella pareció la traícion, y concierto, y junta, que se hizo en el Castillo de Bibataubin contra Alabez, y los Abencerrages. El Rey quiso proceder contra los Zegries, mas todos los Cavalleros le suplicaron les perdonase, y considerase, que ya era muerto el caudillo del vando. El Rey los perdonò, è hizo las amistades, y con esto se quietó la Ciudad, como de antes lo estaba, que no fue poco.



CA-

CAPITULO VII.

DEL TRISTE LLANTO, QUE HIZO la hermosa Fatima por la muerte de su Padre, y como se iba à Almería la bella Galiana, si su Padre no viniera, la qual estaba vencida de amores de Sarracino; y de lo que entre él, y Abenamar pasó una noche debaxo de unas ventanas del Real Palacio.

MUY grande llanto era el que hacia la bella Fatima por la muerte de Mahomad Zegri su Padre; y era en tanto modo su sentimiento, y dolor, que temian no perdiese el juicio, ò la vida, porque no bastaba la Reyna, ni ninguna otra Dama à consolarla; porque era tan grandisimo el dolor que tenia en su afligido corazon, que del grande sentimiento, lloro, y desconsuelo, enfermó, y enflaqueció de tal suerte, que parecia otra de la que ser solia. Visto que no admitia consuelo ninguno, ni que las medicinas no le daban mejoría, acordaron de embiarla à Alhama, à casa del Alcayde della, que era su pariente, el qual tenia una hija muy hermosa, y discreta, que seria posible

sible aliviarse alli, y quitarsele la tristeza que tenia, y asi la llevaron, donde fue bien recibida, y regalada. La hermosa Galiana vivia libre de amor, y fue herida de amores de Hamete Sarracino, y con grande exceso, y como se le acababa la licencia que de su Padre tenia para estar en Granada, embió à llamar al gallardo Sarracino con mucho secreto. Dado el recado, vino al punto à Palacio, y entrando en el aposento de la bella Mora, vió que estaba sola, y ella se levantó à recibirle, mudados los colores. El bizarro Moro le dixo, que le mandase lo que queria que en su servicio hiciese. Galiana le mandó sentar cerca de sí, y tratando largamente de las fiestas pasadas, y muerte del Zegri, y de los vandos movidos por tan pequeña ocasion, y de otras cosas, con las quales palabras se enlazaban las almas, y se aficionaban los ojos; y satisfaciendo el enamorado Moro à la Dama, no menos aficionada que él, le propuso, y dixo lo siguiente: Grande ha sido, Señora, la Batalla de los Abencerrages, y Zegries, y desdichada la muerte de Mahomad Zegri; pero yo os certifico, Señora de mi libertad, que es mayor la guerra, que en mi alma, y pensamiento hace vuestra beldad, y hermosura. Muerto

me han vuestros ojos de amor, mi pecho se abrasa, y arde en amorosa llama, sino acudís al remedio, sin duda moriré. Recibidme en vuestro servicio, Señora, y no seais ingrata à mi amorosa voluntad, y suspirando cesó su platica: Galiana estubo atenta à las discretas razones del aficionado, y gallardo Moro, y en extremo se holgó de ver tantas muestras de amor en su querido Sarracino, porque ya labraba amor dentro de su pecho, y le estimaba, y queria tiernamente; y asi con alegria le respondió: No es de nuevo, Galán Sarracino, en los hombres, aficionarse à las Damas à las primeras vistas, y de ligero; y los primeros dias tienen algun fervor, y fee, y algun cuydado de visitar à sus Damas, y recordarles las cosas, y pasearles las calles. Aquesto hacen por obligar à las Damas, y dura en ellos, entre tanto que ellas se les rinden, y manifiestan por suyas; y en siendo señores de su libertad, en ese punto cesa el cuydado, y solicitud, y aun vienen à olvidar, y à aborrecer sin causa; y asi las Damas, que vivimos libres, no haviamos de dar credito à vuestras palabras, y promesas. Sarracino respondió: Juro por Mahoma, y él me falte, si yo faltáre jamás un punto en serviros, quereros, y adoraros; y à fee de

Ca-

Cavallero de seros múy fiel, y leal mientras viviere, y de no discrepar en cosa alguna de vuestro gusto. Bien entiende (dixo Galiana), que un Cavallero tan principal como vos, que cumplireis vuestra palabra como quien soys: pero sabed, que me he de ir à Almería, porque se me acaba la licencia que me dió mi Padre; y asi habré de partir de Granada, y antes de irme holgaré de hablaros mas de espacio, y sea esta noche à hora conveniente, y con mucho secreto os poned debaxo de este balcon, y podremos hablar con mas quietud que ahora; y con esto os id con Alá, antes que el Rey lo entienda. El favorecido Moro se ausentó de los ojos que daban vista à los suyos, y muy ufano, y contento, por verse tan favorecido, y regalado de la Dama mas hermosa, y libre de amor, que se conocia. Cien mil siglos le parecia cada hora de las que faltaban, hasta la dichosa que esperaba. Haviendo acabado Febo su curso, y empezado Tetis à tender su tiniebla obscura (que no lo era para el enamorado Moro) se fue à Palacio, prevenido de armas defensivas, y ofensivas, para lo que se le ofreciera, y à la una, quando todos de ordinario reposan, se acercó al balcon de su Señora Galiana, y escu-

chando, oyó tocar un laud, y una ayerna, y uña delicada voz, que al son del instrumento cantaba con gran suavidad, y mostraba en sus acentos estár herida, y lastimada de amor, segun las pausas que hacia, y suspiros que daba. Cantaba en Arabigo, que de ordinario son de mucho sentimiento las canciones en aquel lenguage. El gallardo Moro estubo atento à la dulce musica, y suave voz, y al sentido de la dolorosa cancion, que decia asi:

CANCION.

Divina Galiana,
és tal tu hermosura,
que iguala con aquella, que al Troyano
le diera manzana,
por quien la Guerra dura
le vino al fuerte Moro de Dardano.
O rostro soberano,
que tienes tal lindeza!
El que podrá gozarte
dirá que nunca Marte
gozó quando fue preso, tal belleza,
ni el que llevó de Argos
la causa de la Guerra de años largos.
Y pues sube de punto
tan alto tu belleza,
que no hay acá su igual en todo el suelo,

no

no muestres el semblante
tan lleno de aspereza,
como Anaxarte hizo al sin consuelo
amante, que de buelo
el cuello puso al lazo,
por salir de tormento;
ò duro sentimiento:
pues quiso que llegase tan mal plazo!
Muestrate piadosa,
pues eres en verdad divina Diosa.

Oyendo el bravo Sarracino la enamorada Cancion, y no pudiendo sufrir mas, que el puesto donde habia de hablar à su querida Dama estuviese ocupado, se llegó à reconocer quien era el que cantaba, el qual como sintió gente dexó de proseguir su musica, y se aprestó de sus armas. Era el musico el fuerte Abenamar; el qual estaba amartelado de la bella Galiana, y por ablandar, y mover à quien tan esenta vivia de amor, le cantaba aquella endecha triste. Llegóse Sarracino à él, y dixo: Qué gente? Respondió, un hombre. Replicó Sarracino: Qualquiera que seais, lo haceis mal, y dais mucha nota en lo que habeis hecho, por dormir la Reyna, y sus Damas en este quarto, y podrá el Rey sospechar algo, que por ventura no

hay.

hay. No se os dé nada à vos (dixo Abenamar) ni os entrometais en lo que no os vá nada, sino pasad adelante, antes que os embie contra vuestra voluntad. O villano! Yo veré si vuestras obras son como las palabras, dixo Sarracino, y embarazando su rodela, con el alfange en la mano, embistió à Abenamar, que no menos apercibido estava que él venia, y se comenzaron à dár muy grandes golpes. Era tanto el ruido que hacian peleando, que algunos Cavalleros mancebos Moros, que buscaban sus pretensiones, acudieron à poner paz, y no fue menester, porque como los valientes Guerreros sintieron venir gente, se apartaron por no ser conocidos. Abenamar quedó herido en un muslo de una herida pequeña. Los Cavalleros procuraron conocer à los que peleaban, y nunca fue posible, porque huyeron cada uno por su parte. La hermosa Galiana vido todo quanto pasaba, porque ya estaba puesta en el balcon, quando Abenamar comenzó à tañer, y cantar, y como vido travada la prudencia se retiró à su aposento, temerosa no sucediese alguna desgracia à su querido Sarracino. No fue tan secreto este negocio, que no lo supiese el Rey, y mandó, que se hiciese informacion; paraque fuese

cas-

castigado el causador del escandalo. Procuróse hacer, y en ninguna manera se halló quienes fueron los de la pendencia. Pasado todo aquello, se dió orden para llevar à Galiana à Almería, y mandó el Rey que se aprestasen cinquenta Cavalleros, paraque fuesen en su compañia, y estando todo à punto, entró en Palacio Mahomat Mostafa, Alcayde de Almería, Padre de la bella Galiana, trahía consigo à una hija, menor que Galiana, y tan hermosa como ella, la qual se llamaba Zelima; el Rey se levantó, y abrazó al Alcayde, diciendo: Que buena venida es esta amigo Mostafa, que con ella me has dado gran contento? Tu hija Galiana estaba ya aprestada para irte à ver, con el acompañamiento que tu, y ella mereceis. Mostafa le respondió: Bien tengo entendido, que de tu larga, y magnifica mano he de recibir mercedes, como siempre me las has hecho; mil años nos vivas, paraque en tranquilidad, y sosiego nos goviernes. Yo os agradezco aquesa voluntad (dixo el Rey) y fue à abrazar à la bella Zelima, ella humillada le besó las manos. La Reyna, y sus Damas se levantaron à recibir à Zelima, y ella besó las manos à la Reyna, y abrazó à su hermana, y las Damas todas se maravilla-

lla-

llaron de la hermosura de Zelima, y ella de la de las demás, y de su gran bizarria. El Alcayde Mostafa fue recibido con mucho amor de todos los Cortesanos; el Rey le mandó sentar en un rico coxin cerca de sí, y le dixo: Holgado he de tu venida, y de la de tu hija, y queria saber, qué ha movido à traherla à Granada? El Alcayde le dixo: Poderoso Rey, y Señor mio, despues de venir à besar tus Reales manos, traygo à mi hija, paraque sirva à la Reyna mi Señora en compañia de las Damas, y de su hermana Galiana, porque no se halla en Almería, especialmente por el temor que tiene à los rebatos, que nos dán siempre los Christianos, me pareció, que estará mejor en Granada, que en Almería. Bien has hecho; (dixo el Rey) porque aqui estará en compañia de su hermana, y gozará de las fiestas que cada dia se hacen, aunque las pasadas fueron escandalosas. A esta sazon entró un Moro viejo, y dixo como un Cavallero Christiano paseaba la Vega, bien alistado de armas, en un poderoso cavallo, que ponia espanto su brio, y fortaleza, y no podia conocer quien fuese de cierto, por traher puesta la zelada. El Rey le dixo, que le procurasen conocer, y à este tiempo estaba en

el

el Alhambre él, y la Reyna en la Torre de Comares, por tener ya amistad con el Rey su Padre. Deseoso el Rey de ver al Cavallero Christiano, y de conocerle, subió à la Torre de la Campaña, y con él la Reyna, Cavalleros, y Damas (es la mas alta Torre del Alhambra, la qual señorea toda la Vega,) y mirando à ella, vieron un dispuesto Cavallero, armado de muy lucidas, y fuertes armas, en el escudo, y penacho una Cruz roxa, sobre un hermoso, y brioso cavallo, que se paseaba como si estuviese en su Patria. En viendo la Cruz roxa, dixo el Rey: No es posible, sino que aquel Cavallero es el Maestre de Calatraba, asi por la insignia, como por la osadía que ha tenido de llegar hasta la Ciudad; y quando Ponce de Leon vió al Rey, y las Damas, alzó la zelada, è hizo la reverencia debida. Y por todos conocido, le fue hecha cortesia, y en particular la Reyna, y las Damas. Hecho esto, puso Ponce de Leon un pendoncillo roxo en la punta de la lanza, que era señal de Batalla. Mostafà, Alcayde de Almería, pidió licencia al Rey, para salir à escaramuzar con D. Manuel Ponce de Leon; atento, que en una escaramuza le havia muerto un Tio suyo, y que quería vengar su muerte. No te metas

en

en eso, que Cavalleros hay en mi Corte, que salgan à escaramuzar. Todos los Cavalleros le pidieron licencia para ir à verse con Don Manuel, y un page les dixo, que no se cansasen, que ya havia salido de Palacio un Cavallero à escaramuzar. El Rey dixo: Quien le dió licencia? Respondió el page: Mi Señora la Reyna se la dió, porque él se la pidió. Y quien es el Cavallero que salió? Malique Alabez, dixo el page. Pues si asi es, yo me huelgo, porque es buen Cavallero, y hará como quien es; y pues son ambos tan valientes, será de vér la escaramuza. A muchos Cavalleros les pesó, porque iba Malique Alabez à la Batalla, y quien mas lo sintió fue su hermosa, y querida Cohaida, porque le amaba muy tiernamente, y no quisiera que se pusiera en tanto peligro; y pidiendo licencia à la Reyna se quitó de los miradores, por no vér la Batalla, y estuvo con mucha pena hasta saber el suceso de la escaramuza. El Rey, y los Cavalleros aguardaban que Malique Alabez saliese al Campo, y asimismo todos los populares, y por vér la escaramuza entre él, y el Christiano Cavallero. El Rey mandó, que saliesen cien Cavalleros armados, que fuesen en guarda de Malique Alabez, por si estuviese puesta

al-

alguna emboscada de Christianos. Asi como el Rey lo mandó se fueron à armar, y vinieron à la puerta de Elvira à aguardar que el valeroso Alabez viniese, para ir en su guarda.

CAPITULO VIII.

DE LA BATALLA CRUEL, QUE Malique Alabez tuvo con Don Manuel Ponce de Leon en la Vega, y de lo que sucedio.

ASi como el Christiano Cavallero puso el pendoncillo roxo en la punta de la lanza, se quitó de los miradores Malique Alabez, donde estaba con el Rey, y se fue à los miradores donde estaba la Reyna, è hincando la rodilla en tierra, le suplicó le diese licencia para salir à escaramuzar con aquel Cavallero Christiano; porque si se la daba, queria en nombre de todas las Damas hacer aquella escaramuza. La Reyna se holgó de ver el valeroso animo del valiente Malique Alabez, y con rostro alegre le dixo: Pues es vuestro gusto, Cavallero gallardo, servirnos oy, os lo agradecemos mucho. Alá os dé el succeso que deseamos; yo

os

os doy la licencia que pedís, è id en dichosa hora. Yo confio en Alá (dixo Alabez) que con estas mercedes alcanzaré victoria. Despidióse con esto de la Reyna, y al partirse miró à su Señora Cohaida, y la vió muy triste: Llegado à su casa, mandó ensillar el potro rucio, que su primo el Alcayde de los Velez le havia embiado, y que le diesen una fina adarga hecha en Fez, y una fuerte cota jacerina. Pusose encima de las armas una aljuba de terciopelo morado, toda guarnecida de texidos de Oro, y encima del casco se puso un bonete morado, y en él puesto un penacho de plumas pajizas, y blancos martinetes, y con él unas garzotas pardas, verdes, y azules. Apretó el bonete, y casco en la cabeza con una toca azul de seda, entretexida de Oro, dando buelta à la cabeza, haciendo de ella un turbante, en la qual asentò una rica medalla de Oro de Arabia, labrada de monteria, con unos ramos de laurel, que parecian naturales, las hojas eran de una muy fina esmeralda, y en medio de la medalla esculpida la efigie de su Dama muy al natural. El bizarro, y valiente Moro tomó una lanza con dos finos hierros, y bien armado de todo lo necesario, sobre un lozano cavallo salió de su casa, y fue por

la

la calle de Elvira, en la qual havia muchas Damas, las quales se holgaban de ver la bizarria, y gallardia de Alabez. En llegando à la puerta de Elvira, halló cien Cavalleros, que iban para su seguridad, todos muy bien armados; y en saliendo al Campo arremetieron sus yeguas los Moros, escaramuzando unos con otros, que era muy de ver. Pasaron todos juntos por delante de los miradores donde estaba el Rey, y la Reyna, y las Damas, è hizo Alabez arrodillar el cavallo, y el bizarro Moro inclinó quanto pudo la cabeza: haciendo grande acatamiento. Fuele correspondido por todos; y acercandose à D. Manuel Ponce de Leon, le dixo: Por cierto, Christiano Cavallero, que da tanto contento vuestro buen talle, que se hecha de ver bien ser vuestro valor mucho; y tengo gran gozo en que mi ventura me haya traído à verme con vos, y si la fortuna me fuese tan favorable, que alcanzase de vos la deseada victoria me tendria por el Cavallero mas dichoso del mundo, y si el hado triste, y mi mala suerte tiene determinado que quede cautivo, ò muera à vuestras manos, lo tendré à felíz dicha: y si es voluntad vuestra decidme el nombre que teneis, lo tendré en merced, porque sepa

de

de quien alcanzo gloria, ò muerte. El valiente Don Manuel Ponce de Leon escuchó las comedidas razones del Cavallero Moro, y por satisfacerle, le dixo: Noble Moro, qualquiera que vos seais, vuestro cortesano termino merece mucho, y por complaceros os lo diré. A mi me llaman Don Manuel Ponce de Leon, profesor de mi divisa; y pues ya sabeis mi nombre, si gustais de decirme el vuestro, me holgaré de saberlo. No seria termino del Cavallero (dixo el Moro) negar una peticion tan justa; yo me llamo Malique Alabez, soy de linage de Reyes, no será menosprecio vuestro el escaramuzar conmigo; y pues sabeis quien soy, y yo quien vos, empezemos nuestra escaramuza: y diciendo esto, rebolviendo los cavallos, se acometieron con tanta furia, que parecia haverse juntado dos peñascos. Juntos, pues, los dos valerosos Cavalleros, se daban tan recios, y desaforados golpes, y botes de lanzas, que causaba admiracion. No fueron bastantes los finos escudos paraque resistiesen la gran violencia de la fuerza con que con las lanzas se acometieron, porque ambos fueron falseados; y tornados à rebolver los veloces cavallos, con vueltas muy gallardas, proseguian su escaramuza el uno

con-

contra el otro. Grande era el contento que recibian todos los que miraban la cruel Batalla, por ver los ardides de Guerra, y las gentilezas que cada uno hacia por rendir à su contrario. Dos horas, y mas havia que batallaban los dos valientes Guerreros, sin que se pudiesen herir con las lanzas, porque aunque cada uno hacia sus diligencias para herir à el otro con la lanza, era en valde, respecto que se adargaban muy bien. El Moro vió, que el cavallo del valiente Don Manuel Ponce de Leon no tenia la velocidad que de antes, porque le pareció, que debia estar cansado, era asi, que lo estaba. Muy gran rato havia, que Don Manuel Ponce de Leon lo havia sentido; pero su esfuerzo suplia la floxedad del cavallo, y hacia todo lo que podia. No quiso mejor ocasion que aquella el astuto Malique Alabez, y aprovechandose della, empezó à dár bueltas, y acometimientos, y à rebolver el cavallo tan à menudo, y con tanta ligereza, que à Don Manuel Ponce de Leon le causaba grande admiracion. Todo esto hacia el valiente Moro, con intencion de acabarle de cansar el cavallo, y desatentarle, para en viendo ocasion executarla. Fue asi, que teniendo ya muy acosado el cavallo de Don Manuel

aco-

acometió à herirle por el brazo derecho; y Don Manuel fuelo à remediar, y rebolviendo con grande presteza al lado izquierdo, le hirió de una lanza, sin hacer resistencia la fina cota, porque el temple de los hierros de la lanza de Alabez era extremado. La herida fue peligrosa, y de ella salia mucha sangre. El valiente Don Manuel Ponce de Leon, sintiendose herido, mas bravo que su apellido, le enristró la lanza, al tiempo de rebolver para salirse por el lado descubierto, que el hierro entró por él à la carne, y abrió una muy peligrosa herida. No hay Serpiente, ni Aspid tan ponzoñoso, como estaba el Moro valiente, viendose mal herido, con una colera frenetica embistió à Don Manuel con la lanza, y pasandole el escudo, fue herido otra vez; y casi corrido Don Manuel, arremetió para el Moro con tal furia, que le dió otra herida peor que la primera. Andaban tan embriagados de colera, por verse heridos, que mientras mas batallaban, mucho mas se cebaban en su pelea, y no se reconocia ventaja en ninguno, y por esto muy enojado Don Manuel Ponce de Leon, por ver dilacion tanta, que havia quatro horas que escaramuzaban, y no se concluía la Batalla, entendiendo que estaba

la

la falta de la floxedad de su caballo, por estar tan sudado, y cansado, se apeó de él con una ligereza estraña, y cubierto con su escudo puso mano á su espada, y con animo belicoso se fue para el valiente Moro, el qual, como le vido á pie, se maravilló mucho, y confirmó ser de animoso corazon; mas por no ser reputado de villano, se apeó, y se fue para Don Manuel, fiado en su gran fuerza, y valor, cubierto con su adarga, y un alfange de Marruecos en la mano, y comenzó à dar tan grandes golpes, que Don Manuel sentia bien la fuerza de su brazo. No se descuidaba Don Manuel en herir á su contrario, y en defenderse de él, y era de tal suerte que no se juntaban vez, que el Moro no saliese herido, por ser mucha la destreza, y fortaleza de Don Manuel, por la mucha experiencia que tenia en las escaramuzas, como quien cada dia se veía en ellas. Y aunque el gallardo Moro procuraba herir á Don Manuel, no podia, por hallarse siempre muy bien adargado, y en lugar de herir, salia herido en cada entrada que hacia. A esta causa estaba maltratado, y con muchas heridas, y muy cansado, y desangrado, pero no por esto dexaba el valeroso Moro de batallar, y mostrar tanto esfuerzo como si empezára

en aquel momento. Fue muy de ver en esto hora ir el cavallo de Alabez al de Don Manuel, las clines erizadas, y con una furia estraña empezó á morder, y tirar coces, y se travó una escaramuza entre los dos cavallos, que causaba risa al Rey y á las Damas, y se admiraban de ver la fortaleza de los dos cavallos, aunque el del Moro llevaba lo mejor, porque estaba enseñado en aquello. Los dos valientes Guerreros continuaban su Batalla, aunque con notable daño de Malique Alabez porque estuvo á pique de rendirse, mas favorecióle la fortuna en este modo. Don Manuel habia dexado gran trecho de donde peleaban ochenta Cavalleros que traía para su guarda, y viendo que duraba tanto la escaramuza, se acercaron à los Guerreros, para ver el estado de la Batalla. Los cien Moros que eran de la guarda de Alabez, como vieron venir aquel lucido esquadron de Cavalleros, y tambien alistados, se rezelaron, y mas quando los vieron acercar tanto: entonces espoleando sus yeguas, arremetieron contra los Christianos con gran algazára. Los Christianos entendiendo que era traicion, por guardar à su Señor, les salieron al encuentro, y entre todos se travó una braba escaramuza, y san-

sangrienta Batalla. Peleaban valientemente, dandose terribles heridas, tanto que habia por el suelo muchos cuerpos sin almas. Visto por los Cavalleros la sangrienta Batalla de sus Soldados, sin causa, se apartaron para aquietarlos. Ambos Caballeros fueron à coger sus cavallos, y no habia quien se llegase à ellos, segun estaban en su pelea. Los Moros acudieron á favorecer à Alabez; y cogerle el caballo, y los Christianos à su Señor; y cogiendo el cavallo de Malique Alabez, subió en él Don Manuel Ponce de Leon, y con la lanza en la mano se metió entre los enemigos, hiriendolos, y maltratandolos. Alabez subió en el caballo de Don Manuel Ponce de Leon, y no se holgò del trueque aunque en bondad no debia nada al suyo, salvo que era mas ligero, y con su lanza en la mano se entró por los Christianos, haciendo mucho daño. El Rey, que vió la Batalla tan sangrienta, mandó tocar al arma, y que saliesen mil cavallos en socorro de los suyos. El valiente Alabez andaba buscando con mucha vigilancia á Don Manuel Ponce de Leon, y viendole quan enfrascado andaba en medio de la Batalla, le hizo señas que saliese fuera. El valiente Don Manuel salió muy gozoso, por concluir la

Batalla empezada entre ambos. Llegandose cerca, Alabez le dixo á Don Manuel: Cavallero esforzado y virtuoso, tu Nobleza me obliga à que te avise de un venidero peligro, y es, atiende el oído, y pues eres tan Soldado, entenderás el son y ruido de las caxas que se hace. Sabe, Noble Cavallero, que tocan al arma, y quando menos saldrán mil Cavalleros en mi socorro, y no ganarán nada los tuyos con la multitud que vendrá, aunque trahes buenos Cavalleros. Toma mi consejo, y desampara la Vega tu, y los tuyos, que à fee de Cavallero, que te importa mucho; y como tal te juro, que quando quieras que concluyamos nuestra Batalla, la acabarémos; yo te aviso como Moro hidalgo, haz á tu gusto. Yo te agradezco, Cavallero Moro, el aviso que me das, y quiero admitir tu consejo; y porque la primera vez que nos veamos hemos de acabar aquesta Batalla, no te doy tu cavallo. No es el mio peor que el tuyo, tratalo como yo trataré este. Diciendo esto, Don Manuel tocó una corneta, que era señal de recoger: asi como los Christianos oyeron la señal, dexaron la Batalla, y se juntaron con Don Manuel: lo mismo hicieron los Moros, y entrando Malique Alabez con sus cien Cavalleros por la

puer-

puerta Elvira, salia el socorro, y Alabez les hizo bolver. El Rey, y los Cavalleros salieron á recibir á Alabez, y le fueron acompañando hasta su casa, y fue curado de sus heridas. Don Manuel iba tan enojado, por no haver acabado la Batalla, que no hablaba à nadie, ni respondia à lo que le preguntaban. Hechaba la culpa à los suyos, porque habian ido à verlos lidiar, que si no fueran él consiguiera el fin deseado de la victoria, y era asi verdad, porque los Moros no se movieran, si no vieran venir á los Christianos. Y por esta Batalla se dixo el Romance siguiente.

ENsillenme el Potro rucio
del Alcayde de los Velez,
denme la adarga de Fez,
y la jacerina fuerte.
Y una lanza con dos hierros,
entrambos de agudo temple,
y aquel acerado casco,
con el morado bonete,
Que tiene plumas pajizas
entre blancos martinetes,
garzotas verdes y pardas;
antes que me vista, denme.
Traiganme la cota azul,
que me dió para ponerme

la muy hermosa Cohaida,
hija de Zelin Hamete;
Y la muy rica medalla,
que mil ramos la guarnecen,
con las hojas de esmeraldas,
por ser ramos de laureles.
Y decidle á mi Señora,
que salga, si quiere verme
hacer muy cruda Batalla
con Don Manuel el valiente,
que si ella me está mirando,
mal no puede sucederme.

CAPITULO IX.

EN QUE SE DA CUENTA DE UNAS fiestas solemnes, juego de sortija, que se hicieron en Granada; y como se iban mas encendiendo los vandos de los Zegries, y Abencerrages.

YA sabia el valeroso, y gallardo Moro Abenamar, como era el valiente Sarracino, aquel con quien habia tenido la pendencia aquella noche en la Plaza de Palacio, y estaba muy enojado contra él, porque le habia herido, è impedido de su musica; y mirando à los balcones, vió, que hacia Ga-

Galiana á Sarracino muchos favores, de lo qual sintió mucho dolor y pena, y procuró olvidar á la ingrata Galiana, visto, que no le admitia, ni se acordaba de lo que habia hecho en Almería y Granada en su servicio; y para executar su proposito, con todas veras puso los ojos en Fatima la bella, que ya la habian traído á Granada, y estaba tan hermosa como de antes, y con tanta salud, y tenia mucha esperanza el Moro galán, que no le seria ingrata Fatima, respecto de tener olvidado á Muza, por la certidumbre que tuvo de los amores que trataba con Daraxa. El Moro enamorado, empezó á servirla con muchas demonstraciones de amor. Fatima, qne vió las veras con que Abenamar la amaba y servia, comenzó á favorecerle, y amarle con grande amor, por su merecimiento, y por ser muy galán, discreto, y valiente. En este tiempo Daraxa, y Abenamin Abencerrage estaban ya para casarse, por lo qual el valeroso Muza habia puesto los ojos en la hermosisima Zelima, hermana de la bella Galiana, y no habia Cavallero de estima, que no tuviese puesto todo su amor en alguna Dama de Palacio; y así cada dia habia fiestas y regocijos en la Corte. El valiente Audalla amaba á la her-

hermosa Axa, y como era Cavallero Abencerrage, y muy preso de amor, por dar gusto à su Dama, ordenaba, y hacia muchas fiestas. El valiente Abenamar (por vengarse de la linda Galiana, y de Sarracino) suplicó al Rey, que se hiciese una fiesta el dia de San Juan, un juego de cañas y de sortija, y que él queria ser el mantenedor de ella. El Rey era muy amigo de fiestas, y porque se regocijase toda la Corte, y se exercitasen los Cavalleros, ordenó que se hiciesen, y por el contento que todos tenian de que hubiese escapado Malique Alabez de las manos de Don Manuel Ponce de Leon, que fue mucha ventura, y por la salud que ya tenia. Havida la licencia del Rey, mandó pregonar por toda la Ciudad el juego de cañas, y sortija, que qualquier Cavallero que quisiese correr tres lanzas con el mantenedor, que era Abenamar, saliese él, y truxese el retrato de su Dama; y que si fuese vencido el aventurero, habia de perder el retrato que truxese; y si el mantenedor fuese vencido, llevase el vencedor el retrato de la Dama del mantenedor, y una cadena de mil doblas. Todos los Cavalleros enamorados se holgaron del pregon en extremo; lo uno, por mostrar el valor de sus personas;

lo

lo otro, porque fuesen vistas las hermosuras de sus Damas, y con esperanzas de ganar al mantenedor su Dama, y cadena. El valeroso Sarracino entendió el motivo de Abenamar, y holgóse dello, que por aquella via entendia dar á entender à su Señora Galiana el valor de su persona, y él, y los Cavalleros amantes, que pretendian correr sortija, hicieron retratar sus Damas, como mejor, y mas al natural pudieron, y con aquellos vestidos y ropas que mas de ordinario acostumbraban traher, porque fuesen conocidas: El dia de San Juan venido, fiesta tan celebrada de todas las Naciones del mundo; todos los Caballeros Granadinos se adornaron de las mejores galas, y joyas que pudieron, así los que eran de juego, como los que no lo eran, salvo, que los del juego se señalaban en las libreas. Salieronse à la ribera del fresco Genil, y hechas dos quadrillas para el juego, la una de Zegries, la otra su contraria de Abencerrages, hizose otra quadrilla de Almoradies, y Vanegas, y otra contraria desta de Gomeles, y Mazas, y al son de muchos instrumentos comenzaron á jugar cañas. La quadrilla de los Abencerrages iba de Oro, y leonado, con labores muy costosas y diferentes, unos Soles por divi-

sas,

sas, y penachos encarnados. Los Zegries salieron de verde con texidos de Oro, y estrellas sembradas por las vestiduras, por divisas medias Lunas. Los Almoradies salieron de encarnado, y morado, muy ricamente aderezados. Los Mazas, y Gomeles salieron de morado, y pajizo. Era un espectaculo de grande admiracion el ver estas quadrillas, corriendo por la Vega de dos en dos, y de quatro en quatro; porque mas pareció Campo de Batalla, que Caballeros de juego. El Rey Chico estaba entre los Caballeros con unas vestiduras de inestimable valor; andaba con los Caballeros, solo por evitar ocasiones de pesadumbres que se podrian ofrecer. La Reyna, y todas las Damas estaban mirando el juego desde las Torres del Alhambra, que era mil contentos de ver el gran concierto que tenian, y la destreza de los jugadores. Los Caballeros Albencerrages, y Almoradies, fueron los que mas se señalaron aquel dia. El valeroso Muza, Abenamar, y Sarracino, hicieron cosas notables en el juego. Quando el Rey vido que andaba muy travado el juego, y que se iban encendiendo los Albencerrages, y Zegries, temiendo no hubiese otra desgracia como la pasada, mandó cesase el

jue-

juego, y luego fue obedecido, y empezaron un concertado caracol, y luego dieron muchas carretas, con lo qual concluyeron el juego de cañas. El gallardo, y fuerte Abindarraez se señaló aquel dia mas que ninguno de los jugadores, porque estaba su Dama la hermosa Xarifa mirandole. La Reyna dixo à Xarifa: Por dichosa te puedes tener, por ser tu galan tan bizarro y valiente; Xarifa disimuló, encendiendosele el rostro de verguenza que le dió de oir aquello. Fatima no apartaba los ojos de su Abenamar, por estar ya muy cautiva de su voluntad; y Xarifa entendiendo que miraba à su amado Abindarraez (porque se paseaban juntos los dos enamorados Moros) le dixo muy zelosa á Fatima: Muy grandes son las maravillas de amor; Fatima, hermana y amiga, que donde quiera que está no puede estar encubierto; porque brota por los ojos quando la lengua calla. No me podrás negar, amiga, que estás tocada de pasion amorosa, porque realmente tu hermoso rostro dá de ello clara señal, porque solias estar como la rosa en la zarza, y ahora te veo muy triste, y melancolica; y son todas estas mutaciones evidentes señales. que causa el incendio de la llama amorosa que en tu pecho labra;

y

y si no me lo niegas, el acusador de todo es el valeroso y gallardo Abindarraez; así no me debes negar ni encubrir tu secreto, pues sabes quan leal y verdadera amiga te soy; y mas te prometo por quien soy, que si mi favor y ayuda has menester para qualquier ocasion de tu gusto, de no negartela, como lo verás por la obra. Fatima, que era muy astuta, sagaz y discreta, luego entendió el blanco donde tiraba el pensamiento de Xarifa, porque ya sabia que trataba amores con Abindarraez, y no se lo quiso dar à entender, y disimulando le respondió: Si las maravillas de amor son grandes, no han llegado á mi noticia sus efectos; ni dellos tal experiencia tengo. El no tener mis colores como de antes, y estar melancolica, bien sabes que es la causa muy urgente; pues estas presentes fiestas me renuevan mi dolorosa llaga de las tristes pasadas, en las quales fue muerte mi amado Padre, y como dura los comenzados vandos entre Zegries, y Abencerrages. Y en caso que de amor me procedieran las causas que dices, te certifico, que nunca por Abindarraez fueran, porque en el juego de las cañas hay Caballeros, que son de tanto valor y bondad como él; y en comprobacion de mi verdad, el dia de la

sor-

sortija se verán los retratos de las Damas servidas, que los Caballeros sus amantes sacan, y entonces echaràs de ver si te he negado punto de la verdad. Con esto cesó la zelosa conversacion de los dos enamoradas Damas, y levantando Fatima los ojos para ver la travada escaramuza, viò entre los demás Caballeros á su querido Abenamar, qne hacia notables destrezas, conociόle la rendida Mora en un pendoncillo morado, con una F. de plata, y encima una media Luna de Oro, armas, y divisa de la bellisima Fatima. Habiendo escaramuzado el Rey, y los Caballeros desde antes que el Sol saliera, hasta los once del dia, se tornaron á la Ciudad, por aprestar lo que cada uno habia de sacar en el juego de sortija. Por este dia de San Juan, y fiesta que en él se hizo, que fue muy señalada y notable, se hizo aquel antiguo romance, que dice:

LA mañana de San Juan,
al punto que alboreaba,
grande fiesta hacen los Moros
por la Vega de Granada.
Rebolviendo sus caballos,
jugando van de las lanzas,
ricos pendones en ellas,

labra-

labrados por sus amadas.
Ricas aljabas vestidas
de Oro y seda labradas:
el Moro que amores tiene,
alli bien se señalaba.
Y el Moro que no los tiene,
de tenerlos procuraba:
miranlos las Damas Moras
desde las Torres de Alhambra,
Entre las quales habia
dos de amor muy lastimadas,
la una se llama Xarifa,
la otra Fatima se llama.
Solian ser muy amigas,
aunque ahora no se hablan;
Xarifa llena de zelos,
à Fatima le hablaba:
Ay Fatima, hermana mia
como estás de amor tocada,
solias tener colores,
veo que ahora te faltan!
Solias tratar amores,
ahora obras, y callas;
pero si lo quieres ver,
asomate á esa ventana,
Y verás à Abindarraez,
y su gentileza, y gala.
Fatima, como discreta,

de

de esta manera le habla:
No estoy tocada de amores,
ni en mi vida los tratára;
si se perdió mi color,
tengo de ello justa causa,
Por la muerte de mi Padre,
que aquel Alabez matára;
y si amores yo quisiera,
está, hermana, confiada,
Que allí veo Cavalleros
en aquella Vega llana,
de quien pudiera servirme,
y dellos ser muy amada.
De tanto valor, y esfuerzo,
qual de Abindarraez alabas.
Con esto las Damas Moras
pusieron fin á su habla.

Habiendo el Rey, y los demás Caballeros ocupado los miradores de la plaza nueva (donde se habia de hacer el juego de sortija) vieron junto á la Fuente de los Leones una rica, y hermosa tienda de brocado verde, y junto á la tienda un alto aparador, con un dosel de terciopelo verde, y en él puestas muy ricas joyas de Oro, y en medio dellas estaba una riquisima cadena, que valia mil doblas de Oro; y aquesta era la cadena del pre-

premio, sin el retrato de la Dama, que con ella se ganaba. No quedaba en toda la Ciudad hombre, ni muger, que no viniese á ver aquella fiesta, y no faltaron en ella los moradores de los Lugares circunvecinos. No tardó mucho espacio de tiempo, quando se oyó muy dulce son de Ministriles, que salian por la calle del Zacatin, y la causa era, que el valeroso Abenamar (mantenedor de aquella sortija) venia à tomar su puesto, y su entrada fue desta manera: Primeramente, quatro hermosas azemilas de recamara, todas cargadas de lanzas para la sortija, con sus reposteros de damasco verde, todos sembrados de muchas estrellas de Oro, y petrales de cascabeles de plata, y cuerdas de seda verde. Estos fueron con hombres de à pie y de caballo, sin detenerse hasta donde estaba la tienda del mantenedor, y alli junto fue armada otra muy rica tienda de seda verde, y en ella fueron puestos por buen orden todas aquellas lanzas. Trás estos venian treinta Cavalleros muy ricamente aderezados de libreas verdes, y roxas, con muchos sobrepuestos de plata, todos con plumas blancas y amarillas. Venian quince de una parte, y quince de otra, y al fin de todos ellos en medio venia el ani-

moso, valiente Abenamar, con un vestido de brocado verde, obrado à muchisima costa, marlota, y capellar de inestimable valor, y precio. Traía una yegua rodada, los paramentos, y guarniciones de la yegua eran del mismo brocado verde, tesera, y penacho muy rico, de verde, y encarnado, y asimismo lo llevaba el muy Noble, y valeroso Cavallero Abenamar. Llevaba el gallardo mantenedor sembradas muchas estrellas de Oro finisimo por todas sus ropas, y vestiduras, y en el lado izquierdo sobre el rico capellar un Sol muy resplandeciente, con una letra que decia:

Solo yo, sola mi Dama,
Ella sola en hermosura,
Yo solo en tener ventura
Mas que ninguno de fama.

Esta misma letra se echaba por la Plaza. Despues del valiente Abenamar, venia un rico Carro triunfal, adornado de muchas sedas; traía hechas en él seis gradas muy bien aderezadas, y por encima de la mas alta grada havia un arco triunfal de estraña hechura, y debaxo de él una rica silla, y en ella sentado, y puesto el retrato de la hermosa

Fatima; y era tan perfecto, que si su original no estuviera con la Reyna, dixeran que era ella. Causaba admiracion ver el adorno, y gala del retrato, que no havia Dama, que no la embidiase. Era el vestido Turquesco, de muy estraña, y no vista hechura, la mitad pajizo, y la otra mitad morado, y todo sembrado de estrellas de Oro, y con muchos texidos, y recamados de Oro, el aforro era de tela de plata azul, el tocado artificioso, y galán sus cabellos sueltos, como una madexa de Oro de Arabia, sobre ellos una hermosa guirnalda de rosas blancas, y roxas, muy natural. Sobre su cabeza parecia el Dios de amor, niño, y desnudo con las alas abiertas, y plumas de mil colores; estaba poniendo la guirnalda à la bella imagen, y à los pies de ella estaba el arco, y aljava de Cupido, como por despojo de rendido. Tenia en las manos un ramillete de violetas, que parecian ser acabadas de coger. De aquesta suerte iba el bello retrato de la hermosa Fatima, que agradaba su vista à todos. El Carro en que iba tiraban quatro yeguas mas albas que la nevada sierra. Despues del Carro iban treinta Cavalleros de libreas verdes, y encarnadas, con penachos de las mismas colores. De la formaa di-

dicha entró el gallardo, y valeroso Abenamar, mantenedor de la justa, y al son de los ministriles, y otros diferentes instrumentos musicos, que llevaba, dió buelta por la Plaza Nueva, paseando por debaxo de los miradores donde estaba el Rey, quedando admirado él, y los Cavalleros de la gallarda invencion, y traza. Asi como llegó el Carro à los miradores de la Reyna, ella, y las Damas se admiraron de ver la belleza, adorno, y galas de la efigie de la hermosisima Fatima, y quan natural era à su Señora. Fatima estaba junto à la Reyna, y con ella Daraxa, Sarracina, Galiana, Zelima, Cohaida, y Alboraya, y otras Damas, cifra todas de la hermosura; y alegrandose de ver la invencion que Abenamar trahía, la dixeron: Por cierto, Fatima bella, que si como lleva la ventaja vuestro galán, y defensor Cavallero Abenamar à todos los demás en industria, cifras, y galas, la llevase en defenderos, y alcanzar el premio de la victoria, que os podeis tener por la mas dichosa, y bien afortunada Dama del mundo. Fatima disimulando lo posible, respondió à las Damas, diciendo: No sé yo con que intento ha hecho Abenamar lo presente; pero si bien advertís, son novelas de Cavalleros, y por esta

via querria obligarme, el no me dá cuidado ninguno; ni es cosa que me toca, y eso se me dá que me defienda, que no. No sin mysterio (dixo Xarifa) el Cavallero Abenamàr se ha puesto à hacer el desafio à todos los Cavalleros enamorados, y à sacar tu retrato. Ese motivo de Abenamar (respondió la hermosa Fatima) él solo lo entiende, y cada uno hace, ò deshace à su gusto, sino mira à Abindarraez, que por tí, ò por la que à él le está bien, tiene hechas cosas muy dignas de memoria. Lo de Abindarraez para conmigo (dixo Xarifa) es cosa muy publica, y saben todos los de la Corte, que es mi Cavallero, pero ahora lo de Abenamar nos parece à todas cosa muy nueva: y cierto me pesaria si Abindarraez, y Abenamar fuesen competidores. Y que lo sean, ò no, qué pena te dá à tí? Dixo Fatima. Dame pena (respondió Xarifa) que tu retrato (que hoy ha entrado con tanto ornato) viniese à mis manos. Pues por tan cierta tienes la victoria de parte de tu Abindarraez (dixo Fatima) que ya me tienes por tuya? Pués no tengas tanta confianza en tu amante Cavallero, que el que hizo un desafio general, y ha hecho tantos gastos, y se ha esmerado tanto en la efigie, que no sabrá muy bien defender

su

su partido: y al fin son casos de fortuna, sujetos à ella. La Reyna, que estaba oyendo la disputa de las dos Damas, lés dixo: De qué importancia es tratar cosas de que se saca poco fruto? Ambas sois iguales en hermosura, hoy verémos quien lleva la palma, y gloria; y cese esa platica, y atiendase al fin de la aventura. Con esto dieron fin à sus razones, y mirando à la Plaza, vieron como Abenamar, haviendo dado buelta à toda ella, llegó à la rica tienda, y haviendo puésto su rico Carro junto al aparador donde estaban muchas, y muy ricas joyas, mandó poner el retrato de la hermosa Fatima al son de muchas dulzaynas, y ministriles, con que recibieron todos mucho gusto. Luego se apeó del cavallo, y dandolo à sus Criados se sentó à la puerta de su tienda en una muy rica silla, aguardando que entrase algun Cavallero aventurero. Todos los Cavalleros que havian acompañado al atrevido, y esforzado Abenamar, se pusieron à una parte, haciendo todos una larga, y vistosa carrera. Estando ya los Jueces puestos en un tablado, en lugar, y parte que pudiesen múy bien ver correr las cañas, aguardaban todos que entrase algun aventurero. Los Jueces eran dos Cavalleros Zegries muy honrados, y

dos

dos Gomeles, y un Abencerrage, llamado Abencarcax, este era Alguazil Mayor en Granada, oficio, y cargo que no se daba, sino à Cavalleros de gran cuenta, y de valor. No tardó mucho en oírse un gran ruído de musica de añafiles, y trompetas, y mirando ácia la calle de los Gomeles, vieron desembocar por ella una bizarra quadrilla de Cavalleros con una librea de damasco encarnado, y blanco, con muchos frisos, y texidos de Oro, y plata. Los penachos, y plumas eran blancas, y encarnadas. Pasada la quadrilla, iba un Cavallero en un cavallo tordillo vestido à la Turquesca, paramentos, y cimeras de brocado encarnado, con todas las bordaduras de Oro, penachos de las mismas colores, de mucho precio, y valor; la marlota, y capellar sembrada toda de mucha pedreria de inestimable valor. Asi como lo vieron, fue de todos conocido, que era el animoso, y bravo Sarracino: trás de él venia un Carro labrado à mucha costa, encima del qual se hacian quatro arcos triunfales de estraño artificio, en los quales estaban pintados al olio todos los asaltos, y Batallas que havian pasado entre Moros, y Christianos en la Vega de Granada, entre las quales estaba aquella Batalla tan reñida,

que

que pasó entre el valiente, y valeroso mancebo Garcilaso de la Vega, y Audalla, Moro de gran fama, sobre el Ave Maria, que llevaba escrita en la cola de su cavallo. Tan naturales parecian en la pintura, que era cosa muy peregrina. Debaxo de los quatro arcos triunfales se hacia un Trono en redondo, que por todas partes se podian bien ver, el qual era de un blanco, y finisimo alabastro, y en él entretalladas muchas, y diversas labores. Venia puesta encima del Trono una Imagen muy hermosa, vestida de brocado azul, y con muchos recamados, y franjas de Oro, todo ello de mucho precio, y estima. A los pies de la bella Imagen estaban muchos militares despojos, y trofeos, y el Niño Amor vencido, y arrodillado ante ella, quebrado su arco, rota su aljava, y tirando la Imagen à todas partes las saetas, denotando, à que à todos heria de amores. El bravo Sarracino llevaba una divisa de un mar, y en ella un peñasco, combatido de muchas ondas, y una letra, que decia:

Tan firme está mi fee como la roca,
Que el viento, y la mar siempre le toca.

Esta letra se derramaba por la Plaza, para

que

que à todos fuese manifiesta. Asi entró el valeroso Sarracino con su Carro, no menos rico, y costoso, que el del mantenedor Abenamar, el qual Carro tiraban quatro cavallos bayos muy briosos, y ricamente enjaecidos, con paramentos, y sobre señales encarnadas. Tras el Carro venia una lucida quadrilla de Cavalleros, con libreas encarnadas, y asi con solemne musica dió buelta el bravo Sarracino à la Plaza, dando à todos los que lo miraban muy gran contento. Luego conocieron todos el retrato, que era de la bellisima Galiana. Decia todo el vulgo: Bravo competidor tiene el mantenedor. La Reyna admirada de la singular destreza del Artifice, que retrató aquel bello trasunto, y qual natural estaba con su original, se bolvió à Galiana, y la dixo, admirada; Secreto estaba este negocio para conmigo; no me podrás negar ahora de tus amores, bizarro, y galán Cavallero has escogido; no le faltará nada de esto à Abenamar, pero en este caso, por ser de gusto, no hay que disputar: Galiana disimulando calló. El Rey dixo à los Cavalleros: No es posible, sino que hoy hemos de ver cosas dignas de memoria, porque el mantenedor es muy esforzado, y los aventureros valerosos, porque

que cada uno ha de procurar de alcanzar la victoria, por defender su Dama, y por ganar el primero del contrario. Y mirando ácia Sarracino, vieron como despues de haver dado buelta por la Plaza, mandó arrimar su Carro à un lado de ella, y paseandose se fue à la tienda del mantenedor, y le dixo: Cavallero, ya sabrás à que es mi venida, pues te prometo se me hace un siglo hasta correr las tres lanzas puéstas, porque entiendo por muy cierto, que ha de gozar mi adorada Dama el retrato de la tuya, y la estimada cadena; y si mi desgraciada suerte tuviere ordenado, que pierda el bello retrato de mi Señora, llevarás junto con él esta preciosa manga, labrada por mi Dama, la qual tiene de valor quatro mil doblas. Era asi, que tenia aquel valor, porque estaban bordados todos los extremos de aljofar, perlas, y pedreria; y por ella se dixo este Romance.

EN el quarto de Gomares
la muy hermosa Galiana
con estudio, y gran destreza
labraba una rica manga,
Para el fuerte Sarracino,
que por ella juega cañas;
la manga es de tal valor,

que

que precio no se hallaba.
De aljofar, y perlas finas
la manga iba esmaltada
con muchos recamados de Oro,
y lazos finos de plata.
De esmeraldas, y rubies
por todas partes sembrada:
muy contento vive el Moro
con el favor de tal Dama,
La tiene en el corazon,
y la adora con el alma;
si el Moro mucho la quiere,
ella mucho mas le ama.
Sarracino lo merece,
por ser de linage, y fama,
y no lo hay de mas esfuerzo
en el Reyno de Granada.
Pues si el Moro es de tal suerte,
bien merece à Galiana,
que era la Mora mas bella,
que en muchas partes se hallaba,
Muchos Moros la sirvieron,
nadie pudo conquistarla,
sino el fuerte Sarracino,
que ella de él se enamorára,
Y por los amores de él
los de Abenamar dexára;
contentos viven los dos
con

con colmadas esperanzas,
Que se casarán muy presto
con regocijo, y con zambras,
porque entiende el Rey en ello,
y tiene ya la palabra,
Del Alcayde de Almería,
que es el Padre de Galiana,
y asi en Granada se dice,
que se casarân sin falta.

Finalmente, la manga no tenia precio su valor; y el fuerte Sarracino, confiado en su gallardia, y destreza, quiso poner la manga en aventura de perderla, no considerando el bravo competidor que tenia delante; el qual como asi oyó hablar al Sarracino, dixo, que aquel era el premio del vencedor, en corriendo tres lanzas mejores que el contrario; y si era vencido, perdia su Dama, y joyas. Y diciendo esto, pidió que le diesen un cavallo, de ocho que tenia enjaezados, como se ha dicho, y tomando una gruesa lanza de sortija, se fue paseando por la carrera, con tanto donayre, gentileza, gala, y brio, que à todos los que le miraban les daba gran contento. Y visto la bizarria que tenia, dixo el Rey à los Cavalleros: No se niegue el buen parecer, y postura que tiene Abe-

Abenamar à cavallo, y quan bien le están sus galas. Sarracino tambien es buen Cavallero, y hoy verémos quien lleva la palma del vencimiento. A la sazon llegó al cabo de la carrera Abenamar, y haciendole dár à su cavallo una buelta en el ayre, dió un brinco muy alto, y luego partió como un rayo, y enmedio de la carrera, con grande gallardia tendió su lanza con un donayre gracioso, y llegando à la sortija, dió por el extremo de arriba, y por muy poco no se llevó la sortija en la punta de la lanza, y no valia nada la que no se llevaba la sortija dentro del hierro, y no se podia ganar el premio, sino era de està manera. Y deteniendose miró à ver la suerte que haria el aventurero Sarracino, el qual estaba muy confuso, y descontento, haviendo visto el golpe que havia hecho el valeroso Abenamar, y mostrando buen animo (confiado en su mucha destreza) tomó una lanza, y poniendose en la carrera, arrancó con tanta velocidad, como si fuera una bala despedida de una culebrina, por la gran violencia de la encendida polvora, y teniendo la lanza, la llevó tan guiada, que la metió por medio de la sortija, y se la llevó dentro de la lanza. Toda la gente que estaba mirando la justa, dieron muy

muy grandes voces, diciendo: Abenamar ha perdido su Dama, y cadena, y la ha ganado el vencedor Sarracino, porque la fortaleza le ha sido muy favorable, y está de su parte la victoria. Quan ufano quedó Sarracino con la algazara que levantaron todos, no se puede encarecer, porque ya se consideraba poseedor de los premios del vencido, y asi dixo, que entregará el retrato, y la cadena, pues lo havia ganado. Mas el valeroso Muza, que era padrino del mantenedor Abenamar; replicó, que no havia ganado, porque eran tres lanzas las que havian de correr, y faltaban las dos. El padrino de Sarracino (que era un Cavallero Azarque) dixo, que era ganado el premio con aquella lanza, y todos daban voces, cada uno alegando su derecho. Los Jueces dixeron, que callasen, que ellos lo determinarian, y fue determinado, que no havia ganado Sarracino, atento que faltaban dos lanzas por correr. Sarracino estaba ardiendo en viva colera, porque no le daban los premios ya ganados por la voz del Pueblo, y mas se encolerizó quando sentenciaron, que aun no havia ganado. No estaba con menos colera Abenamar, que Sarracino, y por haver perdido la primera lanza, porque el vulgo

ha-

havia dado el lauro à Sarracino. Quien en estos debates miràra à Galiana, viera en su rostro una mudanza estrañisima de alegria, que tenia por la desgraciada suerte que havia tenido en la lanza pasada el gallardo Abenamar, y lo contrario se viera en Fatima, por la buena dicha de Sarracino, aunque con discrecion disimulaba su pena; pero no tanto que no se le sintiese. Y Xarifa (como Dama en quien havia tanta discrecion) le dixo à Fatima: Amiga, mal le vá à nuestro Cavallero, y galán Abenamar; si asi es hasta el fin, no le arriendo la ganancia. No tengo cuenta con eso (respondió Fatima) pero si ahora le ha ido mal, podrá ser que le vaya bien despues, y tanto que te pese, lo qual verémos al fin. Bien dices (dixo Xarifa) y eso aguardo; cree que los buenos principios siempre trahen buenos fines. Eso niego, (dixo Fatima) y espero que me dirás que tengo razon, por este simil. Bien has visto, ù oído, que un enamorado galán (en las primicias de sus amores) sirve à su Dama con gran cuidado, siendo puntual en el darle gusto, en regalarla, en darle musicas, en rondarle la casa, en idolatrarla. Hacele mil promesas, que mientras mas fuerte, mas la servirá, y querrá, y que tan im-

imposible será el dexar de quererla, como dexar el Sol de calentar en el Estío, y querer arrebatar con la mano la luciente Luna de su lugar, y como mover montes de una parte à otra en un instante, y otros muchos imposibles que dicen; y sobre todo el casarse con ellas todo con motivo, y fundamento de gozar la Dama à quien desean. La inocente obligada con obras, y promesas, entregale su libertad, viene en su deseo, y gozala. Aquestos son buenos principios Xarifa? Ella respondió, si. Dixo Fatima: Pues apenas ha gozado la rendida Dama el fraudulento Amante, quando porque pasando un Cavallero por su casa, y se quitó el bonete por cortesia, diciendo luego que es su galán, y que no se admira que quien entregó su honor à él, lo entregará à muchos, no queriendo advertir el perverso, y fementido amante, que debaxo de sus promesas, y juramentos se le rindió la desdichada Dama, y aun en mas fuerte caso. (Mira Xarifa quanta es la malicia de los que esto usan, y trahen por flor) que por solo que le dió algun rayo de Sol en su balcon, desisten de la amistad de la recogida Dama, y la dexan burlada, presa de amor, y deshonrada, por cuya causa viene à tener

de-

desastrado fin. Son estos buenos fines? No por cierto (dixo Xarifa) y confieso ser asi lo que dices, y pasa asi hoy en el mundo, y reconozco yo algunos hijosdalgo pobres, cuyas hermosuras han gozado algunos Cavalleros, y solo por ser pobres las han dexado, y están arrinconadas, y perdidas para siempre. Y asi debemos las doncellas escarmentar en cabeza agena, y no creer à nadie de ligero, sino ir con el gusto de nuestros Padres. Y si te pareciere, mirémos à los justadores, y mirandolos, vieron como Abenamar tomó otro cavallo, y lanza, y aunque disimulando, ardiendo en colera, por la mala suerte pasada, arrancó à toda furia, y teniendo la lanza, llevó derecha como una caña, y pasando por la sortija como un pensamiento, se la llevó dentro de la lanza. La gente dió gran grito, diciendo: El mantenedor vá victorioso. Sarracino dió la carrera con muy gran desenfado, y gallardía, y enristrando la lanza con cuidado, tocó en un lado à la sortija, y no hizo efecto ninguno. Abenamar dixo à Sarracino: Cavallero, otra carrera nos queda para que concluyamos nuestro pleyto; corramosla luego. Y diciendo esto, pidió una lanza, y en dandosela, fue poco à poco, y puesto en

en la carrera, la dió tal, con la lanza tan bien puesta, que embocandola por la sortija, se la llevó dentro. Entonces fueron las voces de toda la gente mas levantadas de punto, diciendo: Ganado ha el mantenedor sin duda; suyo es el retrato hermoso de Galiana, y la manga rica. Bien se parecia en Galiana el sentimiento que en su alma tenia, por la poca esperanza que tenia, de que su enamorado Sarracino ganase; el qual se puso en la carrera, y al llegar à la sortija, dió con la punta de la lanza en un extremo, que con el movimiento cayó en el suelo. En parando el cavallo de Sarracino, fue llamado por los Jueces, y le dixeron, que havia perdido el retrato de su Dama, y la rica manga. E Moro respondió: Si ahora en juego he perdido, en escaramuzas sangrientas ganaré. Abenamar, que con él estaba picado, por lo que ya hemos dicho, le respondió: Que si por via de escaramuza entendia de cobrar algo de lo perdido, que le avisase si queria luego cobrarlo, ò que se quedase para quando mas quisiese, que él le cumpliria de justicia à medida de su deseo. Los Jueces, y Padrinos lo apaciguaron, y no consintieron, que se tratase mas en aquel caso. Y Sarracino se salió de la Plaza,

junto con los Cavalleros que le acompañaron. Abenamar mandó poner los ricos despojos à los pies de retrato de Fatima su Señora, sonando al ponerlos muchos instrumentos musicos. El gozo, y alegria que sintió la discreta, y hermosa Fatima, fue grande, por la alcanzada victoria; y mas quando vió à los pies de su bello retrato trofeos tan ricos, y estimados, aunque todo este regocijo lo celebraba entre sí, por disimular el mucho amor que tenia à Abenamar, porque ella no queria, que con certidumbre se supiese lo que sospechaban, en lo qual era de diferente gusto que las otras Damas de Palacio, que se holgaban, que sus negocios se supiesen.

CAPITULO X.

EN QUE SE DECLARA EL FIN QUE tuvo el juego de la sortija, y el desafio que huvo entre el Moro Albayaldos, y el Maestre de Calatrava.

YA se ha dicho como Sarracino salió de la Plaza lleno de corage, por haver tenido tan mal succeso en el juego de sortija; y lo que mas sentia era, haver perdido el bello

bello retrato de su Señora , y en llegando à su casa se despidieron de él todos los Cavalleros , que le havian acompañado , y él muy ayrado se despidió de ellos , y se apeó del cavallo , y se quitó la cimera de plumas , y toda la librea , y con iracunda colera dió con todo en el suelo , y se subió à un aposento , recostandose encima de su cama, asi empezó à quexarse de su corta ventura, y contra sí decia : Dí , baxo Cavallero , ruin, y de poco valor , qué cuenta darás à tu Señora Galiana de su retrato bello , y rica manga , perdido todo por tu poco esfuerzo , y valentía ? Con qué rostro , di osarás parecer en su presencia ? O Mahoma traydor, perfido , y engañador ! En el tiempo que havias de favorecer mis esperanzas , me faltaste ? Dí enemigo falso , no te acuerdas , que te prometí hacer toda tu efigie de Oro , y de quemar en tu mezquita mucha cantidad de incienso , si me dabas victoria este dia ? Pues por qué , engañador , me la negaste ? Pero bien entiendo de cierto , que no tienes ningun poder. Pues vive Alá , que por vengarme de tí me tengo de bolver Christiano, y he de seguir aquella Santa Ley , y dexar tu falsa secta , que por aqui se salvará mi alma perdida. Estas , y otras muchas cosas

decia Sarrarino, consolandose con su buen proposito. Galiana sintió mucho la desgraciada suerte de su querido amante, y se le echava bien de ver, pero con su discrecion lo disimulaba, hablando con la Reyna, y las Damas, las quales la consolaban, diciendo: Que no porque su Cavallero huviese perdido su retrato; no quedaba cautiva, que se riese de todo. Ninguna pena tengo de eso (dixo Galiana) porque son aventuras de Cavalleros. Y aunque decia eso, tenia en su alma una mortal embidia, y entre sí decia: Ay Abenamar victorioso, y como ahora te vengarás à tu gusto en mi retrato, de la ingratitud que contigo usé; y quan ufana, y gozosa estará tu Dama con los vencidos despojos! Por quan dichosa se tendrá, y con razon! Quando con tanta aficion labraba yo la costosa manga: no entendí que la gozára quien ahora la posee. Zelima la consolaba, de secreto, diciendola, que no diese nota de sí con hacer extremos, porque no fuese sentida de la Reyna, y de sus Damas. Galiana disimuló lo mejor que pudo su dolor, y pena, y procuró desecharla. Estando en esto se oyó un gran ruído por toda la Plaza, y mirandola toda, vieron que entraba por la calle de Elvira una gran serpien-

piente, echando de sí mucho fuego; trás de ella venian treinta Cavalleros ricamente vestidos de una librea blanca, y morada, con penachos de la misma color ellos, y sus cavallos, cuyas cubiertas, y paramentos eran de lo mismo. Enmedio de ellos venia un cavallo sin Cavallero, con cubiertas, y guarniciones de brocado morado, y blanco, con penachos en la testera de lo mismo. Venia con ellos una sonorosa musica de ministriles, y dulzaynas. La serpiente dió una buelta à toda la plaza, y enfrente de los miradores del Rey, y la Reyna, y de los Cavalleros, y Damas, se estuvo queda, echando por la boca, y oídos muchisimo fuego; y era tan grande el estrepito que hacian los cohetes, ruedas con invenciones de fuego, que por la boca le salian, que dió mucho gusto à los que la vieron. Y con el artificio que tenia la sierpe, mediante el fuego que la quemó toda se abrió por medio, y pareció entonces un Cavallero vestido de brocado morado, y blanco, con muchos recamados de Oro, y texidos de plata; el penacho era de plumas blancas, y moradas. Con él estaban quatro salvages muy al natural, los quales tenian una rica silla guarnecida de terciopelo morado, la clavazon de Oro,

en

en la qual estaba el retrato de la hermosa Xarifa, el qual fue luego conocido, y el Cavallero ser Abindarraez. El retrato bello estaba vestido de brocado blanco, y morado, de luceros de Oro, y las orlas bordadas de Oro, y plata con un tocado vistoso. Estaba tan natural el retrato, que era muy semejante al original. El Rey, y la Reyna, y todos miraron à Xarifa, que con una honesta verguenza se le encendió el rostro, con que aumentó su hermosura, y la Reyna le dixo: Llegado ha Xarifa, la hora en que se ha de ver el valor de vuestro Cavallero, y si alcanza victoria del mantenedor Abenamar: Haga la fortuna lo que quisiere (dixo Xarifa) que tan buen rostro haré à lo uno, como à lo otro. Y con esto cesaron, por ver lo que haria el Abencerrage, espantandose de que no le huviese ofendido el incendio. El Cavallero pidió luego su cavallo, y trahído subió en él, y fue dando una buelta à la Plaza, acompañado con sus Cavalleros, llevando enmedio à los salvages que llevaban la silla, y en ella el retrato de la hermosa Xarifa, que à todos admiraba su belleza, y maravilloso ornato. Y en llegando adonde estaba el invencible Cavallero Abenamar, se arrimaron los quatro salvages à los dos Carros

ros triunfales, que estaban junto al aparador de las joyas preciosas, y ricas, y levantando la rica silla en alto la pusieron sobre sus ombros; porque el hermoso, y bello retrato fuese bien visto de todos. El valiente Abindarraez se llegó al mantenedor, y le dixo: Vencedor Cavallero, sois servido que corramos tres lanzas con las condiciones dichas? Abenamar dixo: Para eso estoy aqui, y tomando una lanza, lozaneando su cavallo, se puso en la carrera, y corrió tambien, que se llevó la sortija dentro de la lanza, y bolviendose, la mandó poner en su lugar. No se espantó Abindarraez, antes cobró un nuevo animo, y puesto en la carrera, fue tal, y tan seguida la lanza, que en el hierro de ella quedó la sortija metida. La gente toda movió gran ruído, y vocería, mas luego se puso en silencio, por ver el fin de las otras dos lanzas. El mantenedor enojado por el successo de su contrario, tornó à la carrera, y fue con tal brio, y buen pulso en la mano, que llevó segunda vez la sortija en la lanza. El gallardo Abindarraez hizo lo mismo en la segunda carrera. Levantando gran grita todos, decian: No lleva ventaja el mantenedor al aventurero, iguales son en todo. Grandes eran los temores

de

de las bellas Moras, Fatima, y Xarifa, por no saber quien havia de ser el vencedor, por estár su buena, ò mala suerte en la lanza que faltaba, aunque ambas estaban confiadas en el esfuerzo, y valor de sus galanes. El animoso Abenamar tomó otra lanza, y con donayre grande espoleó su cavallo, y se bolvió à llevar la sortija, no con poco contento suyo, y de su Señora Fatima, la qual haviendo visto el buen succeso, y ventura de su Amante, no cabia de contento, y mirando à Xarifa, la vido robado el color hermoso de su rostro, y riendose le dixo Fatima: Hermana Xarifa, mal has cumplido la palabra que dixiste à la Reyna mi Señora, pues si te acuerdas, diciendote que era llegado el tiempo, en que se havia de ver el esfuerzo de tu Cavallero, en alcanzar victoria, respondiste, que tan buen rostro harias à lo uno como à lo otro: cómo tan presto se te mudan los colores? Consuelate, que será posible le suceda bien en la lanza venidera. En duda pongo eso (dixo la Reyna) à maravilla tendré, que Abindarraez lleve la sortija. Y mirandole, vieron como partió, y dió al soslayo la lanza en la sortija. Luego se oyó la acordada musica del mantenedor en señal del vencimiento. El gallardo Abin-

dar-

darraez fue llamado por los Jueces, y le dixeron, que ya sabia como havia perdido el retrato, que se lo entregase al vencedor. El dixo: Pues es asi, entreguese en él, que bien sé que hoy le favorece la fortuna, y à mi me ha sido adversa, y lo que me consuela es, que ha sido mi perdida en juego, y no en escaramuza, y pelea. Mas aunque decia esto Abindarraez, le quedaba otra cosa en su pecho, que no quisiera haver perdido el retrato de Xarifa, por quanto valia todo el mundo. Luego se puso el retrato de Xarifa à los pies de Fatima, sonando la musica del mantenedor. La Reyna viendo poner el retrato, dixo à la hermosa Xarifa: Estás satisfecha, que el retrato de Fatima ya no vendrá à tus manos? No te decia yo, que no hablases de confiada? Pues mira tu retrato à los pies del de Fatima. No sabes, que Abenamar es uno de los buenos Cavalleros de la Corte, y que Abindarraez, ni ningun otro Cavallero no le llevará ventaja; y atiende, y verás como no han de ser solos los retratos, que ahora están rendidos. Basta (dixo Xarifa) que la ventura de Abindarraez ha sido corta en esto, y consuelome, que en otras ocasiones ha sido muchas veces venturoso. Abindarraez se salió de la Plaza,

lle-

llevando consigo todos los de su guarda, y los quatro salvages; y antes que saliesen le mandaron llamar los Jueces, para darle joya por galán, y buena invencion. Y buelto uno de los Jueces (que fue Abencerrage) descolgó dos ajorcas de Oro, de precio de doscientos ducados, y se las dió. Abindarraez las tomó con mucha alegria, y las puso en la punta de la lanza al son de sus musicos, y fue muy acompañado à los miradores de la Reyna, y haciendo la debida reverencia, tendiendo la lanza ácia su Señora Xarifa, la dixo: Dama hermosa, teniendo presente el original, no me dá mucha pena la ausencia del retrato; yo hice lo posible, forruna me fue contraria, y esto no porque en vuestra hermosura haya defecto, sino en ser juego, y no en fuerza. De invencion, y de galán se me dió esta joya, sed servida de recibirla, aunque no sirva sino de memoria de que no os defendí como debiera. Xarifa riendose, tomó las jorcas, y le dixo: Con esto me consuelo, porque lo haveis ganado por galán, y por invencion mejor; y pues se perdió el retrato, me alegro que cayó en tales manos, que le tratarán como quien son. Fatima quisiera responder; y no pudo, porque entró en la Plaza una grande peña,

tan

tan natural, como si fuera quitada de una sierra, cubierta de muchas, y diversas yervas, y flores, y dentro sonaba gran suavidad de musica. Al rededor de la peña venian doce Cavalleros de librea de brocado pardo, acuchillada à la escaramuza de grandes cuchilladas, y por ella se parecia un aforro verde de brocado, que lucia, y campeaba mucho, por ser la haz parda, y obscura; los extremos de las cuchilladas estaban tomadas con unas lazadas de Oro con unos ramilletes à modo de caracolitos, y sin esto otros muchos recamos, y lazos, puestos con buen concierto, que era mucho de mirar. Las sobreseñales, penachos, y testeras eran de plumas verdes, y pardas. Atentos estuvieron todos en la peña, por ver el fin de la aventura, la qual en confrontando con los miradores del Rey, y de la Reyna, se detuvo, y vieron como se apeó del cavallo uno de los doce Cavalleros, y era el mas galán, y el mas dispuesto de todos, y luego fue conocido, que era el famoso Reduan, y se holgaron los que le miraban de ver su buen talle, y gracia, y buena disposicion; y mirando lo que haria, vieron que echó mano à un alfange damasquino, y embistiendo con la peña, la daba grandes golpes, y en la parte

que

que daba abrió una boca, y por ella salian muchas llamas de fuego; y tanto, que le convino retirarse el Cavallero, porque era el incendio mucho; y siendo consumido el fuego, por la boca donde salia brotó quatro Demonios ferocisimos, cada uno con una honda de fuego en la mano, y todos embistieron al esforzado Reduan; pero el buen Cavallero peleó con ellos de suerte, que los encerró en la peña. No huvieron bien entrado, quando salieron quatro salvages con unas mazas en las manos, y comenzaron à pelear con Reduan, y él con ellos, y en un instante fueron vencidos los salvages, y entrados por fuerza en la peña, y Reduan con ellos. Entrando dentro, fue cerrada la boca de la peña, y dentro se oyó mucho ruido, y estruendo de pelea, y en cesando oyeron una musica tan agradable, y suave, que se suspendieron los oídos de los oyentes à la dulce armonía. No tardó mucho en abrirse la boca de la peña, y por ella salió el vencedor de Reduan, luego los quatro salvages, los quales trahían un arco de Oro tan industrioso, que admiraba, y talladas muchas Historias antiguas, y modernas, y debaxo del arco puesta una silla de marfil, y en ella sentado un retrato de una bellisima Dama,

ves-

vestida de brocado azul, aforrado todo en tela anaranjada, hechas à trechos unas cuchilladas grandes, y tomados los cabos con broches de Oro; el tocado era curioso, puesto à lo Greciano. Fue muy notado el artificio de todos, y mas la suma belleza del retrato, y fue conocido, que era de Lindaraxa, Dama Abencerrage, cuya hermosura pudiera competir con la de las tres Diosas de la discordia de la manzana, y sin duda, que Paris sentenciaria en su favor. Tras de el retrato venian todos los musicos tañendo, y cantando dulcemente, y luego venian los Demonios atados à una cadena. Fue una cosa, que à todos puso grande admiracion. Haviendo salido toda esta compañia de la peña, en un momento comenzó la peña à disparar de sí mucho fuego, con el qual fue toda consumida. Luego se le dió un fuerte cavallo à Reduan, encubertado, como ya se ha dicho y con ligereza subió en él, y dando buelta á la Plaza, hizo su acatamiento al Rey, y à la Reyna, y à las Damas, y en llegando à la tienda del mantenedor, le dixo: Aunque la condicion puesta es de correr tres lanzas, si sois servido, corramos sola una, y en ella se concluya el premio de las tres. Si es ese vuestro gusto (dixo Abenamar)

mar) yo soy contento de daroslo. Y dicho esto, tomó una buena lanza, y paseandose pusose en la carrera, y partiendo como una saeta, dió el bote de la lanza en el extremo de la sortija por la parte de arriba en derecho, que aunque no se la llevó, fue muy buena suerte, y dificultosa de ganar. Bolvió paseandose à su tienda, para desde alli ver la suerte que hacia su contrario, el qual tenia ya una muy gruesa lanza, y estaba en la carrera, y dióla con gallardo ayre, y brio, y al dár el golpe fue mas galán que venturoso, porque erró la sortija, y fue por alto la lanza; y pesandole mucho, por haverle salido su pensamiento tan incierto, bolvió diciendo: Tan desgraciado soy en lo uno, como en lo otro. Los Jueces le dixeron: Perdido haveis, Cavallero, mas por vuestra extremada invencion, y mucha gala, llevareis premio. Fueron dadas unas arracadas Turquescas de Oro de Arabia, de valor de docientas doblas, por la mucha hechura que tenian. El arco triunfal, de quatro partes hecho, y la silla, y retrato de Lindaraxa, fue puesto à los pies del triunfante, y victorioso retrato de Fatima, que no poco alegre, y contenta estaba con la buena ventura que su Cavallero havia tenido; y muy embidiosas

Ga-

Galiana, y Xarifa, en ver tantos trofeos à los pies de la efigie de Fatima. Reduan tomó las arracadas con disimulacion de su tristeza, y poniendolas en la punta de la lanza (siendo acompañado de muchos Cavalleros, y musica) lo llevaron à los miradores de las Damas, donde estaba la hermosa Lindaraxa; y alargando la lanza, la dixo: Servios, Señora, de recibir este pequeño dón, aunque me cuesta caro; pero no mirando mi poca suerte en lo que toca el juego de la sortija, sino el gran deseo que tuve de haceros triunfadora de todos los despojos; pero fortuna está hoy de parte de Abenamar, y asi no soy culpado. Recibid, bella Señora, las joyas por oprobio mio, paraque cada vez que yo las vea en vuestro poder, trayga à la memoria quan mal os ofendí. Uso es de Damas (respondió Lindaraxa) por cortesia recibir lo que se les dá, y por ser costumbre, por eso las recibió. Pero sabed Cavallero, que me ha pesado de que sin mi consentimiento hayais sacado mi retrato; y pues que no huvo voluntad mia, no tengo por perdida la vuestra, ni reconozco ventaja à la Zegri Fatima en linage, ni hermosura, porque soy Lindaraxa Abencerrage. Diciendo esto tomó las joyas de la punta

de

de la lanza, haciendo la debida cortesía à su galán. Bien quisiera replicar Reduan, y responder à su Señora; pero huvo mucho alboroto, porque vieron entrar una galera, que parecia ir navegando con el trinquete. La chusma iba bogando, y parecia dividirse en quatro quarteles de colores, vestidos uno de damasco verde, otro de blanco, otro de morado, y otro de azul; la palamenta, arboles, y antenas doradas; la popa hecha de plata maciza, con sus vanderillas torneadas muy curiosamente obradas. Traía tres fanales de Oro, el espolon era de plata, las velas de brocado blanco, con flacos de Oro, y seda con muchos gallardetes, flamulas, y vanderillas de diferentes colores: la divisa de la galera era un salvage desquixarando un Leon, divisa antigua de los Abencerrages. Los marineros, y proeles venian vestidos de damasco, texidos, y guarniciones de Oro; las xarcias eran de seda morada: en el espolon hecho un mundo de cristal, y en un circulo una faxa de Oro, y unas letras que decian: *Todo es poco.* Bravo blason, y solo digno de él el grande Alexandro, ò Cesar; aunque por él les vino notable daño al linage de los Abencerrages, del qual venian treinta Cavalleros mancebos dentro de la

ga-

galera, con libreas de brocado encarnado, y blanco, con recamos, y texidos de Oro. Los penachos eran encarnados, y azules, poblados de argenteria de Oro. El Capitan era un Cavallero, llamado Albin-Hamete, vestido de trages muy ricos. Venia armado el estanterol, el qual era de Oro de martillo. De esta manera entró la bizarra galera en la Plaza, y en llegando enfrente de los miradores Reales, la galera disparó el cañon de cruxia, y todas las demas piezas, con tal violencia, que parecia estar batiendo los miradores. Acabadas de disparar las piezas, comenzaron cien arcabuceros à escaramuzar unos con otros, que parecia ser Batalla en forma. Al disparar la galera su artilleria, respondió con la suya el Alhambra, y Torres Bermejas. Era tanta la artilleria, y arcabuceria, que parecia batirse la Ciudad. Y admirados todos de la braba, y costosa invencion, decian, que no se habia hecho tal entrada como aquella. De mortal rabia, y embidia ardian los Zegries, y Gomeles, en ver que los Abencerrages hubiesen hecho semejante grandeza como la de la galera, y con insaciable embidia, dixo un Zegri al Rey: No puedo entender donde han llegado los pensamientos de estos Abencerrages,

y sus pretensiones, que tan encumbradas ván, que en cierta manera escurecen las obras, y hechos de vuestra Alteza, y de sus antecesores. No teneis razon (dixo el Rey) que mas temido, y estimado es un Rey, teniendo Cavalleros de esfuerzo, y valor en su Corte, y en su servicio, que no teniendo Cavalleros de poca cuenta. Los Cavalleros Abencerrages (como son descendientes de Reyes) son valerosos, y procuran estimarse en todas las cosas que hacen, y à mi me parecen bien. Bueno fuera (dixo un Cavallero de los Gomeles) si sus cosas fueran enderezadas á un llano, y buen fin; pero pasan por muy alto sus altivos pensamientos. Hasta ahora (dixo el Rey) no han hecho cosa que no deban á Nobles, ni de ellos se puede presumir que lo harán; porque todos sus fines se inclinan à virtud. Con aquesto cesó la platica, porque la galera dió buelta por toda la Plaza, y fueron conocidos todos los Cavalleros Abencerrages, cuyas proezas, y grandes hazañas à todos eran notorias. Llegada la galera junto al mantenedor, saltaron en tierra todos los treinta Cavalleros, y fueron servidos de feroces, y briosos cavallos, encubertados del mismo brocado encarnado, y adornados de penachos, y testeras riquisimas,

mas. No hubieron los bizarros Cavalleros faltado en tierra, y dexado la galera, quando escurrieron al son de sus musicos instrumentos, y disparando toda su artilleria se salió de la Plaza, y à ella respondió el Alhambra. Ahora será bien bolver al famoso Reduan, y Abindarraez, que todavia se estaban en la Plaza por ver lo que pasaba. Reduan estaba muy triste, y muy descontento por lo que Lindaraxa le habia dicho, y se llegó á Abindarraez, y le dixo: O mil veces bien afortunado Abindarraez, con quanto contento vives, por saber, que tu Señora Xarifa te ama, que es la mayor felicidad que te puede dar fortuna! Y yo cien mil veces desdichado, pues sé claramente, que no me ama aquella mi dulce, y bella ingrata, y hoy me ha despedído con rigor. Sepamos (dixo Abindarraez) quien es la Dama à quien estás tan rendido, y que tan mal te corresponde? Es tu prima Lindaraxa, (respondió Reduan) pues no sabes como quiere, y ama à Hamete Gazul, porque aquese es su gusto lo sé yo mucho ha? Da orden de apartarla de tu imaginacion, porque sé de muy cierto, que siembras en tierra esteril, y no has de sacar fruto della (dixo Abindarraez) porque llevas buena in-

signia de tu pasion, y bien la has publicado; mas no hay que hacer caso de mugeres, que brevemente buelve la veleta à todos vientos. Esto decia Abindarraez sonriendose; y de verdad, porque Reduan sacó aquel dia una avisada insignia de su pena, y era un mongivelo ardiendo en vivas llamas, con una letra, que decia: *Mas está mi alma.* Viendo Reduan, que Abindarraez se sonreía, le dixo: Bien parece que vives contento, quedate en paz, que no puedo mas sufrir la pena que atormenta mi corazon afligido. Y diciendo esto, picó apriesa, y se salió de la Plaza con sus Cavalleros. Abindarraez hizo lo mismo, despidiendose de su Xarifa. Los treinta Cavalleros de la galera estaban puestos en orden para el juego de la sortija, y el Capitan de ellos llegó al mantenedor, y le dixo: Cavallero, nosotros no trahemos retratos de Damas para poner en competencia, solo queremos correr cada uno con vos una lanza, como es fuero entre Cavalleros. Abenamar respondió, que era contento de ello; y empezando à correr con cada uno su lanza, lo hicieron muy bien los Abencerrages, y perdió el mantenedor muchas joyas, y ellos las dieron á las Damas á quien servian; y repartidos, al son de mi-

nis-

nistriles, y chirimias comenzaron una escaramuza muy agradable á la vista , y luego hicieron un caracol muy concertado , y dando carreras se salieron de la Plaza , dexando con mucho contento à todos. En saliendo ellos , entró en la Plaza un Castillo disparando artilleria, y con muchas vanderas y pendones en él, dentro del qual se oía una deleitosa , y agradable musica. En la cumbre de la Torre del homenage estaba el fiero y sangriento Marte , armado con unas preciosas armas, y con un estoque dorado en la mano derecha , y en la izquierda un pendon de brocado verde , con unas muy ricas letras de Oro finisimo , que decian:

Quien de humor sangriento gusta y baña
El acerado hierro , y temple duro,
Con inmortal renombre , que no daña,
Se queda eternizado en bien futuro:
Del Gange al Nilo, y lo que es de España,
De Polifemo el Padre tan obscuro,
De fama queda lleno , pues de Marte
Conviene que se siga el estandarte.

Estos versos son de consideracion , pues se declara en ellos como del seguir las armas se consigue un durar la fama de los victorio-

rio-

riosos, mientras el mundo duráre. Los pendones del Castillo eran de brocado de diversos colores, los de una parte eran de brocado verde con fluecos, y pendones morados: Eran ocho estos pendones verdes, y todos con una misma letra, que decian así:

No es muerte la que por ella
Se alcanza gloria crecida,
Sino vida esclarecida:

De la otra parte del Castillo, contrario de los ocho pendones verdes, habia otros ocho pendones de damasco azul, con flocaduras, y cordones de Oro fino. Todos tenian letra, que decia de esta manera.

Cante la fama las glorias
De Granada, pues son tales,
Que se hacen inmortales.

En el otro lienzo del hermoso Castillo habia tremolados otros ocho pendones de brocado encarnado con cordones y flocadura de Oro; eran de muchisimo precio, y estima, y muy agradables á la vista, porque ornaban con su hermosura el Castillo, con una letra todos, que decia de esta suerte:

La

La verdadera nobleza
Está en seguir la virtud,
Si acompaña rectitud,
Gana renombre de Alteza.

En el quarto, y ultimo lienzo del Castillo habia otros ocho pendones de brocado, con cordones, y fluecos de Oro, sembrados todos de medias Lunas de plata, que parecian espejos, mirandolos de lexos, segun relumbraban, y cada uno tenia esta letra:

Toque la famosa Trompa,
Y todo silencio rompa,
Publicando la grandeza,
Desta nuestra fortaleza,
Que sale con tanta pompa.

Si entró la galera sumptuosa, no con menos aparato entró el Castillo. Ninguno podia entender de que fuese fabricado, mas de que parecia de Oro, con muchas labores, y follages, y muchas Batallas talladas, y con artificio disparaba artilleria en gran cantidad. Sonaba dentro mucha musica muy acordada de dulzaynas, ministriles, de trompetas bastardas, y Italianas, que era cosa de oír. Anduvo el Castillo hasta ponerse en medio de la Plaza, y alli paró. Venian

trás

trás de él muchos Caballeros vestidos de libreas costosas, los quales trahian del diestro treinta y dos cavallos, con muy ricos jaeces, y paramentos de brocado de diversas colores, como adelante se dirá. Pues mirando al Castillo, vieron, que por la parte donde estaban los pendones de brocado verde se abrió una grande puerta, y sin aquesta habia otras tres ocultas, por las partes de los pendones. Abierta, pues, la primera, salieron por ella ocho Cavalleros con libreas de brocado verde, con penachos, y plumas verdes. En saliendo les dieron ocho poderosos cavallos encubertados de brocado verde, y los penachos de las testeras tambien eran verdes, y los Cavalleros sin poner pie en los estrivos subieron en los cavallos con gran ligereza, y fueron conocidos ser Cavalleros Zegries. Ellos se llegaron al mantenedor, y le dixeron: Mantenedor victorioso, aqui venimos ocho Cavalleros á probar vuestro valor en el juego de sortija; sois contento, que corramos una lanza cada uno? Si es vuestro gusto (respondiò Abenamar) tambien lo es mio, aunque venís contra lo dispuesto por el pregon, por no traher retratos de vuestras Damas. Y diciendo esto tomó una lanza, y paseó con gallar-

llardia. Finalmente, de los ocho Caballeros, los cinco ganaron la joya, y los tres no, y los gananciosos sirvieron á sus Damas con ellas al son de diversa, y mucha música. Luego se fueron à entrar los ocho Cavalleros en el Castillo por la puerta donde habian salido, siendo recibidos con música, y disparando la artillería. Luego fue abierta la puerta de los pendones azules, y salieron ocho Caballeros gallardos, vestidos de damasco azul, sembrados de estrellas de Oro, y los penachos azules llenos de argenteria de Oro fino. Fueron conocidos estos ocho Caballeros, que eran Gomeles. Dieronseles luego caballos encubertados de su librea azul, las telas y penachos azules con adorno. Fueronse los ocho Caballeros á la tienda del mantenedor, y corriendo con él una lanza, como los pasados, de los ocho ganaron joya los tres, y dadas á sus Damas se bolvieron al Castillo. Entrados estos, salieron otros ocho Caballeros por la puerta de los pendones de brocado encarnado, y ellos vestidos de la misma librea, y con sus penachos morados, y les fueron dados cavallos encubertados de lo mismo; y asimismo corrió cada uno su lanza con el mantenedor, y ganaron los siete joya, y habiendolas

da-

dado á sus Damas, se volvieron al Castillo con la autoridad que los demás. Eran estos Caballeros Vanegas, y muy estimados en Granada. Por la ultima puerta de los pendones encarnados salieron ocho Caballeros con libreas encarnadas de brocado, y penachos encarnados, quaxados de argenteria. Los caballos que les dieron estaban encubertados del mismo brocado. Estos Caballeros eran Mazas, y cada uno de ellos corrió una lanza, y todos ganaron joya. Todos se holgaron de que salieran con ganancia, en particular el Rey, porque estaba muy bien con aquel linage. Repartidas las joyas á sus Damas con gran contento, y al son de la musica, y recibiendoles con la artilleria se entraron en el Castillo. Luego se oyó mucho ruido de musicas diferentes, y pasando todas, tocaron chirimias, trompetas, y caxas, que apriesa tocaban un rebato, y en oyendolo, salieron los treinta y dos Caballeros en sus caballos, con lanzas, y adargas, y juntos trabaron una vistosa, y agradable escaramuza, y siendo acabado, tomaron cañas, y repartidos en quatro quadrillas, comenzaron á jugar con mucha destreza, y muy à gusto de todos los que les miraban, el qual juego siendo acabado, hi-

hicieron un caracol extremadamente, y con una carrera en pareja, que dió cada quadrilla, se salieron de la Plaza. Tambien salió el Castillo disparando mucha artilleria, y sonando mucha, y diferente musica, y todos decian, que si la galera habia entrado vistosa y costosa, que el Castillo no era de menos estima y gusto. Los Caballeros que estaban con el Rey alababan la galera, y otros el Castillo. Y uno de los Zegries dixo: Por Mahoma juro, que tengo gran contento, porque los Zegries, y Gomeles han sacado tan gallarda invencion; porque puede competir con la de los Abencerrages; y à no haber salido tal el Castillo, estuvieran muy desvanecidos, y no hubiera quien se averiguára con ellos; pero bien entenderán, que los Zegries y Gomeles son Caballeros, y tienen partes tan subidas de punto como ellos. Un Caballero de los Abencerrages, que alli junto de él estaba, respondió: Por cierto, Caballero Zegri, que en lo que habeis hablado no teneis ninguna razon, porque los Abencerrages son Caballeros tan modestos, que por prospera fortuna que tengan, no se alzan mas ni menos, ni por adversa que les venga se baxan; continuamente se están de un sér, y siempre viven de una manera con

to-

todos, siendo afables con los pobres, y socorriendoles, magnanimos con los ricos, amigos sin doblez ni maraña alguna. Y asi hallareis que en Granada, ni en todo su Reyno no hay Caballero Abencerrage mal quisto, ni de nadie mal querido, sino de vosotros los Zegries y Gomeles, y sin razon los teneis odiados. Sin razon (dixo el Zegri) os parece? Luego no es causa suficiente para aborrecerlos como á la muerte, el haber muerto violentamente en el juego de cañas al Zegri Mahomad, cabeza de todo nuestro linage? Pues no os parece (dixo el Abencerrage) que se movieron los de mi linage con suficiente causa, pues todos los Zegries se juntaron, é hicieron junta contra los Abencerrages, para matarlos, y fueron armados con jacos, y cotas debaxo de las galas, y en lugar de cañas tiraban lanzas con hierros agudos? Lo qual experimentó bien Malique Alabez, pues le pasó un brazo de una parte à otra. Asi, que manifiestamente ha parecido estár en los Zegries la culpa; con saber muy cierto, que fuisteis culpados, teneis un rencor mortal contra nosotros, y nos buscais mil calumnias. Pues as culpais á los Zegries (dixo el Zegri) y deci que ellos fueron agresores, y cabeza de

van-

vando, por qué causa iba Alabez armado? Yo lo diré (dixo el Abencerrage) habeis de saber, que uno de los convocados le dió aviso de la traicion, y asi se previno él; y por entender que semejante villanía no harian tales Caballeros, no dió aviso á los Abencerrages; y creedme, que si la diera, que no habia de ser solo Mahomad, sino que fueron como de juego, y no como de pelea. Pero con todo eso, recibid lo que ganasteis, pues Malique Alabez vengó bien su herida. Si la vengó (dixo el Zegri) espero en Alá santo, que lo ha de pagar algun dia. El Rey, y muchos Caballeros estuvieron escuchando el coloquio que habia pasado entre el Abencerrage, y el Zegri, y quisieron responder algunos Zegries, mas viendo el Rey, que se iba encendiendo el fuego, les mandó callar, pena de la vida, porque no se rebolviera alguna pendencia. Oido el mandato, callaron, quedando de nuevo encontrados, y con intento de vengarse unos de otros. Estando en esto entró en la Plaza un Carro triunfante de Oro fino, en las esquinas, y quadrangulos talladas todas las cosas que habian sucedido desde la fundacion de Granada, hasta el dia presente, y dibuxados los Reyes, y Califas que

la

la habian gobernado. Oíase dentro del Carro una acordada musica de muchos instrumentos. Encima del Carro venia una gran nube, puesto con tanto artificio, que causaba admiracion; echaba de sí infinidad de truenos, y relampagos, que su braveza ponia espanto á quien la miraba. Tras esto llovia una menuda gragea de anís, por tal concierto, que á todos ponia espanto. Toda la plaza anduvo desta manera; y asi como fue junto de los Reales miradores, con gran sutileza fue abierto en ocho partes, descubriendo dentro un Cielo azul hermosisimo, alumbrado de muchas estrellas de Oro muy relucientes. Estaba puesto por su arte un Mahoma de Oro muy rico, sentado en una rica silla, en las manos una muy preciosa Corona de Oro, que la ponia sobre la cabeza de un retrato de una Dama Mora en extremo hermosa, la qual trahía sus cabellos sueltos como hebras de Oro. Venia vestido de brocado morado, toda la ropa acuchillada, de manera, que se parecia un aforro de brocado blanco por de dentro; todos los golpes venian tomados con broches de diamantes, y esmeraldas. La Dama fue conocida de todos, que era la bella Cohaida. A su lado estaba sentado un Caballero vestido

de

de una misma librea de la Dama, y plumas moradas, y blancas, con argenteria de Oro. Tenia puesta una cadena de Oro, y al remate della tenia el retrato, que parecia estar preso. El Caballero fue conocido que era Malique Alabez, que habiendo sanado de las heridas que le habia dado Don Manuel Ponce de Leon, quiso hallarse en las fiestas, y por la confianza que tenia de su destreza, y al son de la musica que trahia, le quitaron la cadena del cuello, y por ciertas gradas baxó del Carro. El cavallo era el de Don Manuel, y salió encubertado del mismo brocado, testera y penachos de la misma color. Grande fue el contento que todos recibieron en verle, porque le querian mucho, y mayor el gozo de su Señora Cohaida, por ver el artificio y autoridad con que venia su retrato. Todos esperaban que empezase Alabez las suertes, por la satisfaccion que de él tenian el qual se fue paseando poco á poco delante del Carro, por ser bien visto de todos, y en llegando adonde estaba la tienda del mantenedor, se detuvo, y le dixo: Caballero, conforme á las condiciones, gustais de que corramos tres lanzas, que aqui traigo el retrato de mi Señora? Soy contento, respondió Abenamar, y diciendo esto tomó una lan-

za; y corrió con tan buen ayre, que se llevó la argolla dentro de la lanza. Alabez corrió, é hizo lo mismo. En todas las tres lanzas se llevaron siempre la argolla. Levantaron vocería, diciendo: Bravo Cavallero es Alabez, pues no ha perdido la lanza, buena joya merece. Los Jueces habian tratado que pusiesen juntos los retratos de Abenamar, y de Alabez, pues ambos eran tan buenos Caballeros, y que por su valor se le diese à Alabez una buena joya, y por la sutil y vistosa invencion que truxo. Llamaronle, y venido pidió su retrato, y junto con él le dieron una navecilla de Oro, con todos sus aderezos. El la tomó, y al son de muchos instrumentos dió buelta á la Plaza, y en llegando al mirador de la Reyna, (en cuya compañia estaba la hermosa Cohaida) y poniendo la navecilla en la punta de la lanza, y alargandosela, dixo: Servios, Dama hermosa, de esta nave, que vá viento en popa, como mi deseo. Cohaida la tomó con rostro vergonzoso, que hermoseó mas su belleza. La Reyna miró la nave, y dixo: Por cierto, que si navegais con tan buen Piloto como el que la ganó, que os podeis tener por dichosa, aunque mereceis un Rey. Cohaida besó las

ma-

manos à la Reyna por tanto favor : Alabez se fue à su Carro, y sentado como de antes, le pusieron la cadena al cuello al son de muchos instrumentos, y puesta se cerró la gran nube, comenzando à echar truenos, y relampagos con gran temeridad, que parecia querer quemar la Plaza, y con esto se salió de ella, quedando todos admirados de la industria tan grande de la nube, y alegres de la dicha de Alabez. El Rey dixo à los Cavalleros : Alabez ha llevado el lauro de todas las invenciones ; porque la suya ha sido la mejor que he visto jamás. Los Cavalleros respondieron, que no se havia visto tal sutileza. En saliendo la nube, entraron quatro quadrillas de Cavalleros muy galanes. La una quadrilla, que era de seis Cavalleros, trahia la librea rosada, y amarilla de brocado, los cavallos encubertados con la misma librea, con plumas, y penachos de la misma color. La otra quadrilla venia de brocado verde, y roxo, con la misma color, y penachos de la librea. La tercera quadrila venia de brocado azul, y blanco, recamado de Oro, y plata, adornados los cavallos, con las mismas colores. La ultima quadrilla venia de brocado morado, y naranjado, con lazos, y recamos de Oro, y plata,

 cu-

cubiertos los caballos de la misma librea. Entraron estos veinte y quatro Cavalleros con adargas, y lanzas en los pendoncillos de sus libreas, y entre todos hicieron un extremado caracol, y acabado empezaron una braba escaramuza doce à doce, que parecia Batalla entre enemigos; y acabada la escaramuza, tomaron cañas, y divididos en quatro quadrillas, las jugaron muy bien, y acabado el juego se fueron gallardeando al mantenedor, y le dixeron, si queria correr una lanza con cada uno de ellos. Abenamar respondió que sí. Finalmente, con todos veinte y quatro corrió una lanza, y los quince ganaron joyas, y al son de los instrumentos las dieron à sus Damas, y se salieron de la Plaza, dexando à la gente de ella contenta, por haver visto su gentileza, y galas. La una quadrilla era Azarques, y la otra Sarracinos, la tercera Alarifes, la quarta Aliatares, toda gente noble, y principal, y estimados de todos. Los antepasados de estos Cavalleros fueron vecinos de Toledo, de los pobladores, gente principal, y estimada. Florecieron estos linages en tiempo del Rey Galifo, que reynó en Toledo. Este tenia un hermano, que era Rey en un Lugar, que se llamaba Belchite, en Aragon, el qual se de-

cia

cia Zayde; y este tenia grandes competencias, y guerras con un bravo Moro, llamado Atarfe, deudo muy cercano del Rey de Granada. Y haviendo hecho paces con Zayde, y el Moro Atarfe, el Rey de Toledo, por manifestar la alegria que tenia, de que su hermano, y Atarfe fueran ya amigos, hizo una fiesta solemne, en la qual se corrieron Toros, y huvo un vistoso juego de cañas, y los jugadores de ellos fueron estos quatro linages de Cavalleros Sarracinos, Alarifes, Azarques, y Aliatares; Abuelos de los Cavalleros aqui nombrados en el juego de sortija. Otros dicen, que las fiestas que el Rey de Toledo hizo, no fueron sino por dár contento à una Dama muy hermosa, llamada Zelindaxa, à quien el Rey queria mucho, y por disimular su amoroso intento, tomó por achaque las paces de su hermano Zayde con el Granadino Atarfe. Sea por una de las dos causas, ellas se hicieron como está dicho, y estos Cavalleros eran de aquella prosapia, y sangre de aquellos quatro linages. La causa de vivir en Granada estos Cavalleros, fue, como se perdió Toledo, se retiraron à Granada. Y de aquellas fiestas ya dichas, y el juego de cañas que se hizo en Toledo, quedó grande memoria,

 por

por ser las fiestas notables de buenas, y por ellas se dixo aquel Romance, que dice asi:

OCho à ocho, diez à diez,
Sarracinos, y Aliatares,
juegan cañas en Toledo,
contra Alarifes, y Azarques.
Publicó fiestas el Rey,
por las ya juradas paces
de Zayde, Rey de Belchite,
y del Granadino Atarfe.
Otros dicen, que estas fiestas
sirvieron al Rey de achaque,
y que Zelindaxa ordena
sus fiestas, y sus pesares.
Entraron los Sarracinos
en cavallos alazanes,
de naranjado, y de verde
marlotas, y capellares.
En las adargas trahian
por empresas sus alfanges,
hechos arcos de Cupido,
y por letras, fuego, y sangre.
Iguales en las parejas
les siguen los Aliatares,
con encarnadas libreas,
llenas de blancos follages.
Llevan por divisa un Cielo,

sobre

sobre los hombres de Atlante,
y un Mote que dice asi:
Tendrélo hasta que me canse.
Los Alarifes siguieron
muy costosos, y galanes,
de encarnado, y amarillo,
y por mangas almaizares.
Era su divisa un nudo,
que le deshace un salvage;
y un Mote sobre el baston,
en que dice: *Fuerzas valen.*
Los ocho Azarques siguieron
mas que todos arrogantes,
de azul, morado, y pajizo,
y unas ojas por plumages.
Sacaron adargas verdes,
y un Cielo azul, en que se caen
dos manos, y el Mote dice:
En el verde todo cabe.
No pudo sufrir el Rey,
que à los ojos le mostrasen
burladas sus diligencias,
y su pensamiento en valde;
Y mirando à la quadrilla,
le dixo à Celin su Alcayde:
Aquel Sol, yo lo pondré,
pues contra los ojos sale.
Azarque tira bohordos,

que

que se pierden por el ayre,
sin que conozca la vista
à do suben, ni à do caen.
Como en ventanas comunes
las Damas particulares,
sacan el cuerpo por verle
las de los andamios Reales.
Si se adarga, ò se retira,
de mitad del vulgo sale
un gritar: Alá te guie,
y del Rey un muera, dadle.
Zelindaxa, sin respeto,
al pasar, por rociarle,
un poco de agua vertía,
y el Rey gritó: Paren, paren.
Creyeron todos, que el juego
paraba por ser ya tarde,
y repite el Rey zeloso:
Prendan al traydor de Azarque.
Las dos primeras quadrillas
dexáron cañas à parte,
piden lanzas, y ligeros
à prender el Moro salen:
que no hay quien baste
contra la voluntad de un Rey amante.
Las otras dos resistian,
sino les dixera Azarque:
Aunque amor no guarda leyes

oy,

oy es justo que las guarde.
Rindan lanzas mis amigos,
mis contrarios lanzas alzen,
y con lastima, y victoria,
lloren unos, y otros callen;
que no ay quien baste
contra la voluntad de un Rey amante.
Prendieron al fin al Moro,
y el vulgo para librarle,
en corrillos diferentes
se divide, y se reparte.
Mas como falta caudillo,
que los incite, y los llame,
se deshacen los corrillos,
y su motin se deshace:
que no ay quien baste
contra la voluntad de un Rey amante.
Solo Zelindaxa grita:
Libradle Moros, libradle,
y de su balcon queria
arrojarse por librarle.
Su Madre se abraza della,
diciendo: Loca qué haces?
Muere sin darlo à entender,
pues por su desdicha sabes,
que no ay quien baste
contra la voluntad de un Rey amante.
Llegó un recado del Rey,

en

en que manda que señale
una casa de sus deudos,
y que la tenga por Carcel.
Dixo Zelindaxa, digan
al Rey, que por no trocarme
escojo para prision,
la memoria de mi Azarque;
y habrá quien baste
contra la voluntad de un Rey amante.

Asi, que en estas mismas divisas, motes, y cifras sacaron las quatro quadrillas de los Cavalleros ya nombrados, como quien las havia heredado de sus antepasados, y siempre se preciaron dellas. Pues haviendo salido de la Plaza con tanta bizarria, y alegres, por haver visto su gala, y buen parecer; entró un Alcayde de las puertas de Elvira à gran priesa, y en llegando à la presencia del Rey, hecho el acatamiento debido, le dixo: Un Cavallero Christiano ha llegado, y pide licencia à V. Alteza para entrar à correr tres lanzas con el mantenedor. Yo doy licencia, entre, permitido es, por haver fiestas Reales. Luego bolvió el Alcayde, y le abrió la puerta. En entrando por la Plaza pusieron luego los ojos en él, y en su buen talle, y notaron en la librea, que era de brocado blan-

blanco, bordada de Oro, y con muchos lazos, y presillas, y en un lucido, y brioso cavallo, con cubiertas de librea de su Señor, y la penachera de colores. Entró tan brioso, y gallardo, que causaba espanto, y alegria à todos los presentes, y en solo su aspecto le consideraban victorioso, y triunfante de los despojos, ganados por Abenamar, y aun del retrato de su Dama, y de la estimada cadena. No huvo Cavallero, ni Dama à quien su vista no causára alegria. En la parte izquierda del capellar trahia una Cruz colorada, la qual daba sér, y adorno à su persona. El Christiano Cavallero poniendo los ojos à todas partes, dió buelta à la Plaza, y en llegando à los miradores Reales, hizo gran reverencia al Rey, à la Reyna, y à las Damas, y à él le hicieron mucha cortesia, y las Damas se levantaron en pie. Fue conocido de todos el Cavallero Christiano, que era el Maestre de Calatraba, de cuya fama, y hechos tenia el mundo entera noticia. El Rey se alegró en saber quien era, y que huviese venido à honrarle su fiesta. Haviendo, pues, dado buelta à toda la Plaza, llegó al mantenedor, y le dixo: En tantos despojos, y joyas como veo à los pies de aquel bello retrato (cuya hermosura, noble

Cava-

Cavallero, dicen que defendeis) echo de ver el valor de vuestra persona, y asi sois digno de que todos os honren, y tengan en lo que se debe estimar tal Cavallero, como vos. Sereis servido de correr conmigo un par de lanzas à ley de buenos Cavalleros, sin que haya interés de retratos? Abenamar miró bien al Cavallero, y se bolvió à Muza, y le dixo: Este Cavallero me parece que es el Maestre de Calatraba, con quien trabastes tanta amistad; pareceme, que en la Cruz roxa le quiero conocer. Muza puso los ojos en el Maestre, y luego le conoció, y le fue à abrazar, diciendo: Seas bien venido flor de toda la Christiandad, y aun tambien de la Morisma, pues aqui os conocen por las obras, contra su voluntad, y en Castilla, y en todo el mundo sois conocido solo por oídas. El Maestre le abrazó, agradeciendo lo que en su alabanza havia dicho. Abenamar se llegó à él, y le dixo, que él holgaria de correr dos, ò tres lanzas con tal Cavallero. Y diciendo esto, corrió una lanza extremadamente; pero el Maestre corrió la suya con mas ventaja. Finalmente corriendo tres lanzas, y todas las ganó el Maestre. Todos entendieron que truxera retrato el Maestre; pero no era miliciano de Cupido, sino de Mar-

Marte ; porque de verdad no puede ningun caudillo, que pretendiere, alcanzar honra por sus hazañas entretenerse en amores, y si lo hiciere, su nombre será borrado de las memorias de todos. Los Jueces llamaron al Maestre, y le dieron por premio la cadena de dos mil doblas de valor, pues no havia trahido retrato, pues si lo truxera, llevára el resto de los despojos. El Maestre recibió la cadena, y al son de la musica que havia en la Plaza, fue dando buelta à todo ella, acompañandole todos los Cavalleros, y en llegando à los miradores de la Reyna, hizo reverencia, y llegandose en los estrivos, besó la cadena, y se la dió, diciendo: Vuestra Alteza reciba esta niñeria, que no hallo à otra persona digna de ella. Vuestra Alteza no estrañe mi atrevimiento, que licito es en tales actos recibir qualquier joya. La Reyna se levantó, y la recibió, y besandosela se la puso al cuello, y haciendole mesura se bolvió à sentar. El Maestre inclinando la cabeza al Rey, se bolvió con Muza, y otros Cavalleros que le querian bien, por tener tanta fama en aquel Reyno, y por las muchas entradas que hacia entre año, y de todos conseguia victoria. A esta sazon el valiente Albayaldos, que tenia gran deseo de verse en

Ba-

Batalla con el Maestre, por probar sus fuerzas, y porque el Maestre havia muerto à un deudo suyo, con quien él tenia mucha amistad, se quitó del lado del Rey con disimulacion, y subió sobre una yegua bien aderezada, y acompañado de sus amigos, se fue paseando adonde estaba el Maestre, y el valiente Muza, y contemplando el buen talle del Maestre, y su donayre, le dixo: Grande ha sido, y es el contento, y gozo que todos hemos recibidos (esforzado, è invicto Maestre) de verte tan galan, y de fiesta; y fuera muy mayor mi contento, si te viera con tus radiantes, y lucientes armas, como otras veces te he visto en la Vega, y en ella tuvieramos los dos Batalla, que ha dias que lo deseo, y son dos causas las que me mueven. La una, por el gran valor que la fama ha derramado por el mundo, de tu persona, y el deseo que tengo de vencerte, para ser el interesado en todo: la otra, por vengar la muerte que le diste à mi primo Mahamet Rey, y aunque reconozco, y sé que se la diste en trabada, y muy reñida escaramuza, con todo eso me llama, y provoca à venganza el amor de mi querido primo, y por tanto tente desde hoy por desafiado, para que quando fuere tu voluntad se ponga en

exe-

execucion mi deseo, y saldré con armas, y cavallo, y conmigo irá por Padrino Malique Alabez. Atentamente escuchó el Maestre todo lo que le dixo el atrevido Albayaldos, y con rostro risueño le respondió asi: Si te ha sido alegria el verme con trage galan, y gustarás de verme con armas; yo me holgára infinito saber que era esta tu voluntad, para venir prevenido, y que en este dia pusieramos por obra lo que deseas: tu valor publican los Christianos que corren la Vega, y ahora lo confirmo en que me has desafiado. Dices tener deseo de verte conmigo, por mi valor; otros muchos Cavalleros Christianos ay que borran mis hazañas, y con quienes ganarás mas nombre: que te incita à tener Batalla la vertida sangre de tu primo Mahamet Rey (como dices) sé decirte, que no ví, ni sentí en él punto de cobardia, sino que murió como Cavallero peleando; y pues tu gusto es de probar tus fuerzas con las mias, yo soy contento de ello, y asi mañana te aguardo en la fuente del Pino, donde estaré con solo un Cavallero Padrino mio, que se llama Don Manuel Ponce de Leon. Y paraque estés cierto, que no habrá otra cosa, recibe este gaje en señal de Batalla aplazada; y diciendo esto, le dió un guante

de-

derecho, y el Moro lo recibió, y le dió al Maestre un anillo de Oro, que era su sello. Muza, y los otros Cavalleros quisieran, que no se hiciera la Batalla, mas no quiso ninguno desistir de la palabra dada, y asi quedó hecho el desafio entre los dos para el dia siguiente.

CAPITULO XI.

DE LA BATALLA QUE ALBATALDOS tuvo con el Maestre de Calatraba, y como el Maestre le venció, y dió muerte.

EL desafio de los valerosos Cavalleros acetado, por ser ya tarde, se fue el Maestre, haviendose despedido de todos, el qual dexarémos ir, bolvamos al fin del juego de sortija. Pues como ya se havia puesto el Sol, y no venia ningun Cavallero, los Jueces mandaron à Abenamar, que dexase la tela, pues no venia ningun Cavallero, que él lo havia hecho, como todos tenian la confianza, y que havia ganado mucho nombre, y despojos ricos, y retratos muy hermosos; pero al fin el de su Fatima excedia à todos. El vencedor Abenamar mandó quitar el aparador de las joyas, que aun queda-

ban

ban muchas, y muy ricas. Los Jueces se baxaron del Tablado, y subieron à cavallo, y pusieron enmedio el fuerte Abenamar, y su Padrino Muza, y con toda la cavalleria en su compañia, y al son de toda la musica dieron buelta à la Plaza, dandole mil parabienes de su victoria, y llegando à los miradores Reales de la Reyna, tocaron à una chirimias, dulzaynas, y atabales, y otros instrumentos, dió à Fatima todos los despojos ganados en la sortija, diciendo: Toma, Señora, lo que de derecho es tuyo, porque tu hermosura lo ha conquistado, y asi es bien que lo gozes, y dispongas de ello à tu gusto, pues es tuyo. Fatima lo recibió todo sin responder, porque la verguenza la ocupó, aunque con los ojos le dió mil gracias, cifra con que en tal caso los amantes se entienden. No fue poca la embidia que causaron à Galiana, y Xarifa ver los ricos trofeos en poder de Fatima, y mas les causó el ver entre ellos sus retratos. Estaba Galiana muy triste, maquinando cien mil cosas, y consideraba, que Abenamar havia ordenado aquellas fiestas por vengarse de su ingratitud; y mas lo sentia por ver ausente à su querido Sarracino, que no bolvió mas à la Plaza. El Rey, visto que era tarde, se quitó de los mirado-

res,

res, y la Reyna, y se fueron à la Alhambra: Aquella noche cenaron con el Rey todos los del juego de sortija, salvo Sarracino, que se fingió estár indispuesto. Con la Reyna cenaron las mas principales Damas de la Corte, en la qual cena huvo muy alegres fiestas, musicas, danzas, y zambras, y un sarao publico. Danzaron todas las Damas, y Cavalleros con las libreas que havian jugado la sortija, solo Galiana no danzó, porque estaba triste por la ausencia de su Moro enamorado, aunque fingió que estaba indispuesta. Bien conoció la Reyna su llaga aunque lo disimulaba. Zelima su hermana la consolaba lo posible; pero ella no admitia ningun consuelo, porque tenia el corazon muy lastimado. El que se aventajó à todos fue el valeroso Gazul con la hermosa Lindaraxa, à quien él tanto amaba, y ella à él. De lo qual se sintió mucho el valiente Reduan de verse olvidado de quien él tanto amaba, y ardiendo en zelos rabiosos, propuso en su corazon de matar à Gazul; pero no le sucedió como pensó, como adelante dirémos, en una Batalla que tuvieron los dos de sobre la hermosa Abencerrage. Desta Dama se hace mencion en otras partes, y mas en una Recopilacion del Bachiller Pedro de Moncayo,

yo, adonde la llama Celinda. Llamaron asi por su lindeza, y porque era acabada en hermosura; pero su propio nombre era Lindaraxa, por ser Abencerrage. Adelante se tratará de ella, y de Gazul, despues de la violenta, y cruda muerte, que se dió à los Abencerrages, por la gran traicion que les levantaron. Y tornando à la historia, siendo la mayor parte de la noche, pasada en danzas, bayles y otros regocijos, y conversaciones, y habiendoles hecho el Rey mucha honra, à Abenamar y á los justadores, les mandó ir á reposar. La noble y bella Fatima dió todos los retratos á las Damas cuyos eran, pasando entre ellas muchos donaires, y gracias, quedando muy obligadas á la triunfadora por la magnificencia que con ellas habia usado. Despedidos del Rey los Caballeros, se fue cada uno en su casa, y asimismo las Damas que no eran de Palacio. Albayaldos no pudo reposar el resto de la noche, tomando la mañana, salió del Alhambra á aguardar á Malique Alabez, y en llegando le dixo: Tarde habemos salido de la fiesta. Asi me parece (dixo Alabez) pero hoy podremos reposar del trabajo pasado. Antes será al rebés, porque si ayer venisteis con gala de brocado y seda, hoy

conviene vestiros de pelea con las duras armas; respondiò Albayaldos: Pues por qué causa? (dixo Alabez) Porque tengo desafiado para hoy el Maestre de Calatraba, y hemos de batallar en la Vega, y os he señalado por mi Padrino. Pues con tal Caballero teneis apalabrada Batalla? Plegue al Santo Alá, que os vaya bien con él, aunque lo pongo en duda, porque es muy diestro y experimentado en las armas; y pues que me habeis recibido por Padrino, vamos en buena hora, y por la Real Corona de mis antepasados, que me holgaria que bolviesemos con victoria del desafio. Y el Rey sabe eso? Yo entiendo que no, (respondió Albayaldos) sino es que Muza se lo haya dicho, porque se halló presente á nuestro desafio. Sea como fuere, sepalo, ò no vamos temprano, (dixo Alabez) y sin que el Rey, ni nadie lo entienda, salgamos á la Vega à vernos con el Maestre. Y sepamos, el Maestre señaló Padrino? Si (dixo Albayaldos) Don Manuel Ponce de Leon. Si es asi, vive Alá, que no podrémos dexar de venir él, y yo à las manos, porque ya sabeis la Batalla que tuvimos, (dixo Alabez) y él tiene allá mi cavallo, y yo el suyo, y quedó concertado, que quando nos vieramos otra vez

da-

dariamos fin á la Batalla. No es de pena de eso (dixo Albayaldos) que confianza tengo que hemos de volver victoriosos. Alabez dixo: Vamos à alistar nuestras armas, y à ponernos como conviene, que importa partirnos luego. Con esto se partièron los dos valientes guerreros, y aderezaron lo que les convenia para pelear. Y una hora antes del dia se partieron de la Ciudad muy secretamente, por no ser de nadie conocidos, y se fueron por el camino de Albolote, un Lugar que es dos leguas de Granada, para de alli ir à la fuente del Pino, donde quedó tratado entre el Maestre, y Albayaldos que se habian de juntar. El Sol empezaba ya à alumbrar el mundo, y con la hermosura de sus rayos à dár sér à las inclinadas rosas, y yervecillas, con el peso del rocio de la noche, alegres retozando los juguetones corderillos, esperando que se caiga el rocio para pacer la yerva, quando los dos valerosos Moros llegaron à la Villa de Albolote, y pasando sin parar se fueron á la fuente del Pino, tan nombrada y celebrada de todos los Moros de Granada y su tierra, y seria una hora salido el Sol, quando llegaron á la fresca fuente, la qual cubria una hermosa sombra de un Pino, y por eso tenia la fuen-

te aquel nombre. Llegados alli, no hallaron à nadie, y apeandose de los cavallos, colgaron las adargas à los arzones, y arrimando las lanzas, se sentaron junto à la fuente, y refrescaron en la cristalina agua, y empezaron à tratar de como no venia el Maestre, y por qué seria la tardanza. Dixo Albayaldos: Mas si nos hiciese burla el Maestre, y no viniese? No digais eso (dixo Alabez) que el Maestre es buen Cavallero, y no dexará de venir, que aun es muy de mañana. Y diciendo esto vieron venir dos Cavalleros muy bien puestos, con lanzas y adargas, en dos feroces cavallos, y ambos de pardo y verde, y plumas de las dos colores. Conocieronlos luego, en que se divisaba en medio del adarga una Cruz roxa, y campeaba en lo blanco. El otro Cavallero tambien trahia en su adarga otra Cruz diferente, porque era de San-tiago. No os decia yo (dixo Alabez) que el Maestre no tardaria? Mirad si es cierto. Estando en esto llegaron los dos valerosos Caballeros, flor de la Christiandad, y saludaron á los Moros. Y dixo el Maestre: Alomenos hasta ahora somos perdiosos, pues no habemos venido primero. Pero poco importa eso (respondió Albayaldos) que no consiste en eso la victoria.

Es-

Estando en esto relinchó el cavallo del Maestre, y mirando los quatro Caballeros al camino de Granada, vieron venir por él un Caballero á todo correr de su cavallo; venia vestido de marlota, y capellar naranjado, en una adarga azul un Sol entre negras nubes, que parecia escurecerlo, y en torno de la adarga unas letras roxas, que decian: *Dame luz, ó escondete.* Atentamente fue de todos mirado, y de Albayaldos y Alabez conocido, que era el valeroso Muza, el qual como supo que Alabez y Albayaldos habian salido de Granada al cumplimiento del desafio, partió á la posta de la Ciudad, por si pudiera evitar la Batalla, ó quando no, hallarse en ella; y en llegando les dixo: Bien entendiades Cavalleros, que habiades de hacer aquesta Batalla à vuestro soláz. Pues por Alá Santo, que le he dado toda la priesa posible á mi cavallo, por hallarme en ella; y mi principal intento ha sido venir à suplicaros, Cavalleros esforzados, valientes y virtuosos, que os sirvais de no ir en prosecucion del desafio, por hacerme merced, pues no hay urgente causa. Qué provecho sacareis de mataros el uno al otro, ó por desgracia que murais ambos? Ea Cavalleros, permitais que falte del

mun-

mundo ninguno de vosotros, ambos sois mis amigos, y qualquiera desgracia que suceda à uno de vosotros, ò à los dos, me lastimará el alma. No consintais que mi venida, y ruego sea en vano. Esto pido muy encarecidamente à los dos, y en particular al Maestre. Y dando fin à sus razones Muza, le dixo el Maestre: Por cierto, noble Cavallero, que por daros gusto, y por pedirmelo con tanto encarecimiento, y por la mucha amistad que os tengo haré de mi parte todo lo que pedís, y yo alzo la palabra puesta de la Batalla, y no trataré mas dello, como quiera Albayaldos, y sea su gusto, porque de no serlo, nò soy el todo, sino parte, y esa rindo á vuestra voluntad. A gran merced tengo la que me haceis, y no esperaba yo menos de un Cavallero tan principal, como vos sois, Señor Maestre. Y vos, Señor Albayaldos, no me hareis merced que cese este rencor? Albayaldos le respondió: Señor Muza, tengo tan presente la sangre vertida de aquel primo hermano mio, por la violencia del penetrante hierro de la lanza del Maestre, que no me dá lugar á que haga lo que mandais, aunque de cierto supiera morir á sus manos. Y que muera yo en esta Batalla, será honrosa muerte la mia, y si vencie-

ciere ò matàre al Maestre, todas sus glorias seràn mias, y en lo que he dicho estoy resuelto. El valeroso Don Manuel Ponce de Leon no gustaba de tantas arengas, y asi dixo: Cavalleros, gusto es del Señor Albayaldos vengar la muerte de su primo, no es menester, sino que se ponga en execucion. El Señor Alabez, y yo quedamos concertados de dar fin á una Batalla que dexamos empezada; y pues hoy viene à coyuntura pelearémos todos, y Muza será Padrino de todos quatro. Alabez dixo: Bien concertado está, no aguardarémos à mas platica, no se nos pase el tiempo en valde, y sean las obras mas que las palabras, pues palabras no hacen al caso, y si hay lugar, y gustais dello, Señor Don Manuel querria que me diesedes mi cavallo, y recibiesedes el vuestro, y empezarémos la Batalla. No quede por eso (dixo Don Manuel) dame esé, y veis aquí el vuestro, que bien os sé decir, que antes de mucho serán de uno de los dos. Y diciendo esto destrocaron los cavallos, y cada uno quedó contento con su prenda. El valeroso Muza (visto que no habia podido alcanzar lo que pretendia) se alistó para el oficio que le habian señalado. El Maestre llevaba en torno de su adarga, unas letras roxas asi como

mo la Cruz, que decian: *Por esta morir pretendo.* Don Manuel llevaba por la orla de la adarga otra letra que decia : *Por esta y por la Fé.* Malique Alabez, y Albayaldos iban de una librea de damasco azul, marlota, y capellar con muchos frisos de Oro. Alabez llevaba en su adarga su acostumbrado blason y divisa en campo roxo, vanda morada, y en ella una media Luna, las puntas arriba, encima de ellas una hermosa Corona de Oro, con una letra que decia: *De mi sangre.* Albayaldos llevaba por divisa en su adarga en campo verde, un Dragon de Oro, con una letra que decia en Arabigo: *Nadie me toque.* Estaban tan galanes con sus libreas, y divisas, que parecia no ir à pelear; debaxo de ellas llevaban fuertes armas. Albayaldos encolerizado, y muy brioso empezó á gallardear el cavallo, y à aprestarse para la escaramuza, y à llamar al Maestre, que viniera à ella, el qual, haciendo primero la señal de la Cruz, movió su cavallo à media rienda, poniendo los ojos en su enemigo con gran diligencia. Alabez como se vió con su estimado cavallo, como si fuera un Marte lo arremetió por el campo; lo mismo hizo Don Manuel el que tenia, que en bondad ninguno le excedia, y así se travó entre

todos quatro la Batalla de las mas bravas, y sangrientas que hasta entonces se habian visto. Y no hay que espantar de la exageracion, pues eran los dos Christianos la nata de la Corte del Rey de Castilla, y los Moros del de Granada. Albayaldos viendo muy cerca de sí al Maestre, arremetió á él, abalanzandosele, con intencion de herirle, de suerte, que feneciera la Batalla, pero fue diferente de lo que imaginó, porque asi como lo vió venir tan de rebato, reconoció su intento, é hizo que le aguardaba; pero al tiempo de embestir, con mucha destreza picó al cavallo, haciendole dar un gran salto en el ayre, y se retiró poco trecho por un lado, de modo, que el encuentro del Moro no hizo efecto, el Maestre revolvió como un pensamiento, y en lo descubierto de la adarga le dió un golpe de lanza tan duro, que la fuerte cota que el Moro llevaba fue rompida, y la carne abierta con el duro hierro. No hubo aspid ni serpiente, pisada al descuido del rustico villano, que tan presto fuese á la venganza de su daño, ni embravecido Leon con Onza que le hubiese herido, como el bravo Albayaldos revolvió à herir à el Maestre, bramando como un toro lleno de una emponzoñada co-

le-

lera, como tan cerca de sí se halló, arremetió con tanta presteza, que el Maestre no tuvo lugar de usar la primera maña, ni destreza, y así el Moro le hirió tan poderosamente, qne le atropelló la adarga, rompió el fino escudo, y mal hirió al Maestre. El Moro rompió la lanza del golpe, y arrojando el trozo, rebolvió su cavallo para tener lugar de echar mano al alfange, mas no pudo rebolver tan presto como lo imaginó, de manera, que el Maestre tuvo lugar de arrojarle la lanza porque no se fuese. La lanza fue arrojada antes de tiempo, porque pasó por adelante de los pechos del cavallo de Albayaldos, con tanta furia como si fuera una saeta despedida del corbado arco: de modo, que gran parte de la hasta fue clavada en tierra, y esto à tiempo que el cavallo del Moro llegaba: el qual andando tropezó en él hasta que quedaba temblando, de suerte, que sin poderse valer dió en el suelo: el bravo Moro, como vió en tal aprieto su vida le espoleó, paraque de todo punto cayese, mas no lo pudo hacer tan presto, que el valiente Don Rodrigo no fuese á él con la espada desnuda, y antes que se levantase el cavallo, le dió de punta una brava herida: Melique Alabez bolviò el rostro ácia do lidia;

diaba el Maestre, y Albayaldos, y como le vió en tanto peligro, bolviò las riendas à su cavallo por favorecerle, y dexó à Don Manuel, que muy travada escaramuza tenia con él, y como un aguila llegó adonde el Maestre estaba, à tiempo que tenia el brazo levantado para tornar à herir à Albayaldos, y de través le hirió de un bote de lanza, tan sobre seguro y á su salvo, que no embargante ser muy mal herido, pero sino se asiera à los crines del cavallo, cayera en tierra sin duda. El Moro rompió la lanza con aquella herida que dió, y ya habia puesto mano à su cimitarra para bolver al Maestre, quando Don Manuel llegó à todo correr de su cavallo, por socorrer al Maestre, que estaba en mucho peligro, y es sin duda, que allí acabára su vida, y con una emponzoñada colera le dió á Alabez un golpe con la espada que le quitó el sentido, y aunque fue la herida pequeña, porque casi le dió de llano, con todo eso fue dada con tal fuerza, que le aturdió, y sin ningun remedio cayó del cavallo, y con la caída casi bolvió en sí, y reconociendo su peligro, como era de animoso corazon, se quiso levantar; mas Don Manuel no le dió lugar, porque habiendo faltado de su cavallo fué à él, y con gran fu-

furia le dió otro golpe por encima de un ombro, que le hizo una mala herida. De aquel golpe tornó Alabez à caer en el suelo, y Don Manuel fue à cortarle la cabeza; pero como Alabez se vió en tal extremo, habiendo recobrado todo su natural acuerdo, puso mano á un puñal que tenia, y con la mayor fuerza que pudo le diò á Don Manuel dos grandes heridas una en pos de otra: Don Manuel viendose tan mal herido, puso mano á una daga que llevaba, y levantando el invencible brazo, le fue à dar por la garganta, para dividirle la cabeza del cuello: mas impidiólo el valeroso Muza; que habia estado mirando la Batalla, como vió à Alabez en tal aprieto, fue corriendo, y arrojandose del cavallo, tuvo el invicto y fuerte brazo à Don Manuel, diciendole: Señor Don Manuel, suplicoos me hagais merced de la vida deste vencido Cavallero: Don Manuel, que hasta entonces no le habia visto ni sentido bolvió la cabeza por ver quien se lo pedia, y conociendo ser Muza, hombre de tanto valor, y viendose tan mal herido, recelandose, sino le otorgaba la vida, de tener Batalla con él en tan mala ocasion, dixo que le placia de hacer lo que le pedia, levantandose de encima de Malique (aunque con tra-

trabajo, por estar desangrado, y tener penetrantes heridas) le dexó libre. Malique estaba muy de peligro, y sin fuerza para levantarse del suelo, porque se desangraba muy apriesa. Muza condolido de él, le alzó de la tierra, y le llevó á la fuente, dando muchas gracias á Don Manuel, el qual mirando el estado de la batalla del Maestre, y de Albayaldos, vidò como el Moro andaba desmayado, y para caer, porque tenia tres heridas mortales, una de lanza y dos de estocadas. El Maestre, viendo que Don Manuel habia quedado victorioso de un tan buen Cavallero como Alabez, cobró animo de nuevo, y con una honorosa verguenza, porque tanto se dilataba su victoria, arremetiò con toda su furia para Albayaldos, y dandole un golpe muy pesado sobre la cabeza, no pudiendose ya el Moro amparar, malamente herido, diò con él en el suelo sin ningun sentido, quedando el Maestre con tres heridas. El fuerte Muza, que viò caído à Albayaldos, fue al Maestre, y le pidiò por merced que no pasase mas adelante la Batalla, pues Albayaldos estaba mas muerto que vivo; el Maestre se lo concediò, y alargando la mano para levantarlo, no se la diò, porque estaba casi privado del sentido, y llamandole

por

por su nombre, abriò los ojos, y con voz debil y flaca, como quien iba rindiendo el alma, le dixo que queria ser Christiano. Mucho fue el gozo de los dos Christianos, y cogiendole ambos le llevaron à la fuente, y el Maestre lo bautizò en nombre de la Santisima Trinidad, Padre, Hijo y Espiritu Santo, y le puso por nombre D. Juan: muy tiernamente, despidiendose de los Moros, le encargaron à Muza, y curase aquel Cavallero, porque ellos se iban á curar, que estaban muy mal heridos. Alá Santo los guie, (dixo el afligido Muza) y él quiera que algun dia os pague las mercedes que me habeis hecho. Los Christianos Cavalleros se fueron adonde su gente les aguardaba, que era en el Soto de Roma, que dicen por donde pasa el Rio Genil; allí fueron con toda diligencia curados. Bolvamos al valeroso Muza, que habia quedado en la fuente del Pino con los dos Moros heridos. El Malique Alabez ya buelto en todo su acuerdo, y no tan mal herido como se entendia, le dixo á Muza, qué era lo que habia de hacer? Muza respondiò, qué queria aguardar á ver en que paraba el buen Albayaldos, que estaba acabando, y que si él traía unguento, que le curaría, y curado se fuese à Alboloте

te, y que alli se podria curar de espacio. Alabez dixo, que mirase en su mochilla, que alli hallaria lo necesario. Muza fue al cavallo de Alabez, y hallò en él paños, y ciertos unguentos para curar heridas, y poniendole sobre ellas de los unguentos, le apretò las heridas con los paños, y curado Malique Alabez, subiò en su cavallo, y se fue à Granada, yendo considerando el valor de Don Manuel, y del Maestre, y tenia pensamiento de ser Christiano, entendiendo que la Fé de Jesu Christo era mejor y de mas excelencia, y por gozar de la amistad de tan valerosos Cavalleros como aquellos, y como otros, de cuya fama el mundo estaba lleno. Con estos pensamientos llegò à Alborote; y en casa de un amigo suyo se apeò, donde fue curado de manos de un Cirujano experimentado, donde le dexarémos por bolver à Muza, que quedò con Albayaldos, que aunque se volviò Christiano, no le desamparò, antes procurò de curarle, y desnudandole, le hallò tres heridas penetrantes, sin otra que tenia en la cabeza, y viendo que era mortal, no quiso curarlo, por no darle pena, y le dixo: Quanto me pesa de verte asi, si admitieras mi consejo, no vinieras á este estado. El nuevo Christiano Don Juan, los

ojos

ojos abiertos, mirando al Cielo, con ansias de la muerte, decia: O buen Jesus, habed merced de mí, y no mires que siendo Moro te ofendí, persiguiendo tus Christianos; mira tu grandisima misericordia, que es mayor que mis pecados; y mira, Señor, que dixiste por tu boca, que en qualquier tiempo que el pecador se bolviese á tí, seria perdonado. Adelante queria pasar Don Juan, mas no pudo, porque se le travò la lengua, y comenzò á rebolcarse à un lado y á otro por un lago de sangre, que de sus heridas salia, de la qual estaba todo bañado, que era compasion. Y por esto se dixo aquel Romance, que dice:

De tres mortales heridas,
de que mucha sangre vierte,
el valeroso Albayaldos
herido estaba de muerte.
El Maestre le hiriera
en Batalla dura, y fuerte:
rebolcandose en su sangre,
con el dolor que le advierte.
Los ojos mirando al Cielo,
decia de aquesta suerte:
Sirvete dulce Jesus,
que en este transito acierte.

Acu-

Acusarme de mis culpas,
para que yo pueda verte,
y tu, Madre piadosa,
mi lengua rije y concierta,
Porque Satanás maldito
mi alma no desconcierte.
O hado duro y acerbo!
Si yo quisiera creerte,
No viniera á tal estado,
ni viniera asi á perderme;
el cuerpo doy por perdido,
que el alma no se me pierda;
Porque confio en las manos
de aquel que pudo hacerme,
que tendrá mi piedad
este dia por valerme.
Lo que te ruego buen Muza,
si algo quieres socorrerme,
que aqui me dés sepultura
baxo deste Pino verde,
Y encima pon un letrero,
que declare esta mi muerte;
y al Rey Chico dirás,
como yo quise bolverme
Christiano en aqueste trance,
porque no pueda ofenderme
el fementido Alcorán
que pretendiò obscurecerme.

Muy atento habia estado el valeroso Muza á las palabras del nuevo Christiano, y tanto sentia su mal, que no pudo dexar con lagrimas en los ojos de hacer un tierno sentimiento, considerando el estado en que estaba un tal valeroso Cavallero, y las grandes victorias por él alcanzadas contra Christianos, las riquezas que dexaba, el brio, la gallardía y fortaleza de su persona, y la grande estima y reputacion en que estaba puesto, y verle tendido en el duro suelo, rebolcandose en su sangre, de la qual habia un lago, y sin poder restrañar la poca que le quedaba, y llegandose à él para consolarle, viò como el nuevo convertido hizo la señal de la Santa Cruz, y la besò, y diciendo Jesus, rindiò el alma á su Criador. Lastimòse tanto de ver al nuevo Christiano muerto, que derramò muchas lagrimas sobre el difunto, con el dolor que tenia de la muerte de su caro amigo. Y visto, que el llorar, ni hacer sentimiento doloroso, no hacia al caso, se consolò dexando el llanto, y procurò como le podria dar sepultura en aquel lugar tan desierto; y estando asi con este cuidado, Dios le socorrió en tal necesidad; paraque el Christiano fuese enterrado, y no quedase su cuerpo en aquel campo à las Aves, y fue,

fue, que quatro rusticos iban por leña á la sierra Elvira, con todo recaudo y azadones para sacar las cepas. Muza se alegró quando los vió y los llamó, los quales vinieron, y Muza les dixo: Amigos, por amor de mi que me ayudeis á enterrar el cuerpo de este Cavallero que está aqui; que Alá os lo pagará. Los villanos respondieron, que de buena gana lo harian, y habiendo señalado Muza el lugar de la sepultura, la abrieron con diligencia al mismo pié del Pino, y alzando el cuerpo del Cavallero, le quitaron la marlota y capellar, y le desarmaron de las armas que tenia, tan poco provechosas á los agudos filos, y temple de la espada y lanza del Maestre, y tornandole á poner su marlota y capellar, le enterraron, con muchas lagrimas que derramó Muza. Y habiendole enterrado, los villanos se despidieron espantados de las mortales heridas del difunto. Muza escribió en el mismo tronco del Pino un Epitafio, con letra que de todos fuese bien entendida, que decia de esta manera:

Epitafio de la sepultura de Albayaldos.

Aqui yace Albayaldos,
De cuya fama el suelo estaba lleno;
Mas fuerte que Reynaldos,

Ni el Conde Paladino, aunque fue bue-
Matóle el hado ageno (no
De su famosa vida;
Embidia conocida
De aquel sangriento Marte,
Que pudo tan sin arte,
Ponerle al hierro duro,
Por vivir en su cielo mas seguro.

Este Epitafio puso Muza en el Pino, sobre la sepultura del convertido Albayaldos, y derramando lagrimas, tomó la fuerte jacerina, casco, bonete y plumas, todas llenas de argenteria, y la adarga finisima hecha en Fez, y haciendo de todo con el alfange, y trozo de la lanza en medio un trofeo, lo colgó en una rama del Pino, y encima este letrero:

Epigrama al Trofeo de Albayaldos.

Es trofeo pendiente
Del ramo de aqueste Pino,
De Albayaldos Sarracino,
De Morós el mas valiente
Del Estado Granadino:
Si aqui Alexandro llegára
A este sepulcro, llorára
Con mas embidia y mas fuego,

Que

Que lloró en aquel del Griego,
Que el gran Homero cantára.

Asi como Muza acabó de poner el trofeo con las letras que tengo referidas, viendo que no habia mas que hacer alli, subiò en su caballo, y asiò de la rienda el de Albayaldos, maldiciendole muchas veces, porque por la caída que diò fue herido tan mal Albayaldos, aunque despues dixo, que bien sabia que aquella causa ni otra alguna no era bastante, sino que estaba ya ordenado del Cielo que pasára asi, y que siendo asi no podia dexar de suceder. Yendo diciendo estas cosas y otras, aun no habia andado tres millas, quado viò venir tres Cavalleros de buen talle, el uno venia vestido con una marlota amarilla, y el capellar amarillo, bonete, y plumas de lo mismo, el adarga, la media amarilla, y la media azul, y pintado en lo azul un Sol metido entre unas nubes negras, y debaxo del Sol una Luna que le eclypsaba, con una letra que decia de aquesta suerte:

Ya se eclypsò mi esperanza,
Y se aclarò mi tormento;
Ageno soy de contento,
Pues no hay rastro de mudanza.

La

La lanza deste Cavallero era toda amarilla, el jaez y adorno del cavallo amarillo, y vanderilla de lanza amarilla. Bien mostraba este Cavallero vivir desesperado. La letra decia: *Sin remedio de esperanza.* El otro Cavallero venia con una marlota, la mitad roxa y la mitad verde, capellar, bonete y plumas de lo mismo, la lanza, y la vanderilla verde y roxa, y todo el aderezo y guarniciones del cavallo de la misma color, la adarga, la media roxa, y la otra media verde, y en la parte roxa unas letras de Oro, cortadas con mucho artificio, porque campeaban desde lexos, que decian asi:

Mi lucero no obscurece,
Antes esclarece el dia,
Y esto me causa alegria,
Porque mi gloria mas crece.

Debaxo de estas letras habia un Lucero de Oro, con los rayos muy grandes, y quando le daba el Sol, resplandecia de manera, que privaba de la vista á quien los miraba. Muy bien mostraba este Caballero vivir contento y alegre, segun lo daban á entender los colores de su librea y blason, y señal de su adarga. Las marlotas de los dos Caballeros

eran

eran de damasco, el cavallo del Cavallero del Sol, era castaño claro Andaluz, el del Caballero del Lucero, era tordillo muy poderoso, y tambien Andaluz. Venian ambos Caballeros platicando, y caminando de priesa, Muza los estuvo mirando, por si acaso los podia conocer, mas no pudo conocerlos hasta que llegaron cerca; entonces fueron conocidos, que el de lo amarillo era Reduan, y vestía de aquella suerte, porque Lindaraxa Abencerrage le desamaba, y el otro Caballero de lo roxo y verde, era el animoso Gazul, y vestia de aquella manera, porque Lindaraxa le amaba; y los dos venian desafiados, sobre quien habia de quedar con la hermosa Dama. Maravillóse Muza de verlos, y ellos de verle á él con aquel caballo de las riendas, y sin ningun escudero que le acompañase, y en llegando los unos á los otros, se saludaron segun su costumbre, y despues el que primero habló fue Muza, diciendo: Por Mahoma juro, que me espanto en veros á los dos por este apartado camino, y sospecho que vuestra venida no es sin causa, y recibiré gran placer si me dais cuenta de ella. Reduan respondió: Mas razon hay de admirarnos nosotros en veros venir solo, y con ese caballo del diestro, y de-

debe de ser causa que habeis tenido Batalla con algun Caballero Christiano, y le habeis muerto, y le quitasteis el Caballo. Yo holgára que fuera asi (respondió el afligido Muza) mas decidme Señor Reduan; es posible, que no conoceis este caballo? Reduan mirandole, dixo: Si no me engaño, es el caballo de Albayaldos: suyo es cierto: Su Señor adonde queda? Pues lo preguntais (respondió Muza) os lo diré. Sabed que ayer en el juego de la sortija, habiendo corrido el Maestre de Calatraba sus tres lanzas, y habiendole ganado al mantenedor, Albayaldos entrò en la Playa porque el Maestre matò à Mahamet Bey primo de Albayaldos, desafió al Maestre, y yo presente; y quedò que se habia de ver hoy en la fuente del Pino, llevando Albayaldos por su Padrino á Alabez, el Maestre señalado por el suyo á Don Manuel Ponce de Leon, y esta mañana fuí á Palacio, y no vi á Albayaldos, ni à Alabez, y acordandome del desafio, sin dar cuenta á nadie fuí por la posta á la fuente del Pino, y allí hallé los quatro Caballeros, yo hice lo posible, porque no pasase adelante el desafio, ya lo habia alcanzado del Maestre; pero Albayaldos estuvo tan pertináz, que no quiso sino proseguir la Batalla.

Ala-

Alabez, y D. Manuel tenian antes de ahora comenzada una Batalla, y por cierta ocasion no fue fenecida, y hoy la quisieron fenecer, de suerte, que Padrinos y ahijados pelearon cruelmente, y al fin por caer este caballo fue muy mal herido Albayaldos, el qual vencido, y à punto de muerte, dixo, que queria ser Christiano. Malique tambien queda mal herido y vencido por Don Manuel Ponce de Leon, y si no fuera por mi, alli muriera. Pedíle de merced, otorgase la vida à Alabez, y fue tan noble, que dexó de matarle, y me lo entregó. Yo le apreté las heridas, y se vino, y entiendo que está curandose en Albolote. El Maestre bautizò à Albayaldos, y le puso por nombre Don Juan, y de alli á poco murió llamando á Jesu-Christo. Antes que muriera me rogò muy ahincadamente, que le diese sepultura debaxo de aquel Pino, y asi lo hice, y de sus armas hice un honroso trofeo, y lo colgué encima de su sepultura. Todo esto pasa como os lo he contado, ahora hacedme placer de decirme adonde vais, por si os puedo servir en algo. Obligacion hay (dixo el animoso Gazul) de daros cuenta de nuestra venida, pues nos la habeis dado de este suceso; y respondiendo á esas cosas, digo:

Que

Que siento en el alma la muerte de Albayaldos, y las heridas de Alabez, por ser dos Caballeros en quien el Rey tenia puesto los ojos, por su valor. La causa de nuestra venida es, que el Señor Reduan me trae desafiado, solo porque Lindaraxa me ama, y á el le aborrece; y para esto vamos á la fuente del Pino, por ser lugar apartado. Maravillado el valiente Muza del caso mirò à Reduan, y le dixo: Pues es posible que quereis que os ame por fuerza la Dama? Nunca forzoso amor es perfecto. De suerte, que si ella quiera à otro, quereis tener Batalla con quien no os debe nada, y dexais la culpa sin castigo, y poneis la vida en contingencia de perderla? Si ella no os quiere, buscad otra, que abundancia hay de Damas, siendo como sois, un Caballero tan estimado en el Reyno, así en el valor de persona, como en bienes y linage. Por cierto bien pareceria que saliesen á reñir cada dia los Cavalleros mas estimados por estos negocios, y se matasen, y al tiempo de la necesidad (como cada dia vemos que la hay, por tener los Christianos á la puerta) quien saldrá à los rebatos y escaramuzas? Mirad en que parò Albayaldos, por no tomar mi consejo, no paseis adelante, sino bolvamos á Granada.

Bien

Bien sabeis Señor Reduan, que yo amaba à Daraxa, y á los principios me hizo favores, quantos à Caballero se podia hacer, y sin causa, solo por su gusto me aborreció, y puso los ojos en Zulema Abencerrage Quando vì de cierto, que no me queria (aunque luego lo sentí mucho) procuré olvidarla, y me consolé, considerando que no hay veleta de torres tan mudable como ellas. Fuera bueno que la ingratitud que Daraxa usò conmigo, me la pagára Zulema, y le matára, no teniendo culpa? Dislate fuera muy grande. En lo que me vengo de Daraxa es, no mirarla, y en hacer à mi Dama mil ofrendas en presencia de ella, y esto es mayor venganza que si la mirára. Por vuestra vida Reduan, que cesen rencores, y nos bolvamos. Con esto cesò Muza, y Reduan le respondiò, diciendo: Es tan grave mi tormento, y tan grave el Infierno que arde en mis entrañas que no me dexa reposar, porque de noche arde en mi pecho un mongibelo, y de dia me enciende un bolcan, y un estrongalo, sin cesar de abrasarme: de modo, que para mitigar el fuego en que me abraso, no aguardo sino la acerva y dura muerte. Quiero preguntar, Señor Reduan (dixo Muza) qué remedio pensais sacar

des-

despues de muerto, de todos vuestros males? Descanso, (respondió Reduan.) Y sepamos (dixo Muza) si acaso en la Batalla que pretendeis hacer matais á Gazul, y averiguadamente la Dama os aborrece mas, por haberla privado de su gusto, y por vengarse de vos, pone los ojos en otro, le habeis de matar tambien? Ahora querria acabar esta Batalla, que despues el tiempo me dará orden á lo demás. Viendo Muza que se iban, y que no habia podido reducir á la razon á Reduan, se fue con ellos, con esperanza de aplacar la Batalla, y tan buena priesa se dieron à caminar, que en breve tiempo llegaron á la fuente del Pino, y en llegando, Muza atò al Pino el cavallo de Albayaldos, y les enseñò su sepulcro, y de nuevo bolviò á rogar à Reduan que no prosiguiese su intento, y que dexase aquella empresa, que no importaba. Reduan, sin responder palabra, dixo á Gazul: Ea, robador de mi gloria, ahora estamos en parte donde se ha de acabar de perder mi esperanza; diciendo esto empezò á escaramuzar por lo llano, y á llamar á Gazul que viniese á la Batalla. Gazul enfadado del arrogante contrario, como quien pretendia privarle de todo punto de su bien, y frustrarle la esperanza que tenia de

go-

gozar à Lindaraxa, sin hacer floreos de escaramuza en un momento se juntò con Reduan, con una ardiente colera, y se comenzaron à dar tan terribles golpes de lanza, que era admiracion. Reduan rompiò à su contrario la adarga y jaco, y le dio una pequeña herida, de la qual salia mucha sangre. Gazul viendose herido así á los primeros golpes, para vengarse aguardò que Reduan se ladease con el cavallo, para herirle en descubierto; y sucediò como lo imaginó, porque Reduan quiso bolver con otro golpe, y se le acercò quanto pudo, y quando Gazul le viò tan cerca, arremetió su cavallo con tanta presteza, que quando Reduan entendiò escaparse del encubierto, ya lo tenia recibido, que no tuvo otro lugar, sino adargarse, por reparar el golpe en ella; pero no le valiò ser fina la adarga, ni la jacerina, que el hierro de la lanza lo falseò todo, y quedò Reduan mal herido, y retirandose Gazul, rebolviò à herir á Reduan, y él venia su lanza enristrada, y se encontraron tan fuertemente, que quebraron las lanzas, y ambos se hirieron en los pechos; y como se hallaron tan cerca uno de otro, se abrazaron, haciendo mucha fuerza, para sacarse el uno al otro de la silla, y asi pelearon gran-
pie-

pieza, sin poder afectuar su pretension. Los cavallos como se vieron tan juntos, alborotandose, y dando relinchos, empezaron à morderse, y empiñandose (á pesar de sus Señores) se bolvieron de ancas, para hacerse mal con las herraduras, y al tiempo de rebolverse, como estaban apretados los Cavalleros el uno con el otro, de necesidad huvieron de venir ambos al suelo; mas Reduan, como mas fuerte, se truxo trás sí à Gazul, y quedó él debaxo. Los cavallos viendose sueltos pelearon con mas desenfado. Reduan que se viò en tanto peligro, hizo mucha fuerza con los brazos y pechos, y firmando los pies en el suelo, diò tales embiones, que desechò à Gazul de encima, y se levantò luego en pie; lo mismo hizo Gazul, y muy presto se adargaron, y poniendo mano à sus alfanges, se comenzaron à herir terriblemente, dandose terribles golpes, de suerte, que las adargas se hicieron pedazos, y quedaron muy mal heridos. El que mas herido estaba era Reduan, porque tenia dos heridas de lanza; ambos andaban mal heridos, sin reconocer ventaja en ninguno. Las Libreas estaban rotas por el suelo, y las armas descubiertas, de suerte, que cada uno procuraba herir en las partes mas

fla-

flacas de las armas, paraque el golpe no fuese en valde. Los alfanges eran Damasquinos, y de muy finos temples, y no tiraban golpe que las armas no fuesen rompidas, y ellos heridos; y así en dos horas que habia que lidiaban estaban tales, que no se podia esperar sino la muerte de ambos. Reduan llevaba lo peor de la Batalla, porque aunque es verdad, que era de mas fuerza que Gazul, era mas ligero y entraba y salia mas á su salvo, y heria como queria Gazul, lo qual no hacia Reduan, á cuya causa andaba tan mal herido; mas los golpes que Reduan acertaba eran muy desapoderados. Muy mal heridos andaban los dos, y mucha sangre vertian, lo qual visto por Muza, entendiendo que si la Batalla pasase adelante, aquellos dos tan buenos Cavalleros habian de morir, de compasion de ellos tuvo, se apeò de su cavallo, y se fue á poner enmedio de ambos, diciendo: Señores Cavalleros, hacedme merced, que no pase adelante la Batalla, porque si la proseguis, me parece que ambos morireis. Gazul se apartó luego, y el valeroso Reduan, aunque contra su voluntad, se hubo de apartar, considerando, que era Muza hermano del Rey, y apartados los curó Muza, y apretó las heridas; y

su-

subiendo en sus cavallos, llevandose el de Albayaldos, se fueron à Albolote, y serían las cinco de la tarde quando llegaron, y preguntando donde estaba Alabez, le hallaron mal herido en una cama, curandose con gran diligencia por un Maestro que alli estaba. Luego los dos Caballeros, Reduan, y Gazul, tambien fueron puestos cada uno en su cama, y curados por aquel Cirujano, y los regalaron y proveyeron de todo lo necesario. Mucho se maravillò Malique Alabez, en ver aquellos Caballeros tan mal heridos, porque ambos eran muy grandes amigos suyos. Ahora los dexarémos curando, y ya hechos amigos, y bolverémos á contar de Granada, y de algunas cosas que en ella sucedieron el dia siguiente, que pasaron estas dos Batallas.

CAPITULO XII.

EN QUE SE DA CUENTA DE UNA pendencia que los Zegries tuvieron con los Abencerrages, y como estuvo Granada à pique de perderse.

PUestos los Caballeros en cura, Muza se partió á Granada, llevando el cavallo de

de Albayaldos consigo, y à puestas del Sol llegó à la Ciudad, y entrando por ella se rebozó con el cabo del capellar, por no ser conocido, y asi llegó al Alhambra à hora que el Rey su hermano se sentaba à cenar, y en apeandose dió los cavallos à uno de la guardia, y se entró en el Real aposento. El Rey se maravilló en verlo venir de camino, y le preguntó, donde havia estado aquel dia? Muza le dixo: Señor, cenemos, y despues os contaré cosas que os admirareis. Cenaron, que bien lo havia menester Muza, y acabada la cena, contó Muza por extenso la muerte de Albayaldos, las heridas de Alabez, y la Batalla de Gazul, y Reduan; con lo qual fue el Rey muy suspenso, y sintió la muerte de Albayaldos; y el dia siguiente se publicó por la Ciudad, y todos hicieron gran sentimiento, en particular su primo hermano Aliatar, y juró de vengar su muerte, aunque le costase la vida. Todos los Cavalleros fueron à dar el pesame à Aliatar, y los primeros fueron los Zegries, Gomeles, Vanegas, y Mazas, Gazules, y Abencerrages, y otros muy principales Cavalleros de la Corte, y à la postre fueron Alabezes, y Abencerrages, y puestos todos en sus asientos, como en casa de tan principal Cavallero; despues

de haverle dado el pesame, se trató si seria bueno hacer por él debido sentimiento, como por semejantes Cavalleros se suele hacer. Para esto huvo grandes pareceres, porque unos decian que no, por quanto siendo Albayaldos Moro, al tiempo de su muerte se bolvió Christiano: los Vanegas decian, que no importaba aquello, que seria bien que sus deudos, y amigos hiciesen sentimiento, asi por lo uno, como por lo otro. Los Zegries decian, que pues Albayaldos se havia buelto Christiano, que no se holgaria Mahoma que ellos hiciesen sentimiento, porque se havia apartado de su secta, porque esto era guardar derechamente el rito del Alcorán. Los Abencerrages decian, que el bien que se havia de hacer havia de ser por amor de Alá; y que si Albayaldos se bolvió Christiano à la hora de su muerte, que aquel secreto solo Dios lo sabía, y que à él lo dexasen, y que no por esa causa se dexasen de hacer el debido sentimiento. Un Zegri llamado Albin Hamad, dixo: O el Moro Moro, ò el Christiano Christiano: digolo porque aqui en esta Ciudad hay Cavalleros, que cada dia embian limosna à los Cautivos Christianos, que están en las mazmorras del Alhambra, y les dán de comer; y son los

Ca-

Cavalleros que digo los Abencerrages. Decís verdad (dixo Abin Hamet Abencerrage) que todos nos preciamos de hacer bien à los Christianos; y à qualquiera necesitado, porque los bienes los dá el Santo Alá para hacer bien por su amor; que los Christianos dán limosna à los Moros en nombre de Dios, y por su amor la hacen; y yo que he estado Cautivo lo sé, porque la he visto dár, y à mi me han hecho algun bien: y en reconocimiento de esto, yo, y mis Parientes hacemos la limosna que podemos à los Cautivos Christianos, que por ventura lo habremos menester nosotros algun diá. Y à qualquier Cavallero que se pareciere mal, es muy ruín, y siente poco de caridad; y tóquele à quien le tocára. Y qualquiera que dixere que hacer limosna à quien la pide no es bueno, miente, y lo sustentaré. El Cavallero Zegri ardiendo en saña, y por verse desmentido, sin responder, alzó la mano para herirle en el rostro al Abencerrage, el qual reparó el golpe en el brazo izquierdo, pero no fue tan bueno el reparo, que no por eso dexó el Zegri de alcanzarle en el rostro con las yemas de los dedos, lo qual sentido por el Abencerrage, rabioso como un Leon Hircano, y en viva colera ardien-

do, puso mano à la daga, y antes que se moviese un paso el Zegri, le dió dos puñaladas, ambas muy penetrantes, y al momento cayó muerto à los pies del Abencerrage. Otro Caballero Zegri arremetió al Abencerrage para herirle con un puñal, pero no pudo, porque con tan gran presteza le asió del brazo derecho el Abencerrage, que el Zegri no pudo executar lo que pretendia, y el animoso, y esforzado Abencerrage le dió una herida en el estomago, con la qual cayó muerto. Los Zegries que alli havia, que eran mas de veinte, pusieron luego mano à las armas, diciendo: Mueran los traidores Abencerrages. Los Abencerrages se pusieron en defensa. Los Gomeles acudieron à favorecer à los Zegries, y serian mas de veinte, y con ellos otros tantos Mazas. Lo qual visto por los Alabezes, y Vanegas, fueron en favor de los Abencerrages, y entre estos seis linages de Cavalleros se comenzó una gran rebuelta, tan brava, y reñida, que en poco tiempo fueron otros cinco Zegries muertos, y tres Gomeles, y dos de los Mazas; y en estos tres linages huvo catorce heridos. De los Abencerrages no huvo muertos, mas huvo diez y siete heridos, y à uno le cortaron un brazo à cercen. De los Alabe-

bezes murieron tres, y huvo ocho mal heridos. Algunos Vanegas salieron heridos, y dos muertos. Y mayor fuera la desgracia, si Aliatar, y otros Cavalleros no se pusieran en medio, y algunos de los que ponian paz salieron heridos. Con esta riña, que parecia hundirse Granada, se salieron todos à la calle, continuando su pendencia. Pero como los Cavalleros que ponian paz eran muchos, y de mucho valor, que eran Alabezes, Bencerrages, Gazules, Almohades, y Almoradies, y tanto hicieron, que los pusieron en paz, aunque con dificultad, porque los de la pendencia eran muchos, y havia muertos de por medio. El Rey Chico fue avisado de lo que pasaba, y salió del Alhambra, y fue adonde era la question, y aun no halló de todo punto el negocio acabado. Los Caballeros de la rebuelta, asi como reconocieron al Rey, se apearon, y se fue cada uno por su parte. Hecha la averiguacion del caso, mandó prender à los Cavalleros Abencerrages, y les dió por Carcel la Torre de Comares, y à los Zegries mandó poner en las Torres Bermejas, y à los Gomeles en el Alcazaba, y à los Mazas en el Castillo de Bitaubien, y à los Alabezes en la Casa, y Palacio de Generalise, y à los Va-

ne-

negas en una Torre fuerte de los Alijares, y el Rey muy enojado se bolvió al Alhambra, diciendo: Por Mahoma juro, y por mi Corona, que he de acabar estos vandos, con quitar seis cabezas à cada linage. Los Cavalleros que le iban acompañando le suplicaron que no hiciese tal, porque eran la nata de la Ciudad, y todos bien emparentados, y si hacia qualquier castigo, se alborotaria la Ciudad, y aun el Reyno, y habria un escandalo, que si quisiese remediarlo, no pudiese, que lo mejor seria hacerlos amigos, à cuyo trabajo, y cuidado ellos se obligaban. Finalmente, aplacado algun tanto el Rey con lo que dixeron los Cavalleros, los encargó, que hiciesen con brevedad las amistades. Hicieron tanta diligencia de los Abencerrages, Alabezes, y Almoradies, que en espacio de quatro dias todos los Cavalleros que riñeron fueron amigos, y las muertes perdonadas, llevando las Justicias gran cantidad de dinero para la Camara Real. Esto pasado, soltaron à los presos, quedando los Zegries muy lastimados, y apellidando entre ellos venganza de tanto daño, y deshonra; para concertarla se juntaron un dia todos los Zegries, y Gomeles en un Jardin muy deleitoso, y huerta, junto à Darro; y

des-

despues de haver comido todos à una mesa, estando sentados por su orden un Cavallero Zegri (à quien los demás respetaban por mayor, y cabeza de ellos) hermano de aquel Zegri, que mató Alabez en el juego de caños, comenzó à hablar, mostrando grande tristeza, y deçia asi: Valerosos Cavalleros Zegries, deudos, y amigos mios; vosotros los Gomeles, advertid lo que quiero decir con lagrimas de sangre: Ya sabeis en quanto se debe estimar la honra, quanto cuesta conservarla, y en que instante se pierde, y una vez perdida no se cobra jamás; digolo, porque en Granada, nosotros los Zegries, y vosotros los Gomeles, estabamos puestos en el Trono, y alteza que podemos desear; el Rey nos estima, la Ciudad nos ama, riqueza tenemos abundantemente, y estos Cavalleros mestizos Abencerrages procuran quitarnos el honor, y abatirnos, ya nos han muerto à mi hermano, y otros tres, ò quatro deudos, y asimismo, de los Cavalleros Gomeles, haciendo de nosotros infame menosprecio; todo lo qual pide entera venganza; porque sino la procuramos, presto harán los Abencerrages que no seamos nada, y que nadie nos estime, y para el reparo desto, es menester por todas las vias, y

mo-

modos que ser pudiere, que busquemos como seamos vengados, y nuestros enemigos aniquilados y destruídos, porque nos quedemos en nuestra honra permaneciente: no se puede ello hacer por fuerza de armas, respeto que el Rey puede proceder contra nosotros; pero tengo imaginado un buen medio, aunque no es à la ley de Cavalleros; pero es para vengarnos de nuestros enemigos. Un Cavallero de los Gomeles respondió: Señor Zegri Mahomad ordenad lo que conviene, que aqui os seguirémos. Pues sabed (dixo el Zegri) que he determinado de poner mal à los Abencerrages con el Rey, de modo que ninguno viva, diciendo que Abin Mahomete (que es cabeza de ellos) cometió adulterio con la Reyna, y he de atestiguar con vosotros, y haveis de decir, que es verdad lo que yo digo, y que à quien nos contradixera, se lo darémos à entender. Y que los Abencerrages le pretenden matar, y quitar el Reyno, con esto es sin duda, que el Rey los mandará degollar à todos, y dexadme el cargo, que yo daré la orden para ello. Este es mi pensamiento, amigos, y Parientes; ahora dadme vuestro parecer: y este sea con secreto, porque ya veis lo que importa. Acabando el Zegri su diabolica, y mal pen-

pensada razon, todos dixeron à uno, que ello estaba bien acertado, que se hiciese asi, que todos favorecerian su intento. Luego fueron señalados dos Cavalleros de los Gomeles, paraque el Zegri, y ellos propusiesen el caso delante del Rey. Acabada de concertar esta tan solemne traicion, se fueron à la Ciudad donde estuvieron con su dañado pensamiento, aguardando tiempo, y lugar para ponerla en execucion. Y asi los dexarémos à ellos, y bolverémos al Moro Aliatar, que estaba muy enojado por lo que en su casa havia sucedido, triste por la muerte de su primo Albayaldos, y juró segunda vez de vengar la muerte, y propuso de ir à buscar al Maestre para matarle, si pudiese; y para esto no quiso dilatar mas su deseo, sino luego se puso un jaco acerado sobre un estofado jabon, y una marlota leonada sin guarnicion, y pusose un acerado casco, y sobre él un bonete leonado, y en él un penacho negro. Traxeronle un cavallo enjaezado de negro, y lanza, y adarga negra, sin otra señal, ni divisa. Salió tan gallardo, y brioso, que pocos le igualáran en la Ciudad, y en llegando à la Plaza nueva, vino baxando el camino de Antequera, para buscar al Maestre, ò à otros Christianos en quien

vea-

vengar la muerte de su primo Albayaldos; y haviendò pasado de Loja, vió un esquadron de Christianos, que venia para entrar en la Vega, los quales traían un pendon blanco, y una señal roxa, que era la Cruz de San-Tiago, y por Caudillo desta gente venia el Maestre de Calatraba, que ya estaba sano de sus heridas, por haverlas curado con precioso balsamo. Aliatar conoció ser aquella señal del Maestre, porque le havia visto muchas veces en la Vega, y llegandose al esquadron dixo en voz alta: Por ventura viene aqui el Maestre de Calatraba? El Maestre se adelantó de su gente, y le dixo al Moro: Paraque preguntais por él? Queria hablarle (dixo el Moro.) Si no es para mas, yo soy, decid lo que quereis. Aliatar, mirando al Maestre, le conoció luego en la Cruz, y llegandose à él, sin ningun temor y sin saludarle, le dixo: Maestre esforzado, con razon os podeis llamar el Cavallero mas dichoso del mundo, pues haveis alcanzado victoria de tantos, y tan esforzados Cavalleros, y mas con la que alcanzasteis de mi primo Albayaldos, gloria, y espejo de todos los Cavalleros de Granada, que es tanto el sentimiento mio, que muero en solo pensarlo. Mi venida es en busca vuestra,

pa-

para vengar la muerte de mi primo, acudiendo à la obligacion que tengo; y pues os he hallado, holgaré cumplais mi deseo; y si muriere en la Batalla, partiré consolado, por morir à manos de tan principal Cavallero, y por hacer compañia à mi amado primo. A lo qual respondió el Maestre: Holgaréme Aliatar, que ya que me haveis hallado, haviendome buscado, que fuera para cosa en que yo os pudiera servir, que juro como Cavallero, que en mi hallaréis entera amistad; y me holgaria que no hiciesemos Batalla, porque vuestro primo hizo el deber como Cavallero; quiso llevarselo Dios al Cielo, porque al tiempo de su muerte le conoció, y pidió agua de Bautismo, y se bolvió Christiano. Dichoso él, pues goza de Dios. Por eso no querria que tuviesemos Batalla, sin haver paraque, sino ved si os puedo servir en algo, que lo haré por vos. Mucha merced, Señor Maestre (respondió Aliatar) por ahora no se me ofrece en que me hagais merced, Señor Maestre, sino que me clama la sangre de mi primo Albayaldos, y querria que no dilatasemos la Batalla, y asimismo, que me asegureis de los vuestros no ser ofendido, sino que solo he de lidiar con vos. Mucho holgára (dixo el Maestre)

que

que no pasarades adelante con vuestro intento, pero pues eso es vuestra voluntad, hagase lo que quereis. En lo que me pedís, que no seais ofendido de los mios, yo os doy seguro de eso, y diciendo esto alzó las manos à su gente, haciendo señas, que se retirasen de alli, y esta era bastante señal de seguro. La gente luego se retiró lo qual visto por el Moro, dixo al Maestre: Ea, Cavallero, que ya es tiempo de que comenzemos nuestra Batalla; y diciendo esto movió su caballo à media rienda, escaramuzando con gallardia. El Maestre haciendo la señal de la Cruz alzó los ojos al Cielo, diciendo: Por vuestra Santisima Pasion, Señor mio Jesu-Christo, que me deis victoria contra este Pagano; y diciendo esto, con bravo animo arremetió su cavallo por el campo, escaramuzando contra el Moro, y aún no estaba sano de las heridas que Albayaldos le dió, y le impedian para pelear, pero su animo suplia los defectos de las heridas, y notando la braveza de Aliatar, y su denuedo, y ligereza de escaramuzar, diciendo entre sí: Conviene me andar cuydadoso, porque este Moro no alcance victoria lo qual no permita Dios. Y diciendo esto sosegó su cavallo, yendose de espacio, los ojos siempre puestos en su ene-

enemigo, para ver lo que haria. El Moro que vió andar asi al Maestre, no sabiendo la causa, que le fue acercando para hacerle algun daño, y estando cerca de él, confiado en el vigor de su brazo, y en su destreza, para dár el golpe, entendiendo que el Maestre no estaria en el caso advertido, levantandose sobre los estrivos, le arrojó la lanza con tanto impetu, que el hierro, y vanderilla iban rechinando por el ayre. El Maestre que vió desembrazar la lanza con tan gran violencia, y que el asta venia rugiendo por el ayre, con gran presteza arremetió su cavallo, y se apartó à una parte, hurtandole el cuerpo, de modo, que pasó adelante, y se clavó en tiérra, sin hacer efecto. Haviendose el Maestre apartado con tal presteza, qual el Alcon suele asaltar à los astutos gorriones, arremetió al Moro para herirle, el qual no osó aguardar, porque le vió venir con violencia, y rebolviendo el cavallo, fue adonde estaba clavada su lanza, y llegando tiró de ella, y la sacó del suelo con una presteza admirable, y rebolviendo para herirle al Maestre, le vió tan cerca de sí (como le venia à los alcances) que no pudieron hacer otra cosa sino embestirse el uno al otro, y dieronse dos grandes encuentros: El Moro

hi-

hirió al Maestre en el escudo, y le falseó, y hirió en el brazo, y rompiendo las armas, le hiriò en el pecho de una mala herida. El golpe que el Maestre le dió fue muy bravo; porque rompió la adarga del Moro, aunque era muy fuerte, y el jaco acerado, y le hizo una mala herida, por la qual salia mucha sangre. Bien sintió el Moro que estaba mal herido, pero no por eso mostró punto de desmayo, antes con mas animo que primero arremetió al Maestre, blandeando la lanza como si fuera junco. El Maestre usó de maña con él, y al tiempo que se huvieron de encontrar los dos, ladeó el Maestre un poco su cavallo; de suerte, que le dió Aliatar en la adarga al soslayo, y aunque la rompió no llegó el hierro à la carne. El Maestre le dió de trabés en descubierto, y le hizo una mala herida. El Moro encendido en ira rabiosa, casi desesperado arremetió al Maestre par herirle; pero guardabase de los golpes con gran ligereza. Y visto el Moro la mucha presteza del Maestre, maravillado detuvo su cavallo, y le dixo: Christiano Cavallero, si quereis, y es vuestro gusto fenezcamos nuestra Batalla à pie, pues ha gran pieza que combatimos à cavallo. El Maestre dixo, que le placia, y se alegró; porque era

gran-

grande la destreza que tiene à pie, y asi se apearon los dos fuertes guerreros, y embrazados sus escudos, y con las armas en las manos se acometieron con tanta fortaleza, como dos Leones bravos, pero poco le valió al Moro su braveza, que tenia poderoso enemigo. Herianse por todas partes, procurando cada uno dár la muerte à su contrario, y asi andaban los dos muy encarnizados. Llevaba el Moro lo peor, aunque no lo sentia, porque de dos heridas destilaba mucha sangre, y tanta, que donde Aliatar ponia los pies, quedaba rastro: mas como el Moro era valiente, y de animoso corazon, no lo sentia, y asi se mantenia en su Batalla. Quien viera pelear los Cavallos, se espantára de ver los bocados que se daban; al fin, havia que mirar en las dos Batallas. A esta sazon tiró el Maestre un rebés à su enemigo, y le cortó la adarga como si fuera de cera. Lo qual visto por el Moro, lo sintió, y muy sañudo dió un golpe al Maestre por encima de su escudo, que parte de él vino al suelo, y como el Maestre lo alzó por defender la cabeza, la punta del alfange le alcanzó con tal valor, que el acerado casco del Maestre fue roto, y quedó herido en la cabeza, y la herida no fue grande, respeto que el alfange le to-

có

có con los extremos; pero saliale tanta sangre, que le bañaba los ojos; de modo que le turbaba; y si à la sazon el Moro no anduviera tan desangrado, y lacio, por la falta de su sangre, el Maestre corria peligro, porque como el Moro vió tanta sangre por el rostro del Maestre, cobró animo, y comenzó à herirle bravamente, mas como estaba desangrado, no pudo acometer al Maestre como quisiera, ni mostrar su valor; pero con todo eso ponia en aprieto al Maestre, el qual como se vió tan perseguido del Moro, y que tanta sangre le salia de la herida de la cabeza, de todo punto enojado, poniendo su vida en todo riesgo, cubierto lo mejor que pudo con la parte del escudo que la quedaba, acometió à Aliatar, llevando su espada de punta. El Moro que lo vió venir, no le rehusó, que tambien le embistió, pensando con aquel golpe fenecer la Batalla. El Maestre hirió de punta al Moro con gran furia; de suerte, que la espada entró hasta lo mas escondido de las entrañas. Mas no pudo hacer tan à su salvo el Maestre esta herida, que él no quedase mal herido de otra en la cabeza de tal suerte, que aturdido vino al suelo, derramando mucha sangre. El Moro que vió al Maestre en tierra, y cubierto

to de sangre, entendió que era muerto, y fue para cortarle la cabeza; pero quando se movió para ello, cayó en tierra muerto, à causa de haverle pasado las entrañas. A esta sazon el Maestre bolvió en sí, y viendose puesto en tal estado, receló que el Moro no viniese sobre él; con gran presteza se levantó, y mirando por Aliatar, le vió tendido en el suelo, y que no se movia; entonces se hincó de rodillas, y dió muchas gracias à Dios por la victoria, y levantandose, se fue al Moro, y le cortó la cabeza, y la arrojó en el campo. Luego tocó la corneta, y al sonido de ella vino su gente, y vista la victoria se holgaron, y como le hallaron tan mal herido, les pesó mucho, y cogiendo los cavallos, que todavia peleaban, le dieron el suyo al Maestre, y al del Moro cogieron de la rienda; y la cabeza de Aliatar puesta en el pretal, y despojando el cuerpo de ropas, y armas, se fueron para curar al Maestre, el qual quedó de esta Batalla con grande honra; y por ella se dixo aquel Romance, que dice asi:

DE Granada sale el Moro,
que Aliatar era llamado,
primo hermano del valiente,
y esforzado Albayaldos.

El que matará al Maestre
en el campo peleando:
sale à cavallo este Moro,
de finas armas armado,
Sobre ellas una marlota,
de damasco leonado,
leonado era el bonete,
negro el plumage azulado,
La lanza tambien es negra,
adarga negra ha tomado,
tambien el cavallo es negro,
de valor muy estimado;
No es potro de pocos dias,
de diez años ha pasado,
tres Christianos se lo cuidan,
y él mismo les dá recaudo.
Sobre tal cavallo el Moro
se sale muy enojado,
llegando à la Plaza nueva
ácia Darro no ha mirado.
Aunque pasó por la Puente,
segun vá encolerizado;
sale por la puerta Elvira,
y por la Vega se ha entrado.
Camino vá de Antequera,
en Albayaldos pensando,
hallar desea al Maestre,
para hacerse bien vengado,

Y

Y en llegando junto à Loxa,
un esquadron ha encontrado,
todo de lucida gente,
por señas un pendon blanco,
En medio una Cruz roxa
del Apostol San-Tiago;
llegandose al esquadron,
sin temor ha preguntado:
Si venia alli el Maestre,
que Don Rodrigo es llamado;
el Maestre alli venia,
de su gente se ha apartado.
Y dixo: Qué buscas, Moro?
Yo soy el que has demandado;
conocele luego el Moro
por la Cruz traía al lado,
Y tambien en el escudo,
que lo tiene acostumbrado.
Dios te guarde buen Maestre,
buen Cavallero estimado,
Sabrás, que soy Aliatar,
de Albayaldos primo hermano,
à quien tu diste la muerte,
y le bolviste Christiano,
Y ahora yo soy venido,
solamente por vengarlo;
apercibete à Batalla,
que aqui te aguardo en el campo.

El Maestre que esto oyó,
no quiso mas dilatarlo;
vase el uno para el otro,
muy grande esfuerzo mostrando.
Dabanse grandes heridas,
reciamente peleando:
el Maestre es valeroso,
el Moro no le ha endurado.
Finalmente le mató
como varon esforzado,
cortarále la cabeza,
y en el petral la ha colgado.
Bolvióse para su gente
muy malamente llagado,
y su gente lo llevó
do fuese muy bien curado.

A quatro dias de como pasó esta Batalla se supo en Granada como Aliatar murió à manos del Maestre, lo qual sintió mucho el Rey, en ver en quan poco tiempo le havia muerto dos tan buenos Cavalleros como Aliatar, y Albayaldos. Tambien lo sentian todos, y la alegria se bolvió en tristeza, y pesar por la muerte destos dos Cavalleros, y por los vandos que havia entre Zegries, y Abencerrages, lo qual visto por el Rey, acordó él, y su Consejo, que se bolviesen à ale-

alegrar, y ordenó, que todos los Cavalleros que jugaron en la sortija pasada, se casasen con sus Damas, y que se hiciese sarao publico, y se cantase, y danzase la zambra (que es fiesta entre Moros muy estimada, y tenida,) y que se corriese Toros, y huviese juego de cañas; y para esto dió el Rey las veces al valeroso, y valiente Muza, el qual se encargó de hacer las quadrillas del juego, y de hacer traher los Toros. Grande contento sintieron todos los Cavalleros mancebos que tenian Damas; y asi toda la Ciudad tuvo tanta alegria como de antes, y aun mas; porque luego los Cavalleros comenzaron à ordenar juegos, y mascaras de noche por las calles, mandando poner grandes hogueras, y poner luminarias por toda la Ciudad, de suerte, que la noche parecia dia. Seria bueno decir quien fueron los Cavalleros, y Damas que se casaron. El fuerte Sarracino, con la linda Galiana. Abindarraez, con la hermosa Xarifa. Abenamar, con Fatima. Zulema Abencerrage, con Daraxa. Malique Alabez, con Cohaida, que ya lo havian traído de Albolote, y estaba sano de sus heridas. Azarque, con Arbolaya: un Cavallero Almoradi con Sarracina: un Cavallero Abencerrage, con Zelinda. Todos estos Cavalle-

ros,

ros, y Damas nombrados fueron casados en la misma sala Real, en la qual huvo dos meses de fiestas, y zambra, y como los Cavalleros, y Damas que se casaron era gente principal, y la flor de Granada, se hicieron grandes gastos, asi en comidas, como en ropas, Oro, y sedas: de manera, que la Ciudad estaba à esta sazon la mas rica, y opulenta, y la mas alegre del mundo. Fuera gran bien para los moradores de la Ciudad, y para todo el Reyno, que siempre estuvieran en tranquilidad, y concordia; pero como la rueda de la fortuna es mudable, presto lo bolvió lo de arriba abaxo, y dió con todo en el suelo, convirtiendo tantos placeres, y regocijos en tristes llantos, como adelante dirémos. Muza (como hombre à quien havian hecho cargo de las fiestas) presto concertó las quadrillas del juego, tomandose él un puesto con treinta Cavalleros Abencerrages, y dando el otro puesto à un Cavallero Zegri, hermano de Fatima, mancebo valiente, y de valor, y este señaló otros treinta Zegries, deudos suyos, para el juego, el qual havia de ser en la Plaza de Bibarrambla, donde se havian de correr, y traídos, un dia señalado los corrieron con mucha alegria de toda la Ciudad, en presencia del Rey, y de la Reyna,

na, y de toda la Corte. Congregaronse de la Ciudad, y forasteros mucha gente à la fama de las fiestas Reales. Ya se havian corrido quatro Toros muy bravos, y estaba el quinto en la Plaza, quando entrò por ella rúando un Cavallero en un lucido cavallo, la marlota, y capellar era verde (como quien vivia con esperanza) las plumas verdes, con argenteria de Oro. Con él salieron seis con la misma divisa de su librea, y cada uno con un rejon negro en la mano, con unas listas de plata. Grande contento dió el Cavallero à los que estaban mirando las fiestas, y mas à la hermosa Lindaraxa, porque luego conoció à Gazul, que ya estaba sano de las heridas que le dió Reduan en aquella Batalla que tuvieron los dos. Reduan no quiso hallarse en las fiestas aquel dia, por los desdenes que le daba Lindaraxa, por no verla, y por no traher à la memoria sus penas, se salió aquel dia armado, por ver si hallaria algun Christiano con quien pelear. Pues como Gazul entró tan gallardo, y vió que todo el vulgo le miraba, se puso en medio de la Plazo, y aguardó que el Toro viniese por aquella parte, el qual no tardó mucho, que haviendo muerto cinco hombres, y atropellado mas de cinquenta, llegó, y asi como vió

el

el cavallo, arremetiò para herirle; Gazul le aguardò, y al tiempo que el Toro quiso hacer su golpe, le diò al fuerte, y ligero Toro un rejonazo tan cruel por medio de los ombros, que mal de su grado cayò en tierra, y no hiriò al cavallo. Sentia tanto dolor el lastimado Toro, que puesto los pies, y manos ácia arriba, se rebolcaba en su sangre, dando unos bramidos espantables. Admirado quedò el Rey, y toda la Corte, de ver la venturosa suerte del valiente Gazul, y quan bravamente havia quitado la fuerza, y brio à un animal tan feròz. Con mucho contento estaba Gazul lidiando con los Toros que se corrian, aguardandolos hasta llegar muy cerca, y despues los lastimaba con el rejon, de tal suerte, que no bolvian mas à él. Y porque aquel dia lo hizo tan bien el invencible Gazul, se hizo este Romance.

EStando toda la Corte
de Abdalí, Rey de Granada,
haciendo una rica fiesta,
haviendo hecho la zambra;
Por respeto de unas bodas
de gran nombradía, y fama,
por lo qual se corren Toros
en la Plaza Bibarrambla.

Es-

Estando corriendo un Toro,
que su braveza espantaba,
se presentò un Cavallero
sobre un cavallo en la Plaza,
Con una marlota verde,
de damasco vandeada,
el capellar de lo mismo,
muestra color de esperanza,
Plumas verdes , y el bonete
parece de una esmeralda;
seis Criados ván con él,
que le sirven , y acompañan,
Vestidos tambien de verde,
porque su Señor lo manda,
como aquel que en sus amores
esperanza llevaba larga;
Un rejon fuerte , y agudo
cada Criado llevaba,
de color negro en todos,
y vandeados de plata.
Conocen al Cavallero
por su presencia bizarra,
que era el muy fuerte Gazul,
Cavallero de gran fama,
El qual con gentil donayre
se puso en medio la Plaza,
con un rejon en la mano,
que algun Marte semejaba,

Y con animo invencible
al fuerte Toro aguardaba;
el Toro quando le vido
al Cielo tierra arrojaba,
Con las manos, y los pies,
cosa que gran temor daba;
y despues con gran braveza
ácia el cavallo arrancaba,
Por herirle con sus cuernos,
que como alesnas llevaba;
mas el valiente Gazul
su cavallo bien guardaba,
Porque con el rejon duro,
con destreza no pensada,
al bravo Toro heria
por entre espalda, y espalda.
El Toro muy mal herido,
con sangre la tierra baña,
quedando en ella tendido,
su braveza aniquilada.
La Corte toda se admira
en ver aquella hazaña,
y dicen que el Cavallero
es de fuerza aventajada;
El qual corriendo los Toros,
el coso desembaraza,
haciendole al Rey mesura,
y à Lindaraxa su Dama.

Eo

Lo mismo hizo à la Reyna,
y à las Damas que alli estaban.

Bolviendo al proposito, el fuerte Gazul corriò los demás Toros que quedaban, en compañia de otros Cavalleros que los corrian, y no quedando ya ningun Toro (hecho el acatamiento debido al Rey, à la Reyna, y à las Damas, y en particular à Lindaraxa) se saliò de la Plaza, quedando todos muy contentos en haver visto su hazaña. Luego se tocò à cavalgar, paraque entrase el juego de cañas. Los Cavalleros del juego se fueron à aderezar, y no tardò mucho, que al son de militares trompetas entrò el valeroso Muza con su quadrilla, con tanta bizarría, gala, y gentileza, que no havia mas que ver. Toda su librea era blanca, y azul, con girones, y vandas pajizas, plumas encarnadas, y blancas, con mucha argenteria de Oro, por divisa en las adargas un Salvage, que con un baston deshacia un mundo. Esta divisa era de los bravos Abencerrages muy usada, con una letra à los pies del Salvage, que decia asi:

Abencerrages levanten
Hoy sus plumas hasta el Cielo,

Pues

Pues sus famas en el suelo
Con la fortuna combaten.

De esta forma entró el Granadino Muza gallardeando, y bizarro con toda su quadrilla, que eran treinta Abencerrages, todos Cavalleros de mucho valor. En entrando hicieron todos un concertado caracol, escaramuzando unos con otros, y acabado, se pusieron cada uno en su puesto. Luego el vando de los Zegries entró muy gallardo, y no menos vistoso que los Abencerrages, su librea era verde, y morada, quarteada de color jalde, muy vistosa; venian en yeguas bayas muy ligeras, los pendones de las lanzas eran verdes, y morados, con borlas jaldes. Y si los Abencerrages hicieron buena entrada, y caracol vistoso, no la hicieron menos de ver los Zegries; traían por divisa en las adargas unos alfanges sangrientos, con esta letra:

Alá no quiere que al Cielo
Oy suba ninguna pluma,
Sino que se hunda, y suma
Con el acero en el suelo.

Y haviendo hecho su caracol muy gallardamente, tomaron su puesto, y al punto los

os dos vandos se apercibieron de cañas para
el juego. El Rey, que ya tenia vistas las divisas, y letras de los Cavalleros, y por ellas entendió el rencor oculto, porque no resultase algun escandalo en tiempo de tantos regocijos, y fiestas, luego se quitó de los miradores, y acompañado de todos los Grandes de su Corte, baxó à la Plaza antes que se comenzasen las cañas, que no fue poco importante su asistencia, y puesto à un lado mandó que jugasen, y al son de los añafiles, chirimias, dulzaynas, y atabales, se comenzaron à jugar las cañas, hechas quatro quadrillas. Las cañas se jugaron sin haver desconcierto alguno, que lo huviera muy grande, si el Rey no descendiera à la Plaza, porque los Zegries venian de mano armada contra los Abencerrages, los quales escarmentados de la pasada) estaban apercebidos para lo que se ofreciera; pero con la presencia del Rey, que estaba con ellos, no executaron su intento los Zegries. Haviendo visto los motetes de los dos vandos contrarios, quando al Rey le pareció que era tiempo de dar fin al juego, mandó ponerlos en paz, y asi se acabaron las fiestas de aquel dia sin pesadumbre, muy à gusto, que no fue pequeño mysterio. Y por esta fiesta de Toros,

ros, y juego de cañas, se hizo el Romance siguiente.

COn mas de treinta en quadrilla,
Hidalgos Abencerrages,
sale el valéroso Muza
à Bibarrambla una tarde,
Por mandado de su Rey
à jugar cañas, y sale
de blanco, azul, y pajizo
con encarnados plumages,
Y paraque se conozcan,
en cada adarga un plumage,
acostumbrada divisa
de Moros Abencerrages.
Con un letrero, que dice:
Abencerrages levanten
hoy sus plumas hasta el Cielo,
pues de ellas visten las aves.
Y en otra quadrilla vienen
atravesando una calle
los valerosos Zegries,
con libreas muy galanes,
Todos de morado, y verde,
marlotas, y capellares,
con mil jaqueles gualdados,
de plata los azicates;
Sobre yeguas bayas todos,
her-

hermosas, ricas, pujantes,
por divisa en las adargas
unos sangrientos alfanges.
Con una letra, que dice:
No quiere Alá se levanten,
sino que caygan en tierra
con el acero pujante.
Apercibense de cañas,
el juego vá muy pujante,
mas por industria del Rey
no se rebuelven, ni hacen;
Porque los Zegries traen
contra los Abencerrages
un concierto de villanos,
y asi incierta les sale.

Quando se acabó el juego de cañas era ya tarde; el Rey, y los demás Cavalleros principales de la Corte, y la Reyna, y las Damas con los Novios se retiraron à la Alhambra, donde el Rey les regaló grandemente en la cena, porque estaba muy contento de que no havia sucedido ninguna desgracia. Huvo sarao Real, y los desposados danzaron con las desposadas, y el Rey con la Reyna: Muza con Zelima, con mucho contento de ambos; Gazul danzó con Lindaraxa con gran gozo, y alegria. Tanto danzaron, y bayla-

ron

ron aquella noche, que era ya casi de dia quando se fueron à dormir los desposados. La bella Galiana, gozosa de verse en aquel punto con Sarracino, à quien con tan excesivo amor amaba, despues de haverle dicho mil amorosas razones, le dixo: Dime, querido Señor mio, qué fue la causa, que el dia de San Juan, haviendo corrido con Abenamar las tres lanzas en el juego de la sortija, luego saliste de la Plaza, y no pareciste mas en aquellos quatro, ò seis dias? Fue porque perdiste la joya, ò por qué? Que te prometo que lo deseo saber. Querida Esposa, y Señora mia, la causa fue, porque perdí tu retrato bello, y la rica manga por ti labrada; y por la verguenza que me ocupaba de parecer en tu presencia, y por saber que Abenamar ordenó aquel juego por vengarse de los dos; de ti, porque le desdeñaste, y de mi, porque una noche le herí debaxo de tu balcon, estandote dando una musica, que bien creo tendrás noticia de ello: y viendo que fortuna le favoreció tan à medida de su deseo, y en verme en tan importante ocasion perdidoso, me dió tan grande tristeza, y desesperacion, que enfermé de melancolia, y maldecia mi ventura, y reneguè del falso Mahoma, y prometí, y juré à fee de Cavallero de ser

ser Christiano, y lo tengo de cumplir, aunque sobre ello muera, porque tengo por mejor la Fé de los Christianos, que no la burleria de la secta de Mahoma; y si tu bien me quieres, como dices, has de ser Christiana, que yo sé, que el Rey Don Fernando nos hará grandes mercedes por eso. Con esto cesò aguardando la respuesta, que le daria Galiana, la qual luego respondiò: Señor y Esposo, no puedo yo huir en ninguna manera tu voluntad, antes seguirla en todo y por todo. Tu eres mi Señor y Marido, á quien yo dí y entregué mi corazon; y así digo, que no iré contra tu gusto en cosa, ni en parte; y mas, que yo sé que la Fé de los Christianos es de mas valor que el Alcorán; y así prometo de ser Christiana. Acrecentado me habeis las mercedes de todo punto, (dixo Sarracino) y no esperaba menos de tan leal y firme pecho, y diciendo esto, la abrazó, diciendola mil ternezas, y así pasaron lo restante de aquella noche. Venida la mañana, los Grandes de la Corte se juntaron, y ordenaron que Abenamar (pues era tan buen Cavallero) se casase con Fatima, pues en su servicio habia hecho tan grandes cosas. Los Zegries no quisieran, que aquel casamiento se hiciese, por quanto Abena-

mar tenia amistad, con los Abencerrages; las quales contradiciones no aprovecharon, porque el Rey gustó de que se casasen, y todos los Cavalleros fueron en que se efectuase. Hecho el casamiento, las fiestas se aumentaron, haciendo cada dia zambra, y muchas danzas y juegos, de modo, que no habia otra cosa en la Corte sino galas, invenciones, mascaras y regocijos; donde los dexarémos en ellas, por contar lo que le sucedió á Reduan en la Vega, yendo desesperado por verse aborrecido de Lindaraxa, que amaba à Gazul. Pues es de saber, que como salió de la Ciudad, se fue por el Rio Genil abaxo, y en llegando al Soto de Roma (que es un Soto muy agradable, de mucha espesura de arboles, y hoy dia, quien no tiene trilladas las veredas, se pierde en él; hay dentro infinidad de caza bolatil, y terrestre, estará de Granada el principio del Soto legua y media, y tiene de ancho, y largo mas de quatro leguas) vió una Batalla muy reñida entre quatro Moros, y quatro Christianos, por causa de que les querian quitar una Mora muy hermosa, y la defendian, aunque con perdida y trabajo, por ser los Christianos Cavalleros de mucho valor. La Mora miraba la Batalla, derramando

do abundancia de lagrimas. Reduan espoleò su cavallo para favorecer à los Moros, pero por priesa que se diò, ya habian muerto à los dos, y los otros andaban à mal traer, y temerosos de la muerte, desamparando la llorosa Dama, bolvieron las espaldas á todo correr de las yeguas. A esta sazon llegó Reduan, y mirando á la bella Mora, la vió vertiendo perlas por sus ojos, y acrecentaba mas su llanto, viendo muertos dos de sus guardadores, y que los otros dos se habian ido huyendo; movido de compasion, por librarla de los Christianos, sin hablarles palabra los asometió à herir, y del primer encuentro hiriò al uno muy mal en el descubierto de la adarga, de modo que vino à tierra, y rebolviendo su cavallo con gran velocidad, se apartó de los tres Christianos, escaramuzando un gran trecho, y luego rebolviendo como un pensamiento sobre ellos, de un encuentro derribó otro Caballero de cavallo mal herido. Los dos Christianos que quedaban embistieron à Reduan, y el uno de ellos le dió una gran lanzada, de suerte, que quedó herido de una llaga pequeña; el otro Caballero, aunque le entró no le hiriò, y rompió su lanza. Reduan viendose herido, se apartò de ellos, y los bolviò

á embestir ; de suerte, que derribó del caballo al que estaba sin lanza. El Christiano que estaba solo, hiriò à Reduan segunda vez, y él encolerizado acometiò al Christiano para herirle, y él no se atreviò à esperarle, por verse solo, que los compañeros estaban en el suelo mal heridos, y los caballos andaban sueltos por el Campo. Los dos Moros que habian ido huyendo, se detuvieron por ver el fin de la Batalla, y visto quan en breve habia desbaratado aquel Moro à los quatro Christianos, bolvieron espantados adonde habian dexado á la Mora. Reduan estaba hablando con ella, maravillado de su hermosura, que le parecia serlo mas que Lindaraxa, ni que todas las Damas de Granada, y asi era la verdad, que era la mas bella de todo el Reyno. Estaba Reduan tan rendido á la Mora, que no se acordaba de Lindaraxa, solo se ocupaba en mirarla, y le preguntó quien era. En esto llegaron los dos Moros, y dandole las gracias del socorro, le dixeron así: Señor Cavallero, Mahoma os traxo por aquí á tiempo, que si vos no vinierades, nosotros del todo eramos perdidos y muertos á manos de aquellos Cavalleros Christianos, y lo que mas nos pesaba, era perder esta Dama que trahemos à nues-

tro

tro cargo; y porque parece que estais herido (segun parece por esta sangre) vamos la buelta de Granada, y en el camino os diremos lo que habeis preguntado, y mirad si à estos Cavalleros Christianos se ha de hacer alguna cosa. No (dixo Reduan) bastales estan heridos: cogedlos los cavallos, y dadselos, y vayanse. De esto se maravillaron los Moros, y cogieron los cavallos, y se los dieron á los Christianos, y ellos tomaron la via de Granada, yendo Reduan junto á la bella Mora, la qual no menos pagado iba Reduan, que él de ella, y yendo por el camino, el un Moro comenzò à decir de esta suerte: Habeis de saber, Señor Cavallero, que eramos quatro hermanos, y una hermana, que es la que presente veis; de los quatro por nuestra desdicha, ya habeis visto como quedan allí los dos muertos à manos de Christianos, y aún habemos sido tan para poco los dos que quedamos, que aún no les dimos sepultura, mas querrá el Santo Alá que hallemos algunos villanos, que pagandoselo quieran darles sepultura. Nuestro Padre es Alcayde de la fuerza de Ronda, y como supimos que en Granada se hacian tan grandes fiestas, pedimos à nuestro Padre Zayde Hamete licencia para venir à ver es-

tas

tas fiestas que os he dicho; al Santo Alá pluguiera que no hubieramos venido, que no nos hubiera costado dos hermanos, y afrentosamente huimos, y dexamos en tan notable peligro à nuestra hermana Haxa; si vos no lo remediaredes. Esta es, Cavallero, nuestra lastimosa y verdadera historia; y pues ya habeis sabido nuestro viage, y quien somos, recibirémos merced, si sois servido, que nos digais de donde sois, y como os llamais, paraque sepamos à quien somos tan obligados. Reduan les respondiò. Holgado he, Cavalleros, de saber quien sois, y de donde. Bien conozco á vuestro Padre, y conocí á vuestro Abuelo Almadán, à quien mató Don Pedro de Soto-Mayor. Pesame de no haber venido antes, que yo sé que no hubieran muerto vuestros hermanos; y huelgome mucho de haberos servido en algo, y lo haré cada, y quando que se ofrezca. Y porque si os quereis servir de mi, y por daros gusto, os diré quien soy; llamanme Reduan, soy de Granada, y vamos á mi casa, y será vuestra, donde os haré regalar, y servir conforme mereceis. Gran merced, Señor Reduan (respondieron ellos) por el ofrecimiento que nos haceis, deudos tenemos en Granada, donde podemos ir à posar, quan-

to,

to, y mas que por la desgracia sucedida nos detendrémos poco en la Ciudad , especialmente siendo ya pasadas las fiestas. En esto iban hablando los dos hermanos de Haxa, y Reduan , quando vieron venir unos leñadores , que con sus bagages iban por leña al Soto dicho, y en llegando à ellos le dixeron los dos hermanos á Reduan : A buen tiempo han venido estos villanos, que podia ser querer dar sepultura á nuestros hermanos, pagandoselo. Yo se lo rogaré (dixo Reduan) y hablò á los villanos diciendo: Hermanos, por amor del Santo Alá, que deis sepultura à dos Caballeros , que están alli abaxo muertos, que os será bien pagado. Los villanos dixeron, que de buena gana lo harian sin interés alguno. Los dos hermanos le suplicaron à Reduan esperase alli en compañia de su hermana, en tanto que iban ayudar à enterrar à sus hermanos , que seguros iban en quedar con él, y traheremos los cavallos de nuestros hermanos , siquiera porque no se aprovechen de ellos los Christianos. Mucho quisiera (dixo Reduan) acompañaros , pero es vuestro gusto , que yo quede con vuestra hermana, soy contento. Los Moros se lo agradecieron mucho, y se fueron con los villanos, para dar sepultu-

tu-

tura á sus hermanos, y cobrar los cavallos perdidos. El valiente Reduan, ardiendo en llamas de amor por la hermosa Haxa, viendo oportunidad, por estar solos, la dixo desta suerte: O fue ventura, ó desdicha mia, haberos hallado en esta parte, en un punto ví muerte, vida, Cielo y suelo, tempestad y bonanza, paz y guerra, y lo que mas siento es, no saber el fin de una tan estraña aventura como es la que fortuna me ha ofrecido. De suerte estoi suspenso, Haxa hermosa y bella, que no estoi en mi, sino en tí. No sé donde vaya, sino á ti; temo declarar mi mal, muero si no lo declaro, ardo en vivas llamas, estoy mas elado que los Alpes de Alemania, no sé si hable ó calle, ó bellisima Señora, por mejor medio elijo declararte lo que mi alma siente, paraque dés vida á quien le va faltando, pues tu eres la verdadera medicina, y salutifera á mi enfermedad. Sabrás vida de esta mia, que en la dichosa hora que te ví tus soles llorosos; por la Batalla de que tu eras la causa, luego comencé à pelear con cinco contrarios, quatro los Christianos, y uno tu, vencíles, libréte, vencisteme, y cautivasteme: con qué armas peleaste que tan presto me rendiste? Pero paraque lo pregunto, pues eres semejanza,

za y cifra de toda la hermosura, dotada en discrecion, grave donaire, brio y gentileza. Estas son las armas con que peleaste conmigo. No hallaste en mi resistencia, porque de mis potencias estabas apoderada: tu siervo soy, tu mi Señora y mi bien; adorote; no me aborrezcas; estimote, no me desprecies, no seas ingrata á mi pecho fiel, amoroso y verdadero; corresponde á mi casto amor, pues te admito por mi esposa, y dame respuesta piadosa. Y diciendo esto, enmudeció y Haxa le respondió diciendo: Noble, virtuoso y esforzado Cavallero, aunque sin experiencia de causas de amor (por ser doncella de catorce años, recogida, y noble, que presto sabrás quien soy) luego reconocí ser tu accidente de amorosas llamas, y lo que me has dicho, digo que serà así por no contradecirte, pero bien sé que hay hombres que por conseguir su lascivo deseo, dicen mil lisonjas vanas, y otras cosas ocultas en daño de las tristes mugeres que de ligero se creen. Quiero resolverme, y responder, porque veo venir á mis hermanos, que si tu me amas, soy tu rendida; si con facilidad me quisiste, con fuerza te adoro: si te parezco bien, me parece que no hay otro en la tierra como tu. Y si como dices, me

de-

deseas para Esposa, pide à mis hermanos que alcancen el sí de mi Padre, que el mio en tu boca está, y al momento podrémos gozar de los dulces despojos de amor, y te prometo que serà tan imposible faltar esta ferviente fee que te tengo, como pedir á la nieve que caliente, y al Sol que resfrie, y no alumbre, y como ver en el suelo el firmamento estrellado. Tanto es lo que te quiero, Moro, que en mi alma moras; y porque llegan mis hermanos, mudemos platica, no apartandote tu de tu pensamiento, como yo no me apartaré del mio; y quando caminemos (como que no me has descubierto tu llaga) trata con mis hermanos el casamiento: y de no querer mi Padre, ni ellos, que me case contigo (que no me persuado á que te dén tan mal pago à una obligacion tan grande como tenemos; y mas siendo tu tan principal Cavallero que nosotros ganamos, en que tu me quieras por tu Esposa.) Yo te quiero, si tu me quieres, tuya soy, pues me libraste de poder de los Christianos, que es cierto habia de ser cautiva: Pues quanto mas me ha valido el trueco? Dichosa suerte ha sido la mia (aunque he perdido dos hermanos) en haver venido por aquí, pues me ha resultado tanto bien, en querer

ser

ser mi esposo, y en señal que seré tuya, y paraque estés confiado en mi palabra, toma esta sortija del dedo del corazon, y ponla en el tuyo, pues el mio tienes en él, y diciendo esto le diò una sortija de Oro, con una esmeralda trasparente y fina, el qual la tomó con mucha alegria, y besandola mil veces la puso en el dedo, quedando el mas contento y favorecido amante del mundo. Quisiera el enamorado Moro dar respuesta á su querida Mora; pero no hubo lugar, porque llegaron los dos hermanos bañados los rostros en lagrimas, por el dolor de sus dos caros hermanos, á quien venian de enterrar, y trahían sus cavallos del diestro. La bellísima Haxa no pudo dexar de llorar los ya difuntos hermanos. Reduan los consolaba todo lo que podia, diciendoles palabras muy eficaces para ello; y con estas y otras platicas llegaron á Granada, era ya de noche, y dixeron los hermanos á Reduan, que les diese licencia para ir à posar en casa de un deudo suyo, que era de los Almadanes, y vivia en la calle Elvira. Reduan les dixo, que hiciesen su gusto, y él los acompañó hasta la posada, y despedido de ellos se bolvió á su casa; mas al tiempo de despedirse no apartaba la vista de sus ojos

el

el uno de otro amante; de tal manera, que apartandose, se consideraban sin alma. Reduan por quedarsele con su Señora, y ella asimismo por llevarsela él. Los Caballeros, y la Dama fueron bien recibidos de su Tio, y recibió mucha pena por la muerte de los sobrinos. Otro dia por la mañana se vistió Reduan muy bizarro, y fue al Real Palacio, por besar la mano al Rey, el qual en aquella hora se acababa de levantar, y vestir para ir à la Mezquita mayor á hacer la Zalá, que se hacia por un Moro de su secta, llamado Cidemahojo, y como vió á Reduan vestido de marlota y capellar verde, y plumas verdes, alegróse grandemente con su vista, porque habia dias que no se habian visto, y le preguntó donde habia estado, y como le habia ido en la Batalla con Gazul? Reduan le satisfizo, diciendo, que Gazul era buen Caballero, y que Muza los habia hecho amigos. Con esto el Rey y los demás Caballeros que le solian acompañar, que por la mayor parte eran Zegries y Gomeles, se fueron à la Mezquita, y allí con grande aplauso se hizo la zalá, y alcoranas ceremonias, y se bolvieron al Alhambra, y entrando en el Palacio Real, hallaron à la Reyna y á sus Damas en la Sala, porque era

cos-

costumbre del Rey Chico, y asi lo tenia mandado, que en qualquier tiempo que saliese, á la buelta habia de hallar á la Reyna, y á sus Damas en su Sala, por solo su gusto; y lo que siento desto, era por ser mozo, y holgarse de ver á las Damas, y mas á Zelima, que la amaba en supremo grado, por la qual él y el Capitan Muza tuvieron muchas diferencias, como adelante se dirá. Entraron en Palacio con todos los Cavalleros de su Corte; todas las Damas pusieron la vista en la bizarria de Reduan, maravilladas de la mudanza de librea. Lindaraxa le miraba de proposito, y admirada de que no la miraba, dixo entre sí: disimula Reduan su pasion, bien hace, que no ofenderé á mi Gazul. La Reyna dixo á Lindaraxa: Todavia tiene esperanza Reduan de gozarte. Respondió Lindaraxa: Bien puede desistir de este pensamiento, porque estoy muy fuera de él. Dixo la Reyna: Pues en verdad que tiene buen talle, y es galan, hermoso y discreto Reduan, y que qualquiera Dama se puede tener por dichosa de ser suya. Asi es, Señora, Reduan merece mucho, y á no haber puesto mi aficion en Gazul, es sin duda, que ninguno sino él fuera señor della. Con esto callaron, porque no advirtiesen las otras

Da-

Damas en lo que se hablaba. A esta sazon le dixo el Rey à Reduan : Bien te acordarás, que me diste palabra de ganar á Jaen en una noche, si lo cumples, como me lo prometiste, te daré doblado el sueldo de Capitan; sino lo cumplieres me has de servir en una frontera, privado de la vista de tu Dama. Por tanto, apercibete á la empresa, que yo iré en persona á la conquista, porque estoi muy sentido destos Christianos de Jaen, que cada dia nos corren la tierra, y talan la Vega; pues ellos me vienen á buscar tantas veces, será bien que vaya yo á buscarlos una, y que desta se concluya con ellos. Reduan le respondió con rostro alegre, diciendo: Si en algun tiempo dí palabra de darte à Jaen ganada en una noche, de nuevo la confirmo, con que me dés mil soldados de los que yo señaláre, que yo cumpliré lo propuesto. El Rey dixo: No digo mil soldados, pero cinco mil te daré, aunque yo vaya, tu has de ser caudillo de todos. Mucha merced, y nueva obligacion es, Señor, con que me ensalzas, holgaría de acertar á servirte como deseo. Tu Magestad señale la gente y dia que hemos de partir, que desde luego estoi dispuesto y obediente á tu gusto. No espero menos de tí, y no perderás el

ser-

servicio que me hicieres. Los Caballeros que irán contigo, serán Abencerrages, Zegries, Gomeles, Mazas, Vanegas y Maliques Alabez, que bien sabes el valor de todos; y sin esto irán los Caballeros é hijosdalgos, pues yo voy á la jornada. Diciendo esto llegó el Portero, y dixo al Rey, que pedian licencia una Dama, y dos Moros forasteros, para besarle las manos. El Rey dixo que entrasen. Luego entraron por la sala dos Caballeros de buena gracia, marlotas y capellares, borceguies y zapatos negros; en medio dellos venia una Dama vestida de negro; tapado el rostro con un cabo del Almayzar, que no descubria mas de los dos bellos luceros, que bien se echaba de ver por la hermosura de ellos, que debia de ser perfecta en todo lo demás de su cara. Maravillado el Rey de sus funestos trages, les dixo: Qué es lo que quereis? Haciendo gran reverencia al Rey y á la Reyna y sus Damas, que alli estaban, propuso el un Moro lo siguiente: Nuestro principal intento ha sido besar tus Reales manos, y las de mi Señora la Reyna, y á que conozcas estos tus siervos. Nosotros tres somos Nietos de Almadan, Alcayde que fue de Ronda, y ahora lo es nuestro Padre, y como tuvimos noti-

cia

cia de las fiestas que en esta Ciudad se hacian, por celebrar los casamientos que tu Magestad en ella ha hecho, acordamos de venir á verlas. La fortuna no dió lugar à que las gozasemos; y fue la causa, que el dia de las fiestas en un lugar de grandes espesuras, que se dice el Soto de Roma, de improviso nos asaltaron quatro Cavalleros Christianos muy valerosos, y tanto, que aunque nosotros nos defendimos por amparar esta Doncella, que es hermana nuestra, pudieron tanto, que de quatro hermanos que eramos nos mataron los dos, y nosotros con temor de la muerte huimos, y si no fuera por el valor de ese Caballero, que está junto á vuestra Magestad, todos nos perdieramos; y diciendo esto, señaló con el dedo al gallardo Reduan. Venció con su valentía él solo á los tres Christianos, y el otro se huyò. Venimos à darle las gracias al vencedor Cavallero, que consolando estaba à nuastra afligida hermana, diò licencia á los ya vencidos Christianos, paraque fuesen libres, sin quitarles ningun despojo; benignidad de noble Cavallero nunca vista, que con quedar herido, no quiso vengarse. Certificamos, Señor, que si todos los Cavalleros de esta Corte son como Reduan, que podeis conquis-

quistar el mundo, porque vimos que de tres botes de lanza derribó tres Caballeros mal heridos, y el otro huyó. Acordamos de venir à besar las manos á vuestra Magestad, y pedir licencia para ir á contar à nuestros Padres esta desdicha. Con esto no dixo mas el Cavallero, mostrando mucha tristeza, y la misma mostró el otro hermano y la Doncella. Mucha admiracion, y lastima causó al Rey la tragedia dolorosa, y la ventura de ir Reduan por alli para remediar la Dama, y bolviendose á Reduan, le dixo: Grande es el amor que te tenia, y con esta hazaña le has acrisolado mas, y desde hoy te encargo la Alcaydia de la Fuerza y Castillo de Tijola, que está junto à Purchena. Todos los Cavalleros tuvieron á heroyco hecho el que Reduan hizo, y le alababan mucho. Todo lo qual lastimaba à Lindaraxa, y estaba casi arrepentida, por haber desfavorecido à Reduan. El Rey les dixo à los dos hermanos: Pues es vuestra voluntad de iros, id en buena hora, que licencia teneis; pero antes que os vais querria ver el rostro à esa Dama, por mi gusto y de la Reyna; decidle que se quite el rebozo, porque no será bien que dexemos de gozar de su vista, que entiendo que es peregrina, à lo que infiero,

por los ojos bellos que tiene. Los hermanos la dixeron que se descubriese, la qual asi lo hizo, y quitandose un prendedero del Almayzar, descubrió el rostro, que no menos que el de Diana era. Asi pareció à todos los de la sala Real, como el Sol, que por la mañana sale esparciendo sus ardientes rayos: de la misma forma hacia la bella Haxa, pues los de su hermosura reberveraban en quien la miraba que quedaba deslumbrado, matando con su vista á los Cavalleros de amor, á las Damas de embidia. A todos admiró la hermosura de la bizarra Haxa, y deseaban su amistad, por gozar de su belleza. La Reyna, que asimismo estaba maravillada de la beldad de Haxa, le dixo al Rey: sírvase vuestra Alteza, de que goce yo de esa Dama. Vaya en buena hora, dixo el Rey que bien sé, que ha de haber mas de quatro Damas envidiosas, de las que os sirven. Llamaron á Haxa, y haciendo mesura al Rey y á los Caballeros, fué á besar las manos á la Reyna, y las rodillas en el suelo, se las pidió. No quiso la Reyna darselas, antes la levantó, y hizo sentar junto à sí. A todas las Damas causó confusion y admiracion la perfeccion con que en todo dotó naturaleza á Haxa, pues aunque estaban allí

Da-

Daraxa, Sarracina, Galiana, Fatima, Zeima, Cohaida, y otras muchas Damas de excelente hermosura, ninguna como la de la bella Haxa, hacia entre todas las Damas la diferencia que hace la Luna á todas las demás Estrellas. Reduan, que los ojos no apartaba de su adorada Haxa, estaba muy celoso, y con grande temor no se trocase y le quebrase la palabra dada. La Mora miraba de quando en quando á su amante Reduan; y si con lanza y adarga le habia parecido bien, mucho mejor le pareció en trage de Corte, y mas tan galan como estaba, y estendió los ojos por todos los Caballeros presentes, ninguno le pareció poder llegar à competir con su querido Reduan: y si en la Vega le habia parecido un Marte, en Palacio le pareció Adonis. Mostrabasele grave alegre y risueña, que no fue poco contento para el Moro. El Rey dixo á Reduan: Mucho me holgára de ver la Batalla que tuviste con Gazul, porque seria de ver siendo ambos tan valientes. Yo soy buen testigo de ello, dixo Muza, porque no pudiendolos persuadir á que no peleasen, estuve mirando la cruel y sangrienta Batalla que entre un Leon y una Onza no podia ser mas violenta; y movido à compasion de que am-

bos no muriesen (porque no reconocí ventaja en ninguno) me puse en medio, y cesó la Batalla, quedando los dos con igual victoria. Quien les movió al desafio ? (dixo el Rey) Son cuentos largos (dixo Muza) no hay paraque refrescar en la memoria llagas viejas ; sé decir, que está en la sala la causa de su enojo. Ya entiendo lo que puede ser, (dixo el Rey) bien sé yo que Reduan no bolverá à hacer Batalla con Gazul sobre lo pasado en ninguna manera : Vuestra Magestad está en lo cierto (dixo Reduan) porque estoy ya tan olvidado de todo aquello; pero à la sazon perdiera mil vidas por ella, si las tuviera ; lo que ahora no me pusiera à perder una : caemos en la cuenta al cabo que la hacemos. Debe de haber algo de nuevo, que no es posible menos (dixo el Rey) y diciendo esto, los Cavalleros hermanos de Haxa se habian sentado junto à M..handin Hamete, principal Cavallero, rico, y del linage de los Zegries, el qual habie..do visto la hermosura de Haxa, estaba tan amartelado, que no apartaba los ojos de ella. Afligiale tanto la causa amorosa que no pudiendola sufrir, dió parte à sus dos hermanos, diciendoles : Señores Cavalleros conoceisme ? Señor, no, sino para ser

vi-

riros (respondieron ellos) que como forasteros no conocemos, particularmente los Caballeros Granadinos; pero pues estais en compañia de tan alto Rey, y en sù Real Palacio, bien inferimos que debeis de ser de estirpe clara. Pues habeis de saber, Señores Caballeros, que soy Zegri, descendiente de los Reyes de Cordova, y en Granada no valgo tan poco, que no se haga larga cuenta de mi, y de todos los de mi linage, y queria (si lo tuviesedes por bien) emparentasedes conmigo dandome por muger á vuestra hermana Haxa, que me ha parecido tan bien, que yo holgára ser vuestro cuñado, y pariente, y á la ley del Moro Hidalgo que pudiera estar casado con una Dama, que era de lo mas principal de Granada, mas no he querido casarme hasta ahora, que he visto á vuestra hermana, de lo qual estoy muy pagado. Con esto calló el Zegri, aguardando su bien ó su mal. Los hermanos de Haxa comunicaron entre ellos si convenia, ó no aquel casamiento, y al fin considerando el valor de los Zegries, cuya fama era tan notoria por todos (le dieron el sí) confiando que su Padre tendria por bien lo que ellos hiciesen. El Zegri muy alegre con el sí de los dos hermanos, se levantó, y ahin-

can-

candose de rodillas, habló desta suerte: Alto y poderoso Rey, suplico á Vuestra Real Magestad que ya que se celebran casamientos, y por ellos hay fiestas, que se haga el mio, paraque goce de ellas; porque debe saber Vuestra Magestad, que vencido de los amores de la hermosa Haxa, la pedí en casamiento á sus dos hermanos, los quales sabien do quien soy, lo han tenido por bien, y me la han prometido por muger; lo qual suplico á Vuestra Magestad sea servido de que nos desposen conforme à nuestros ritos, pues se ha ofrecido esta ocasion en tan buen tiempo. El Rey mirando à la Dama, y á los hermanos, maravillado de tan repentino acuerdo, dixo, que si ellos y la Dama querian, que él era contento. Todos se admiraron del caso, y callaron hasta ver en que paraba; pero Reduan ardiendo de enojo y de ira se levantó en pie, y dixo: Señor este casamiento que pide el Zegri, no ha lugar, aunque sus hermanos de la Dama lo hayan prometido, porque es mi esposa desde que la libré de los Caballeros Christianos, y entre los dos nos hemos dado palabra de esposos, hay tambien prendas, que son confirmacion de lo que pido, y nadie como la Dama puede decir lo que pasa; y

ió pretenda agraviarme ninguno , porque me lo pagará. El Zegri , respondió alborotado, que ella no se podia casar sin licencia de su Padre ó hermanos , que era suya, y la defenderia hasta la muerte. Reduan que oyó la arrogancia del Zegri , arremetió á él para herirle con muy encendida rabia. Los Zegries acudieron á favorecer su pariente, y los parientes de Reduan y Muza, y los Abencerrages fueron á favorecerle. El Rey viendo el escandalo , mandó pena de muerte à quien mas hablase en el caso que él determinaria lo que habia de ser. Con aquesto se quietaron , aguardaron su determinacion , y visto que ya estaban sosegados, fue al estrado de la Reyna , y dió la mano á Haxa, y puesta en medio de la sala, le dixo que escogiese à Reduan ò al Zegri, a aquel que mas gusto le diese. La Dama visto que no podia dexar de obedecer el precepto del Rey , se puso confusa á considerar la palabra que habian dado sus hermanos al Zegri ; por otra parte consideraba el mucho amor que tenia à Reduan y él à ella , y el haberla librado de cautiverio , y los coloquios amorosos que entre los dos habian pasado , y la fee y palabra que le habia dado de ser su esposa. Considerando todo muy

bien,

bien, se fue con el Rey de la mano adonde estaban los dos Caballeros juntos: y llegados, haciendo una reverencia al Rey, le dió la mano à Reduan, diciendo: Señor, este quiero por esposo. El Zegri quedó avergonzado de que él fuese el desechado, no pudo sufrir el dolor, y se salió de Palacio, con intento de vengarse de Reduan, del qual se celebraron aquel dia las bodas, y el siguiente hubo fiestas y zambra; y estando ocupado en estas fiestas, traxeron nuevas, como mucha cantidad de Christianos corrian, y talaban la Vega; y asi fue necesario dexar las fiestas por salir á la Vega á pelear con los Christianos. El valeroso Muza, como Capitan General salió luego al Campo, acompañado de mil de á caballo, y dos mil Peones, y en llegando al esquadron de los Christianos, travaron muy sangrienta Batalla, en la qual murieron muchos de ambas partes. Mas al fin, siendo el poder de los Moros mas, con otra tanta gente que los Christianos, quedaron vencedores, y ganaron dos vanderas Christianas, y cautivaron muchos Christianos, aunque les costó cara esta victoria, porque murieron mas de seiscientos Moros. Este dia hicieron los Cavalleros Abencerrages y Alabeces grandes

co-

cosas en armas, y sino fuera por su valor, no se venciera la Batalla. Bolviò Muza victorioso á Granada, con lo qual se holgó el Rey. Tambien se señaló este dia Reduan, à quien el Rey abrazó con muy grande amor, y por la victoria bolvieron à hacer fiestas otros ocho dias, y por los casamientos; y pasados determinó el Rey salir à correr tierra de Christianos, porque lo deseaba, en particular á Jaen, que era quien mas daño le hacia, y dando el cargo de Capitan General al valiente Reduan, como estaba tratado, y atrás habemos dicho, se partió de la Ciudad de Granada.

CAPITULO XIII.

EN QUE SE DA CUENTA DE LO que al Rey Chico, y á su gente sucedió yendo á entrar á Jaen, y la gran traicion que los Zegries y Gomeles levantaron á la Reyna Mora, y á los Caballeros Abencerrages, y muerte de ellos.

EL ultimo y postrero dia de las fiestas, el Rey comió con todos los principales Caballeros de su Corte, y alzando las mesas, ha-

habló à todos de esta manera : Bien sé, leales vasallos y amigos mios , que ya os será ociosa la vida pasada en tantas fiestas como habemos tenido , y que à voces os llama el fiero Marte , en lo qual os habeis ocupado siempre. Ahora , pues, que Mahoma nos ha dexado ver las fiestas , que se han hecho en nuestra insigne Ciudad , y los casamientos que se han efectuado en ella , será justo que bolvamos á la milicia contra Christianos, pues que ellos nos vienen á buscar à nuestros muros , y para esto ya sabeis mis buenos amigos , que los dias pasados le traxe á la memoria à Reduan una palabra que me dió de ganarme Jaen en una noche : ahora lo confirmó de nuevo , pidiendome mil soldados , pero yo quiero que sean cinco mil, y que me la cumpla , y para esto doy à mi hermano Muza cargo de hacer la gente del numero que digo , dos mil hombres de à caballo , y tres mil Peones, y que sean todos expertos en las armas , y que Reduan vaya por General, y demos vista á Jaen, de quien tan notables daños habemos recibido , y cada dia estamos recibiendo , y si rendimos à la Ciudad de Jaen , no están seguras Ubeda, y Baeza , y su redondéz ; y para esto quiero que me digais vuestro parecer. Con esto

ce-

cesó el Rey, aguardando respuesta de sus varones. Reduan se levantó, y dixo, que él cumpliria su palabra; Muza dixo, que él daria en tres dias puesta la gente en Ubeda. Todos los demás Caballeros que allí estaban dixeron, que hasta la muerte le servirian con sus personas y haciendas. El Rey se lo agradeció mucho á todos, por su ofrecimiento. Los hermanos de la hermosa, y bella Haxa, con licencia del Rey se fueron à Ronda, donde fueron muy bien recibidos de sus Padres, y alegres con el casamiento de su hija con Reduan, y por otra llenos de pesar y tristeza, por la muerte de sus dos hijos; mas viendo, que el desconsuelo no remediaba su pena, se consolaron en tener tan buen yerno como era Reduan. En este tiempo mandó el Rey à Zulema Abencerrage, que fuese à ser Alcayde de la fuerza de Moclin, el qual se fue luego, llevando consigo à su querida Daraxa. El Padre de Galiana se fué à la Ciudad de Almería, llevando à la hermosa Zelma en compañía de su hermosa Galiana. Otros muchos Caballeros se fueron à sus Alcaydías por mandado del Rey, encargandoles la guarda, y custodia de ellas. Muza levantó cinco mil hombres de à pie y de á caballo, toda gente

muy

muy belicosa, y en quatro dias los puso en la Vega, y el Rey mandó à Muza, que se hiciese reseña de toda la gente dentro de la Ciudad, y así se hizo, y vista por el Rey la belleza y bizarría de la gente que habia levantado el valeroso Muza en tan breve tiempo, sin aguardar mas, quiso luego partirse, dandole à Reduan el cargo de Capitan General del Exército, de lo qual se alegró Muza, por la satisfaccion que de Reduan tenia, é hizo cuenta, que él iba en el Exercito por Caudillo, y asi salieron por la puerta de Elvira con mucho concierto. La gente de á caballo iba repartida en quatro partes, y cada una llevaba un estandarte diferente. La una parte llevaba Muza, y en su compañia iban ciento y cinquenta Cavalleros Abencerrages, y otros tantos Alabeces, y los Vanegas, y todos Cavalleros de mucho valor. Su estandarte era de damasco roxo, y blanco, en el campo roxo por divisa un Salvage, que desquixaraba un Leon, y en el campo blanco otro Salvage, que con un baston deshacia un mundo, y por letra: *Todo es poco.* Este vando de Cavalleros iba bien alistado de armas y de cavallos; todos vestian marlotas de escarlata y grana, y calzaban espuelas de Oro y plata. La segunda

qua-

quadrilla era de Zegries, Gomeles y Mazas; esta iba de Batalla no menos rica y pujante que la de Muza, la qual llevaba la vanguardia. El estandarte de los Zegries era de damasco verde y morado, llevaba por divisa una media Luna de plata, con esta letra: *Muy presto se verá llena, sin que el Sol eclipsarla pueda.* Era esta quadrilla de Cavalleros de docientos y ochenta, todos gallardos, y bizarros, y con aljubas y marlotas de paño Tunéz, la mitad verde, y la mitad de grana; tambien estos llevaban azicates de plata. La tercera quadrilla llevaban los Aldoradines, Cavalleros muy principales, con ellos iban Gazules y Azarques; el qual estandarte de estos era leonado y amarillo, llevaban por divisa un Dragon verde, que con las crueles uñas deshacia una Corona de Oro, con una letra que decia: *Jamás hallaré resistencia.* Esta quadrilla iba muy gallarda, y aprestada de armas y Cavalleros: serian todos ciento y quarenta. La quarta quadrilla era de Almoradies, Marines y Almohades, Cavalleros estimados; estos llevaban el Real pendon de Granada, era de damasco pajizo y encarnado, con muchas bordaduras de Oro, por un lado abierta, y por la abertura parecian los granos rojos, que eran hechos de rubies finos.

nos. Del pezon de la granada salian dos granos bordados de seda verde, con sus hojas, y una letra al pie , que decia *Con la Corona naci.* En esta quadrilla iba el Rey Chico con mucha compañia de Cavalleros. Eran muy de ver las galas , riquezas , penachos , adargas , lanzas , caballos , yeguas , pendoncillos de colores en las lanzas. Pues si la cavalleria salió tan bizarra y briosa , no menos gallarda y briosa saliò la Infanteria , y muy bien armada , todos con arcos y ballestas. Con esta pujanza saliò el Rey Chico de Granada , y tomó la via de Jaen : mirabanle todas las Damas de Granada, y mas la Reyna su Madre , y su muger Reyna , con todas las Damas que estaban en su compañia desde las Torres del Alhambra. Por aquesta jornada que hizo el Rey Chico á Jaen, se hizo aquel antiguo Romance , que dice así :

REduan , bien se te acuerda,
que me distes la palabra,
que me darias á Jaen
en una noche ganada.
Reduan si tu lo cumples,
daréte paga doblada,
y si tu no lo cumplieres
desterrarte he de Granada.

He-

Hecharte he en una frontera,
do no goces de tu Dama:
Reduan le respondia
sin demudarse la cara:
Si lo dixe no me acuerdo,
mas cumpliré mi palabra;
Reduan pide mil hombres,
el Rey cinco mil le daba.
Por esa puerta de Elvira
sale muy gran cavalgada,
quanta del Hidalgo Moro,
quanta de la yegua baya.
Quanta de la lanza en puño,
quanta de la adarga blanca,
quanta de marlota verde,
quanta aljuba de escarlata.
Quanta pluma y gentileza,
quanto capellar de grana,
quanto bayo borcegui,
quanto lazo que le esmalta.
Quanta de la espuela de Oro,
quanta estrivera de plata;
toda es gente valerosa,
y experta para Batalla.
En medio de todos ellos
vá el Rey Chico de Granada,
mirando las Damas Moras
de las Torres del Alhambra.

La Reyna Mora su Madre
de esta manera le habla:
Alá te guarde, mi hijo,
Mahoma vaya en tu guarda,
y te buelva de Jaen
libre, sano, y con ventaja,
y te dé paz con tu Tio,
Señor de Guadix y Baza.

No fue tan secreta esta salida de Granada, que en Jaen no tuviesen aviso de ella, por las especies que tenian en Granada. Otros decian, que fueron avisados por unos Cautivos Christianos, que huyeron de Granada, otros decian, que le dieron los Abencerrages, ò Alabeces; y esto entiendo que fue lo mas cierto, porque estos Cavalleros eran muy amigos de Christianos. Sea como fuere, los de Jaen fueron avisados de la entrada de los Moros en su tierra, y asi ellos dieron aviso á Baeza, Ubeda, Cazorla, y Quesada, y à los Pueblos circunvecinos, los quales se alistaron y apercibieron para resistir los enemigos de Granada, los quales llegaron á la puerta de Arenas, donde hallaron gran numero de gente, que defendian la entrada al enemigo, pero poco aprovechó la defensa, que habiendo corrido los Moros todo el

el campo de Arenas, entraron por su puerta a pesar de los que la guardaban, y corriendo el campo de la Guardia y Pagalajara hasta Jodar y Belmar. Los Cavalleros de Jaen salieron à los enemigos, porque fueron avisados que en la Guardia andaba el rebato. De Jaen salieron quatrocientos Hijosdalgo bien armados. De Ubeda y de Baeza salieron otros tantos, y hechos todos un cuerpo de Batalla, salieron con gran valor à buscar al enemigo que les corria la tierra, llevando por Caudillo y Capitan al Obispo D. Gonzalo, varon de grande valor. Juntaronse los los campos de la otra parte de Riofrio, y alli se acometieron, haciendo cruel Batalla; mas era el valor de los Christianos tal, y tan bueno, que les convino à los Moros retirarse hasta la puerta de Arenas, de la qual habian rompido una cadena, que la atravesaba, y alli fueran los Moros vencidos, sino fuera por el valor de los Cavalleros Abencerrages y Alabezes, que pelearon valerosamente; pero al fin hubo de quedar por los Christianos el campo, pero con todo eso los Moros llevaron gran presa de ganados, asi bacuno, como cabrio, de modo, que no se señaló por ninguna parte haber demasiada ventaja. El Rey quedó maravillado de

ver la repentina prevencion de los Christianos, y preguntando à unos Cautivos, que alli trahian que habia sido la causa de haberse juntado tanta gente de Jaen, le respondieron, que habian sido avisados dias habia, y asi estaba toda la tierra en arma; la qual fue bastante disculpa para Reduan, el no cumplir la palabra dada al Rey, el qual procuró inquirir y saber quien habia dado el aviso; pero Reduan muy bien sabia que Jaen no se podia ganar tan facilmente, mas como era belicoso, tenia determinado de llegar á la Ciudad y embestirla; y si no hubiera la poderosa resistencia que les hicieron, sin duda que la acometiera. El Rey, y el Exercito se bolvieron à Granada, donde fueron recibidos con la alegria y gozo posible, y se hizo en toda la Ciudad mucha fiesta por el buen suceso. Los de Jaen quedaron con gran triunfo, por haber resistido à tanta Morisma, y muerto muchos de ellos. El Rey Chico venia fatigado del camino, y para aliviarse, ordenó de irse á una casa de placer, dicha los Alijares, y con él fueron los Zegries y Gomeles; ningun Cavallero Abencerrage, ni Gazul fueron con él, porque Muza los habia llevado á un rebato, causado de unos Christianos que habian entra-

tra-

trado en la Vega. Estando un dia el Rey en los Alijares holgándose, y habiendo acabado de comer, comenzó à hablar en la jornada de Jaen y de los Abencerrages, como por ellos, y los Alabezes habian ganado grandes despojos. Un Cavallero Zegri (que era el que tenia cargo de armar la traicion à la Reyna y á los Abencerrages) dixo al Rey: Si buenos son, Señor, los Cavalleros Abencerrages, mejores son los Cavalleros de Jaen, pues nos quitaron gran parte de la presa, y nos hicieron retirar por fuerza de armas; y era asi verdad, que el esfuerzo y valor de la gente de Jaen fue muy grande, y aquel dia quedó con nombre perpetuo y fama para siempre, y en memoria de aquella Batalla se hizo el siguiente Romance.

MUY rebuelto anda Jaen,
rebato tocan à priesa,
porque Moros de Granada
les van corriendo la tierra.
Quatrocientos Hijosdalgo
se salen á la pelea;
otros tantos han salido
de Ubeda y de Baeza.
De Cazorla y de Quesada
tambien salen dos vanderas,

todos son hijos de honra,
y enamorados de veras.
Todos van juramentados
de manos de sus Doncellas,
de no bolver à Jaen,
sin dar Moro por empresa,
Y el que linda Dama tiene,
quatro le promete en cuerda:
á la Guardia han llegado,
adonde el rebato suena,
Y junto del Riofrio
gran Batalla se comienza;
mas los Moros eran muchos,
y hacen gran resistencia,
Porque Abencerrages fuertes
llevaban la delantera,
con ellos los Alabezes,
gente muy braba y muy fiera.
Mas los valientes Christianos
furiosamente pelean,
de modo, que ya los Moros
de la Batalla se alexan.
Mas llevaron cavalgada,
que vale mucha moneda,
con gloria quedó Jaen
de la pasada refriega.
Pues á tanta muchedumbre
de Moros ponen defensa;

gran-

grande matanza hicieron
en aquella gente perra.

Aqueste Romance se compuso por memoria de aquella Batalla, aunque otros lo cantan de otra suerte. De la una ú de la otra, la Historia es lo que se ha cantado. El otro Romance dice asi:

YA repican en Anduxar,
y en la Guardia dán rebato;
y se salen de Jaen
quatrocientos Hijosdalgo.
Y de Ubeda y Baeza
se salian otros tantos,
todos son mancebos de honra,
y los mas enamorados.
De manos de sus amigas
todos van juramentados,
de no bolver á Jaen
sin dar Moro en aguinaldo,
Y el que linda Dama tiene
le promete tres ó quatro:
por Capitan se lo llevan
al Obispo Don Gonzalo.
Don Pedro Caravajal
desta suerte ha hablado:
Adelante Cavalleros,
que me llevan el ganado,

si de algun villano fuera,
ya le hubierades quitado.
Alguno vá entre nosotros,
que se huelga de mi daño;
yo lo digo por aquel
que lleva el roquete blanco.

De esta suerte va este Romance diciendo, pero este y el pasado contiene una cosa en substancia, y aunque son viejos, es bien traerlos à la memoria, paraque quien ignora el fundamento de la Historia, lo sepa. Sucedió esta Batalla en tiempo del Rey Chico de Granada, año de 1491. Bolvamos al Rey Chico de Granada, que estaba holgandose, y descansando en los Alijares, como atrás queda ya dicho, que es quando le dixo al Rey Chico el Cavallero Zegri que los Cavalleros de Jaen eran de mas valor que los Abencerrages, pues à su pesar les habian hecho retirar. A lo qual respondió el Rey: Bien estoy con eso, pero sino fuera por el valor y resistencia de los valientes Abencerrages y Alabezes, no tengo duda, sino que fueramos desbaratados; pero ellos pelearon de tal suerte, que salimos à nuestro salvo, sin que nos quitasen la cavalgada del ganado que truximos, y de algunos cautivos: O quan ciego está vuestra Magestad (di-

(dixo el Zegri) y como buelve por los que son traidores à la Real Corona, y es causa la mucha bondad y confianza que Vuestra Magestad tiene deste linage de los Abencerrages sin saber la traicion en que andan. Muchos Caballeros hay que lo han querido decir, y no se atreven, ni han osado, respeto del buen credito y posesion en que Vuestra Magestad tiene à este linage; y aûnque no quisiera yo lastimar vuestro Real pecho con tanta afrentosa infamia, con todo eso no puedo dexar de hacer lo que debo à leal vasallo, y dar aviso de la traicion y alevosía, que se comete contra mi Rey y Señor; y asi digo que no se fie Vuestra Magestad de ningun Abencerrage, sino quiere verse desposeído del Reyno, (y lo que Alá no permita) muerto violentamente. El Rey dixo: Dí amigo lo que sabes, no me tengas confuso, ni me lo celes, ni encubras, que tu lealtad será bien pagada. No dexaré de obedecer á Vuestra Magestad, paraque se entienda la publicidad que en el delito hay, y quan à rienda suelta se van en él, y quan poco temor tienen los Abencerrages de Vuestra Real Persona, y quan seguros y de asiento (por el buen predicamento en que los teneis) se están en su traicion, con la dema-

masiada confianza que tienen de las mercedes que cada dia se les hacen, y que en la tierra no ha de haber justicia contra ellos; y asimismo para que se entienda que odio, rencor ni embidia no me mueve à revelar à Vuestra Magestad lo que ignora, paraque lo remedie, sino que solo soy compelido de la obligacion y celo de la honra de mi Rey, haga Vuestra Magestad llamar à Mahandin Gomel, y à mis sobrinos Mahomat y Alhamut, que saben bien la verdad de todo, y otros quatro primos de Mahandin Gomel, del mismo linage, que ellos presentes contaré el caso. El Rey los mandó llamar, y venidos, hizo que saliesen de la casa Real todos los Caballeros, salvo el acusador, y los testigos falsos: y estando todos juntos, empezó el Zegri (mostrando en lo exterior grande pena) à decir estas palabras: Sabrá Vuestra Magestad que todos los Abencerrages están conjurados contra vos, para quitaros vuestro Reyno y vida; y este atrevimiento ha salido de ellos, porque tratan lascivos y adulteros amores (ó Cielo! Quien dirà esto, que el dolor no le acabe?) Mi Señora la Reyna al Albencerrage Albin Hamad, que es el mas poderoso y rico de todos los Cavalleros de Granada. Que quiere

Vues-

Vuestra Magestad que diga, sino que gastan sus haciendas con todos, por tenerlos propicios para su intento? Y asi generalmente el Cavallero, el pechero, el rico, el pobre, quieren bien à este linage, porque los tienen embaucados. Bien se acordará Vuestra Magestad, quando en Generalife se hacia una zambra, y llegó el Maestre à pedir desafio, y salió Muza en la suerte; pues aquel dia paseándonos por la huerta yo y este Cavallero Gomel, vimos en una calle de arrayanes, debaxo de un rosal, en deshonestos deleites á la Reyna, y al adultero de Albin Hamad y estaban tan embebecidos en sus actos libidinosos, que no nos sintieron, con estàr tan cerca; yo se lo enseñè á Mahandin Gomel, y admirados del atrevimiento, nos apartamos un poco, para ver el atrevido fin, y à poco espacio salió la Reyna, y se fue ácia la fuente de los Laureles, y de alli adonde estaban sus Damas. Pasando gran rato, vimos salir al alevoso de Albin Hamad cogiendo rosas blancas y roxas, y dellas hizo una guirnalda, y se la puso en la cabeza; nosotros nos llegamos con disimulacion à el, y le preguntamos en qué se entretenia? A lo qual nos dixo: En ver esta deleytosa huerta, que tiene en que se espacie la vista,

y dionos dos rosas à cada uno, y nos venímos todos paseando hasta adonde estaba Vuestra Magestad con los Cavalleros. Quisimos avisar entonces, y no osamos por no alborotar la Corte con caso de tanto peso, y por ser nuevo Rey. Esto pasa, no debo mas à ley de Caballero de decir lo que he visto y sabido; lo que sentiré es, que estoy con pena y recelo no se vea privar de la vida alevosamente Vuestra Magestad. Es posible, que no se acuerde de aquel blason que en el espolon de la Galera trahía el vando Abencerrage el dia de la sortija? Era un mundo hecho de cristal, y por letra: *Todo es poco.* De suerte, que todo el mundo es poco para ellos; y en el alfange de la popa un Salvage desquixarando un Leon. Este sois, Señor, y ellos quien os quitan la vida, mirad por vuestra persona, muera el adultero aleve, y con ellos la deshonesta Reyna, pues así ha afrentado Vuestra Real Corona. Sintió tanta pena en oir lo que el vil, falso y aleve traydor Zegri le decia, que creyendole, se cayó amortecido en tierra muy gran espacio de tiempo; y bolviendo en sí, dió un doloroso suspiro, diciendo: O Mahoma! En que te ofendí? Este es el pago que me dás por los bienes y servicios que te he hecho;

cho, por sacrificios que te tengo ofrecidos, por las Mezquitas que te tengo hechas, por la copia de incienso que he quemado en tus Altares? O traydor; vive Alá que han de morir los Abencerrages, y la adultera Reyna ha de morir en el fuego. Vamos à la Ciudad, y prendase luego à la Reyna, que yo haré tal castigo, que sea sabido por todo el mundo. Uno de los traydores, que era Gomel, dixo: No será acertado prender á la Reyna mi Señora, porque se pone Vuestra Real Persona en contingencia de perder la vida, y en alborotar la Ciudad, y que tome armas Albin Hamad con todos los de su linage, y vando con color de defender á la Reyna, y esto les servirá de instrumento para conseguir el efecto de su intencion, y mas siendo parciales de los Abencerrages los Alabezes, Vanegas y Gazules, que son todos la flor de Granada. Pero lo que se puede hacer, para ser vengado, y sin alborotar la Ciudad, es mandar que vengan à Palacio uno à uno, y tener veinte Cavalleros de confianza, que los vayan degollando; y siendo así hecho, uno á uno, quando el caso se venga à entender, ya no quedará ninguno de todos ellos, y quando se venga à saber por todos sus amigos, y ellos quisieren

ren hacer algo contra Vuestra Magestad, escarmentarán en cabeza agena, y son en vuestro favor los Zegries, Gomeles y Mazas, que no son tan pocos, ni valen tan poco, que no os saquen à paz y à salvo de todo peligro; y esto hecho, mandarse ha prender la Reyna, acusandola de adultera y poner en tela de juicio el caso, siendo quatro Caballeros los acusadores de vuestra parte, y que la Reyna señale otros quatro Cavalleros, que la defiendan: y si ellos vencieren à los acusadores que sea libre la Reyna; y si los defensores de la Reyna fueren vencidos, que muera la Reyna conforme à ley; y desta forma todos los del linage de la Reyna, que son Almoradies, y Almohades, y Marines no se alterarán, viendo que vá por via de justicia, y sin alterar. Esto es lo que siento, paraque sea Vuestra Magestad vengado, y no se altere la Ciudad. Buen Consejo es (dixo el Rey) y de tan leales Cavalleros: Y decid, quienes serán los quatro Cavalleros que pongan la acusacion, y la sustenten en Batalla, contra los defensores que pusiere la Reyna? No cuyde de eso Vuestra Magestad (dixo el Zegri) que yo seré el uno y Mahatdon mi primo el otro, y Mahandin el tercero, y su hermano Abinhamet

met el quarto; y fia en Mahoma que en toda la Corte no se hallarán otros quatro Caballeros que igualen à los dichos en valor, aunque entrára Muza en el número. Pues vamos à la Ciudad (dixo el facil Rey) se dará la órden que pide mi venganza. O desdichada Ciudad, y que rebuelta y cisma se te ordena, por dár credito el mal aconsejado Rey à las sirenas engañosas que le cantaban al oído! Con esto partieron à Granada, y entrando en el Alhambra, se fueron al Palacio Real, adonde la Reyna con sus Damas le salieron à recibir; pero el Rey no miró à la Reyna, sino pasó adelante sin detenerse, de que no poco se maravilló la Reyna, y muy confusa se recogió á su aposento con sus Damas, sin saber la causa de el no usado desden del Rey, el qual pasó lo que restaba del dia con sus Caballeros, hasta que llegó la noche, y luego cenó, y se fue à acostar, fingiendo estár indispuesto, y asi todos los Cavalleros se fueron à sus casas. Toda aquella noche estuvo variando en cien mil pensamientos el desventurado Rey, y sin poder reposar, y entre la machina y caos de confusiones, decia: O sin ventura Audali Rey de Granada, quan cercana veo tu perdicion, y la de tu Reyno! Si matas à estos Cavalle-

ros gran mal se te ordena; y si no castigas su yerro, quedas afrentado, y te valdria mas la muerte. Mataréllos? Si, que fue grande su atrevimiento en cometer tal adulterio en ofensa mia, y tratar de matarme, por alzarse con el Reyno. Pero dí, Rey mal aconsejado, no sabes quan honesta y recatada muger tienes? No conoces la bondad y lealtad de los nobles Abencerrages, y quan sus mortales enemigos son los Zegries, y puede ser, que por esta via pretenden venganza deste virtuoso linage? Verifica mejor la causa, ya que determinas venganza; pero que mas verificacion, que quien lo vió? No se atrevieran à levantar tal testimonio, y mas ponerse à sustentar en Batalla lo que dicen; no hay duda, sino que es verdad. En estas variedades pasó toda la noche, y venida la mañana, se levantó, y saliendo del dormitorio, halló en la sala muchos Zegries y Gomeles y Mazas; y á esta sazon entró un escudero y le dixo al Rey, como habia venido Muza de pelear con los Christianos, y trahia ganadas dos vanderas, y mas de treinta cabezas; con lo qual se holgó, y apartando al Zegri, le dixo, que tuviese en el quarto de los Leones treinta Caballeros armados, y un Verdugo prevenido de lo necesario

rio para lo que estaba tratado. Luego el traidor Zegri salió del Real Palacio, y puso por obra lo que el Rey le habia mandado, y estando todo muy à punto, el Rey fue avisado de ello, se fue al quarto de los Leones, adonde halló al falso Zegri con treinta Caballeros Zegries y Gomeles muy bien aderezados, y con ellos un Verdugo, y al puntó mandó llamar al Abencerrage su Aguacil Mayor. Fue un Page y le dixo, que el Rey le llamaba. El Abencerrage fue à su Real llamado, y asi como entró en la quadra de los Leones, le asieron sin que pudiese hacer resistencia, y en una taza de Alabastro muy grande, en un instante fue degollado. Asimismo llamaron à Albin Hamad, (el qual decian haber cometido el adulterio con la Reyna) y fue degollado. Y de esta suerte fueron degollados treinta y seis Caballeros Abencerrages de los mas principales de Granada, sin que nadie lo entendiese; y murieran todos, si Dios no favoreciera á su causa, en que no murieran tan abatidamente, por dár credito à un traidor, sin mas verificacion; y es cierto que sus obras no lo merecian, porque eran muy caritativos, y amigos de los pobres, y de la verdad, y de los Christianos; y aun dixeron

los

los que habian visto degollar los Abencerrages, que llamaban à Christo crucificado, que les socorriese en aquel trance, paraque no se condenasen, y que morian Christianos. Pues paraque aquel linage no pereciese, ordenó Dios, que un Page de un Abencerrage entró con su Señor, y vió como le degollaron, y miró à todos los degollados, à quien él conocia, y mirando se retiró hácia la puerta con mucha disimulacion, y al tiempo que abrieron para ir à llamar à otro, salió el Page muy temeroso, y llorando por la muerte de su Señor; salió del Alhambra, y junto à la fuente della viò à Malique Alabez con Abenamar, y Sarracino, que venian à hablar al Rey, y como los vió se llegó lloroso temblando y encogido, y les dixo: Ay Señores Caballeros por Alá Santo, que no paseis mas adelante, sino quereis morir mala muerte! Como asi? (dixo Alabez.) Respondiò el Page: Sabed Señores, que en el quarto de los Leones hay gran cantidad de Caballeros degollados, y todos son Abencerrages, y mi Señor con ellos, que yo le ví degollar, porque entré con mi Señor (que allà no fueramos) y lo ví todo, y no reparó en mí, porque asi lo permitiò el Santo Alà; y quando tornaron

à

abrir la puerta falsa, me salí, y vengo sin
ıi Señor, y aun sin mi, por lo que mis ojos
an visto. Por Mahoma que pongais reme-
io en aquesto. Muy admirados quedaron
ɔs tres Cavalleros, y mirandose unos á
tros, no sabian si darian credito ò no à lo
ue el Page les habia dicho; y dixo Abena-
ıar: Gran traicion hay si es verdad. Pues
ómo lo sabremos de cierto? (dixo Sarraci-
o) Yo os lo diré, (dixo Alabez) quedáos
eñores aquí, y si vieredes subir al Alham-
ra algun Caballero Abencerrage, ò de otro
nage, no le dexeis pasar adelante, sino
ntretenedle en tanto que yo llego à la Casa
Leal, y sabré lo que pasa, y volveré
on brevedad. Guieos Alá (dixo Abenamar)
qui aguardarémos. Malique subió al Al-
ambra, y al entrar por la puerta della, vió
enir muy á priesa á un Page del Rey, y di-
ole: Adonde con tanta priesa? Respondió
l Page: A llamar à un Abencerrage. Quien
: llama? (dixo Malique) El Rey mi señor,
espondiò el Page; y si quieres hacer una
uena obra, baxa à la Ciudad, y avisa à to-
os los Abencerrages que salgan de Granada,
orque l s conviene, sino quieren verse en
l trance cruel que se executa en el quarto
e los Leones; y quedáos en paz: y estando

cierto, y satisfecho de lo que deseaba saber, se bolviò Malique adonde habia dexado á Sarracino y Abenamar, y les dixo: Amigos y señores, verdad es lo que ha dicho el Pagecillo, cierta es la traicion y muerte que se executa en los Abencerrages. Todo el suceso me ha contado un Page del Rey, y me dixo, que diese aviso á los Abencerrages. Valgame Alá (dixo Sarracino) que me maten, si los Zegries no andan en esta traicion. Vamos á la Ciudad, y demos aviso desto, paraque se ponga algun remedio. Vamos (dixo Abenamar) que en esto no quiere haber descuido: y diciendo esto, se baxaron todos tres á la Ciudad, y antes de llegar á la calle de los Gomeles, vieron al Capitan Muza, y mas de veinte Caballeros Abencerrages, de los que habian ido á la Vega à pelear con Christianos, que iban à dar cuenta al Rey de aquella jornada, y Malique Alabez les dixo: Caballeros, poneos en cobro, si no quereis morir por traicion: mas de treinta de vuestro linage ha mandado el Rey matar. Los Abencerrages espantados, no respondieron, pero el valeroso Muza dixo: Por la fee de Caballero que si hay traicion, que andan en ella Zegries y Gomeles, porque ninguno saliò al rebato

ni

ni parecen por toda la Ciudad, y sin duda
que están en el Alhambra con el Rey, y
son culpados en las inocentes muertes destos
nobles Caballeros. Venganse todos conmi-
go, que yo pondré remedio conveniente.
Asi se bolvieron con el valiente Muza à la
Ciudad, y en llegando á la Plaza Nueva,
como era Capitan General, llamó à un Añafil,
y le mandò que tocase á recoger apriesa, y
él lo hizo; y oído el Añafil, en un punto
se juntaron muchos Cavalleros y Soldados
en casa de sus Capitanes, y de allí vinieron
á la Plaza Nueva, y se juntaron mucha gente
de á pie, y tambien de à caballo; y aunque
hubo muchos Caballeros y de los mejores
de Granada, no habian entrado entre ellos
ningunos Zegries, Gomeles, ni Mazas, por
donde se acabaron de satisfacer, que los Ze-
gries andaban en aquella traicion. Quando
Alabez vió esta gente junta, vió buena oca-
sion para saber la traicion que se execu-
taba en los Caballeros inocentes; y así pues-
to en medio de todos, comenzó á decir en
alta voz desta manera: Caballeros, señores,
y amigos mios, y todos los que me oís,
sabed que hay gran traicion, el Rey Chico
ha mandado degollar muchos de los Caba-
lleros Abencerrages; y sino fuera descu-
 bier-

bierta la traicion por orden del Santo Alá, ya estubieramos todos degollados. Alto á la venganza, y no queramos Rey Tyrano, que asi mata á los Caballeros que defienden su Tierra. No hubo acabado Alabez de decir estas palabras, quando toda la gente plebeya comenzó á dar grandes voces y alaridos, y apellidando toda la Ciudad, y diciendo: Traicion, que el Rey ha muerto á los Abencerrages: muera el Rey, no queramos Rey traidor. Esta voz comenzó á divulgarse por toda la Ciudad con un furor diabolico, y todos tomaron armas á muy gran priesa, comenzaron á subir al Alhambra, y en breve espacio se juntaron mas de quarenta mil hombres de todas suertes, y otros muchos Cavalleros, y mas de doscientos Abencerrages, que habian quedado, y con ellos Gazules, Vanegas, Almoradies, Almoades, y Azarques, y todos los demás Caballeros de Granada, los quales decian à voces: Si esto se consiente, otro dia matarán otro linage de los que quedan. Era tanta la vocería y rumor que habia, y gritos de los hombres, alaridos de las mugeres, llorar de los niños. Finalmente, estaba todo tan alborotado, que parecia querer asolar la Ciudad con armas, y anegarla con lagrimas,

mas, y todo esto se oía en el Alhambra, y recelando lo que era, el Rey muy temeroso, mandó cerrar las puertas de la Alhambra, teniendose por mal aconsejado en lo que habia hecho, maravillado en que se hubiese descubierto tan presto aquel secreto. Llegó, pues, aquel tropel de gente al Alhambra, dando alaridos y voces, diciendo: Muera el Rey, muera el Rey; y como hallaron cerradas las puertas del Alhambra, mandaron traher fuego para quemarlas, lo qual fue luego hecho, y por quatro ó seis partes fue puesto fuego con tanto ímpetu, que ya se comenzaba à arder. El Rey Mulahacen, Padre del Rey Chico, como sintiò tan grandisima rebuelta y ruido, siendo ya informado de lo que era, muy enojado contra el Rey su hijo, deseando le matasen, mandò abrir una puerta falsa del Alhambra, diciendo, que él queria salir à apaciguar aquel alboroto; pero no fue bien abierta, quando estaban mas de mil hombres para entrar por ella, y como vieron al Rey Viejo, le alzáron en peso y dixeron: Este es nuestro Rey, no otro: Viva el Rey Mulahazen; y dexandole con buena guarda, entraron por la puerta muchos Cavalleros Abencerrages, Alabezes y Gazules, con mas de

cien peones. El Rey mandó, que cerrasen la puerta falsa, y que defendiesen la entrada, porque no hubiese dentro del Alhambra mas mal del que esperaba ver; mas poco aprovechò esta diligencia, porque la gente que habia entrado era bastante á destruir cien Alhambras, la qual andaba por las calles, diciendo: Muera el Rey Chico, y los demás traydores; y con este ímpetu llegaron á la Casa Real, adonde hallaron sola á la Reyna y á sus Damas casi muertas, no sabiendo la causa de tan grande alboroto; y preguntando donde estaba el mal Rey, no faltó quien dixo, que en el quarto de los Leones. Luego el tropel de la gente fue allá, y hallaron las puertas con fuertes cerraduras pero muy poco les sirviò su fortaleza, porque las hicieron pedazos, y entraron dentro á pesar de los Zegries que alli habia, que defendian la entrada; y entrando los Caballeros Abencerrages, Gazules y Alabezes, y viendo la mortandad de los Abencerrages, que habia en aquel Patio, (à quien el Rey habia mandado degollar) se ensañaron de tal suerte, que si cogieran al Rey, y á los traidores, no se satisfacieran de que murieran degollados, sino les buscáran mil generos de penas para mitigar la mucha que ellos

los sentian; y con el dolor que tenian, ometieron todos á mas de quinientos Zeies, Gomeles y Mazas (que estaban alli ı defensa del Rey) diciendo: Mueran los aydores, que tal traicion han hecho, y consejado; y con animo furibundo dieron n ellos à cuchillados. Los Zegries y los de u parte se defendian poderosamente, porue estaban bien alistados de armas, y aperebidos para aquel caso; mas poco les valía odo eso, que alli les hacian pedazos; porue en menos de una hora ya tenian muer- os mas de doscientos Caballeros Zegries, Gomeles y Mazas; y siguiendo su porfia, ban matando é hiriendo mas dellos: alli l ruido y voceria, alli acudia toda la gente ue subia de la Ciudad, y siempre diciendo: Muera el Rey, y los traydores. Fue tal a destruccion que los Abencerrages, Alabezes y Gazules hicieron, y tal fue la venganza de los Abencerrages, que de todos los Zegries, Gomeles y Mazas que allí se hallaon no escapò ninguno con vida. El desdichado Rey se escondió, que no pudo ser hallado. Esto hecho, á los Caballeros muertos los baxaron á la Ciudad, y los pusieron sobre paños negros en la Plaza Nueva, para que toda la Ciudad los viese, y se movie-

sen

sen á compasion, viendo un tan doloroso, y triste espectaculo, y la crueldad, que con ellos se usó. Toda la demas gente andaba por toda la Alhambra buscando al Rey, con tal alboroto, que se hundian todas las Torres y Casas, resonando el eco de lo que pasaba por todas aquellas montañas; y si tempestad y ruido habia en el Alhambra, no menos alboroto y llanto habia en la Ciudad. Todo el Pueblo en comun lloraba los muertos Abencerrages, en particulares casas lloraban á los muertos Zegries, Gomeles y Mazas, y à otros que murieron en la refriega. Por este conflicto y alboroto desventurado, se dixo este Romance.

EN las Torres de la Alhambra,
sonaba gran vocería,
y en la Ciudad de Granada
grande llanto se hacia,
Porque sin razon el Rey
hizo degollar un dia
treinta y seis Abencerrages
nobles, y de gran valía.
A quien Zegries y Gomeles
acusan de alevosía:
Granada los llora mas,
con gran dolor que sentia,

Que

Que en perder tales varones,
es mucho lo que perdia:
hombres, mugeres y niños
lloran tan grande perdida:
Lloran todos los demás,
quantos en Granada habia,
por las calles y ventanas
mucho luto parecia.
No habia Dama principal
que luto no se ponia,
ni Caballero ninguno,
que de negro no vestia,
Sino fueran los Zegries
do saliò la alevosía,
y con ellos los Gomeles,
que les tienen compañia.
Y si alguno luto lleva,
es por los que muerto habian,
los Gazules y Alabezes,
por vengar la villanía,
En el quarto de los Leones,
con gran valor y osadía,
y si halláran al Rey,
le priváran de la vida,
por consentir la maldad,
que allí consentido habia.

Bolviendo ahora al sangriento y pertinaz motin de la Granadina gente contra el Rey,

y sus valedores; es de saber, que el valeroso Muza como vió poner fuego al Alhambra, con gran presteza puso remedio en aplacar sus muy furiosas llamas; y sabiendo que el Rey Mulahazen su Padre havia mandado abrir la puerta falsa del Alhambra, luego se fue ácia allá, acompañado de una gran tropa de Cavalleros y Peones; y en llegando, halló al Rey Mulahazen, acompañado de mas de mil Caballeros que le guardaban, y à grandes voces decian: Viva el Rey Mulahazen, el qual reconocemos por Señor, y no al Rey Chico, que con gran traicion ha muerto la flor de los Caballeros de Granada. Muza dixo: Viva el Rey Mulahazen mi Padre, que así lo quiere toda Granada. Lo mismo dixeron todos los que con él iban: diciendo esto entraron en el Alhambra, y fueron à la Casa Real, y buscandola toda no hallaron al Rey. De alli fueron al quarto de los Leones, y vieron el estrago que habian hecho los Abencerrages, Gazules y Alabezes, en los Zegries, Gomeles, y Mazas; y Muza dixo: Si traicion se hizo à los Abencerrages, bien se ha vengado, aunque la traicion no tiene satisfaccion, y pesandole de lo que veía, saliò de alli, y fue à la Camara de la Reyna, à la qual halló lloro-

sa, acompañada de las Damas, y con ella Zelima la bella, à quien Muza amaba grandemente. La temerosa Reyna le preguntò à Muza, qué vocería era áquella que sonaba en la Ciudad y en el Alhambra? Cosas son del Rey, (dixo Muza) que sin mirar mas de su gusto, diò lugar, y consintió una traicion notable, executada en los Caballeros Abencerrages, de quien siempre ha recibido muy grandes servicios; y en pago de ellos hoy ha muerto treinta y seis Caballeros dentro del quarto de los Leones. Este es el buen recaudo que el Rey mi hermano y vuestro marido ha hecho, ò permitido que se hiciese; por lo qual el Reyno tiene perdido, y él está (si parece) à punto de perderse; porque ya toda la gente de Granada, asi Cavalleros, como los demàs estados, han recibido à mi Padre el Rey Mulahazen por Rey y Señor; y à esta causa anda el alboroto y motin que oís. Santo Alá (dixo la triste y afligida Reyna) qué eso pasa? Ay de mí! Y diciendo esto se cayó amortecida en los brazos de Galiana. Todas las Damas llorando amargamente el caso doloroso que habia sucedido, y lloraban à su triste Reyna puesta en tal calamidad. Las bellas Haxa y Zelima se hincaron de rodillas delante de

Mu-

Muza y Zelima (como quien tanto le amaba) le habló desta manera : Señor mio , no me levantaré de vuestros pies hasta que me deis palabra de hacer en aqueste negocio tanto, que quede apaciguado, y el Rey vuestro hermano en su posesion , como de antes , que aunque ha procurado mi amistad, (no teniendo respeto á la vuestra) no se ha de tomar venganza estando el enemigo caído , ni se ha de dar mal por mal , sino porque de hoy mas tenga cuidado de no ofenderos en esto ni en otra cosa alguna; y en lo que os pido , recibiré de vos muy particular merced. Fatima que sabia el grande amor que los dos se tenian , le pidió à Muza que le concediese à Zelima lo que le pedia , y que no tuviese à sus pies la que merecia la corona del mundo. Muza que mas transformado estaba en mirar el adorno y nobleza que naturaleza dió à Zelima , no advirtiendo que la tenia à sus pies, con la hermosa Haxa , las levantó del suelo , dandoles palabra de apaciguar el vulgo, y de poner al Rey su hermano en la posesion del Reyno. Con lo que obligó à su Dama , à que le amase con mas extremo. Las Damas echaron agua en el rostro de la Reyna, la qual bolvió en sí llorando: Muza la consoló, dán-

dole buenas esperanzas, y se despidió della, y sus Damas, y fue adonde estaba su Padre, y le dixo: Mande vuestra Alteza, que pena de muerte dexen las armas y se sosieguen. Luego mandó el Rey que se pregonase asi en el Alhambra, y por toda la Ciudad; y Muza mandò á la gente de Guerra que se quietasen, y à todos los demás se lo rogò. Mediante esto se apaciguò el pertinaz motin y rebelion, llevando unos intento de seguir á Mulahazen, y otros al Rey Chico: para esto ayudaban à Muza todos los mas principales de Granada, y los linages desapasionados, que eran Alabezes, Bencerrages, Laugetes, Azarques, Alarines, Aldoradines, Almoradis, Almohades, y otros muchos Cavalleros de Granada. Desta suerte fue todo apaciguado, y Muza rogó à todos que no quitasen á su hermano la obediencia, sino que Granada bolviese al estado que antes, que si malos consejos no dieran al Rey, nunca él mandára hacer lo que se hizo. Todos los Caballeros le dieron palabra à Muza de no quitar la obediencia á su hermano el Rey, sino fueron los Abencerrages, Gazules, Alabezes, y Aldoradines, estos quatro linages no quisieron estar en la obediencia del Rey Chico, por lo que contra

tra los Abencerrages hizo, por admitir el mal consejo del traidor Zegri; y era asi verdad, que por dàr credito de ligero el facil Rey, aceleró el negocio; y si lo llevára por justicia, no se le siguiera la perdicion que le vino à él y á la Ciudad; por esta traicion se hizo este Romance.

CAballeros Granadinos,
aunque Moros, Hijosdalgo,
con envidiosos intentos
al Rey Chico van hablando;
gran traicion se vá ordenando.

Dicen que los Abencerrages,
linage noble afamado,
pretenden matar al Rey,
y quitarle su Reynado;
gran traicion se va ordenando.

Y para emprender tal hecho,
tienen favor muy sobrado
de hombres, niños y mugeres,
todo el Granadino Estado;
gran traicion se vá ordenando.

Y á su Reyna tan querida
de traicion han acusado,
que en Albin Abencerrage
tiene puesto su cuidado:
gran traicion se vá ordenando.

De

De esta suerte vá declarando este Romance la Historia que se ha contado, y la traicion; mas por pasar á otras cosas importantes, no se acaba. Pues bolviendo á Muza, que con gran diligencia procuraba aplacar los ayrados pechos de los principales Caballeros, y demás gente, paraque bolviesen á la obediencia del Rey Chico, como antes estaban, y asi traxo muchos á su voluntad, salvo los quatro linages que habemos dicho; y algunos mas Caballeros que no quisieron estár en la obediencia del Rey Chico, sino á la del Rey Mulahazen; y asi siempre hubo en Granada muchas diferencias entre los dos Reyes, Padre é Hijo, hasta que se perdiò Granada, y la causa porque los Gazules, Alabezes, Abencerrages y Aldoradines, no quisieron ser de la parte del Rey Chico, aunque Muza hizo las diligencias posibles, fue porque ya tenian tratado entre ellos de bolverse Christianos, y pasarse con el Rey Don Fernando, como adelante se dirá. Pues como viese Muza la mayor parte de la Ciudad reducida à su voluntad, paraque bolviese su hermano à ser obedecido, y al gobierno del Reyno, procuró saber adonde estaba, y supo como se habia retirado al Cerro del Sol (que hoy llaman

de

de Santa Elena) à una Mezquita que estaba allí, huyendo de la voz que oía, quando decian todos: Muera el Rey, y los traydores. Y visto el estrago que hacian Abencerrages, Gazules y Alabezes en los Zegries y Gomeles, se salió por una puerta falsa, maldiciendo su ventura, y el dia de su nacimiento, quexandose del Zegri que le habia aconsejado cometer tal traicion contra tan leales Caballeros. Los Zegries y Gomeles le consolaban, diciendole, que no se fatigase, que mil Zegries y Gomeles tenian de su parte, que moririan en su defensa, y que el consejo no habia sido malo, sino importante, sino se descubriera tan presto. Y en esto vieron subir à Muza en un caballo, y fueron à dar aviso al Rey, el qual temeroso preguntò si venia de Paz ò de Guerra. De Paz viene (respondiò un Zegri) y solo, y debe de querer hablarte. Alá se sirva que sea por bien (dixo el Rey) porque se temia de Muza, á causa de Zelima. En esto llegò Muza, y preguntando si estaba alli el Rey su hermano, le fue dicho que sí, y apeandose del cavallo, entrò en la Mezquita, donde viò al Rey acompañado de Zegries y Gomeles, y haciendole el acatamiento de que antes solia, le dixo asi: No careces de culpa, per mi-

nitiendo una maldad, y traicion grande como la que se ha usado con el mas noble, y leal linage del Reyno; mira lo que se ha seguido de su muerte, alboroto en la Ciudad, muerte de muchos, perdida de tu Reyno; y lo hubiera sido de tu vida, sino te huvieras venido aqui. Los Reyes que han de governar en paz, y tranquilidad à sus vasallos ellos son alborotadores de la paz (merecido, y justo castigo, que sean desposeídos de sus Reynos, y aun de las vidas.) Si à Cavalleros leales, que sirven bien, das tal pago, quien esperas que te sirva? Si te havian ofendido (que no creo tal) siguieras la causa por justicia, y no por violencia. Qué demonio te insistió à hacer tal matanza? Que causa te movió? Hermano (dixo el Rey) ya que me has preguntado la causa de mi determinada ira, yo te la diré en presencia de los oyentes. Sabrás, que los Cavalleros Abencerrages tenian determinado matarme, y alzarse con el Reyno; y sin esto Albin Hamad, Abencerrage, adulteraba con la Reyna mi muger, pues tengo bastante, y probada verificacion; parecete que aceleré en el caso? Admirado Muza, le respondió: No tengo yo à la Reyna en tal opinion, ni lo creo, ni tengo à los Abencerrages por Ca-

valleros que tal traicion ordenarian, porque son exemplo de lealtad. Pues sino lo crees (dixo el Rey) preguntad à Hamete Zegri, y à Mahandin, y à Mahandon, que están presentes, que ellos te lo dirán, como testigos de vista; los falsos, refirieron à Muza lo que el Rey havia dicho, lo qual no creyó, porque conocia que era la Reyna muy honesta, y virtuosa, y asi les dixo: Yo no me puedo persuadir à que eso es asi, ni creo que habrá Cavallero, que lo sustente, porque es cierto, que ha de quedar por infame, y fementido. Pues nosotros (dixo Mahandon) lo sustentarémos contra qualesquier cavalleros que lo quieran contradecir; y enojado Muza, dixo: Pues aunque no sea sino por la honra de mi hermano, se ha de seguir por justicia esta causa, y la de los Abencerrages, pues os proferís à sustentar con las armas la acusacion que poneis, mirad quan seguro estoy de la casta Reyna, que sé que haveis de morir, ò quedar desmentidos: y si me fuera licito, yo sólo havia de defender à la inocente Reyna, y à los nobles Abencerrages, porque clara, y manifiestamente parece ser mentira, acusacion de embidia; pero impidelo la paz que ando procurando. Los Zegries se comenzaron

al-

alborotar, diciendo, que ellos eran Cavalleros, y lo que havian dicho lo sustentarian en el campo armados, à otros quatro Cavalleros. Esto veremos presto (dixo Muza.) Dixo al Rey: Vamos al Alhambra, que yá todo está apaciguado, solo quedan quatro linages de Cavalleros, que no os quieren dar la obediencia, sino à vuestro Padre; paen algunos dias, que yo lo allanaré. Y vosotros Zegries, y Gomeles advertid, que si por vuestro consejo murieron degollados treinta y seis Cavalleros Abencerrages, de vuestros linages hay mas de quinientos Cavalleros muertos. Mirad si ha sido grangeria la que haveis hecho; id al Alhambra, y mandad que los saquen del quarto de los Leones, y dadles sepultura, que asi lo han hecho los Abencerrages à todos sus deudos, muertos sin culpa. Con esto salió Muza de la Mezquita, y el Rey Chico con él, fiado en su palabra, y le dixo à Muza: Quien te dió aviso de que yo estaba aqui? Quien te hizó venir (dixo Muza.) Diciendo esto, se baxaron todos del cerro, y se entraron en el Alhambra. Los Zegries mandaron llevar los cuerpos muertos à sus casas, y los fueron acompañando, y Muza con ellos, por evitar algun escandalo, y en todo aquel dia

no se oía en toda Granada otra cosa, sino llantos, y gemidos muy tristes. El Rey se retiró à su quadra con muy buena guarda, y mandó, que no dexasen entrar à nadie por todo aquel dia, lo qual se cumplió todo asi, que ni aun à la misma Reyna dexaron entrar, y muy confusa se bolvió à su retrete; no sabiendo la causa de tan grande encerramiento, pues le havia embiado à decir Muza, que no tuviese pena, que el Rey bolveria à su silla Real.

CAPITULO XIV.

EN QUE SE DA CUENTA COMO los traydores pusieron en acusacion à la Reyna, y à los Abencerrages, y como la Reyna fue presa por ello, y dió quatro Cavalleros que la defendieron, y lo demás que sucedió.

LOs muertos, ya enterrados de la una parte, y de la otra, y haviendo cesado los llantos por ellos hechos, y reducida la mayor parte de los Cavalleros de Granada à la obediencia del Rey Chico, por orden del valeroso Capitan Muza, habiendo pasado aquel dia tan memorable para Granada, luego

gó al siguiente dió orden, que fuesen à hablar al Rey, y asi se juntaron los mas principales, y le fueron à ver, aunque contra su voluntad, solo por hacer placer al valiente Muza; y entrando en la Real Sala, se fueron sentando por su orden, como antes solian, aguardando, que el Rey saliese de su aposento; el qual como supo que estaba alli Muza, y los demás Cavalleros, salió vestido de negro, mostrando tristeza en el rostro, y sentado en la silla Real, mirando à todos, les dixo: Muy leales, y verdaderos amigos mios, bien sé, que haveis estado muy enojados conmigo, y con deliberacion de quitarme el Reyno, y la vida, por lo que huvo en el quarto de los Leones, no sabiendo el fundamento, y justa causa que à ello me movió: verdad sea, que pudiera proceder en tal caso de otra suerte, y sin escandalizaros, pero à veces la colera ciega à la razon, de modo, que no dá lugar à la consideracion; con el deseo de la venganza. Alá os guarde de Rey injuriado, que no aguarda dilacion su agravio. Y para satisfaccion de mi poca culpa, y muy sobrada justicia, perdida, y demanda de mi acaecido agravio: habeis de saber, ò nobles Granadinos, que los famosos Abencerrages, de cuya fama el mundo

está lleno, se havian conspirado, y hecho conjuracion para privarme del Reyno, y de la vida, y de todo esto tengo fulminado proceso, con informacion bastante, por donde son dignos de muerte; y mas Albin Hamad, Abencerrage, violó mi honra con mancha de adulterio, tratando con la Reyna Sultana mi muger deshonestos, y secretos amores, aunque no lo fueron tanto, que con facilidad fueron descubiertos, en esta Real Sala hay Cavalleros testigos de vista que lo dirán, y sustentarán; á esta causa se executó aqui lo que visteis, queriendo tomar venganza de tan enorme injuria, y sino se descubriera tan presto mi intento, no hay duda, sino que no fuera ya vivo ningun Abencerrage, mi mala suerte ordenó que se descubriera. De lo pasado me pesa, solo por el alboroto de la Ciudad, y por la muerte de tantos Cavalleros, que murieron á manos de los Abencerrages vivos, y de los Gazules, y la sangre de los Zegries, y Gomeles, vertida por mi causa, pide justisima venganza, la qual prometo hacer por Mahoma; y ahora doy por sentencia, que los Abencerrages que son culpados, por tener atrevimiento de entrar con mano armada en mi Casa Real, que sean desterrados de

Gra-

ranada, y dados por traidores, y sus bie-
es confiscados para mi Real Camara, para
ue dellos haga mi voluntad; y los que no
on tan culpados, y los ausentes, asi Alcay-
es, como los que no lo son, que se queden
n Granada, privados del Real Oficio; y si
uvieren hijos varones, que los embien á
riar fuera de la Ciudad; y si fueren hijas,
ue las casen fuera del Reyno. Y esto man-
o que se publique por toda Granada. Y en
o que toca á la Reyna Sultana mi muger,
nando, que los Cavalleros que han de po-
er su acusacion, la pongan luego, y puesta,
ea presa hasta que se vea su justicia confor-
ne à derecho; que no es justo que un Rey
omo yo viva afrentado. Estas dos cosas
ueron la causa, buenos, y leales Vasallos,
Cavalleros, del Alboroto de Ayer. Ahora
onsidere cada uno la causa por suya, y juz-
ue lo que haria, y verá como no satisface
i agravio, y respondame. Asi como dixo
l Rey estas palabras, todos los Cavalleros
ue estaban alli se miraban los unos á los
tros, y admirados de lo que el Rey les ha-
ia dicho, no sabian que responderle, por-
ue ninguno de los que vinieron con Muza
dar la obediencia al Rey, no dió credito á
osa, ni parte de lo que tocaba á los Aben-

cer-

cerrages, como á lo de la Reyna; y luego entendieron ser todo traicion, y asi los Cavalleros Almoradines, y Almohades, y otros que eran parientes de la Reyna Sultana, hicieron entre ellos gran movimiento, y comunicacion; y al cabo de una pieza que el Rey aguardaba respuesta, se levantó un Cavallero Almoradi, Tio de la Reyna, y respondió, diciendo: Atentos havemos estado Rey Audali á tus razones, con las quales no menos pesadumbres, y alboroto que ayer se espera, porque en lo que has hablado, manifiestamente parece ser traicion averiguada, asi en lo que toca á los Cavalleros Abencerrages como en lo de la Reyna; porque los Abencerrages son nobles, y en ellos no puede haver traicion, ni tal de ellos se puede presumir, porque de su bondad, y nobleza siempre han dado verdadero testimonio sus obras, por las quales, tu, y tu Reyna haviais resplandecido, y ahora los mandas desterrar, tu Reyno de hoy mas lo puedes dár por ninguno, y al tiempo pongo por testigo; quanto, y mas, que aunque tu los destierres, si ellos con su gusto, y voluntad no se quieren salir de Granada, no les puedes tu hacer fuerza, á tanto que no eres Rey supremo, por ser vivo tu Padre, el qual esti-

estima á este linage, y à los que le quisieren bien: y sino me crees, mira tu Palacio, y verás como en faltando todos los Alabeces, Gazules, Aldoradines, y Vanegas, parece estár solo, y sin acompañamiento ninguno, y te has de ver sin todos estos, y otros muchos, por ser amigos de los Abencerrages; pues la plebeya, bien sabes el amor que les tiene, y sé de cierto, que si el menor dellos levantára vandera contra ti, que te echára del Trono en que estás; pero son leales, y antes morirán que tal hagan. Reportate Rey mal aconsejado, y no te ciege la colera; y en lo que dices de la Reyna, que ha sido adultera, es falso, que es matrona casta, y honesta, y se debe tener, y estimar en mucho, y si contra ella te mueves, los Almoradies, y Almohades, y sus parciales te havemos de quitar la obediencia, y hemos de darla á tu Padre; y qualquiera que pusiere dolo de la Reyna Sultana, miente, y es un villano, y yo lo probaré donde quisiere. El traidor Zegri, y Mahandin Gomel, y Mahandon, Ali Hamet, con saña se levantaron, y dixeron, que lo que ellos decian era verdad, y quien lo contrario decia mentia. Los Almoradies se levantaron, poniendo mano á las armas, todos los Zegries, y Gome-

meles hicieron lo mismo, y con gran enojo se fueron los unos á los otros, moviendo mucho escandalo, y alboroto en el Palacio Real; mas los Cavalleros Azarques, Alarifes, Muza, Sarracino, y Reduan, y el mismo Rey hicieron tanto, que no les dexaron juntar, antes los quitaron, é hicieron asentar; y estando sosegados, dixo Muza estas razones: Señores Cavalleros, yo queria que se pusiese la acusacion á la Reyna, y por ella sea presa, porque confio en Alá, que su inocencia ha de ser verdugo de los acusadores falsos, y han de morir, ó retratarse de lo dicho; de donde se seguirá mayor lauro á la inocente Reyna, y á todos los de su linage, para lo qual salga aqui la Reyna, y responda por sí, y dé, y señale Cavalleros que la defiendan. A todos pareció bien lo que Muza dixo, y asi fue llamada la Reyna Sultana, la qual fue acompañada de sus Damas, y los Cavalleros se levantaron, y la hicieron grande acatamiento, salvo los traidores, y antes que la Reyna se sentase en su estrado, le dixo Muza: Hermosa Sultana, hija del famoso Moraiciel, de nacion Almoradi, por la descendencia del Padre, y Almohades por la Madre, descendientes de los Reyes de Marruecos: sabrás, Reyna de Granada, por tu

daño,

daño, como en esta Sala hay Cavalleros, que pongan dolo en tu castidad, diciendo, que no has guardado las leyes conjugales á tu marido el Rey, antes dicen, que has adulterado, y hecho traícion con Albin Hamad Abencerrage, por lo qual ayer fue degollado con los demás Abencerrages: y si esto es asi, (lo qual nosotros no creemos, porque tenemos entera satisfaccion de tu bondad, virtud, y castidad) has incurrido en pena de muerte de fuego; por tanto, da razon de ti, porque no haya mas escandalo del que por tu causa ha habido, y sino la dás qual conviene á tu honor, y el de tu marido morirás quemada, conforme á nuestras leyes; y yo te lo he dicho, y no por ofenderte, sino paraque te repares con tiempo de tu defensa, y de lo que te conviene, que yo de mi parte, (como quien conoce tambien las tuyas tan honrosas) seré en tu favor en todo lo que pudiere, como lo verás. Con esto calló Muza, y se asentó, aguardando, que la Reyna respondiese, la qual como oyó lo que Muza havia dicho, y miró á todos los Cavalleros de la Sala, y como los vió callar, tuvo por verdad lo que havia escuchado por donayre, y juego, y reparandose un poco, sin mudarse la color de su

her-

hermoso rostro, ni hacer mudanza mugeril, respondió de esta suerte: Qualquiera, que en mi honestidad pura, limpia, y casta pusiere alguna falta, miente, y no es Cavallero, sino villano vil, de baxos pensamientos mestizo, infame, y mal nacido, è indigno de entrar en el Real Palacio, y sea quien fuere. Pongan aqui en mi presencia la acusacion falsa, que no tengo pena ninguna, porque mi inocencia me asegura, y mi castidad y limpieza me hace libre, y jamás con pensamiento, ni obra hice ofensa al Rey mi marido, ni la pienso hacer, en tanto que mi marido fuere, ni despues que no lo sea, ahora sea por separacion de muerte, ó por repudiacion de su parte hecha. Mas estas cosas, y otras tales, no pueden salir sino de Moros, de quien no sale, sino maldades, y novedades, como hombres de poca fee, y mal inclinados. Benditos sean los Christianos Reyes, y quien los sirve, que nunca entre ellos hay semejantes maldades, y lo causa estár fundados en buena Ley. Pero una cosa he de decir, que confio en el Santisimo Alá, que ha de bolver por mi casta limpieza, y descubrir la verdad; y hago promesa, de si Alá se sirve de dár victoria á mis defensores, como yo espero en él que se la

dará,

dará, y viendome libre deste testimonio, de no bolverme á juntar con el Rey en poblado, ni fuera; y diciendo esto, comenzó á llorar, y con ella todas sus Damas, de tal manera, que á todos los Cavalleros que las oían movian à gran compasion, y tambien les provocaba á llorar. Lindaraxa se hincó de rodillas delante de la Reyna, y pidió licencia para irse á San Lucar en casa de un hermano de su Padre, pues por mandado del Rey havia muerto sin culpa á su querido Padre; y pues desterraba á los Abencerrages, que ella se queria desterrar, por no ver las tiranias, y crueldades que cada dia se hacian, y mas el testimonio que á su Alteza se levantaba; que no diese lugar á que ella viese aquellos dolores tan acervos; y que quando la honra de la Reyna padecia; que no estaban seguras las de sus Damas, dueñas, y doncellas. La Reyna la abrazó llorando, y quitandose del cabello la cadena que el Maestre le dió el dia de la sortija, dixo: Toma amiga, yo quisiera galardonar tus servicios fieles, y leales; pero ya por mi desdicha, no soy Señora de bienes, sino de abundancia de males. Dichosa tu, y yo sin ventura. Vete en paz, y vive en ella, que ausente de la Corte, yo sé que la tendrás; y dicien-

do esto la apretó entre sus brazos, dexandola su hermoso rostro con lagrimas, las quales Lindaraxa derramaba de sus ojos en abundancia. Aqui se aumentó el llanto de todas las Damas, porque las iba abrazando, despidiendose de todas. Estaban los circunstantes tan lastimados de la dolorosa despedida de la Reyna, y de Lindaraxa, que no dexaban de ayudar con lagrimas; y no pudiendo sufrir aquel dolor, todos los Almoradies, y Almohades, y otros de su parcialidad se salieron llorando de la Sala diciendo: Audali Rey, abre los ojos, y mira lo que haces, y tennos por tus enemigos de aqui adelante. Lindaraxa despidiendose del Rey, se salió de Palacio, acompañado de su Madre, y de algunos Cavalleros, y se baxó á la Ciudad, y otro dia se partió para San Lucar, y Gazul en su compañia, que era el que la servia, como ya se ha dicho, y adelante se trata de ellos mas largamente; y ahora vayan su camino, y bolvamos á tratar del Rey, y acusacion de la triste Reyna Sultana, la qual lloraba muy dolorosamente su deshonra, y con ella sus Doncellas. El Rey mandó al traidor Zegri, que pusiese la acusacion, el qual se levantó, y dixo: Por la honra de mi Rey, y bolviendo por ella, como

mo debo, digo, que la Reyna Sultana es adultera, y que yo, y Mahandin la vimos en Generalife, debaxo de un rosal, que está junto á la fuente grande, estár en lascivas concupiscencias con Albin Hamad Abencerrage; lo qual sustentarémos los quatro á otros quatro que señale la Reyna en su defensa. A lo qual respondió la Reyna: Mientes como traidor infame tu, y todos vosotros; y yo confio en el poderoso Alá, que ha de descubrir la verdad, y os ha de costar muy caro. El Rey dixo: Sultana, dentro de treinta dias haveis de dar Cavalleros que os defiendan, donde no, se procederá contra vos, conforme á ley; Sarracino no pudiendo sufrir mas aquella lastima, dixo: Yo me ofrezco á la defensa de la Reyna, aunque no haya mas Cavalleros que quieran bolver por su honor. Reduan dixo: Yo seré el segundo, y serviré de tercero, y quarto. Muza dixo: Pues yo ayudaré tambien, y no faltará otro Cavallero que ayude, porque se haga la Batalla quatro á quatro; y mire la Reyna si nos quiere admitir, que como Cavalleros juramos de hacer el deber. La Reyna respondió: Muchas mercedes, Señores Cavalleros, por la que me haceis tan señalada; yo veré lo que importa, pues tengo

ter-

termino suficiente, aunque sé que en hacer tales Cavalleros la Batalla, mis enemigos serain vencidos, mi honra satisfecha. El Rey mandó que estuviese presa en la Torre de Comares, y que estuviese en su compañia Galiana, y Zelima, paraque la sirviesen. Luego Muza, y otros Cavalleros llevaron á la Reyna presa, y la pusieron en un aposento, á la puerta doce Cavalleros de guarda, con orden, que si no es Muza, otro no pudiese entrar á hablar con la Reyna. Esto hecho, se despidieron del Rey todos los Cavalleros, por lo que havia pasado. Las Damas de la Reyna se fueron todas; las Doncellas à casa de sus Padres, y las casadas á sus casas con sus maridos. Reduan se llevó á su querida Haxa, Abenamar á Fatima, que muy triste estaba por lo que sus Parientes havian hecho. Todas las demás Damas dexaron desierto el quarto de la Reyna. Quedaron con el Rey Zegries, Gomeles, y Mazas, para acompañarle, y à muchos pesaba de lo que havian empezado à hacer, porque imaginaban que no podian tener sino fin desastrado aquellas traiciones. Luego pregonó, que dentro de tres dias saliesen los Abencerrages desterrados, so pena de las vidas. Los Abencerrages pidieron dos meses de

le termino, porque querian salir del Reyno, y fueles concedido à instancia de Muza; porque entre él, y ellos se trató lo que adelante se dirá. Este pregon se divulgó por la Ciudad y sintieron tanto los moradores della el agravio, que à los Abencerrages se hacia, que si quisieran levantar vandera contra el Rey Chico, les ayudáran con sus personas, y haciendas; porque en extremo eran amados de toda la Ciudad, porque eran tenidos en lugar de Padres, y amparo de todos. Este pregon oyó una hermana del Rey Chico, llamada Morayma, la qual era muger de Albin Hamad Abencerrage, llena de enojo, por haverle muerto à su marido sin culpa, y de temor, por haverle quedado dos niños uno de cinco años, y otro de tres; vestidos de luto, y ella tambien, fueron al Alhambra, y en su compañia quatro Cavalleros Vanegas, y entraron en la Sala del Rey para hablarle. Las Guardas conociendo à Morayma, la dexaron entrar en el aposento del Rey su hermano, al qual halló solo, y haciendole mesura, le dixo: Qué es esto Rey? Rey te digo y no hermano, aunque es nombre de mas piedad; mas porque no entiendas que soy de los conjurados contra ti (como tu dices) te llamo Rey. Pues dime,

me, qué clima es este que nos sigue tan cruel? Qué hado tan riguroso, y sangriento es este? Qué estrella tan caliginosa, y mortifera corre, predominando, y causando tantas desventuras? Qué cometa lleno de fuego es este, que assi abrasa, y dissipa el claro linage de los Abencerrages? En qué te han ofendido, que asi los quieras destruir? No te ha mitigado haver degollado la mitad del linage, sino que ahora mandas desterrar los que han quedado? Y ya que asi es, qué razon hay paraque los hijos de los inocentes Padres se hayan de dar à criar fuera de la Ciudad, y à las hijas casarlas fuera del Reyno? Pregon duro, sentencia cruel, mandato acervo. Dime de qué sirven estas tiranías, Rey inclemente? Y yo triste, desconsolada, y viuda, hermana tuya, por mi mal, qué haré con estos dos niños, retrato de aquel Cavallero Albin Hamad, mandado por ti degollar sin culpa? No basta la muerte inocente de su Padre, sino desterrar los huerfanos hijos? A quien los encomendaré fuera del Reyno, que los crie? Si ellos los destierras, yo lo he de ir tambien por ser su Madre. A tu sangre maltratas; por Alá Santo te ruego que te reportes, mira que estás mal aconsejado, no passe adelante

tu

a crueldad injusta, que es en los Reyes gran
mperfeccion ser cruel, y mas donde no hay
ulpa, sino interes, y embidia. Con esto ces-
ó la bella Morayma, no cessando de llo-
ar, y dando dolorosos suspiros de lo mas
ntimo de su alma. Todo lo qual no fue bas-
nte à ablandar el diamantino corazon del
ey, antes encendido en infernal cólera, los
os encarnizados contra su hermana, la dixo:
í Morayma infame, sin conocimiento de
Real sangre de donde vienes, indigna
ser hija de Rey, tan poco valor en ti se
cierra? Esto me dices? Dí, no consideras
mancha que puso en mi honra el desleal
tu marido? Si tuvieras una gota de mi
eal sangre, sintieras mi agravio, y essa gota
ndo el pecho à tus hijos, les fuera ve-
no mortifero; y si este efecto hiciera, di-
ra que eres mi hermana; pero no creo
e lo eres, pues no sientes lo que yo. Me-
huvieras hecho de haver quemado estas
s ramas infames, salidas de aquel alevoso
nco, causador de mi afrenta. Pues tan
co miramiento has tenido, y no has he-
o oficio de hermana, yo haré lo que tu
hiciste; y diciendo esto, arremetiò al
io mayor, y alzandole en peso, le puso
baxo del brazo izquierdo, y echando

mano à la daga, se la metió por la garganta, que no pudo defenderle la desdichada Madre: y dexando muerto al inocente niño, asiò al otro, y à pesar de su Madre le degolló, dexando segadas las manos à la sin ventura Morayma, por quitarle à su tierno niño, y dexandolos muertos, dixo el sanguinolento Rey: Acabese de raiz esta traidora casta de Albin Hamad. Vista la crueldad del tirano Rey, la lastimada Madre, bramando como Leona, acometió à su hermano, por quitarle la daga para matarle, pero el Rey se defendió, y visto que no podia defenderse de ella, porque le pedia sus hijos, con diabolica furia la dió dos puñaladas en el pecho, con las quales cayó muerta con sus hijos; y dixo el Rey: Allá irás con tu marido pues tanto le amabas, que tan traidora eres como él; y llamó paraque enterrassen aquellos cuerpos en la sepultura de los Reyes; lo qual se hizo, admirandose de aquel acaecimiento. Los Cavalleros Vanegas, sabiendo el caso atroz que el Rey havia cometido, salieron del Alhambra, y se fueron à la Ciudad, y contaron el cruel caso à otros Cavalleros, y asi se dixo por Granada la crueldad del Rey, y muchos determinaron de matarle, y mas sabiendo la injusta prision de

e la Reyna; mas él vivia con tal cuidado, guarda, que no huvo lugar de executar deseo, porque la puerta del Alhambra la uardaban mil Cavalleros, y de noche se rraba muy bien, y por los muros, y Vaartes tenia muchas centinelas guardando das las entradas. La gente del Rey Mulazen guardaba lo que le tocaba, que era la laza de los Algibes, y la Torre de la Camna, y las Torres cercanas á ella, y sus Vaartes. Finalmente, lo mejor del Alhambra nia Mulahazen, y el Rey Chico tenia la asa Real antigua, y quarto de los Leones, Torres de Comares, y miradores del bose à la parte de Darro, y Albaycin. Y aune las guardas, y gente de ambas partes esban apartadas, y cada uno seguia la parte su Rey, jamás havia entre ellos discora, por mandato de los Reyes, y ruego de uza, y aunque havia dos Reyes la gente as principal seguian al Rey Viejo, como an Alabezes, Abencerrages, Gazules, Aloradies, Langeles, Atarfes, Azarques, Alafes, y todo el comun Ciudadano, respeto estar bien con los Abencerrages, y sus ledores. Al Rey Chico seguian Zegries, omeles, Mazas, Alabezes, Bencerrages, moradies, Almohades, y otros muchos

lina-

linages, y Cavalleros, aunque despues de la prision de la Reyna se havian passado al Rey Viejo los Almoradies, Almohades, y Vanegas. Estaba Granada divisa, y llena de Vandos, cada día, y mas se acrecentaron, quando los Cavalleros Vanegas dieron noticia de la crueldad, que el Rey Chico havia usado con su hermana, y sus sobrinos, lo qual fue de todo punto causa que los Almoradies, Almohades, Marines, y otros Cavalleros de gran valor le desampararon de tal manera, que casi toda Granada estaba apercebida en su daño; solo tenia de su parte à los Zegries, Gomeles, y Mazas, y como estos tres linages eran muy poderosos, le sustentaron en su estado, hasta que le perdiò como adelante se dirá. Bolviendo à la muerte de los hijos de Morayma, y de la suya huvo en Granada gran sentimiento del doloroso caso. Todos decian, que era el Re muy cruel, tirano, y enemigo de su sangre é indigno del Reyno, y de la vida. Quie mas sintió esta muerte, fue el Capitan Mu za, hermano de Morayma, y afirmó co Juramento, que havia de ser vengada aquel traícion antes de muchos dias. Y si Múz sintió el desaforado caso, cruel, y grave no menos lo sintió el Rey Mulahazen, q

al

fin era su Padre; y despues de haver hecho
ran llanto por su amada hija, y por los nie-
s tan queridos, con ferviente enojo se fue
armar, y se puso un fino jaco, y un acera-
casco, y sobre el jaco una aljuba de es-
rlata, y tomó una tablanchina en el brazo
quierdo, y llamando à su Alcayde, le
ixo, que muy presto juntasse la gente de
guarda, que eran mas de quatrocientos
avalleros. El Alcayde los juntó, diciendo,
ue el Rey Mulahazen los mandaba juntar;
ue estuviessen apercibidos para lo que les
andassen. Ellos dixeron, que alli estaban
su mandado; y visto por el Rey, que los de
guarda estaban juntos, y alistados, salió
la Plaza de su Palacio, donde estaba toda
gente, y les dixo asi: Valerosos Vassallos,
amigos mios, grande deshonra es, que mi
ijo me usurpe mi Cetro, y Corona contra
da mi voluntad, y que siendo yo vivo,
ya otro Rey. Y bien sabeys como se hizo
amar Rey el falso de mi hijo, por el favor,
ayuda que le dieron los Zegries, Gomeles,
Mazas, diciendo, que yo era Viejo, inutil
ra la Guerra, y govierno del Reyno;
por este engaño, y color de su ambicion,
uchos Cavalleros le han seguido, y me
n dexado contra toda razon; que bien se
sabe,

sabe, que ningun hijo puede ser heredero del Reyno, hasta la muerte de su Padre y asi lo mandan expressamente las Leyes las quales ha quebrantado mi hijo, y me ha usurpado el Reyno, y procede tan mal en la governacion, que en lugar de conservar la Paz, y sossiego en que yo tenia todo el Reyno, es perturbador de ella, y alborotador del Reyno; y en lugar de guardar à todos recta justicia, hace los mayores absurdos, que en el mundo se puede imaginar Mirad como mandó degollar à los nobles Abencerrages sin culpa; mirad como sin ella tiene presa à su Muger, imputandole de adultera; lo que mas me lastíma, es, que haya muerto à mis nietos, y mi hija: pues siendo vivo yo hace esto, qué hará en viendose solo? Bien podeis desamparar vuestra Patria, y Tierra, y buscar la agena. Neron no hizo lo que este, ya no quiere Alá que tal tirano viva en el mundo, y asi esto y dispuesto, y determinado à la venganza de mi amada hija, y de mis queridos nietos, dando muerte acerva à este enemigo de su sangre, y Reyno. Por tanto, amigos, y leales Vassallos, vuestra ayuda pido para tal venganza; mas vale perder un mal Principe que no que se pierda por sus tiranías un Reyno

como

como el de Granada. Por tanto, luego todos seguidme, y mostrad vuestro valor acostumbrado, pongamos en libertad nuestra Ciudad: y diciendo esto, mandó à su Alcayde que guardasse bien su Fortaleza, y se partió para la Casa Real, donde estaba el Rey Chico su hijo, diciendo él, y todos los suyos: Libertad, libertad; mueran los traidores tiranos, y quien los sirve, no quede ninguno; y diciendo esto, dieron tan de improviso en la guarda del Rey Chico, que casi no les dieron lugar à tomar las armas, y entre ellos se comenzò una Batalla cruel, y sangrienta, cayendo muchos muertos de ambas partes. Quien viera el buen Rey Mulahazen dar golpes con su cimitarra à un cabo, y à otro; no daba golpe, que no derribasse Cavallero muerto, ó mal herido, porque Mulahazen siempre fue hombre de mucha fuerza en su mocedad, y de grande animo, y no era tan viejo, que no podia pelear, porque no tenia setenta años. Finalmente andaba entre sus enemigos como Leon carnicero, y sus Soldados hacian lo mismo, matando, é hiriendo à sus contrarios; y aunque eran doblados los del Rey Chico, perdieron la Plaza, y à su pesar se retiraron à la Casa Real, adonde era tanta

la

la gritería, que no se oían unos à otros, salvo la voz de la libertad. El Rey Chico, que oyó tal tropel, y ruído, muy atemorizado salió à ver lo que era, y vió à su Padre entre la gente de su guarda con un rigor estraño; y sospechando lo que podia ser, entró à armarse, y salió afuera, paraque los suyos cobrassen animo con su vista. A esta sazon llegó muy mal herido el Capitan de su guarda, diciendo: Señor, vé à favorecer à tu gente, que es grande el estrago que en ellos hacen tu Padre, y los suyos. El Rey Chico saliò dando voces, diciendo: A ellos amigos, à ellos, que aqui está vuestro Rey, mueran todos: y diciendo esto, comenzó à herir en la gente del Rey su Padre con tal animo, que puso en los suyos tal brio, que hicieron retirar gran trecho à la gente de Mulahazen. Lo qual visto por el Viejo, dando voces, decia: No os retireis desta traydora canalla, animo, y à ellos, que yo solo basto. Con el animo que les daba cada uno à los suyos, peleaban con mucho valor; pero poco les aprovechó à los del Rey Chico su ardimiento, porque eran mas valerosos los del Rey Viejo, y perdída la esperanza de cobrar lo perdído, se retiraron hasta los mismos aposentos del Rey Chico, y alli comen-

menzaron à pelear los unos con los otros cruelmente; de suerte, que todo el Palacio estaba poblado de cuerpos muertos, y bañado en sangre de los heridos. En esta refriega se encontraron Padre, è hijo; y viendo el Viejo el estrago tan grande, que en su gente hacia su hijo, sin mirar el paternal amor que debia tener, acometiò à él con una furia de Hircana Serpiente, diciendo: Aqui pagarás aleve la muerte de mi hija, y nietos y diciendo esto, le dió un tan gran golpe con la cimitarra en la rodela con que reparó, que se la hendió en dos partes, y el Reyecillo fue herido en el brazo; y sino se reparára bien, alli acabára la vida; y fuera gran bien para Granada, porque se evitáran tantos males como por su causa huvo. Pues como el Rey Chico se vió herido, y sin su rodela, con insaciable corage, no respetando las canas de su Padre, ni teniendole aquella reverencia, ni obediencia, que los buenos hijos deben tener à sus Padres, alzó el brazo para herir con el alfange, mas no tuvo efecto su mal proposito, porque luego acudieron muchos Cavalleros, asi de una parte como de otra, cada uno por favorecer à su Rey. Aqui se aumentó la gritería, y se renovó la civil, y sangrienta Batalla, de manera,

nera, que era gran compasion ver la mortandad de aquella mal considerada canalla, y bestial gente; tan sin piedad se mataban, y herian, como si en ellos de antiguedad viniera algun mortal odio, y civil guerra. Alli eran Hermanos contra Hermanos, Padres contra Hijos, Parientes contra Parientes, Amigos contra Amigos, sin guardar el decoro al parentesco, y amistad, no mas de guiados por passion, y aficion de los Reyes, cada uno favoreciendo donde mas aficion tenia; y asi con estos motivos, de cada parte andaba tan sangrienta la refriega, como si fuera Batalla trabada entre dos enemigos Exercitos; mas como la gente del Rey Chico era mas que los de Mulahazen, les tenian ventaja; lo qual reconocido por un Moro de la parte de Mulahazen, hombre de ardid, por salir con la victoria que pretendia, comenzó à decir en voz alta, que todos le oían: A ellos, à ellos, Rey Mulahazen, que en tu socorro vienen los Cavalleros Alabezes, Gazules, y Abencerrages, mueran los traydores, pues de nuestra parte está la victoria. Oída esta voz por el Rey Chico, y los suyos, desmayaron, de suerte, que parecia verse en manos de la muerte, y por evitar el notorio peligro que les amenazaba,

deter-

determinaron desamparar la Casa Real, por no verse despedazados en las manos de los Cavalleros Alabezes, Gazules, y Abencerrages, y con esfuerzo muy crecido retiraron al Rey Chico una tropa de ellos, por no dexarle en poder de sus enemigos, y se salieron del Real Palacio, quedando à sus espaldas otra gran parte de Cavalleros, que le defendian de sus contrarios. Los del Rey Mulahazen los seguian con grande ossadia, entendiendo que asi era verdad que tenian socorro: de manera, que los unos retirandose, y los otros siguiendoles, unos defendiendose, otros ofendiendo, llegaron à las puertas del Alhambra, las quales hallaron abiertas, porque las guardas las desampararon. Visto el alboroto, baxaron à la Ciudad à dar aviso à los Zegries, y Gomeles de lo que passaba, y en la Plaza Nueva hallaron parlando à muchos, y les dieron relacion de todo lo que passaba en el Alhambra, y como supieron el caso, à gran priessa subieron allà, pero llegaron tarde, porque ya estaba el Rey fuera de las puertas, y toda la gente assimismo, todos llenos de temor, y las puertas muy bien cerradas, y puestas las guardas necessarias. Los Zegries, Gomeles, Mazas, y otros Cavalleros de su parcialidad

como vieron al Rey Chico herido en el brazo, y la mayor parte de su guarda destruída, muerta, y herida, se escandalizaron, y se llevaron al Rey Chico à la Alcazaba, antigua Casa de los Reyes, la qual era muy fuerte, y tenia su Alcayde, y gente de guarda. En esta se aposentó el Rey, donde fue curado con grande diligencia, y con la guarda necessaria para la seguridad del Rey, le acompañaron los Zegries, y con mucha pena, porque havia perdido el Alhambra, y con no menor saña, procuraron la venganza della contra el Rey Mulahazen, el qual estaba muy alegre en ver su Alhambra libre de sus enemigos, y por limpiarla de todo punto, mandó, que à todos los cuerpos muertos de los contrarios los echassen por las murallas abaxo, y los de su vando les diessen honradas sepulturas. En las Torres pusieron vanderas, y estandartes, mostrando mucho contento, y alegria, y tocando añafiles, y dulzainas. En toda la Ciudad se supo como el Rey Mulahazen quedaba Señor del Alhambra, y como havia desbaratado, y herido al Rey Chico; con lo qual todos fueron muy regocijados, porque aborrecian de mal de muerte al Rey Chico; quien mas celebró el contento, fueron Abencerrages,
Ala-

Alabezes, Gazules, Varegas, y Aldoradines; y fueron muchos de ellos con el valiente Muza à dar el parabien de la victoria, y le ofrecieron de nuevo su ayuda, lo qual les agradeció el Rey Mulahazen. Muza procuró paces entre Padre, é hijo, y no fue possible, porque era tan grande el odio del Rey Viejo contra su hijo, que no quiso hacer lo que pidió Muza, antes dixo, que no tendria contento hasta verle destruído. No quiso porfiar Muza à su Padre, por conocer en él que tenia muy fresca la llaga de Morayma su hija. Dexemos à Mulahazen en su Alhambre, y al Rey Chico en su Alcazaba, siguiendo sus interesses, y tratemos de los Almoradies, Almohades, y Marines, linages muy poderosos, y ricos, parientes de la Reyna Sultana, tan sin culpa presa. Ya se acordará el Lector, que estos Cavalleros Almoradies, y Almohades se salieron de Palacio, amenazando al Rey Chico, por lo que hacia con su muger la Reyna. Pues asi como salieron del Real Palacio, todos se conjuraron contra el Rey Chico de matarle, ò alomenos privarle del Reyno, pues tan sin causa tenia presa à su muger; y assimismo se juntaron contra los Zegries, por el testimonio que havian levantado à la Reyna; y para con-

conseguir mejor su fin, acordaron de trabar estrecha amistad con los Abencerrages, y parciales, sabiendo que por esta via tenian à toda Granada de su vando. Con esta resolucion se fueron à casa de un hermano del Rey Mulahazen, llamado Audalí, y le hallaron en un aposento solo, y muy triste, por ver que no podia remediar aquellas maldades, y traíciones que se havian hecho contra los Abencerrages, y prision de la Reyna, y muerte de Morayma, y sus niños; y porque no sabía el fin de aquellas cosas, y como entraron en su aposento aquellos Cavalleros Almoradies, (que eran doce, y llevaban comission de todos, se maravilló Audalí, y les preguntó, qué busoaban? Los Cavalleros dixeron, que no se recelasse, que antes venian en su provecho, que en su daño; que le querian hablar de espacio. Audalí los mandó sentar en un estrado muy rico, à su usanza. Estando sentados, uno de los Almoradies le dixo, Bien sabes, Principe valeroso, las grandes insolencias que se hacen en Granada, y las civiles, y sangrientas Guerras, como aquellas tan memorables de Sila, y Mario; y si has mirado, no hay calle que no brote sangre de nobles Cavalleros de todo lo qual es la causa tu sobrino el Rey

Chi-

Chico, por admitir malos consejos, pues in culpa mandó degollar á los Abéncerra-es, por cuya causa murieron muchos de os Zegries, Mazas y Gomeles; y no con-ento con esto, mató á su hermana Moray-na, y á sus tiernos hijos. Aquestas cosas no on de Rey, sino de barbaro, cruel, tirano, sediento por sangre humana, derramador e ella. Ahora ha tenido una refriega y tra-ada pelea con su Padre, que ya lo sabrás, n la qual han muerto muchos Caballeros, al fin Mahoma fue de la parte de tu her-nano, de suerte, que ya tu sobrino está ex-elido del Alhambra, y está apoderado en a Alcazaba, con favor de los Zegries, Ma-as y Gomeles; y nosotros los Almoradies, Almohades le habemos quitado la obe-iencia, porque sin culpa tiene presa á su Muger la Reyna Sultana, teniendo su honra uesta en manos de la fortuna: mira sino lo emos de sentir, siendo tan cercana parienta uestra, y mas viendo quan tiranicamente rocede en la gobernacion del Reyno, y is extorsiones que cada dia nos hace á odos; y como tenemos la culpa nosotros, ues contra la voluntad de su Padre por uestra causa y favor fue Rey; y visto esto, os hemos apartado de su obediencia junto

con Marines, Abencerrages, Gazules, Aldoradines y Vanegas, y todos los Ciudadanos, que morirán porque vivan los Abencerrages, y pase su valor adelante; y considerando, que tu hermano es ya viejo cansado de las Guerras que con los Christianos ha tenido, no puede gobernar como conviene, y que segun naturaleza vivirá poco, y que ha de quedar por Rey Audalí nuestro capital enemigo, el qual no hay duda, sino que perseverará en lo que ha comenzado, y con mayor violencia, por verse solo en el Imperio. Todos habemos determinado, de que tu seas Rey, pues tu valor lo merece, paraque se gobierne el Reyno en la Paz y quietud que todos deseamos, y seamos los Caballeros tratados con amigable benevolencia, como de tu bondad se espera. A eso solo hemos venido los doce Almoradies que ves, por comision dada de todos los Caballeros que te hemos referido. Danos respuesta luego; y de no querer admitir el Reyno, lo darémos á Muza, que aunque es Hijo de Christiana, lo es de tu hermano, y merece por su valor y esfuerzo ser Principe del Mundo. Con esto dió fin el Almoradí á sus razones; aguardando que Audalí respondiese, el qual reparando un po-

ico en el caso, les dixo: Mucho agradezco, eñores Caballeros, la voluntad y oferta ie me haceis; la carga que un Rey echa sobre sus ombros es muy grande, s obligaciones son muchas, y mis fuerzas n pocas, mi hermano vivo, con dos hiis; y no hallo razon concluyente, por donde yo deba aceptar el favor que me prometis; además de que quando no mirase á s circunstancias dichas, seria mover nuevas senciones y Guerras Civiles. Los mas prinpales Caballeros y toda la Ciudad son de parte de mi hermano, no alborotemos as la Tierra; pero sea de esta manera: Yo que mi hermano está mal con su hijo; al fin de sus dias no le dexará el Reyno, no á mi ò á uno de mis hijos; hablemosle añana, diciendo que ya es viejo, que me é la gobernacion del estado, paraque le ivie de tanta carga; y si me dá este oficio, n facilidad podré hacer lo que me pedís, dirán que por consentimiento de mi herano habrá sido. A todos les pareció bien que Audalí respondiò, y tuvieron por buen nsejo aquel; y asi quedó determinado, ie el siguiente dia se tratase aquel caso n el Rey Mulahazen, lo qual se trató n él, yendo para ello muchos Caballeros

Abencerrages, Alabeces, Vanegas y Gazules, y estando todos con el Rey, un Caballero de los Vanegas le habló diciendo: Noticia tenemos, Rey Mulahazen, de nuestros pasados, de que los Reyes de Granada han sido para con sus Vasallos benévolos, y apacibles, y siempre les han tenido muy crecido amor; lo qual ahora es al contrario; tu hijo, en vez de hacer mercedes á sus subditos, les quita las vidas sin ocasion. Ya sabrás lo que ha pasado estos dias, y el escandalo y alboroto de la Ciudad, por la muerte de los nobles Abencerrages, de lo qual han dimanado aquestas Guerras Civiles, muertes y desastrados fines entre los Ciudadanos; y es cierto que sino se pone remedio, que en pocos dias verás tu Ciudad despoblada, porque todos irán á buscar la Paz á las agenas tierras, pues en la suya no la tienen. Nadie se quexa de tí, no hay por qué, pero nos recelamos de tu hijo, que tan mal procede en el gobierno de tu estado: que si ahora que eres viejo nos faltas por tu edad, y la muerte llama, y tu hijo queda por Rey, será gran daño de todos; y asi querriamos que pusieses un Gobernador, paraque te aliviase la carga de gobernacion, y que en faltando tu, dexes el Reyno

al

al Gobernador, siendo qual conviene, y por ser tal, elegimos á tu hermano Audali, que tiene los requisitos necesarios, y será posible que tuviese enmienda tu hijo, visto que has puesto Gobernador; y vista su enmienda, merecerá tener el Reyno. Y à esto solo habemos venido á darte cuenta de nuestra pretension, lo qual te suplicamos nos otorgues, y en cambio de esta merced que te pedimos, sino nos lo concedes te damos palabra á fee de Caballeros de quererte servir en todo y por todo, mientras vivieres. Atento estuvo el Rey Mulahazen á las palabras del Caballero Vanega, y reparando, que las leyes disponen que herede el hijo al Padre, en particular siendo Reyno, y quando se acordò de la grande desobediencia que su hijo habia tenido con él, y los grandes daños que por su causa habian sucedido, y recelandose de otros mayores, acordò de dar contento à tantos Caballeros, viendo ser justa su peticion, y que era en pro comun; y asi dixo, que era contento que su hermano gobernase el Reyno junto con él, y despues de muerto, si su hijo Audalí fuera el que debia, le diese el Reyno. Los Caballeros le dieron las gracias por la merced que les habia concedido, y Audalí el parabien

bien de Governador ; y en habiendo jurado de hacer lo que debia en el oficio de la governacion , y de guardar la lealtad debida à su hermano , al son de muchos instrumentos se le diò el cargo. Con esto se despidieron del Rey todos los Cavalleros , y acompañaron al Governador hasta su casa , y luego aquel dia mandò pregonar por la Ciudad, que qualquiera que recibiese algun agravio de otro , que fuese á su casa, que él satisfaria á cada uno, conforme á derecho , guardando á todos justicia. Toda la Ciudad se holgò mucho de la eleccion hecha , porque mediante eso iban quitando las fuerzas al Rey Chico. Por este medio se entendió apaciguar la Ciudad, y fue echar leña al fuego, porque asi como el Rey Chico supo lo que su Padre habia hecho , en lugar de enmendarse , hacia mil agravios , y cosas indecentes , todo confiado en los Zegries , Gomeles y Mazas , y estos linages se comunicaron cerca de lo que harian , pues habia elegido Mulahazen coadjutor para el govierno : resolvieronse en que siguiesen al Rey Chico , y persiguiesen á los Abencerrages , pues tenian poder para uno y para otro , y que no desamparasen al Rey hasta la muerte , y así lo dixeron al Rey , que él

so-

solo lo seria, ò moririan en la demanda; y entendida por el Rey Chico esta voluntad le sus valedores, les mandò, que à qualquiera persona Noble ò plebeya que fuese le la parte del Rey su Padre y del Governador, que fuese traída allí, y al momento degollada: y si se defendiese para no ser preso, que le matasen alli. Por esta causa fueron degollados y presos muchos que habian la parte del Rey Mulahazen; y sabido por él y por Audalí Governador, mandaron lo mismo à todos los de su parte. De aquesta suerte habia mas matanza cada dia, que en Roma en tiempo de las Guerras Civiles. La Ciudad se dividió en tres opiniones y partes, una seguia à Mulahazen, y eran Abencerrages, Alabeces, Gazules, Aldoradines, Vanegas, Azarques y Alarifes, y la mayor parte del Comun, por el amor que à los Abencerrages tenian. Al Rey Chico seguian Zegries, Gomeles, Mazas, Laugetes, Bencerrages, Alabeces, y otros muchos Cavalleros. Al Gobernador Audalí seguian Almoradies, Almohades y Marines, y otros muchos Cavalleros, por ser estos los linages de los Reyes de Granada. De esta suerte estaba la Ciudad repartida, y cada dia habia mil escandalos y muertes. La gente

Ciu-

Ciudadana, Mercaderes, Oficiales y Labradores no se atrevian à salir de sus casas. Los Cavalleros y gente principal no salian menos de veinte juntos porque si los acometiesen sus contrarios, pudiesen resistirlos; y si salian seis ó doce, luego los acometian, prendian y degollavan; y si se defendian los mataban allí. Con estas violencias y crueldades habia cada dia lloros, tristezas y pesadumbres. Habia tres Mezquitas en Granada, y à cada una acudia su vando. En lo llano de la Ciudad habia una (donde ahora es el Sagrario) à esta acudia el Rey Chico y sus apasionados: otra habia en el Albaicin (que ahora se llama San Salvador) à esta acudia el Governador, y su gente: en el Alhambra habia otra (que ahora se dice Santa Maria) à esta iba Mulahazen, y los de su vando. Cada uno conocia su distrito y jurisdiccion. O Granada, Granada! Qué desventura fue esta que vino sobre ti? Qué se hizo tu nobleza? Dónde está tu riqueza? Qué se hicieron tus pasatiempos, tus galas, y justas, torneos, y juegos de sortija, fiestas de San Juan, musicas adornadas, y zambras? Adonde están tus admirables juegos de cañas? Tus altivos zobohos en las alboradas, cantando en Generalife? Qué se hicieron las vis-

vistosas libreas de los Abencerrages? Las delicadas invenciones de los Gazules? Las altas pruebas y ligerezas de los Alabeces? Los costosos trages de los Zegries, Mazas y Gomeles? Donde está todo tu bien y contento? Pareceme que se ha convertido en lagrimas, tristeza, traiciones, muertes, lagos de sangre, vertida con crueldad y tiranía; y era de suerte, que muchos Cavalleros y Ciudadanos desamparaban la Ciudad, temerosos de lo que veían. Otros Cavalleros se iban á sus carmenes y heredades, y de alli los traían à degollar, cosa nunca vista, sino en Roma. Muza estuvo muy enojado, viendo aquellas maldades que se hacian por momentos, y procuraba medios para quietar y atajar tal daño; y asi el un linage de Cavalleros, llamados los Alquifaes y Sarracino, Reduan y Abenamar, andaban de un Rey en otro, suplicandoles, que viniesen en concierto las enemistades; y como estos Cavalleros Alquifaes eran muchos, ricos y de esclarecida sangre, y no estaban sujetos à ninguna parte apasionadamente, siempre à la obediencia del Rey Mulahazen, cada uno de los otros vandos deseaban tenerlos por amigos, y asi les quisieron dár gusto en dár asiento en aquellos vandos, viendo que

ca-

cada dia se menoscababan los Cavalleros y moradores de la Ciudad, asi en muerte, como en ausencia; y porque Muza habia jurado que habia de dár muerte à quien no dexase las comunidades; y tanto hizo, con ayuda de los Alquifaes, y Sarracino, Reduan y Abenamar, que vinieron à poner Paces entre los Cavalleros de los vandos, prometiendo que no habria mas crueldades, sino que hasta la muerte de Mulahazen, cada uno siguiese à su Rey, sin ser forzado, sino que à su gusto siguiese à qual quisiese de los dos, y que cada Rey conociese, y determinase las causas de su jurisdiccion, sin entrometerse el un Rey en lo que al otro tocase. El Rey Chico pidió que los Abencerrages cumpliesen el tenor de su sentencia, cumplidos los dos meses que se les dió de termino; el Rey Mulahazen decia, que no habian de salir los Abencerrages de Granada, hasta que fuese muerto. En esto estuvieron discordes algunos dias, era la causa que los Zegries se lo pedian al Rey Chico, y todos los demás Cavalleros contrarios lo defendian. Finalmente, quedó asentado, que habian de salir del Reyno, porque asi lo pidieron los Abencerrages al Rey Mulahasen, porque querian ser Christianos, y

ser-

servir al Rey Don Fernando, que sino fuera por esta causa, jamás salieran de Granada, porque tenian de su parte al Rey Viejo, y à los demás principales Cavalleros, y à todo el comun de la Ciudad. Mediante las diligencias dichas, quedó la Ciudad en Paz, aunque duró poco, como adelante se dirá. Por estas diferencias se hizo este Romance:

MUY rebuelta está Granada,
en armas y fuego ardiendo,
y los Ciudadanos de ella
duras muertes padeciendo.
Por tres Reyes que hay esquivos,
cada uno pretendiendo
el mando, Cetro y Corona
de Granada y de su Reyno.
El uno es Mulahazen,
que le viene de derecho,
el otro es un hijo suyo,
que le quiere de despecho:
El otro Governador
por el Mulahazen puesto;
Almoradies y Almohades
à este le dán el Cetro.
Al Rey Chico los Zegries,
diciendo es heredero;
Vanegas y Abencerrages

se

se lo ván contradiciendo.
Dicen, que no ha de reynar
ninguno, hasta que sea muerto
el Viejo Mulahazen,
pues es vivo, y tiene el Reyno.
Sobre estas Guerras Civiles
el Reyno van consumiendo,
hasta que el valiente Muza
en ello puso remedio.

Al fin, por Muza y los Alquifaes, y por Reduan, Sarracino y Abenamar, se apaciguaron las Guerras, de suerte que con seguridad se podia andar por la Ciudad. Pues parece que será bien tratar de la determinacion de los Abencerrages, y fue, que un dia se salieron à pasear, y con ellos los Alabeces y Aldoradines; y habiendo consultadose, entre todos acordaron de irse à bolver Christianos y de servir al Rey Don Fernando en las Guerras que tenia contra Granada; y asi para saber el gusto del Rey Don Fernando, le avisaron del suyo por esta Carta:

A Ti invictisimo Fernando, Rey de Castilla. Ensalzador y Observador de la Santa Fé de Jesu-Christo: Salud, paraque con ella defiendas, y aumentes tus Estados, y tu Fé vaya adelante. Nosotros los Caballe-

lleros Abencerrages, Alabeces y Aldoradines besamos tus Reales manos, y decimos y hacemos saber, que siendo informados de tu gran bondad, deseamos de irte à servir, pues por tu valor mereces que todos los hombres te sirvan; y asimismo queremos ser Christianos, y vivir y morir en la Santa Fé Catolica que tu y los tuyos profesais y teneis; y para esto queremos saber si es tu voluntad de admitirnos debaxo de tu amparo, y que estemos en tu servicio; y haciendolo asi, te damos fé y palabra de servirte bien y lealmente como fieles vasallos en esta Guerra que tienes contra Granada y su Reyno, y te serviremos de suerte, que prometemos de darte á Granada en tus manos, y la mayor parte de su Reyno; y en eso haremos dos cosas, la una servirte á ti como á Señor y Rey nuestro; y la otra, tomarémos venganza de la muerte de nuestros deudos, degollados tan sin razon por el Rey Chico, á quien profesamos ya y reconocemos por odioso y mortal enemigo, y deseamos verle debaxo de tu obediencia, y verte enseñoreado deste Reyno, como confiamos que lo serás, poniendote á ello. Y no siendo para mas, cesamos besando tus Reales pies.

Los Abencerrages.

Es-

Escrita esta Carta, la dieron á un Cautivo Christiano, y con ella libertad, encargandole el secreto; una noche salieron de Granada con él, y le acompañaron hasta ponerle en seguridad, y le enviaron en Paz, el qual con diligencia caminó sin detenerse hasta Talavera, donde estaba el Rey Don Fernando; y en llegando à su Real presencia hincó las rodillas en tierra, y habló, presentes todos los Grandes, de esta manera: Muy poderoso y Catolico Rey, columna y defensor de la Religion Christiana, sabrás Señor, que he estado seis años Cautivo en Granada, donde he padecido muchos trabajos, aunque me los alivió Dios nuestro Señor por las limosnas que un Cavallero Abencerrage me ha hecho, por lo qual, y voluntad de Dios soy vivo y libre. Este Cavallero fue una noche à la mazmorra donde estaba, y me traxo à su casa, y me quitó las prisiones, y vistiendome deste trage Moro, salimos aquella noche de Granada yo y otros dos Cavalleros, y me acompañaron hasta ponerme en tierra de Christianos, y dandome dineros para el camino, me dieron esta Carta, y me encargaron el secreto, y que la diese en tus Reales manos. Dios ha sido servido de que llegase á tu presen-

cia

cia Real, esta es, cumplo con mi obligacion; y en besandola se la dió al Rey Don Fernando, el qual la tomó y leyó para sí, y despues à Hernando del Pulgar su Secretario, paraque la leyese publicamente, y siendo leída, todos los Grandes se alegraron grandemente en saber que aquellos Cavalleros querian ser Christianos, y servir al Rey en las ocasiones de Guerra contra Granada, porque seria de mucha importancia para la conquista de aquel Reyno; y habiendo consultado el Rey con los suyos, se acordó que respondiese à la Carta, y así la escribió Hernando del Pulgar, y se hizo mensagero conveniente para aquel secreto, y partiò de Talavera; y llegado que huvo á la Ciudad de Granada, diò la Carta al Abencerrage que diò libertad al cautivo que se llamaba Alí Mahomad Barrax, el qual recibiò la Carta, y de secreto hizo que se juntasen todos los Abencerrages, Aldoradines y Alabeces: y siendo todos juntos, abrió la Carta y decia así:

ABencerrages nobles, famosos Aldoradines, fuertes Alabeces. Recibimos vuestra Carta con la qual se alegró toda nuestra Corte, entendiendo que de la vuestra no puede resultar cosa dañosa, sino de mucha virtud, por ser de tan calificada sangre. Y

en

en particular nos hemos alegrado y dado infinitas gracias á nuestro Redemptor Jesu-Christo, en que os ha traído al conocimiento de nuestra Santa Fé Catolica, en la qual sereis de todo mejorados por la virtud de ella. Decís que nos servireis en las Guerras que tenemos contra los enemigos de nuestra sagrada Religion; por ello os prometemos doblados sueldos, y esta nuestra Real Casa tendreis por vuestra, porque entendemos que vuestro proceder lo merece. De Talavera, donde al presente quedamos.

El Rey Don Fernando.

Grande fue el contento que recibieron todos los Cavalleros circunstantes, sabiendo la aceptacion y merced que el Rey Don Fernando se ofrecia á hacer, y asi acordaron de salir de Granada, y para hacer mejor su negocio, determinaron, que luego se fuesen los Abencerrages á servir al Rey Don Fernando, y los Alabeces, Aldoradines, Gazules y Vanegas quedasen en Granada, dando orden que se le diesen la Ciudad y el Reyno. Para lo qual los Alabeces escribieron à setenta y seis Alcaydes Parientes suyos, que estaban en fuerzas importantes guardando el Reyno, en el Rio de Almería

y

y Almanzorra y Sierra de Filares, haciendoles saber lo que tenian acordado, y lo que e escribieron al Rey Don Fernando, y lo que es fue respondido. Todos los Alcaydes estuvieron bien en ello, y no hubo ninguno que lo contradixese, considerando las pesalumbres de Granada, y que en ella habia tres Reyes, y cada uno queria mandar, le donde no podia resultar bien ninguno. Tambien escrivieron los Almoradies, Vaiegas y Gazules á Parientes suyos, que eran Alcaydes en el Reyno, y todos guardando l secreto, y alistados para quando fuese iempo. Los Abencerrages se despidieron de us amigos, y de toda la Ciudad, y salieon de ella à medio dia, llevandose todo oro, plata y joyas que tenian. Quien odrá contar la lástima con que todos los de Ciudad quedaron, viendo salir desterraos sin culpa mas de cien Abencerrages. De uevo lloraban á los degollados, ahora llon á los que desamparaban la Ciudad. Malecian al Rey Chico y que no se lograse en Reyno. Maldecian à los Zegries, caudores de tantas sediciones, muertes y deserros. Solo se alegraron del destierro los Abencerrages, los Zegries, Mazas, Gomeles, y celebraron su contento con el

Rey Chico, al qual decian mil lisonjas, dandole las gracias de lo que habia hecho por darles gusto. Y no faltò entre ellos quien dixo: Qué es esto Audalí, así dexais salir la flor de los Cavalleros de Granada? No sabes que todo el Comun, y lo mas granado de la Ciudad estaba pendiente de la voluntad de estos Nobles Cavalleros? No entiendas, que à solo ellos pierdes, sino à otros muchos Cavalleros de prosapia noble y principal, guardadores, y defensores de tu Reyno. Pues yo te certifico, que te ha de pesar muchas veces de los agravios que les has hecho, y los has de echar menos ántes de mucho tiempo. Bien conocia el Rey ser notable el agravio hecho, y que hacia á los Abencerrages; pero tenianle todos los oídos las Sirenas de los Zegries; y no le despertaron los gritos, lloros, alaridos y voces que todos los de la Ciudad daban, por la ausencia de este virtuoso linage. Asi salieron de Granada los Abencerrages, con gran dolor, por ver el sentimiento que toda la Ciudad hacia por su ida. Salieron con ellos muchos Ciudadanos, diciendo, que adonde iban los Abencerrages, habian de ir ellos. Quedó la Ciudad tan sola, ausentes estos Cavalleros, que se parecia muy bien su

fal-

falta. Echaban menos los Cavalleros la noble y honrada compañia; los galanes, el echado de sus galas; las Damas, sus espeos, y soles; los Cautivos y Pobres su remedio; los huerfanos y viudas su amparo. dos los Abencerrages, tomò el Rey poesion en todos sus bienes, y los mandaba pregonar por traidores, á lo qual no dió ugar Muza, ni otros muchos Cavalleros, o pena de bolver à la Guerra pasada. Y cesando en el Reyecillo este proposito, cesò l de los Cavalleros, amigos de los Abenerrages. Dieron aviso al Rey Malahazen, omo habian salido los Abencerrages à umplir su destierro, lo qual sintió mucho, dixo, que ellos bolverian à Granada, pesar de su Hijo y de sus Consejeros. Los bencerrages fueron adonde el Rey Don ernando estaba, y en su compañia iba arracino y Galiana, Reduan y Haxa, benamar y Fatima, Zulema y Daraxa, dos con muy firme preposito de bautizarse, mo lo hicieron. Y llegados à la presencia el Rey Don Fernando, fueron de él, y de Corte bien recibidos, y otro dia fueron utizados, siendo el Rey Padrino, y la eyna Madrina, y los casaron, segun orden e nuestra Santa Madre Iglesia á los que

eran casados quando Moros, à todas las quales ceremonias asistieron el Rey, y la Reyna, y todos los Grandes, hourandolos, y fueron hechas fiestas y regocijos por todos; y pasadas las fiestas les fueron asentadas Plazas de muy aventajados sueldos. A las nuevamente bautizadas, hizo la Reyna Doña Isabel Damas de su estrado. Los Cavalleros fueron sentados en compañia de Don Juan Chacon, Señor de Cartagena, Capitan de Cavallos, hizo Teniente à un Cavallero Abencerrage, llamado quando Moro, Alí Mahomad Barrax, y Christiano Don Pedro Barrax, Sarracino, Reduan, y Abenamar fueron Tenientes de Capitanes de Cavallos, como fue de Don Manuel Ponce de Leon Sarracino, de Don Alonso de Aguilar Abenamar, de Don Pedro Portocarrero Reduan; en las quales Compañias servian con cuidado, y en las ocasiones se echaba de ver el valor de sus personas; donde los dexarémos por acabar el Pleyto de la Reyna Sultana. Pasados los treinta dias que habia dado el Rey à Sultana, paraque diese quien la defendiese, y como no habia dado Cavalleros, mandó el Rey que la sentenciase à quemar; porque asi lo disponia la Ley. A lo qual contradixo el valiente Muza di-

diciendo, que no havia podido la Reyna nombrar Cavalleros, respeto de las Guerras Civiles y diferencias que habia habido en Granada, y asi no se debia executar la sentencia. A Muza ayudaron todos los principales Cavalleros de Granada, salvo Zegries, Gomeles y Mazas, por ser de un vando. Los Zegries tuvieron con Muza muchas demandas y respuestas, acerca de si se habia de executar ò no la sentencia; y visto por el Rey la disputa, diò quince dias mas de termino á la Reyna, paraque en espacio de ellos señalase Cavalleros defensores, lo qual fue à notificar Muza à la Reyna, por tener él solo licencia de hablar con ella; y entrando halló à Sultana triste por su negocio, por la ausencia de Galiana, aunque tenia consuelo con Zelima, y sentandose Muza junto á la Reyna, le contó lo que habia pasado, y como la habian dado quince dias mas de termino paraque nombrase quien la defendiese; que mirase á quien habia de señalar, y lo dixese con tiempo, y antes que se pasase el termino. Sus bellas mexillas regadas con la inundacion, que por sus hermosos ojos brotaba; dixo la Reyna: Nunca entendí que durára la terrible obstinacion en el cruel Rey tu hermano, y mi

ma-

marido, y que tuviera ya entera satisfaccion de mi lealtad é inocencia, respeto de esto, no he hecho ninguna diligencia en este caso, y por saber de cierto que no he cometido el crimen de que se me hace cargo, y por las rebueltas, Vandos y Guerras que ha havido; pero ahora que veo que la maldad pasa adelante contra mi casto pecho, yo buscaré quien dé entera satisfaccion de mi honra, y castigo exemplar à los falsarios. Yo determino de favorecerme de piadosos Cavalleros Christianos, porque de Moros no quiero confiar un caso de tanta importancia, no por la vida, que no la tengo en nada, sino por no dexar una tan fea mancha en el honor, que con tanta integridad he guardado siempre. Con estas palabras la Reyna aumentaba mas su dolorosa pasion, y llanto, y era en tanta abundancia, que enternecido el valeroso Muza se le vinieron las lágrimas á los ojos, y esforzandose, dixo á la llorosa Reyna: No derrameis esas perlas, bella Sultana, cesen vuestros llantos, que aqui me teneis á vuestro servicio; yo os defenderé, y no morireis, aunque sea homicida del Rey mi hermano. Con esto se consoló un poco la afligida Reyna, y se resolvió à escrivir à tierra de Christianos,

pa-

paraque viniesen á defenderla algunos Cavalleros. Zelima estaba triste por la ausencia de su hermana Galiana, y Muza la consolaba, diciendola palabras muy amorosas; y despidiendose de la Reyna, se fue Zelina, y dexó sola à la Reyna en su retrete, a qual formando querella de la variable forluna, se quexaba diciendo:

FOrtuna, que en lo extenso de tu rueda
con ilustrada pompa me pusiste,
por qué de tanta gloria me abatiste?
Estáble tu estuvieras, firme, queda,
no abatirme asi tan profundo,
donde fundo
nil querellas
las estrellas,
orque en mi daño
n mal tamaño
on influencia ardiente promovieron,
en penas muy estrañas me pusieron.
O mil veces bien afortunados
osotros Abencerrages, que muriendo
alisteis de trabajos, feneciendo
s males que estaban conjurados,
os puso en libertad gloriosa muerte,
inque era fuerte!
las yo cuitada,

apri-

aprisionada,
con llanto esquivo,
muriendo vivo,
y no sé el fin que habrá mi triste vida,
ni à tantos males como habrá salida.
Si la cometa ardiente, que me instiguo
con violencia cruda é inexorable,
constriñó á la mudanza á ser mudable,
y con acerbo mal tanto me sigue,
no puedo tener fruto de esperanza,
que haya bonanza
en la procela
del mar que vuela
con furia al Cielo,
de desconsuelo,
que las olas bravas levantando
del mal que van continuo amenazando.
Naufragios pasa mi ventura,
en lágrimas se agena mi contento;
secóse ya mi flor, llevose el viento
mi bien quedando en gran desventura.
A dónde está lo excelso de mi pompa?
bien es que rompa
con llanto eterno
el duro infierno,
y favor pida
como afligida,
diciendo, que ya el Cielo no me quiere,
que

que se abrasa y me trague, si quisiere.
Si el vulgo no dixera, que mi honra
de todo punto estaba ya manchada,
yo diera con aguda y dura espada
el postrimero fin á mi deshonra;
mas si me doy la muerte, dirá luego
el vulgo ciego,
que havia gran culpa,
y no disculpa,
pues con mi mano
tomé temprano
la muerte aborrecible, dura y fuerte,
y así no sé si viva, ò me dé muerte.
Si del horrendo lazo el negro signo
de cardeno color no se estampase,
de suerte que en el cuello declarase
la causa de furor tan repentino,
yo diera el tierno cuello al lazo estrecho,
y muy derecho:
la infamia temo
en gran extremo,
que de otra suerte,
aquesta muerte
ya fuera por mal bien escogida,
y asi muriendo quedára yo con vida.
Dichosa tu Cleopatra, que tuviste
quien del florido campo te traxera
a causa de tu fin, sin que supiera
nin-

ningano por quál modo feneciste.
Apenas se hallaron las señales
ya funerales
del ponzoñoso
áspid piadoso,
que con dulzura
en la blancura
de tu hermoso brazo fue bordando,
con ponzoñoso diente, tierno y blando.
Y si de tu cautiverio y servidumbre,
ilustre Reyna, fuiste libertada,
y à la sobervia Roma no llevada
en triunfo, como era de costumbre.
Mas yo, que espero muerte sin remedio,
por no haber medio,
qual tu le huviste,
gran mal me embiste,
y mi enemigo
hará conmigo,
mi triunfo desigual á mi limpieza,
pues se ha de entregar al fuego mi nobleza.
Mas ya que el áspid falte á mi remedio,
yó temperaré mis venas, y la sangre
haré que en abundancia se desangre,
de suerte, que el morir me sea buen medio.
Y asi el Zegri sangriento, que levanta
con furia tanta
el mal horrible,

y tan terrible
en daño mio,
en Dios confio,
que no triunfe de mi en aqueste hecho;
pues no verá partirme el duro pecho.

Estas y otras cosas lastimosas decia la afligida Sultana, con intento de romper sus transparentes venas para desangrarse, y resuelta en darse este genero de muerte; llamada à Zelima y à una doncella Christiana, llamada Esperanza de Hita que la servia, la qual era natural de la Villa de Mula, y llevandola su Padre y quatro hermanos à Lorca à desposarla, fueron salteados de los Moros de Tirieza y Xiquena; y defendiendose los Christianos, mataron mas de diez y seis Moros, y siendo mortalmente heridos, cayeron muertos de los cavallos. La doncella fue cautiva y presentada al Rey, y él la dió à la Reyna por ser muy hermosa. Venida Zelima y Esperanza al llamado de la Reyna, les dixo llorando: Zelima bella, discreta Esperanza (aunque tu nombre no me la dá en mi pena) ya sabeis la injusta prision mia, y como se ha pasado el termino en que havia de dar Cavalleros que me defendieran; aunque respeto de estas Guer-

ras

ras que ha havido, me ha dado el Rey quince dias de término mas, quando entendí que estaba arrepentido de su yerro, y seguro de mi castidad. El tiempo es breve, y no sé á quien encargue este negocio: sabed, que tengo acordado de darme yo misma la muerte, y será abriendome las venas de los brazos, y que vayan destilando la sangre que me alimenta. Elijo esta muerte, porque los traydores Zegries y Gomeles no me vean morir. Sola una cosa os ruego, por ser lo ultimo y postrero, que al punto que acabe de espirar (tu Zelima, pues sabes adonde se entierran los cuerpos Reales) abrais los antiguos sepulcros, y alli pongais este mi Real cuerpo, aunque desdichado, y tornando à poner las losas como de antes estaban, me dexeis, callando el secreto, el qual encargo à los dos; y à tí Esperanza te dexo libre, pues eres mia, pues quando estaba yo en gracia del Rey te me dió. Tomarás mis joyas para tu casamiento, y cásate con quien te estime, y escarmienta en esta desdichada Reyna. Lo que os he rogado os vuelvo á pedir de nuevo, y no me falteis en nada, porque con eso moriré contenta, y no cesando de llorar, tomó un cuchillo de su estuche, y alzándose las mangas de

la

a camisa, se iba á herir; mas Esperanza de Hita la detuvo el brazo, llorando amargamente, y con amorosas y blandas palabras a consoló con las razones siguientes:

O Hermosisima Sultana, no te aflijas,
ni à lágrimas des tus lindos ojos,
y pon en Dios inmenso tu esperanza,
y en su bendita Madre; y desta suerte
saldrás con vida, junto con victoria,
y à tu enemigo acerbo en este instante
verás atropellado duramente.
Y paraque venga esto en cumplimiento,
y en tu favor respire el alto Cielo,
pon tu esperanza con fé viva
en la que por Misterio muy Divino,
fue Madre del que hizo Cielo y Tierra,
el qual es Dios inmenso y poderoso,
y por Misterio altivo y sacrosanto
en ella fue encarnado sin romperse
aquella intacta y limpia Carne Santa.
Quedó la Infanta Virgen y Doncella,
antes del sacro parto y en el parto,
tambien despues del parto Virgen pura.
Nació de ella hecho hombre por reparo
de aquel pecado acerbo, que el primero
Padre que tuvimos, cometiera.
Nació de aquesta Virgen, como digo,
des-

despues en una Cruz pagó la ofrenda
que al inmenso Padre se debia;
alli en todo rigor la fue ganando
por darle al pecador eterna gloria.
En esta Virgen pues, Reyna y Señora,
ahora te encomienda en este trance,
y tenla desde hoy por Abogada,
y vuelvete Christiana, y te prometo
que si con devoçion tu la llamases,
que en limpio sacaria esta tu causa.
La Reyna estuvo á todo muy atenta,
y llena de consuelo allá en su alma,
con las palabras dulces y discretas
que la Esperanza dice, y consolada,
haviendo en su memoria ya revuelto
aquel Misterio altivo de la Virgen,
teniendo ya imprimido allà en su idéa,
que gran bien le sería ser Christiana,
poniendo en las Reales virgineas
manos sus trabajos tan inmensos;
y asi abrazando á su Esperanza, dixo:
Han sido, mi Esperanza, tus razones
tan vivas y tan altas, que en un punto,
con penetrante fuego han llegado
á lo que muy mas íntimo tenia
allá en mi corazon, y mas secreto,
y con efecto grande se han impreso,
y tanto, que querria ya que fuese
lle-

llegado el feliz punto tan dichoso
en que Christiana fuese; y yo prometo
de tener por Abogada á la que Madre
de Dios inmenso fue por gran Misterio:
y asi lo creo yo como tu dices,
y á ella me encomiendo yo, y me ofrezco,
y en sus benditas manos mis angustias,
con esperanza viva de remedio,
yo pongo desde hoy, y en Dios confio,
por su bondad inmensa, que él me saque
de mis terribles males á buen puerto.
Por tanto, mi Esperanza, mi bien todo,
de mi jamás te apartes, porque quiero,
que con la Fé de Christo me consueles,
y en ella tu me enseñes lo que es justo,
los frutos que se esperan divinales;
y pues en ella tu me tienes puesta,
prosigue, y no te canses de enseñarme,
pues no me cansaré jamás de oirte.

Atenta estaba á todas estas cosas Zelima, y enternecida en lágrimas, viéndola asi llorar á la Reyna, y determinada de seguir sus mismos motivos, y de volverse Christiana; y asi con amorosas palabras dixo á la Reyna: No imagines, hermosa Sultana, que aunque tu te vuelvas Christiana, yo dexaré de seguir tu compañia, paraque de mi sea

lo

lo que de ti fuere; yo tambien quiero ser Christiana, porque entiendo, que la Fé de los Christianos es mucho mejor que la mala secta que hasta ahora hemos guardado del falso Mahoma. Y pues todas estamos de ese parecer, si se ofreciere, muramos por Jesu-Christo, y conseguirémos vida eterna. La Reyna la escuchaba con el entrañable amor que decia aquellas palabras Zelima, y echándola los brazos, la abrazò, y dixo à Esperanza: Ya que habemos acordado de ser Christianas, qué harémos para salir de aquí? Aunque mi salida quisiera que fuera para recibir martirio por Christo, y ser bautizada con mi sangre. A lo qual respondió Esperanza: Visto, señora, tu buen proposito, te daré un buen consejo, paraque quedes libre de esa fealdad que te levantan. Sabrás, Reyna y Señora, que sirve al Rey Don Fernando un Cavallero que se llama Don Juan Chacon, Señor de Cartagena, el qual está casado con Doña Luisa Faxardo, hija de Don Pedro Faxardo, Adelantado, y Capitan General del Reyno de Murcia. Es muy valiente el Don Juan Chacon, y muy amigo de hacer bien à todos los que poco pueden. Escríbele, Señora, que yo sé que si le pides su favor, que no te

lo

niegue, porque es muy piadoso, y él bus-
rá amigos que vengan con él á libertarte;
entiendo que quando ninguno le quiera
ompañar, que el solo vendrá, porque te
rtifico que es de esfuerzo extremado, y
rá fin á tanta desventura como tienes,
aliviará nuestra pena, causada de la tuya,
de tu cruel prision. Pues tan buen consejo
e diste (dixo la Reyna) para lo mas im-
rtante, que no fue de menos, que ganar
alma perdida, no dexaré de tomar tu con-
jo, que es para lo menos, por ser liber-
d del cuerpo, y al momento me pondré
escrivir á ese Cavallero; y dandole re-
do escrivió una carta á Don Juan Chacon,
e dice asi:

LA infeliz, y desdichada Sultana, Reyna de Granada, del antiguo Moraysel hija. ti Don Juan Chacon, Señor de Cartagena, lud paraque con ella (ayudado de Dios nues- o Señor, y de su Santisima Madre) puedas rme el favor, que mi gran necesidad te pi- con la qual muy grandemente estoy puesta, r un testimonio que me han levantado unos aydores Cavalleros, que son Zegries y Go- eles diciendo, que violé con varon ageno el osento Real de mi Marido, y que delinquí n un Noble Cavallero, llamado Albin Ha-

mad Abencerrage: lo qual ha sido causa, instrumento de que los Cavalleros Abence rages fuesen degollados sin culpa; y no ob tante esto, haber por ello en esta desdicha Ciudad muchas Guerras Civiles, de las qual se han seguido muchas muertes de Cavallero y lo que mas siento es, que se haya puesto d lo en mi honra, tan sin culpa, que si en e pacio de quince dias no doy quien defien mi honra, se ha de executar en mi la sente cia en que estoy condenada que es á quem Y avisandome una Cautiva Christiana de valor, esfuerzo, piedad, virtud, y bonda acordé de favorecerme de ti, que eres Pad de necesitados, y vengador de agravios. necesidad es grande, pues soy muger sola triste, mi agravio es el mayor que en el mu do se ha hecho, pues se han atrevido tray res á poner macula en esta triste Reyna, y levantarme lo que jamás imaginé. Yo es afrentada, y en el peligro dicho, si no me corres soy perdida; no me niegue tu fav pues encomiendo en tus manos toda mi hon y si por ser yo infiel, no me quieres favorec considera que no lo soy, sino que creo en D poderoso, y en la Virgen Santa Maria Madre, en quien confio que alcanzarás g riosa victoria de mis enemigos, con la q que-

uedará libre mi honra, y se sabrá la verdad erta, y confiada que te dolerás desta descon- olada Reyna. No mas. De Granada.

Sultana Reyna de Granada.

Acabada de escribir la carta, se la leyó Reyna á Zelima, y á Esperanza, de que holgaron mucho, viendo su buen proceder; cerrada, y sellada, y puesto el sobre escri- , embiaron á llamar á Muza, y viendo le gó la Reyna, y Zelima, que embiase con ensagero fiel aquella carta, y Muza lo pro- etió asi; y aquel dia despachó con la carta hombre de confianza, y llegado á la orte, dió la carta á Don Juan Chacon, leída, respondió á la Reyna Sultana, con- landola con palabras muy eficaces, en una rta del tenor siguiente:

A Ti Sultana Reyna de Granada, salud. Para que te pueda yo besar tus Reales anos por la singular merced que me haces querer servirte de este humilde siervo, ra un negocio tan arduo y de tanta grave- ad. Muchos, y muy principales Cavalleros ay en esta Corte, á quien pudieras mandar lo e á mi: y pues me lo mandas, obedezco, y cepto lo que me pides, confiando en Dios, y su bendita Madre, y en tu inocencia: Y asi

 di-

digo, que el ultimo dia del plazo partiremo à servirte yo, y tres Cavalleros amigos, y n habrá falta. Encomiendate á Dios, el que te guarde, y defienda. De Talavera.

Don Juan Chacon.

La carta escrita, la cerró, y selló co su sello, Lobos, y flor de Lises, blason d sus pasados, dandola al mensagero, le em bió, y llegando á Granada, le dió la cart á Muza, y él la llevó à la Reyna, y havien dola hablado, y á Zelima su Señora, se des pidió, y en saliendo Muza abrió la Reyn la carta, y la leyó presente Zelima, y Espe ranza de Hita, quedando con mucho conten to, y consuelo, aguardando el dia de la Ba talla. A esta coyuntura se sabía por tod Granada, como los Cavalleros Abencerrage se havian buelto Christianos, y Abenama Sarracino y Reduan, de que no poco tem tuvo el Rey Chico, y mandó pregonarl por traidores, instigado de los Zegries, Gomeles. A lo qual no pudieron resistir, contradecir los linages de los Alabe es, A doradines, Gazules, y Vanegas, y todos l de su parte, por no mover nuevos escan dalos, y tambien porque tenian esperanza q presto bolverian á tomar posesion en tod los bienes en que se havia entrado el Rey cillo,

lo, y porque no les perjudicaba aquel
egon, por ser ya Christianos, y porque
a notoria la pasion, y odio que tenian
estos virtuosos Cavalleros Abencerrages, y
i aguardaban su punto, y hora; donde los
exarémos, por hablar de Don Juan Cha-
n, el qual haviendo despachado el men-
gero de la Reyna, se puso á considerar
que Cavalleros hablaria para llevar á la
fensa de la Reyna, que fuesen de confianza
ra satisfaccion de aquel caso, por otra via
terminaba á emprender aquel hecho él
lo, y sin duda saliera con su intento, por
r de corazon animoso, y valiente por
tremo. Tenia gran fuerza, y tanto, que
una cuchillada cortaba todo el pescuezo
un Toro. Sucedió, pues, que no apartando
su memoria el negocio de la Reyna, y la
labra dada, que un dia se juntó con otros
avalleros muy principales, y estimados;
uno era Don Manuel Ponce de Leon,
uque de Arcos, descendiente de los Reyes
Xerica, y Señores de la casa de Villagar-
, salidos de la Real Casa de los Reyes de
ancia; y por señalados hechos que hicie-
n les dieron los Reyes de Aragon por
mas las barras de Aragon, roxas de color
sangre, en campo de Oro, y al lado de
ellas

ellas un Leon rapante (que era su antigu
blason) en campo blanco, armas muy aco
tumbradas del famoso Hector Troyan
antecesor suyo, como lo dicen las Cor
nicas Francesas. El otro Cavallero era D
Alonso de Aguilar, gran Soldado, belicos
y de muchas fuerzas, y de animoso cor
zon, amigo de Batallas contra Moros;
tanta perseverancia, y continuacion tu
en esto, que vino á morir á manos de l
Moros, mostrando el valor de su person
como adelante se dirá. El otro era Don Die
de Cordova, Varon de gran virtud, y fort
leza, amiguisimo del militar exercicio, ta
to, que decia que estimaba en mas á un bue
Soldado, que á todo su Estado, y que m
recia comer á la mesa del Rey; y decia q
era tan bueno como él. Finalmente, el A
cayde de los Donceles, y Don Manuel Po
ce de Leon, y Don Alonso Aguilar, y D
Juan Chacon estaban en conversacion, tr
tando del Reyno de Granada, y de la mue
te de los Abencerrages tan sin culpa, y
la injusta prision de la Reyna Saltana, y
el estado en que la tenia su Marido el R
Chico, porque de todo havian informa
los Cavalleros nuevamente convertidos. Y t
tando del miserable estado en que la Rey

es-

taba por un testimonio, dixo Don Ma-
nuel Ponce: Si fuera licito, de buena gana
fuera yo el primero en defender á la necesi-
tada Reyna. Yo el segundo, dixo Don Alon-
so de Aguilar, porque estoy condolido de
la angustiada Reyna; y al fin es agravio feo
á muger noble. El Alcayde de los Don-
celes, dixo: Pues yo quiero ser el tercero,
porque considero la afliccion en que está
puesta la afligida Reyna; y aunque es Mora,
debemos los Cavalleros deshacer agravios
hechos á Personas de tal calidad, y nunca
los Christianos perdemos las buenas obras
que hacemos. Sepamos, Señores (dixo Don
Juan Chacon) que cosa ilicita hallays para-
que la Reyna no sea favorecida en este caso?
Dos cosas lo impiden (dixo Don Manuel)
la una, ser Mora, aunque no hago mucha
ostentacion en esto; la otra, porque no po-
dremos ir sin licencia del Rey. Eso es lo
menos (dixo el Alcayde de los Donceles)
porque sin ella podremos ir de secreto. Pre-
gunto (dixo Don Juan Chacon) si la Reyna
Sultana escriviera á uno de los que estamos
aqui, pidiendo favor, y ayuda en una ne-
cesidad como la que tiene, diciendo, que
quiere ser Christiana, aunque aventure la
vida, dexára de ir á la Batalla? Respondie-
ron

ron todos, que mil vidas que cada uno tu-viera las empleáran en un caso tan honroso. Muy alegre con la respuesta, metió la mano en el seno Don Juan, y sacó la carta diciendo: Por esta vereis como me hace cargo la Reyna de su satisfaccion, y de su honor, y me pesa de que en particular me señale, haviendo en esta Corte tanta flor de Cavalleros. Habré de ir con otros tres Cavalleros, si los hallo, y sino, iré solo á batallar con los quatro Moros, que yo confio en Dios, y en la inocencia de la Reyna que alcanzaré victoria; y si fortuna me fuere adversa y muriere en la Batalla, la tendré por dichosa muerte. Haviendo leído la carta de Sultana los Cavalleros, y viendo como decía en ella que queria ser Christiana, y la deliberada determinacion del Señor de Cartagena, dixeron, que ellos le acompañarian en aquella ocasion; y asi ordenaron de partirse sin licencia del Rey, ni dar cuenta á nadie. El Andaluz, y astuto Guerrero, Alcayde de los Donceles, dixo, que seria bien que fuesen en trage Turquesco; porque en Granada no fuesen conocidos de algunos, especialmente de los Cautivos. Todos dixeron que era acertado su parecer, y asi aderezaron ricas libreas á lo Turco, y previnien-

niendose de armas, y cavallos, y de todo lo necesario para su viage, partieron de Talavera sin Escuderos, por ir mas encubiertos, dexaron dicho en sus casas, que iban á monteria. En todo el camino no entraron en poblado, en campaña dormian, y en las Ventas compraban su menester; y asi llegaron à la Vega dos dias antes de cumplirse el plazo, y entrarónse en el Soto de Roma, donde con quietud descansaron un dia, y estuvieron la noche orilla del fresco Genil, y la mayor parte de ella trataron de la orden que havian de tener para conseguir el efecto de la Batalla. Venida la mañana, se alistaron para ir á Granada, y se pusieron sobre sus fuertes armas las vestiduras Turquescas, y subiendo en sus briosos cavallos, salieron á lo raso de la hermosa Vega, por donde se iban poco á poco acercando á Granada, mirando á todas partes, alegrandoles grandemente su muy hermosa vista, la diversidad de riberas, huertas, y carmenes, jardines, y arboles fructuosos, pendientes de sus ramas las agradables, y sabrosas frutas, queles parecia un Paraíso Terrenal. Y no se admire el Lector del encarecimiento; porque puede creer, que no hay maceta de claveles, ni de alvahaca regalada, y cultivada

vada en casa de Señores, como los Moros tenian cada palmo de tierra, y aun en las partes remotas, y en los cerros, como hoy en dia parecen muchas ruínas, y asi les producia la tierra, que era maravilla; y puedese considerar su mucha fertilidad, que un año antes que se perdiera Granada, sustentaba ciento y ochenta mil hombres de pelea, sin viejos, niños, ni mugeres. Yendo, pues, los famosos Cavalleros á Granada, atravesando por la Vega, dieron en el camino de Loxa, por el qual vieron venir muy aprisa à un Cavallero Moro, que parecia ser de valor por su buen talle, y librea. Era la marlota de damasco verde, con muchos texidos de Oro, plumas verdes, blancas, y azules. En medio de la adarga blanca, estaba pintada una ave Fenix, puesta sobre unas llamas de fuego, y una letra que decia: *Segundo no se halla.* El cavallo era bayo, cobos negros; en la gruesa lanza puesto un pendoncillo verde, y rojo. Parecia tan bien el Moro, que dió grandissimo contento su vista á los Cavalleros, y le aguardaron que llegase, y en llegando les saludó el Moro en Arabigo, y el Alcayde de los Donceles le respondió con el mismo lenguage, el Moro detuvo su priesa, mirando la buena postura, y talle

de

de los quatro Cavalleros; y asi les dixo: Aunque la priesa, que llevo es grande, y la gravedad de mi negocio no requiere dilacion, el deseo de saber (si gustays de oírlo) quien soys me obliga á detener las riendas, y azícates; porque Cavalleros como vosotros son muy peregrinos en esta tierra, y no solemos ver semejantes galas, sino en Cavalleros, ó Embaxadores que vienen de la parte del Mar Libico, á tratar algo con el Rey de Granada; aunque es verdad, que no traen el apercibimiento de armas que parece traheys debaxo de las marlotas, ni cavallos ligeros, y de Guerra. Y si gustays de que vamos juntos, seré contento en llevar tan buena compañía, y no me negueys quien soys, por lo que debeis á ley de Cavalleros. Don Juan Chacon le respondió en Turquesco, que eran de Constantinopla; pero el deseoso Moro no lo entendió, y asi dixo: No entiendo esa lengua, hablad en Arabigo, pues lo sabeis. Entonces respondió el Alcayde de los Donceles en Algarabia: Nosotros somos de Constantinopla, de Nacion Genizaros, y tenemos sueldo del Gran Señor quatrocientos de nosotros, que estamos de guarnicion en Mostagán; y como tenemos noticia que en estas fronteras hay

mu-

muchos Christianos de admirables fuerzas, venimos con intento de probar las nuestras con las suyas, aunque nos han certificado que recibís notables daños cada dia dellos. Desembarcamos en Adra, y andamos mirando esta Vega hermosa, que es la mejor que hay en el mundo á nuestro vér; y entendiendo de hallar algunos Cavalleros Christianos, para escaramuzar con ellos, y no havemos hallado ninguno, y asi vamos á vér la gran Ciudad de Granada, y besarémos las manos al Rey, y luego nos bolverémos á embarcar en nuestra fragata, y nos iremos la buelta de Mogastán. Esta es la verdad de lo que haveis preguntado: y pues haveis satisfecho vuestro gusto, nos le dareis en decirnos quien sois, que no menos deseo tenemos de saberlo, que vos manifestais teniades de saber de nosotros: A mi me place (dixo el Moro) de daros cuenta de lo que pedis, pero piquemos, y en el camino os la daré larga de lo que deseais saber. Vamos dixo Don Alonso de Aguilar, y diciendo esto caminaron apriesa, y el enamorado Gazul comenzó á contar su historia en esta manera: Sabed, Señores Cavalleros, que á mi me llaman Mahomad Gazul, soy natural de Granada, vengo de San Lucar, porque

que alli está la prenda mas querida, y mas amada, que tengo en esta vida, que es una hermosa Dama, llamada Lindaraxa, del linage noble de los Abencerrages. Ausentóse de Granada, respeto que el Rey mandó que saliesen desterrados todos los Abencerrages, y sin culpa, haviendo ya degollado treinta y seis Cavalleros que eran la flor del Reyno. Esta fue la causa que movió á mi Señora á salir de Granada, y se fue á San Lucar en casa de un Tio suyo, y yo la acompañé. Con la vista de mi Señora vivia contento, ahora no lo estoy. Supe en San Lucar como los Abencerrages se havian buelto Christianos, y servian al Rey D. Fernando, y que en Granada havia grandes alborotos, y Guerras Civiles, y la Reyna Sultana presa, y en júcio de Batalla; como soy de su parte, y todos los de mi linage, vengo para ser uno de los quatro Cavalleros que han de defender la Reyna, porque hoy es el postrer dia del plazo; y por tanto demos priesa, porque no llegue ya tarde, y con esto he cumplido mi promesa, y os he dicho el hecho de la verdad. Por cierto, Señor Cavallero, dixo Don Manuel Ponce, que nos haveis admirado, y á fee de Cavallero, que me holgaria que la Señora Reyna quisie-

siese que nosotros quatro fuesemos señalados para su defensa, que por su Alteza hariamos lo posible, y ultimo de potencia, hasta perder las vidas. Plugiese el Santo Alá, que en vuestros brazos poderosos pusiera la restitucion de su honra la Reyna, que bien entiendo que estaba segura la victoria, y tengo de hacer las diligencias posibles paraque os señale; aunque he oído, que no quiere encomendar la Reyna su causa á Moros, sino á Christianos. Quando eso sea (dixo Don Manuel Ponce) no somos Moros, sino Turcos, de Nacion Genizaros, è hijos de Christianos. No decís mal (respondió Gazul) que por esta via seria posible que la Reyna os escogiese para su defensa. Dexando esto aparte (dixo Don Juan Chacon) que en Granada se verá: decid Señor Gazul, que cavalleros Christianos son los de mas fama, y que mas daño hacen en este Reyno? Respondió Gazul: Los que nos corren la Vega muy amenudo, y á quien temen los fronterizos deste Reyno, son Don Manuel Ponce de Leon, y á Don Alonso de Aguilar, y á Gonzalez Fernandez de Cordova, y al Alcayde de los Donceles, y á Puertocarrero, y á un Don Juan Chacon, y el gran Maestre. Estos Cavalleros son horror

de

de esta tierra; y sin aquestos hay otros muchos Cavalleros en la Corte del Rey Don Fernando, que nos destruyen por momentos. Mucho holgariamos de vernos con estos Cavalleros, dixo Don Alonso de Aguilar, pues á ley de Moro hidalgo, que haviades de hallar un Marte en cada uno de los ya nombrados, y en Granada os contaré cosas que han hecho, que os ponga espanto. Holgarémos de oírlas, por tener que contar en nuestra Tierra, dixo Don Manuel; y caminando apriesa, los dexarémos hasta su tiempo, por tratar de lo que pasaba en la Ciudad de Granada á esta sazon.

CAPITULO XV.

EN QUE SE DA CUENTA DE LA Batalla que se hizo entre los quatro Cavalleros Christianos, y los quatro Moros sobre la libertad de la Reyna, y como vencieron los Christianos, y mataron á los Moros, y como la Reyna fue libre; y de otras muchas cosas.

CON grande tristeza estaba toda la Noble Ciudadana gente de Granada, porque se havia cumplido el termino á la Reyna, y sen-

sentian mas la pena, porque no havia señalado quien hiciese la Batalla contra sus acusadores; y asi muchos Cavalleros fueron á suplicar al Rey, que la bolviese en su gracia, pues estaba sin culpa, y se echaba de ver su inocencia, en que los terminos que se le havian dado no havia señalado Cavalleros que bolviesen por ella, y que no diese credito á los Zegries; pero no aprovechaban sus ruegos, porque estaba pertináz, inducido de los falsos acusadores Zegries, porque su mentira fuese adelante; y asi daba por respuesta, que de no dár defensores aquel dia, que el siguiente se executaria la sentencia del Rey: asi mandó, que se hiciese en la Plaza de Bibarrambla un Teatro donde estuviese la Reyna, y los Jueces que havian de determinar su causa, los quales fueron Muza, y un Azarque, y otro Almoradi, los quales deseaban buen suceso en aquel negocio, y tenian propuesto de hacer por la Reyna todo lo que pudieran. El Tablado fue todo enlutado, y los Jueces subieron al Alhambra, y para traher á la Reyna á la Plaza al sitio de la lid, y con ellos fueron muchos Cavalleros, para venir acompañando á la Reyna. Los Almoradies, Almohades, Aldoradines, Gazules, Vanegas, Alabe-

eces y Marines querian quitar á la Rey-
a, y dár de puñaladas al Rey, y quemar
casa; pero fueron aconsejados que no hi-
iesen tal, porque aunque salvasen la vida
la Reyna, su honra quedaba manchada, y
ra argumento de verificacion; porque di-
ia el vulgo loco, que por estár culpada, y
aber de cierto que la havian de condenar
muerte, no consintieron que se hiciese
atalla, y era en favor de los acusadores,
aciendo su mentira verdad. Fue muy eficáz
azon esta, para que desistiesen de su pro-
ósito, confiando que la bondad y sencilléz
e la Reyna la habia de libertar. Pues en-
ando los Jueces en el Alhambra, no los
exaba pasar adelante el Rey Mulahazen,
iciendo, que no habian de llevar á la Rey-
a, porque no debia nada. Muza, y los de-
ás Cavalleros le dixeron, que era conve-
ente al honor de la Reyna ponerse su cau-
en juicio, porque por aquella via quedaba
honor limpio, de no dar licencia que la
evasen, quedaba probada la causa, y los
egries salian con su intento. El Rey pre-
untó, si tenia la Reyna Cavalleros que
defendiesen. Muza dixo que sí; y que
uando no los huviera, él mismo hiciera
Batalla. Con esto dió licencia paraque

entrasen ; y asi Muza y los Jueces entra
ron , quedando los acompañados fuera d
el Alhambra ; llegando Muza adonde es
taba la Reyna, la halló con Zelima, sin nin
guna pena de lo que aguardaba , que bie
sabia que no tenia mas que aquel dia de pla
zo ; mas confiada en que Don Juan Chaco
no le faltaria á la palabra , estaba sin nin
guna congoja , y tambien , porque sino ven
Don Juan Chacon , y ella fuese sentencia
á muerte , en morir Christiana llevaria m
cho gozo , porque empezaria á vivir pa
siempre ; y con esto estaba la mas alegre,
contenta que se podia imaginar. Asi com
vió á Muza acompañado de aquellos Cav
lleros que con él venian , luego presum
à que era su venida , con lo qual sintió a
guna turbacion y pesadumbre , pero c
ánimo varonil hizo en esto la resistencia q
pudo , porque no se entendiera su flaquez
Muza , y los Cavalleros , asi como vier
à la Reyna y á Zelima , hicieron el debi
acatamiento , y dixo Muza : Grande ha si
el descuido que Vuestra Alteza ha teni
en nombrar Cavalleros, siendo hoy el ulti
dia que teneis de plazo , qué determinai
No tengais pena (dixo la Reyna) que
confio en Dios , que hoy se ha de saber

ver-

erdad de mi sincero pecho, y que no han
e salir con su mala intencion los falsos acu-
dores, y que tengo de triunfar de ellos;
quando Dios se sirva, que por mis pecados
ean vencidos mis defensores, y en mi sea
ecutada la enorme sentencia, que contra
i se ha pronunciado, yo partiré contenta
sta vida mortal, por gozar de la que no
es. Muza no entendió el secreto de las
labras, y asi dixo: Yo he querido que se
ga esta causa de Vuestra Alteza por jus-
ia, por causa de algunas murmuraciones
gente ignorante y de poca experiencia,
nque debeis mucho à todos; porque cada
o siente vuestra afrenta, como si fuera pro-
a suya; y porque se acrisole mas el Oro
vuestra castidad, y porque sean casti-
dos los traydores que le han deslustrado.
i, Señora, sabed que venimos por Vues-
Alteza estos Cavalleros y yo, que so-
s Jueces de vuestra causa, y todos siere
vuestros, y harémos lo que debemos.
deis luego señalar Cavalleros, que cien
hay que os desean servir en esta ocasion
honorosa; y Vuestra Alteza venga á la
za y Zelima tambien, porque haya buen
eso. Vamos (dixo la Reyna) y venga
migo Esperanza, que es mucho el amor

 qu-

que la tengo, y ha sentido mucho mi afrentosa prision y tristeza, y será bien que goce del contento, como confio en el poderoso Dios, que nos le ha de dár con el triunfo de la victoria; y diciendo esto se entraron todas en el retrete, y se vistieron de negro, y en saliendo del aposento, dixo la afligida Reyna al valeroso Muza: Mucho contento recibiré en que si mi desdicha fuere tanta que mis valedores sean vencidos, que todo lo que hay mio en este aposento se le dé à Esperanza y libertad, porque esta es mi ultima voluntad, por lo bien que me ha servido: no pudo sufrir la Reyna las lagrimas, diciendo estas palabras, y lloraba con tanto afecto, que movió à varoniles pechos à acompañar su llanto; y dandole Muza la mano, salieron fuera del Alhambra, adonde estaba una Litera, y entraron dentro della á la Reyna, Zelima y Esperanza. Alli estaban para ir acompañando vestidos de luto muchos Cavalleros de los Alabeces, Gazules, Aldoradines, Varegas, Almoradies y Marines, y otros muchos linages; debaxo de las marlotas y albornoces negros, llevaban muy fuertes armas, con intento de romper aquel dia con Zegries, Gomeles y Mazas, por si fuese necesario; y

no

o fuera por la honra de la Reyna, sin duda
quel dia se perdiera Granada; y asi re-
elosos los Zegries, Gomeles y Mazas,
los de su vando llevaban armas fuertes
lebaxo de sus marlotas y alquifaes por si sus
ontrarios les acometiesen. No se vió jamás
Granada en sus Guerras tan á pique de per-
erse como este dia, pero quiso Dios que
in escándalos ni Guerras se acabase aquel
egocio. Entrando la Reyna en la Litera,
odos aquellos Cavalleros la fueron acom-
añando, cargados de luto y llorando. En
legando á la calle de los Gomeles, salian á
os valcones y ventanas, dueñas y don-
ellas, llorando muy amargamente la des-
entura de la Reyna, de suerte que á sus
antos y gritos se moviò toda la Ciudad
compasion, y maldecian al Rey y á los
Zegries á grandes voces. De esta manera
ntró la Litera en la calle del Zacatin, don-
e mas se aumentaron los sollozos, suspi-
os y vocería. Llegada la cavalleria, y Rey-
a á la Plaza fue puesta la Litera junto al
Tablado: y Muza, y los otros dos Jueces
acaron á la desconsolada Reyna Sultana, y
Zelima y á Esperanza de Hita, y las su-
ieron al enlutado Tablado por unas ventanas
e una casa; y en el Tablado havia un estrado
de

de paños negros y bastos, y allí se sentó la Reyna muy afligida y llorosa, por ver que en publica Plaza havia de ser juzgada: junto á ella sentó á Zelima, y á sus pies á Esperanza de Hita: alli fueron los llantos, alli fueron los grandes gritos de los hombres, niños, Damas y Doncellas que no pudieron ser mayores los de Roma y de Troya quando se veían quemar sin tener remedio. Todas las ventanas, valcones y azoteas estaban llenas de gente, y en la Plaza havia grandisima multitud, y todos no cesaban de llorar y hacer gran sentimiento, viendo las lágrimas que derramaba la Reyna, su Doncella y su Esclava. A un lado del Tablado, en otro estrado, se asentaron los Jueces para juzgar la causa, y de alli á poco espacio se oyeron venir trompetas de Guerra, y mirando lo que era, vieron venir á los quatro acusadores de la Reyna, que venian armados, y puestos á punto de Batalla en muy poderosos cavallos. Traian sobre las armas marlotas verdes y moradas, pendoncillos y plumas de lo mismo. Traían en las adargas unos sangrientos alfanges, con unas letras en torna, que decian: *Por la verdad la derrama.* De aquesta forma llegaron los quatro mantenedores de la maldad, acompa-

pa-

ñados de los Zegries , Gomeles y Mazas de todos los demás de su parcialidad, has- llegar á un grande y espacioso palenque que estaba hecho junto al Tablado) era n grande como una carrera de cavallo, muy ancho; y abierta una puerta del palenque, entraron los quatro Cavalleros acudores, que eran Mahomad Zegri, el caudillo de la traicion, y Hamete Zegri, Maomad Gomel y Mahandin. Asi como entraron tocaron de su parte mucha diversidad de instrumentos. Todos los deste Vando se pusieron al lado izquierdo del Tablado, porque al derecho estaban los Cavalleros deudos de la Reyna. Estaban todos guardando à quien havia de nombrar la fligida Reyna, y visto que desde las ocho e la mañana estaban alli, y que eran ya las los de la tarde; y no havia señalado defenores, ni parecia ninguno; estaban todos con grande pena, y no sabía que era su pensamiento de la Reyna, pues tan desprevenida estaba en un negocio que no le importaba menos que honra y vida: y no carecia la Reyna de pena, viendo que era tan tarde, no havia venido Don Juan Chacon, en quien (despues de Dios) tenia esperanza de u libertad, y no sabia que causa le hacia faltar

tar à la palabra dada. Malique Alabez y un Aldoradin, y otros dos Cavalleros se llegaron al Tablado, y dixeron en alta voz: Si gusta la Reyña de que la sirvamos en esta ocasion, dé licencia que la defendamos, y lo pondrémos por obra. A lo qual respondió la Reyna que ella lo agradecia, y que queria esperar otras dos horas, y que si no viniesen ciertos Cavalleros que tenia prevenidos que ella aceptaba la oferta, y asi se retiraron; pero no pasó media hora, quando se oyó un gran ruido y alboroto, al qual mirando toda la gente, vieron entrar en la Plaza cinco Cavalleros, los quatro vestidos á lo Turquesco, y el otro á lo Moro, el qual solo fue de todos conocido, que era Gazul, los demás tuvieron por estrangeros, y asi concurria toda la gente á ver los forasteros. Los Parientes de la Reyna, y los demás Cavalleros le daban la bien venida à Gazul, y en particular sus deudos, y le preguntaban todos, si conocia aquellos Cavalleros que con él venian; y él respondia que no, sino que en la Vega se habian juntado. Y con esto llegaron al Cadahalso, donde estaba la Reyna Sultana y los Jueces, los quales deseaban saber la causa de su venida, y llegados, miràron à la triste Reyna,

y les quebró el corazon verla en tan miserable estado; y mirando toda la Plaza, vieron un gran palenque, y dentro de él à los Escuderos de la Reyna, y espantados de la mucha gente que havia, dixo Don Juan Chacon en Turquesco à los Jueces, si podria hablar à la Reyna dos palabras: los Jueces dixeron, que no le entendian, que hablase Arábigo, y él lo dixo en Algaravia; y Muza dixo que sí, que subiese. Don Juan subió al Tablado, y haciendo su acatamiento à los Jueces, fue á la Reyna, y haciendo reverencia, habló alto, que los Jueces lo entendieron diciendo: Con la procela del mar (Reyna y Señora) fuimos arribados al mar de España, y desembarcamos en Adra, y venimos con intento de escaramuzar con los Cavalleros Christianos, y buscándolos en la Vega, no hallamos ninguno, y viniendo à ver esta Ciudad nos alcanzó en el camino un Cavallero Moro, y nos dió cuenta del desastrado negocio de Vuestra Alteza, y como no teniades Cavalleros nombrados para vuestra defensa, y que no quereis que vuestra causa defiendan Moros, sino Christianos; yo, y mis compañeros somos Turcos Genizaros, hijos de Christianas; y doliendonos de vuestra contraria y adversa fortuna, y

mo-

movidos de piedad de vuestra inocencia, venimos á ofrecernos para hacer esta Batalla, si Vuestra Alteza nos quiere admitir; que yo prometo à ley de Cavallero, por mí y en nombre de mis compañeros, de hacer en este negocio todo lo que pudieremos. Quando decia esto Don Juan Chacon tenia en la mano la carta de la Reyna, y al descuido la dexó caer en sus faldas, sin que se reparase por los Jueces, y cayó el sobrescrito hácia arriba. La Reyna pidió á Zelima, que con recato la diese aquel papel, ella le alzó y se le dió, y luego conoció su letra, y advirtió el secreto, y con disimulacion miró à Esperanza de Hita, quan embebecida estaba mirando à Don Juan Chacon, y volviendo la cabeza á mirar á la Reyna, ambas se entendieron, mirandose la una à la otra; y maravillada la Reyna de su trage y disfráz, respondió á Don Juan Chacon: Yo he estado aguardando hasta ahora á cierto Cavallero que me diò la palabra por letra suya de estár hoy aqui, y con él otros tres Cavalleros; y pues ya es tarde, y vos Noble Cavallero quereis tomar este negocio en vuestras manos, y de vuestros compañeros, yo lo agradezco mucho. Don Juan dixo: Yo me prefiero à hacer lo que ese Cavallero ha-

ıaria, y no le reconozco ventaja, ni es me-
or que yo, ni los tres Cavalleros que habia
le traer nó excederán á los que vienen con-
nigo; sed cierta de esto, Señora, y danos
icencia. Yo la doy, dixo la Reyna, y creed-
ne virtuoso Cavallero, que no debo cosa
ninguna en obra ni en pensamiento de lo
que se me imputa, y así peleareis seguros.
Don Juan dixo á los Jueces, que advirtiesen
o que la Reyna decia, lo qual oído por los
ueces, mandaron que se escribiese aquel
Auto, y lo firmase la Reyna; la qual lo fir-
nó, y haciendo el acatamiento debido à la
Reyna, se baxó del Tablado Don Juan Cha-
on, y subiendo en su cavallo, dixo á sus
ompañeros: Señores, nuestra es la Batalla,
mpecemos luego, antes que sea mas tar-
e. Los Cavalleros de la parte de la Reyna,
ogaron á los defensores que hiciesen todo
u poderío, como de tan buenos Cavalle-
os se esperaba, lo qual ellos prometieron;
asi toda la cavalleria los llevaron enmedio
aseándolos, y dando vuelta por la Plaza
son de muchas chirimias, añafiles, y dul-
aynas, entraron en el palenque los Cavalle-
os Turcos, y recibiendoles pleyto home-
age de que en aquel caso harian el deber,
erraron la puerta. En todo aqueste tiempo
no

no quitaba la vista Malique Alabez de Don Manuel Ponce de Leon, porque parecia haverle visto, y no se acordaba adonde, y decia entre sí: Válgame Alá, y que traslado es aquel Cavallero Turco de Don Manuel Ponce de Leon! Pero no es él, porque este es Turco, y el otro Christiano. Miraba el cavallo, y conociale por haverle tenido en su poder; asi andaba confuso si era ò no; y llegandose á un Cavallero Almoradi, Tio de la Reyna, le dixo: Si el Cavallero del cavallo negro es el que imagino, cierta está la libertad de la Reyna. El Cavallero Almoradi dixo: Quien es? Conoceisle por ventura? Yo os lo diré despues, veamos ahora como les vá en la Batalla. Diciendo esto, miraron á los Cavalleros, los quales descubrian los escudos, que eran fuertes y relucientes. Ahora será bien tratar de que color eran las ropas Turquescas. Eran las marlotas azules, de paño fino de color celeste, guarnecidas con franjones de Oro y plata. Los albornoces eran de seda azul, llevaba cada Cavallero un Turbante de toca de seda, listada de Oro y azul, hecho de unas lazadas curiosas. En la parte de arriba del bonete, en la punta puesta una media Luna de Oro, plumas azules, verdes y roxas en

la

los Turbantes puestas, los pendoncillos de las lanzas eran azules, y en ellos las armas de sus escudos, porque Don Juan Chacon llevaba en su pendoncillo una Flor de Lis de Oro, y en el escudo, en el quartel de sus armas un Lobo en campo verde, el qual parecia despedazar un Moro: encima del Lobo havia un campo azul, y en él una Flor de Lis de Oro, y una letra que decia: *Por su mal se devora*, significando, que aquel Lobo se comia el Moro, por el testimonio que à la Reyna havia levantado. Don Manuel Ponce llevaba en su escudo el Leon rapante de sus armas en campo blanco, y el Leon dorado: no quiso aquel dia poner las vanderas de Aragon. El Leon tenia entre las uñas un Moro á quien estaba despedazando, y una letra que decia asi:

Merece mas dura suerte
Quien vá contra la verdad,
Y aún es poca crueldad,
Que un Leon le dé la muerte.

En el pendoncillo (que era azul) llevaba un Leon de Oro Don Alonso de Aguilar, no quiso aquel dia poner ningun quartel de sus armas por ser muy conocidas. Puso en

su

su escudo un Aguila dorada en campo roxo, las alas abiertas como que volava al Cielo, y en las fuertes uñas llevaba una cabeza de un Moro, bañada en sangre, que de las heridas de las uñas le salia. Esta divisa del Aguila puso Don Alonso en memoria de su nombre. Llevaba una letra, que decia de aquesta suerte:

La subiré hasta el Cielo
Paraque dé mas caída,
Por la maldad conocida,
Que cometió sin recelo.

Asimismo llevaba en el pendon de la lanza este bravo Cavallero una Aguila dorada, como en el escudo. El Alcayde de los Donceles llevaba por divisa en su escudo en campo blanco un estoque, los filos sangrientos, la Cruz de la guarnicion era dorada; en la punta del estoque tenia clavada una cabeza de un Moro, goteando sangre, con una letra en Arabigo que decia de esta manera:

Por los filos de la espada
Quedará con claridad
El hecho de la verdad,
Y la Reyna libertada.

Muy

Muy maravillados quedaron todos los Cavalleros circunstantes, asi los de la una parte, como los de la otra, en ver la braveza de los quatro Cavalleros, y mas en vér las divisas de sus escudos, por los quales conocieron claramente que aquellos Cavalleros venian al caso determinadamente, y con acuerdo, pues las divisas y letras de sus escudos lo manifestaban, y que la Reyna los tenia apercibidos para su defensa; y se admiraban grandemente de que en tan pocos dias vinieran de tan lexas tierras; pero consideraron, que por la mar podian haver venido en aquel tiempo. Con esto no cuidaron mas de inquirir ni saber el como y quando, sino ver el fin de la Batalla. El valeroso Muza, y los otros Jueces se admiraron de ver aquellas divisas, y para gozar mejor dellas, pidió Muza un caballo, y subiendo en él se entró en el palenque, y mandó á un Criado que le tuviese alli una lanza, y una adarga por si fuese menester. Los dos Jueces se estuvieron con la Reyna, la qual decia: Esperanza, conociste aquel Cavallero que subió à hablarme? Si Señora, aquel es Don Juan Chacon, que aunque viniera mas disfrazado, no dexára de conocerle. Ahora digo (dixo la Reyna) que es cierta mi liber-

ber-

bertad, y el vengarme de mis enemigos. Malique Alabez, y el animoso Gazul, y otros muchos Cavalleros, Parientes y amigos de la Reyna se pusieron al rededor del Tablado, por lo que se ofreciese. A este tiempo el Alcayde de los Donceles empezó à picar al cavallo, y lozaneando se fue adonde estaban los Cavalleros acusantes, y llegando á ellos les dixo en alta voz: Decid Cavalleros, porque tan sin razon haveis acusado à vuestra Reyna y Señora, y haveis puesto dolo en su honra? Mahomad Zegri le respondió: Acusamosla por ver con nuestros ojos cometer el delito de Adulterio, y por volver por la honra de nuestro Rey, lo manifestamos. El valeroso Alcayde lleno de colera, respondió: Qualquiera que lo dixere miente como villano, y no es Cavallero, y pues estamos en parte donde se ha de saber la verdad, apercebíos al momento todos los traydores á la Batalla, que os haveis de morir confesando lo contrario de lo que teneis dicho: y diciendo esto Don Diego Fernandez de Cordoba terció con presteza su lanza, y con el encuentro de ella le dió al Zegri tan gran golpe en los pechos, que sintió bien la fuerza de su brazo y quedó lastimado, y si fuera el golpe con

el

hierro, no hay duda sino que dél murie-
. El Zegri afrentado por ver que estaba
smentido, y ofendido con el golpe, re-
lvió su cavallo, y fue à herir al Alcayde,
qual como hombre experimentado en la
uerra, y escaramuzas, se retiró à un lado,
rebolviendo sobre el Moro, que à él ve-
a, comenzaron una turbada escaramuza.
sto esto los Trompeteros tocaron los ins-
umentos, haciendo señal de Batalla, à lo
al se movieron los demás Cavalleros, los
os contra los otros con gran furia. A
on Manuel le cayó en suerte Alí Hamete,
Don Alonso, Mahandon, y à Don Juan
acon, Mahandin; reconociendo cada
o à su contrario, comenzaron una san-
enta Batalla, mostrando cada uno su va-
. Los Moros eran muy valientes, pero
o les aprovechaba su valor, porque li-
ban con la flor de Castilla; y asi andaban
aramuzando con mucha braveza, y dan-
e lanzadas por las partes que podian. D.
n Chacon fué herido en un muslo, don-
le salía mucha sangre, el qual como se
ió herido en los primeros encuentros, y
su contrario salió libre, sin que sacasse
a herida en recompensa, encendido en
ra, y saña furibunda, aguardó à que bol-

viesse à segundarle otro golpe, que ento
ces le embestiria con toda su furia, y suc
dióle de la misma manera que lo imagin
porque el Moro muy ufano sintió que
havia herido, bolvió al cebo, para tornai
picar en él; y diciendo con grande algazai
Ahora sabreis Turco, si hay Moros Grai
dinos que pueden pelear, y resistir à to
los Cavalleros del mundo, y diciendo e
se venia à Don Juan, el qual estaba sol
aviso, y viendole venir derecho, y con ta
fuerza, apretó las piernas al cavallo, y
un valor, y furia estraña embistió al Mo
y se encontraron los dos Cavalleros,
fuertemente, que parecia haverse junt
dos montes, segun la braveza, y furia
que se acometieron. El cavallo de Don J
Chacon era mas fuerte, y brioso que el
contrario, y asi se paró despues de have
encontrado; y el del Moro no se pudo
ner, y cayó de ancas. El Moro fue he
muy malamente de un bote de lanza qu
dió el valiente Don Juan; mas no tan
salvo, que no quedasse con una peq
herida, y si entrara mas el hierro, pas
mucho peligro, por ser en el hueco
costado, pero no fue casi nada, porqu
encarnó el agudo hierro: el bravo Mor

p

so en pié con muy gran presteza, y
nando mano à su alfange, se vino derecho
desjarretar el Cavallo de Don Juan, para
e le derribasse, y él tuviesse lugar de he-
à su salvo à Don Juan, y aunque pudiera
noble Christiano alancear al Moro, por
ierle tanta ventaja de estár à cavallo, y
er enristrada la lanza, no quiso dár nota
sí, que pudieran decir que peleaba con
tas ventajas, y asi no lo esperó à cava-
, sino que saltó dél con gran ligereza, y
echando la lanza, puso mano à su espada,
embarazando el escudo se estuvo afirma-
, aguardando à su enemigo, el qual llegó,
entre los dos valerosos Guerreros comen-
on de nuevo una Batalla tan reñida, que
saba ruína ver las centellas que saltaban
los escudos, de la qual refriega sacó el
ro dos pequeñas heridas, y apartandose
poco para cobrar aliento, bolvió à em-
ir el Moro. Don Juan como se vió aco-
er de aquella suerte, confiado en su fuer-
viendo tan cerca el Moro, le tiró un gol-
de rebés, que le cortó la adarga, y le hi-
mortalmente en el ombro, que por po-
cayera, porque le quitó el sentido; lo
visto por el valiente Don Juan, arre-
ó à él, y le dió un encuentro con el es-

 cudo,

cudo, que desapoderado de sus fuerzas cay
en tierra el Moro, y luego le dió una cuchi
llada, que le dividió una pierna de su lugar
y viendo que havia alcanzado victoria de s
enemigo, alzó los ojos al Cielo, y dió gra
cias à nuestro Señor Jesu-Christo, y toman
do un trozo de la lanza se arrimó à él, po
que le daba gran dolor la herida del muslo
y arrimandose à una parte del palenque,
puso à mirar la Batalla. Luego tocaron lo
musicos instrumentos de la Reyna, en reco
nocimiento del vencido Moro, lo qual pu
so mucho animo à los tres Christianos,
cobardía en los Moros, y perdieron la espe
ranza de la victoria con tan mal prodigio;
mas quando se oyeron en una ventana d
muy grandes gritos, y hacer tristes llantos
y quien los daba era la Muger, y herman
de Mahandín, viendo que con angusti
mortales se rebolcaba en su sangre. Los Z
gries mandaron, que se quitassen de a
aquellas mugeres, porque no fuessen s
llantos causa de desmayo en los tres mant
nedores del testimonio. Los seys Cavaller
se combatian con tanta ferocidad, que p
recia que en aquel instante empezaba la B
talla, haciendo tanto ruído, y estrepito, q
parecia que peleaban cinquenta Cavaller

Don

on Juan Chacon sentia mucho dolor de
s heridas, en particular la del muslo, co-
o ya se ha referido; y subiendo en su ca-
llo, se puso à considerar, si iria à ayudar à
s compañeros, ó curarse, y no se deter-
inó à ninguna de las dos cosas por no ser
otado; y asi acordó de esperar el fin de la
atalla, porque bien sabia que no duraria
ucho, por dos razones: la una, por la sa-
sfaccion que tenia del valor, y fortaleza de
s compañeros: la otra, porque peleaban
n justicia, y razon y defendian verdad; y
i de necessidad los havia de favorecer for-
na. Peleando, pues, los Cavalleros con un
imo admirable, el enojado Mahandon,
mo vió à su querido hermano Mahandin
ndido en aquel suelo, lleno de sangre, y
cho pedazos, con el dolor grave que sen-
a, dexó à Don Alonso de Aguilar, dicien-
le: Permitid, Señor Cavallero, que vaya
tomar venganza de aquel que ha muerto
mi amado hermano, y luego concluíre-
os, vos, y yo nuestra Batalla. No trabajes
vano, (dixo Don Alonso) fenece cónmi-
la Batalla, pues tu hermano como buen
avallero hizo lo que pudo, y no dudes de
rte en el mismo estado que tu hermano
tá; porque la sangre de los nobles Aben-
cer-

cerrages, vertida sin culpa, y la inocencia de la Reyna están pidiendo justa venganza contra los que quedais, y diciendo esto le acometió con furia, y le hirió con la lanza el costado, aunque no fue grande la llaga; lo qual visto por el Moro rebolvió contra Don Alonso, y colerico le arrojó la lanza. Don Alonso que la vió venir con tal presteza, por hurtar el cuerpo al furioso golpe, rebolvió su cavallo con ligereza; pero no fue tan à tiempo que no llegasse primero la lanza, y entrandose por la una hijada del cavallo, le salió à la otra mas de media vara. El cavallo sintiendose tan mal herido con la lanza atravessada empezó à dar bufidos, brincos, y corcobos, que no era bastante la dureza del freno paraque se sujetasse, y estuviesse sossegado, y visto que no aprovechaba su diligencia, y que el desvariado cavallo hacia aquellas cosas con el dolor tan excessivo que debia de sentir, y que por su desgracia se le pudiera seguir algun daño irreparable, determinó arrojarse en el suelo, aunque se ponia en mucho peligro, por estár su competidor à cavallo, y confiando en Dios nuestro Señor, se arrojó de la silla, quedandose en pié con su espada en la mano, aguardando à su enemigo

Gran-

rande contento, y alegria sintió el vando
e los Zegries, y Gomeles, en ver en el es-
echo en que havia puesto su Pariente al
avallero estrangero; y en verle à pié, le
onsideraban ya vencido, y como vió Ma-
andon à su contrario à pié, recibió mucho
ontento, é yendo à él le dixo: Ahora me
agaréis la muerte de mi hermano, pues
ue me evitasteis de darla, à quien se la dió
él y arremetiendo el cavallo, para atro-
ellarle, y el alfange en la mano para herir-
e. Don Alonso de Aguilar era muy ligero, y
e estuvo quedo, como que le queria aguar-
ar, mas al tiempo que llegó, dió un salto,
se apartó, y Mahandon passó de largo, sin
acer efecto, rebolviendo otras tres ve-
es, tampoco hizo nada. Don Alonso le di-
o: Apeate de esse cavallo, si no quieres
ue te le mate, y te podrá suceder peor.
l Moro le pareció buen consejo, y asi se
peó, y embrazando su adarga vino à Don
lonso, diciendo: Por ventura me disteis el
onsejo por vuestro mal. Ahora lo verás,
dixo Don Alonso) si te lo dixe es solo pa-
a darte cruel muerte, justamente mereci-
a, por el daño que de tu testimonio se ha
eguido, y conviene que traidores salgan
el mundo; y diciendo esto arremetió à Ma-

han-

handon, y asi entre los dos se comenzó una braba, y dudosa Batalla, porque ambos eran muy valientes. Anduvieron mas de media hora hiriendose por las partes que podian, y cada uno muy deseoso de vencer à su contrario. Don Alonso muy enojado, y casi corrido en ver que le duraba tanto su contrario, se acercó à él, y alzando el brazo hizo señal de quererle herir en la cabeza, y el Moro acudió al reparo para recibir el golpe con la adarga, pero salióle muy incierto su reparo; porque no executó el golpe en la cabeza sino rebatiendo la mano le hirió en el muslo izquierdo de una mala herida, que le cortó gran parte del huesso. El valiente Moro que se halló burlado, y tan malamente herido, descargó un tan gran golpe encima del bonete de Don Alonso, que el Aguila fue partida por medio, y rompiendo bonete, y casco, fue herido de una pequeña llaga, aunque sintió mucho tormento en la cabeza, porque quedó como sin sentido del fiero golpe; sino fuera de tan animoso corazon, no hay duda sino que cayera en tierra sin dificultad ninguna, y consiguiera su enemigo la victoria; mas como era de corazon fuerte, y animoso, y nunca se dexó rendir de los trabajos; cobrando el cuerpo

aquel

quel animo de que su corazon era ador-
ado , y considerandose en cierta manera
frentado, por ver que un golpe le havia
escompuesto su sentido , y encolerizado
or verse herido , y su rostro ensangrentado ,
on tan cruel furia le tiró una estocada tan
ecia , que la adarga , ni jaco fuerte , no pu-
ieron resistir la violencia de la espada , sino
ue fue todo rompido , y la metió quatro
edos dentro del pecho al sobervio Mahan-
lon ; y como lo cogió ya desangrado de la
que le salia de la herida del muslo , no tuvo
uerzas para poder pelear mas ; y asi cayó
le espaldas , saliendole mucha sangre de la
erida del pecho , y no cessando de salir por
a del muslo. Asi como Don Alonso vió
aído à su contrario , arremetió à él para
ortarle la cabeza , y poniendole la rodilla
n los pechos , vió que estaba espirando , y
si no le quiso herir mas ; y levantandose
lió en su corazon infinitas gracias à Dios
or la merced que le havia hecho , y apre-
andose la herida de la cabeza con el tur-
ante , se atajó la sangre , y mirando por su
avallo le vió muerto , y fue à coger el ca-
allo de Mahandon , y subiendo en él , se fue
donde estaba Don Juan Chacon , el qual le
brazó , dandole el parabien del vencimien-
to.

to. A este punto los añafiles, y dulzainas de parte de la Reyna sonaron con grande alegria, la qual causaba tristeza à los Zegries. Cessando la musica, miraron la Batalla que los quatro Cavalleros hacian, que era muy sangrienta. Don Manuel Ponce de Leon, y Alí Hamete Zegri, hacian su Batalla à pié, respecto que sus cavallos se les havian cansado, y no podian concluir su Batalla como querian, y andaban muy listos, procurando cada uno herir al otro por donde mejor podian, despedazandose las armas, y la carne con los duros filos de la espada, y cimitarra, que la sangre daba de ellos verdadero testimonio. Don Manuel tenia dos heridas, y el Moro cinco; pero no por esso se vió en él falta de animo, ni de fuerzas, y andaba con tanto ardid, intentando por donde podria herir à su enemigo, y quedarse él reservado haciendo muchos acometimientos, pero Don Manuel le iba contra todas las malicias, porque ya le conocia el modo de pelear; el qual como vió que Don Juan, y Don Alonso havian vencido à sus contrarios, y el Alcayde de los Donceles andaba con el suyo muy rebuelto, y en punto de traerle à aquel extremo, cobró grande ira, como no concluía con su enemigo; y llegandose cerca dél le

e dió un golpe tan terrible en la cabeza, que aunque acudió à reparar con la adarga, no importó el todo, sino alguna parte, y asi fue rota, y el fino casco, y herida la cabeza muy mal, y le quitó el sentido, y sin él dió de manos en tierra, sin poderse valer; mas bolviendo en sí, temiendose de su contrario, y de que no fuesse causa aquella flaqueza paraque su contrario se gloriasse en conseguir la victoria, sacando fuerzas de flaqueza se levantó, procurando la venganza de la ofensa recibida, y levantando su cimitarra, dió un desatinado, y fuerte gol pe en un ombro à Don Manuel, y no hizo herida; pero la vida le costo el golpe al Moro, porque Don Manuel le dió otra herida junto à la que tenia en la cabeza, que desatinado cayó en tierra derramando mucha sangre, y luego murió. Los añafiles de parte de la Reyna tocaron con mucha alegria por el buen succésso. Don Manuel subió en su cavallo, y se fue adonde estaban Don Alonso, y Don Juan; los quales le recibieron muy alegramente, diciendo: Gloria à Dios, que os ha escapado de las manos de aquel cruel pagano. Qùien en esta ocasion mirára la hermosa Reyna Sultana, conociera claramente en su bello rostro la grande alegria

que

que en su corazon tenia, viendo que se iban aniquilando sus enemigos, de lo qual à ella se le havia de seguir su libertad, y dixoles à Zelima, y à Esperanza de Hita: Sabeis que veo, que si Don Juan Chacon tiene fama de valiente Cavallero, y lo es, que los otros compañeros no lo son menos que èl, pues con tan sobrado esfuerzo han vencido los mas valientes Cavalleros del Reyno de Granada. Esperanza respondió: No dixe à Vuestra Alteza, que Don Juan tenia muy principales amigos? Mira si ha salido verdad lo que yo dixe. Dexemos estár esso, (dixo Zelima) no lo entiendan los Jueces, y veamos el fin del Cavallero que queda, que yo entiendo que no tendrá menor poder que los tres vencedores, y mirando la Batalla, vieron como andaba muy rebuelto, y encendido en la pelea, y aunque estaba herido, y cansado, no vió en él punto de cobardía, ni imaginacion. El valeroso Moro proseguia la Batalla con gran valor, y rabia, viendo muerto à su primohermano, y à los dos Gomeles, y él puesto en el mismo peligro, y asi peleaba como hombre aborrecido, y afrentado, considerando la infamia en que havia incurrido, y mayor por no haver salido con su intencion: y con una furia de lo-

co

co frenetico daba tajos, y rebeses à diestro, y siniestro, y fuera de toda orden, por ver si acertaba à dar alguna herida penetrante, de la qual muriera el contrario, porque ya que él fuera vencido, (como los otros tres de su parte) no quedarán tan triunfantes matando alguno de ellos. Y aunque peleaba con tan gran furor, y braveza, no era menor la del valiente Alcayde de los Donceles, porque estaba muy airado con su enemigo. Y aunque todos sus compañeros havian alcanzado el lauro, y gloria del vencimiento, y estaban ya descansando, al parecer que empezaba de nuevo la Batalla, porque era su enemigo de muy grandes fuerzas, y astucias para pelear. Y considerando que todos le miraban, y que le debian de juzgar por menos que sus compañeros, pues no daba fin à la Batalla: y asi poniendo los ojos ensañados en su contrario, apretò con fuerza las espuelas à su cavallo, arremetiò al Zegri, y lo mismo hizo él; y asi se embistieron luego con una furia increíble, y fue tan recio el encuentro de los Cavalleros, que sin remedio vinieron al suelo, sin poderse herir el uno al otro; pero apenas fueron en tierra quando estuvieron en pie, y se acercaron, hiriendose cruelmente, experimentando

tando cada uno las fuerzas de su contrario contra toda voluntad, porque eran furiosos los golpes que se daban, mostrando cada uno la fortaleza de su brazo, y el animo del corazon; verdad es, que el Moro andaba mas orgulloso, y ligero, y las heridas que daba casi no ofendian, por tener muy buenas armas el valiente Alcayde; pero el golpe que el valeroso Alcayde alcanzaba, rompia, cortaba, y destrozaba tan fuertemente con la fortaleza de su brazo, que no daba golpe con la espada, que no hiciese herida grande, ò pequeña, porque à los agudos filos de su cortadora espada, no havia ninguna resistencia; lo qual visto por el valiente Zegri con una rabia crecida, confiando en sus grandes fuerzas, arremetió al Alcayde, por venir con él à los brazos, el qual se alegró mucho; y asi abrazados comenzaron à luchar dando muchas bueltas, y zancadillas, y haciendo cada uno lo que podia por derribar à su contrario: pero cada qual echaba el resto de sus fuerzas, y trabajaban muy en valde, porque no havia robles tan firmes como ellos. El Zegri era muy grande de cuerpo, y fuerzas, que parecia un jayan, y procuraba levantar de tierra à su contrario, para dar de golpe con él en el suelo; y por mu-

muchas veces que lo intentó, ninguna salió con su pretencion, porque parecia que tenia echadas raíces; de suerte, que por mucha diligencia que hacia el Zegri, era molerse en vano, y reconocido por el Alcayde el mal pensamiento de su contrario, echó mano à un puñal buído, y le dió tres golpes por debaxo del brazo izquierdo, y tales, que el Moro dió dos grandes gritos, sintiendose mal herido de muerte, y sacando una daga, le dió al Alcayde otras dos heridas, mas como era ancha la daga, no pudo falsear las armas mucho, y asi fueron pequeñas. El valiente Alcayde le dió otra muy mala herida en la hijada izquierda, con la qual se acabó de rematar la sangrienta Batalla; porque así como dió la ultima, sin poderse tener se cayó en el suelo, desangrandose por las penetrantes heridas; y al tiempo que el Alcayde vió en tierra su contrario, fue de presto, y le puso una rodilla en los pechos, y enarbolado el invicto brazo, le dixo: Date por vencido, confiesa la verdad luego, y asi no te acabaré de matar. El malvado Zegri viendose tan mal herido y à voluntad del competidor, le respondió, Ya no es menester darme mas heridas de las que tengo, porque esta postrera bastaba para

ra echar del mundo à un tan gran traidor alevoso como yo; y pues me pedis, (vencedor Cavallero) que declare la verdad, yo la diré: Sabrás, que habiendo muerto algunos de mi linage los del Vando Abencerrage, y à otros afrentado, y que valian tanto con los Reyes, y que no nos podiamos vengar de ellos, ordené yo que fuesen perseguidos los Cavalleros Abencerrages, y por mi traicion fueron muertos sin culpa: la Reyna no debe cosa alguna de lo que yo le levanté acerca del adulterio de que fue acusada; esta es la verdad, llegado he á punto de decirla, y no hay otra cosa sino lo que he dicho; de todo lo qual estoy muy arrepentido por haver visto las desgracias, y muertes que han sucedido, y por la afrenta en que se ha visto la Reyna, no siendo culpada en ninguna cosa. Todo lo que el traidor Zegri decia estaban oyendolo muchos Cavalleros, asi del Vando de la Reyna, como de los Zegries; y para mas justificar la causa de la Reyna, llamaron à los Jueces, paraque les constase de lo que el Zegri decia. Luego llegó el valeroso Muza, y los dos Jueces, que estaban en el cadahalso baxaron, y entraron en el palenque, bolvió á referir el Zegri lo dicho, y luego espiró. A momen-

omento tocaron con grande alegria mu-
as chirimias, y dulzaynas, y otros instru-
entos musicos, por la victoria tan impor-
nte que havian conseguido aquellos Ca-
lleros estrangeros de los naturales traydo-
s, y como por ella se havia sabido la ver-
d, restituída su honra à la casta, é inocen-
Reyna. A una parte se oían las musicas, y
ande alegria, y à otra lloros, tristezas, y
tos que daban las mugeres, y deudos de
traydores muertos. Los Cavalleros vence-
es fueron sacados del campo con grande
ra, hecha por la mayor parte de los Ca-
leros, que eran del Vando de la Reyna.
s victoriosos Cavalleros llegaron à la Rey-
, (que ya estaba dentro de la Litera en
havia venido) y le preguntaron si ha-
otra cosa que hacer en aquel negocio,
n otro qualquiera que fuese de su gus-
ò necesidad. La Reyna dixo, que para
satisfaccion entera de su honra, bastaba
ue havian hecho; y que recibiria mu-
contento en que se quisiesen ir con
, para ser curados de sus heridas. Los
alleros acceptaron el ruego de la Reyna,
si salieron de la Plaza, llevando la mu-
de añafiles delante con mucho conten-
y alegria. Todo lo qual era al contrario
 en

en los mal intencionados Zegries, y Gomeles, porque con tristes llantos sacaron del palenque los despedazados cuerpos de sus Parientes, y estuvieron determinados de romper con su contrario Vando, y procurar dár muerte à los Estrangeros vencedores; no se determinaron por entonces, porque de alli adelante huvo entre ellos Vandos mayores, que hasta entonces havian tenido, como adelante diremos. Los Christianos Cavalleros llegaron á la posada de Reyna, y todos los demás Cavalleros, y los vencedores fuéron curados con gran diligencia de Cirujanos, y ellos pusieron sus armas junto à sí, por si algo sucediese; aquella noche, despues de haver cenado la Reyna, Zelima, y Esperanza fueron á visitar á los quatro Cavalleros Christianos, y despues de haver hablado de los trabajos que se havia visto aquella Ciudad, y de la muerte injusta de los Abencerrages; la Reyna se llegó un poco mas al lecho de Don Juan, y sentandose, le dixo: El alto, poderoso Jesu-Christo, y su bendita Madre, que le parió sin dolor, quedando Virgen por Divino Misterio, os dé salud entera, y vida larga, y os pague la buena obra que à esta triste Reyna haveys hecho, haviendome

bra-

rado de una muerte tan infame, y afrento-
; mas fue la voluntad de Dios de librar-
e, y que vos fuesedes el instrumento de
i libertad; y asi os quedo obligada mien-
as la vida me duráre, la qual gastaré en
uestro servicio; deseo verme ya Christia-
, para servir à Dios, y à su Santisima Ma-
re, y à vos: y creedme, que la mayor par-
de los Cavalleros desta Ciudad están deseo-
s de verse ya Christianos; y no aguardan
no que el Rey Don Fernando comience la
uerra; y está asi concertado desde que se
eron los Cavalleros Abencerrages; por
nto, asi como llegueys, dad orden con
uestro Rey que ponga en execucion la
uerra contra este Reyno; y os ruego, que
e digays quien son estos tres Cavalleros à
uien soy obligada, porque sepa à quien he
servir. Excelente Señora (dixo Don Juan)
s Cavalleros que à mi me han hecho mer-
d, y à vos servicios, son Don Alonso
Aguilar, Señor de la casa de Aguilar,
el otro Don Manuel Ponce de Leon, y
otro Don Diego Fernandez de Cordova,
avalleros de grande estima, que ya ten-
eys noticia dellos. Sí tengo, (respondió la
eyna) que muchas veces han entrado en
Vega, y han hecho cavalgadas de gana-

 dos,

dos, y buenas presas, y son conocidos po
sus hechos, y nombres, aunque ahora n
han sido conocidos por el disimulado trag
Turquesco, que ha sido buen pensamient
y pues ellos son de tan gran valor, será just
que les hable, y dé las gracias del bien qu
por su causa ha redundado; y diciendo esto
la Reyna Sultana, fue adonde estaban lo
Cavalleros, y à cada uno de por sí les di
muchas gracias por el favor que le havia
hecho, y que confiaba en Dios, que algu
dia les serviria en algo. El Alcayde de lo
Donceles respondió en nombre de todos
Vuestra Alteza le dé esas gracias al Seño
Don Juan, que nosotros poco es lo que ha
vemos hecho, segun lo mucho que desea
bamos servir. Muchas mercedes, Señore
Cavalleros, por el nuevo ofrecimiento, es
es para mas obligarme à serviros, y reagra
bar la deuda tan grande que os tengo. Dio
os pague lo que haveys hecho por mi, y d
vida, paraque pueda pagar algo de lo mu
cho que os debo; y porque parece que e
hora de reposar, id à descansar, que yo m
quiero rocoger, para dar orden à lo qu
conviene para vuestro regalo. Con esto s
fue la Reyna, y habló con su Tio Moracie
y le dixo, que estaba recelosa de que no v
nie-

esen à tomar venganza los Zegries, y Go-
eles en los quatro Cavalleros, por la
uerte de los quatro traydores, que pu-
ese algun remedio; y pareciendole buen
nsejo, fue à dar parte dello à Muza, el
ual puso cien Cavalleros de guarda de la
sa, y calle, los quales estuvieron toda la
che con grande cuydado. Fue muy acer-
do el parecer de la Reyna, porque los Ze-
ies, y Gomeles tenian concertado de cer-
r la casa, y dar muerte violenta à los Ca-
lleros vencedores; y como vieron tanta
iarda, y apercibimiento, y que no podian
lir con su intento, desistieron de su propo-
to, y mas quando supieron que el valero-
Muza havia puesto aquellos Cavalleros,
sintieron de manera, que se les comia el
razon de embidia por vér con las veras
e acudia Muza à los negocios de la Rey-
, y que no se atrevian à irle á la mano,
rque le temian. Venida la mañana, se fue
gente de guarda, y los quatro Cavalleros
terminaron de irse, porque no les he-
ase menos el Rey Don Fernando, y asi
dieron licencia á la Reyna para partirse á
Corte, porque les importaba que no se
piese la ausencia que havian hecho. Pues
mo, Señores (dixo la Reyna) estando tan
las-

lastimados, cansados, y heridos, os querey poner en camino? No tengo de consentir tal. Por ventura os falta alguna cosa, ò l deseays? Ni uno ni otro, (respondió D. Juan Chacon) porque donde está Vuestra Alteza, no hay que desear nada; pero importa irnos, por lo que hemos dicho. Pues que asi es (dixo la Reyna) tornaos à curar, é id vuestro viage con la bendicion de Dios, y por él os ruego que no me olvideys: y suplicad à vuestro Rey, que comience la Guerra contra Granada; porque à todos los que tienen deseo de ser Christianos, se les cumpla. Los Cavalleros se lo prometieron asi. La Reyna mandó llamar à los Cirujanos, y curados se armaron, y despidiendose de la Reyna, de Zelima, y Esperanza, y de Moraíciel, se partieron, quedando llorando la Reyna la ausencia de tan buenos Cavalleros: Muza, Malique, Alabez, y Gazul que supieron que los Cavalleros estrangeros se iban de Granada, los salieron à acompañar con mas de doscientos Moros, mas de media legua la buelta de Malaga. Mas asi como los Moros se despidieron de ellos, tomaron la via de Castilla, y caminaron à gran priesa, y entrando en Tierra de Christianos, supieron como los Reyes Catolicos estaban

en

ı E ija, ellos se fueron á Talavera, y hallan á sus criados que les esperaban, para ue siguiesen la Corte. Alli estuvieron ocho as curandose secretamente, y estando ya ejores, se partieron para Ecija; y en llegando pidieron licencia al Rey Don Ferando para ir à sus Tierras, y se la dió; y lleados ellos, y otros Cavalleros, dieron oren de ganar á Alhama, llevando para ello prevencion conveniente, porque era muy erte; y siendo juntos muchos, y muy prinpales Cavalleros, la cercaron, y combaeron por todas partes. Donde los dexaémos combatiendo, por decir lo que pasó n la Ciudad de Granada en este intermedio; tambien porque á mi no me toca escrivir lo que pasó en esta Guerra de Alhama, porque no hace al intento, y proposito mio.



CA-

CAPITULO XVI.

DE LO QUE PASÓ EN GRANADA, y como se bolvieron á refrescar los Vandos della, y la prision del Rey Mulahazen en Murcia, y de la del Rey Chico en Andalucia, y de otras cosas.

GRande fue la tristeza, y desconsuel que la Reyna Sultana sentia por la ausencia de sus defensores Cavalleros, y d buena voluntad fuera en su compañia, sin que temia el alboroto de la Ciudad, y si s dolor, y tristeza fue grande, mas excesiv fue el de los Zegries, y Gomeles, y los demás de su Vando, por los Cavalleros qu en la cruel Batalla murieron, y porque lo agresores se fueron, sin que dellos se tomase venganza; y asi quedaron indignado á la cruel venganza, porque se sentian mu afrentados por las cosas pasadas; pero co disimulacion aguardaban su ocasion par executar su deseo. Digamos ahora del Rey Chico, el qual como supo la muerte de lo acusadores de su Muger la Reyna, y la confesion, y declaracion que havia hecho e Zegri Mahomet en su disculpa, descubriendo

do la pesima, y horrible maldad, enojado de sí mismo, no sabía que hacerse. Poniasele delante la culpa de su ceguedad, y la muerte tan sin culpa de los nobles Abencerrages, la grande deshonra en que havia puesto á la Reyna, el destierro injusto que hizo cumplir á los Abencerrages, y como por su causa se havian buelto Christianos, á él le aborrecia toda Granada, y como estaban amotinados, y conjurados contra él, y hasta su Padre le procuraba quitar el Reyno, y aun la vida. Imaginando en estas, y otras muchas cosas, venia á perder el juício. Maldecia á los Zegries, y Gomeles, porque le havian dado tan malos consejos, y á él porque los havia recibido; llorando todas estas desventuras, se tenia por el Rey mas desdichado del mundo, y no osaba parecer de verguenza, ò temor; por lo qual no le visitaban los Zegries, y Gomeles. Bien holgára el Reyecilo, que su amada Sultana quisiera bolver á su amistad, mas era imaginacion, porque aunque ella quisiera (quando, y mas que no estaba dese parecer) sus deudos no se la dieran; y con todo eso pidió á Muza, que desenojase á la Reyna, y alcanzase della el perdon, y le dixo quan arrepentido estaba, y que viniese á hacer vida

con

con él. Muza pidió á la Reyna, y à sus Parientes, todo lo que el Rey Chico le havia pedido, y no fue posible alcanzar ninguna cosa de lo que pretendia; y asi se bolvió; y dió al Rey la respuesta que havia dado la Reyna. Con esto el Rey se deshacia de pena; mas consolabase con que havia de procurar traer à su amistad à todos los Cavalleros que pudiese, y à los Ciudadanos, y gente plebeya, y para irse apoderando de la Ciudad, y asi se iba adquiriendo amigos, y à todos les pedia perdon, diciendoles, que havia sido mal aconsejado, y que ya havian pagado su delito los promovedores, y consejeros, que ellos verian la enmienda que tenia de alli adelante, y que lo sucedido le havia de ser escarmiento para mientras viviera, como lo verian, y el tratamiento que haria à sus Vasallos. Y como era heredero forzoso del Reyno, muchos Grandes le obedecian, y casi toda la mas gente comun. Nunca pudo reducir à la obediencia à ninguno de los Almoradies, Marines, Alabeces, Gazules, Vanegas, ni Almoradies, que estos seis linages seguian la parte del Rey Viejo, y la de su hermano el Infante Audalí. En este tiempo el Rey Mulahazen, como hombre valeroso, no haviendo perdido sus

brios,

rios, y braveza de corazon, ordenó de ha-
er una entrada en el Reyno de Murcia, asi
untando mucha gente, prometiendo bue-
ios sueldos à los de à cavallo, y de à pié; se
alió de Granada, llevando consigo dos mil
iombres de à pié, y de à cavallo, y se fue
la Ciudad de Vera, y tomando el camino
le la costa, por dexar à Lorca, y salió à
os Almazarrones, y de alli fue à Murcia,
orrió el campo de Sangonera, cautivando
nucha gente. Don Pedro Fernandez, Ade-
antando del Reyno de Murcia, salió con la
nas gente que pudo à resistir al Moro, que
ndaba corriendo el campo con pujanza, y
encima de las lomas de Azud, dia de San
Francisco, se rompió la Batalla entre Mo-
ros, y Christianos, la qual fue muy san-
grienta, y reñida; mas fue Dios servido (por
ntercesion del Bienaventurado Santo) que
Don Pedro Faxardo con la gente de Mur-
cia, mostrando grandisimo valor, venció à
os Moros, los desbarató, y prendió al Rey.
Viendose desbaratados los Moros, huyen-
do se bolvieron à Granada, donde se supo la
prision del Rey Mulahazen, y pérdida de
todo su campo; lo qual lo sintió toda la
Ciudad, sino fue el Infante Andalí, que se
holgó mucho de la prision del Rey su her-

ma-

mano, porque por allí entendió alzarse con el Reyno, y asi escrivió al Adelantado Don Pedro que le hiciese merced de tener al Rey su hermano preso hasta que muriese, y que por ello le daria las Villas de Velez el Blanco, y el Rubio, y Xiquena, y Tirieza; mas el Adelantado considerando la traícion que el Infante queria hacer, no quiso aceptar su oferta, antes dexó ir al Rey, y á los que con él fueron Cautivos; el qual como llegó á Granada, halló á su hermano apoderado del Alhambra, diciendo, que su hermano se la havia dexado en guarda. Mulahazen enojado desto, y mas por la traícion que le quiso hacer, se retiró en el Albaicin, adonde él, y su muger estuvieron muchos dias. La Madre de Mulahazen vieja de ochenta años, haviendo visto la liberalidad de Adelantado, le embió diez mil doblas, el qual no las quiso recibir, sino le embió á decir, que se las diese á su hijo paraque hiciese Guerra á su hermano. Visto, que no havia querido recibir los dineros, le embió ciertas joyas muy ricas, y doce poderosos cavallos enjaezados; todo lo qual recibió Don Pedro Faxardo. A pocos dias se bolvieron al Alhambra; porque su hermano se la dexó libre, entendiendo que el Rey no sabía nada

de

de las cartas que le havia embiado à Don Pedro Faxardo. Mulahazen disimuló aquel negocio, y lo guardó para su tiempo, mas indignado contra su hermano, y contra los que le fueron favorables; y todavia le dexó la administracion del govierno. A este Mulahazen le llamaron el Zagal, y Guadali: mas su nombre proprio era el de Mulahazen. Esta Batalla, y prision de Mulahazen escrivió el Moro Coronista de este libro; y yo doy fee, que en la Iglesia Mayor de Murcia, en la Capilla de los Marqueses de los Velez, hay una tabla encima del sepulcro de Don Pedro Faxardo, en la qual se cuénta el succeso desta Batalla. Bolviendo à nuestro proposito, el Rey Mulahazen muy enojado por lo que el Governador su hermano havia hecho, hizo en vida su testamento, diciendo, que en fin de sus dias fuese su hijo heredero del Reyno, y que hechase de él al Infante su hermano, si acaso pretendiese el Reyno, y le persiguiese á él, y à los de su Vandó. Esto decia, porque seguian al Infante Audalí muchos Cavalleros Almoradíes, y Marines, los quales sustentaban la parte del Infante. Por este testamento huvo en Granada muchos alborotos; y entre sus Ciudadanos Guerras Civiles, como despues se dirá.

dira. Pues estando el Rey Mulahazen en el Alhambra, y Granada como solia debaxo de la governacion de dos Reyes, y un Governador, no por eso dexaban los Almoradies de buscar modos, y maneras, paraque totalmente el Rey Chico fuese privado de Reyno: mas no podian hallar ninguna comodidad que buena fuese, respecto que los Zegries, y Gomeles estaban de su parte, con otros muchos Cavalleros que reconocian, que aquel era heredero del Reyno: pero no por eso dexaban de buscar mil ocasiones, Tio contra Sobrino, y Sobrino contra Tio; pero como el Rey Chico estaba odiado de los mas principales Cavalleros, no pudo salir por entonces con su intencion en nada, ni pudo expeler à su Tio del cargo que tenia, y asi aguardaba tiempo para executar su intencion: y por alegrarse un dia, se paseaba por la Ciudad, con otros principales Cavalleros, por dár alivio à sus penas, rodeado de sus Zegries, y Gomeles, y le vino una triste nueva, como los Christianos havian ganado la Ciudad de Alhama, con la qual embaxada huviera el Rey de perder el seso; asi por perder aquella Ciudad, como por el peligro que tenia Granada, de ser cada dia corrida de

Chris-

Christianos. Y tanto fue su atrevimiento, que al mensagero que traxo la nueva, le mandó, matar, y subiendose al Alhambra, lloró la pérdida de su Ciudad, y mandó tocar sus añafiles, y trompetas de Guerra, paraque se juntase toda la gente, y fuesen al socorro de la Ciudad de Alhama. La gente de Guerra se juntó al belicoso son de las trompetas. Y preguntandole al Rey para qué los mandaba juntar? Respondió, que para socorrer à Alhama, que la havian ganado los Christianos. Entonces un Alfaqui viejo le dixo: Por cierto que te emplea bien toda tu desventura, y haver perdido à Alhama, y merecias perder todo el Reyno, pues mataste à los Cavalleros Abencerrages, y à los que quedaban mandaste desterrar de tu Reyno, por lo qual se bolvieron Christianos, y ellos son los que te hacen Guerra. Acogiste à los Zegries que eran de Cordoba, y te has fiado dellos: pues ahora vé al socorro de Alhama, y dí à los Zegries que te favorescan en semejante desventura que esta. Por esta embaxada que al Rey Chico le vino de la pérdida de Alhama, y por lo que este Moro Alfaqui le dixo por la muerte de los Abencerrages, se dixo aquel Romance antiguo tan doloroso para el

Rey,

Rey, que dice en Arabigo, y en Romance de esta manera:

PAseabase el Rey Moro
por la Ciudad de Granada
desde la Puerta de Elvira,
hasta la de Bibarrambla.
Ay de mi Alhama!
Cartas le fueron venidas
que Alhama era ganada,
las cartas hechó en el suelo,
y al Mensagero matára.
Ay de mi Alhama!
Descavalga de una mula,
y en un cavallo cavalga,
por el Zacatin arriba
subido se havia al Alhambra.
Ay de mi Alhama!
Como en el Alhambra estuvo,
al mismo punto mandaba,
que se toquen las trompetas,
los añafiles de plata;
Ay de mi Alhama!
Y que las caxas de Guerra
apriesa toquen al arma,
porque lo oygan sus Moriscos
los de la Vega, y Granada,
Ay de mi Alhama!

Los

Los Moros que el son oyeron,
que al sangriento Marte llama,
uno à uno, y dos à dos
juntado se han gran Batalla,
Ay de mi Alhama!
Asi habló un Moro viejo,
de esta manera hablára:
Para qué nos llamas Rey?
Para qué es esta llamada?
Ay de mi Alhama!
Haveys de saber amigos
una nueva desdichada,
que Christianos de braveza
ya nos han ganado Alhama,
Ay de mi Alhama!
Alli habló un Alfaqui
de barba crecida, y cana.
Bien se te emplea buen Rey,
buen Rey bien se te empleaba.
Ay de mi Alhama!
Mataste los Abencerrages,
que eran la flor de Granada.
Cogiste los tornadizos,
de Cordova la nombrada.
Ay de mi Alhama!
Por eso mereces Rey
una pena muy doblada,
que te pierdas tu, y el Reyno,

y que se pierda Granada.
Ay de mi Alhama !

Este Romance se hizo en Arabigo, e aquella ocasion de la pérdida de Alham el qual era en aquella lengua muy doloros y tanto, que vino à vedarse en Granad que no se cantase, porque cada vez que s cantaba provocaba à llanto, y dolor, aur que despues se cantó en la lengua Castell na, de la misma manera, que decia:

POR la Ciudad de Granada
el Rey Moro se pasea,
desde la Puerta de Elvira
llegaba à la Plaza Nueva.
Cartas le fueron venidas,
que le dán muy mala nueva,
que se havia ganado Alhama
con Batalla, y gran pelea.
El Rey con aquestas cartas
grande enojo recibiera,
al Moro que se las traxo
mandó cortar la cabeza.
Las cartas hizo pedazos
con la saña que le ciega,
descavalga de una Mula,
y cavalga en una Yegua.

Por la calle del Zacatin
al Alhambra se subiera,
trompetas mandó tocar,
y las caxas de pelea,
porque le oyeran lós Moros
de Granada, y de la Vega,
uno à uno, dos à dos
gran esquadron se hiciera.
Quando los tuviera juntos,
un Moro alli le dixera:
Para qué nos llamais Rey
con trompeta, y caxa de Guerra?
Havreis de saber amigos,
que tengo una mala nueva,
que la mi Ciudad de Alhama
ya del Rey Fernando era.
Los Christianos la ganaron
con muy crecida pelea.
Allí habló un Alfaqui,
desta suerte le dixera:
Bien se te emplea buen Rey,
buen Rey bien se te emplea,
mataste á los Abencerrages,
que eran la flor de la tierra.
Acogiste los tornadizos,
que de Cordova vinieran,
y me parece buen Rey,
que todo el Reyno se pierde,

y que se pierde Granada,
y que te pierdes con ella.

Bolviendo al caso, asi como el Rey juntó gran copia de gente, al punto salió de Granada para ir á socorrer á Alhama, imaginando que la havia de remediar: mas su cuidado fue en vano, porque quando llegó á Alhama, ya los Christianos estaban apoderados de la Ciudad, y del Castillo, y de todas sus Torres, y Fortalezas; mas con todo eso huvo una grande escaramuza, y murieron mas de treinta Zegries á manos de los Christianos Abencerrages, que alli havia mas de cinquenta, que estaban á orden del Marqués de Cadiz. Finalmente, por el gran valor de los Cavalleros Christianos fueron desbaratados los Moros: lo qual visto por el Rey de Granada, se volvió sin hacer cosa de provecho. Asi como llegó á Granada, bolvió sobre Alhama, y una noche secretamente hizo echar escalas, y entraron dentro algunos Moros; y asi como fueron sentidos de los Christianos, tocaron al arma, y pelearon con los Moros que havian entrado, y los mataron, y se pusieron á la defensa. Y viendo el Rey que trabajaban en vano, se bolvió muy triste, y embió por el Acay-

rde de Alhama, para degollarle, que se
via retirado à Loxa, en Casa del Alcayde
aquella Fuerza. Los Mensageros del Rey
resentando los recaudos que llevaban para
enderle) fue preso, y le dixeron como
mandaban cortar la cabeza, y llevarla á
anada, y ponerla encima de las Puertas
Alhambra, porque fuese á él castigo, y
tros temor, pues havia perdído una Fuer-
tan importante: y siendo preso, dixo el
cayde, que él no tenia culpa de aquella
dida, que el Rey le havia dado licencia
a ir á Antequera á bodas de una herma-
suya, que el Alcayde Rodrigo de Nar-
z la casaba con un Cavallero, que ocho
s le havia dado de termino, mas de los
havia pedido, y que á él le pesaba mu-
de la pérdida de Alhama; porque si el
y la perdía, él havia perdído á sus hijos,
ger, y hacienda. No bastó esta disculpa
dió el Alcayde; y asi le llevaron á Gra-
la, y le cortaron la cabeza; y por eso
hizo el Romance siguiente.

MOro Alcayde, Moro Alcayde,
el de la belluda barba,
el Rey te manda prender
por la pérdida de Alhama,

Y cortarte la cabeza,
y ponerla en el Alhambra,
porque á ti sea castigo,
y otros tiemblen en mirarla,
Pues perdiste la Tenencia
de una Ciudad tan preciada.
El Alcayde respondia,
desta manera les habla:
Cavalleros, y hombres buenos,
los que regís á Granada,
decid de mi parte al Rey,
como no le debo nada.
Yo me estaba en Antequera,
en bodas de una mi hermana,
mal fuego queme las bodas,
y quien á ellas me llamára.
El Rey me dió licencia,
que yo no me la tomára,
pedíla por quince dias,
diómela por tres semanas.
De haverse Alhama perdido,
á mi pesa en el alma
que si el Rey perdió su Tierra,
yo perdí mi honra, y fama:
Perdí hijos, y Muger,
las cosas que mas amaba,
perdí una hija doncella,
que era la flor de Granada.

El

El que la tiene cautiva,
Marqués de Cadiz se llama:
cien doblas le doy por ella,
no me las estima en nada.
La respuesta que me han dado
es que mi hija es Christiana,
y por nombre la havian puesto
Doña Maria de Alhama.
El nombre que ella tenia,
Mora Fatima se llamaba.
Diciendo esto el Alcayde,
lo llevaron á Granada:
Y siendo puesto ante el Rey,
la sentencia le fue dada,
que le corten la cabeza,
y la lleven el Alhambra:
executóse justicia,
asi como el Rey lo manda.

Pues haviendose hecho esta justicia del Alcayde de Alhama, se comenzó á tratar entre todos los Cavalleros, que el Tio del Rey saliese con gente de su Vando á tomar venganza de la pérdida de Alhama, ò á buscar otras ocasiones para vengarse de los Christianos; á lo que el otro respondia, que harto hacia en guardar la Ciudad, y tenerla en paz; y que por esta causa no salia

el

él, ni los de su Vando de ella. Tratando en estas cosas los Cavalleros que estaban à la obediencia del hijo, que de ley, y de razon al hijo se debia, y no à su hermano: y como esto se considerase, los mas linages le dieron la obediencia al Rey Chico, asi como Gazules, Almoradines, Vanegas, Alabezes, y los de este Vando, que eran enemigos de los Zegries, no atendiendo à enemistades pasadas, pudiendo mas la razon que el rencor; y pudiendo mas la nobleza que la malicia. De suerte, que con el Tio del Rey Chico, no quedaron sino Almoradies, y Marines, y algunos Cavalleros, y gente Ciudadana. Pues todos estos (como havemos dicho) decian que el Infante Audalí saliese à buscar algunas ocasiones contra Christianos; de suerte, que se vengase la toma de Alhama, y que no estuviese arrinconado como hombre inutil, pues pretendia tener Cetro, y Corona. A esto respondió el Infante, que él queria guardar à Granada, que era de mas importancia que ir à buscar Christianos; lo mismo decian los Almoradines, y Marines; y diciendo palabras, y respondiendo à ellas acerca de esto, Malique Alabez lleno de colera les dixo, que eran cobardes, y ruínes, y no hacian à ley

de

e Cavalleros en no salir à buscar Christia-
os con quien pelear, y querer por fuerza
acer Rey à quien no lo merecia por su per-
ona, ni porque le venia de derecho. Los
Almoradines oyendo estas palabras, pusie-
on manos á las armas contra los Alabezes,
ellos tambien. Los Gazules no se holga-
on de este acometimiento, y asi pusieron
nano á la armas, y dieron en los Almora-
ies, y Marines; de suerte, que en poco
iempo mataron mas de treinta de ellos, y
os Almoradies mataron muchos Gazules,
Alabezes. De tal manera se rebolvieron
os Vandos que se ardia Granada, y se der-
amaba mucha sangre de ambas partes; mas
iempre llevaban lo peor los Almoradies, y
Marines, aunque tenian de su parte gran co-
ia de la gente comun, y otros linages de
Cavalleros; y tan mal les fue que se huvie-
on de retirar todos al Albaicin. Los dos
Reyes salieron cada uno á favorecer su par-
e, y si no fuera por los Alfaquies, y por
muchos Señores que se pusieron de por me-
io, perecieran, y las Damas asiendose á los
Maridos, y otros á sus hermanos, y deudos;
tambien porque Muza con mucha gente
e á cavallo, fue apaciguando la penden-
ia, y no sabia contra quien fuese, porque
el

el Rey Chico era su hermano, y el Infante su Tio; pero considerando, que derechamente era el Reyno de su hermano, era mas de su Vando. Acabada esta pasion, y Civil Guerra, el Alfaqui, ò Morativo hizo en la Plaza nueva un razonamiento, ò sermon que decia asi:

COntra vuestras entrañas Granadinos,
moveis las armas con violencia,
no sé qual furia os mueve á cosas tales,
dexais de pelear con los Christianos,
y defender las fuerzas deste Reyno,
y derramais la sangre vuestra?
Atroz en sumo grado disparate.
No veis, ilustres gentes, que vais fuera
de toda la razon, y de proposito,
y no guardais los ritos, y leyes
de Mahoma, Profeta, y mensagero
de Dios, que os encargó bien de todos
aquellos que guardasen sus escritos?
Por qué, pues, lo haceis tan malamente?
Por qué contra vosotros haceis guerra,
moviendo las beligeras espadas,
que ya de derramar humor sangriento
de vuestra misma Patria, se han cansado?
Mirad todas las calles, y las plazas,
que es testimonio dello, quan sangrientas
están,

están, y quantos cuerpos destrozados
havemos enterrado cada dia
que casi ya de los Varones mas ilustres
ninguno queda en pie para que pueda
tomar honoroso cargo de milicia.
No veis que destas cosas semejantes,
y destas insolentes desventuras,
se están bañando en agua de mil flores
el Christianismo Vando, y se regala
con gloria que su animo se asienta,
por vuestra discordia, y vuestros males,
que son inmensos, graves, y pesados?
Bolved por Mahoma las armas fieras
con furia á los pendones Christianos:
mirad que vuestra tierra se consume,
y que Granada no es quien solia,
y se vá de todo punto ya perdiendo.
Parece que ya veo que sus muros
están atropellados, y deshechos,
y aportillados todos en dos partes.
Bolved sobre vosotros, no deis causa
con vuestra guerra atroz, que vuestra Alham-
se vea de Christianos oprimida, bra
y sus doradas Torres por el suelo,
y sus costosos Baños derribados,
que están de marmol blanco fabricados,
adonde vuestros Reyes se recrean.
Mirad que el estandarte antiguo de Oro,
que

que de Africa pasó con tal victoria,
no venga à ser despojo de Fernando,
que con orgullo inmenso lo procura.
Juntáos, no andeis divisos en tal tiempo,
que si divisos vais, sereis perdidos;
porque un Pueblo diviso facilmente
se pierde, se arruína, y se atropella.
Con esto que os he dicho, me parece
que os basta reducir en amicicia:
no quiero ser prolixo, sino al punto
bolved contra el Christiano vuestras armas,
y haya entre vosotros paz inmensa;
pues lo dexó encargado Mahometo.

Estas, y otras cosas, dixo el Alfaquí, lo qual fuè causa paraque el furor del amotinado Pueblo cesase, y se reconociese en amistad, y union, y asi se hizo un crecido esquadron de gente de à cavallo, y de à pie; el qual como el Rey Chico viese con tan grande volnntad ir à pelear contra los Christianos, propuestos todos de morir, ò vengar la pérdida de Alhama, salió de Granada con aquel esquadron, yendo de acuerdo de no detenerse hasta entrar bien dentro de la Andalucia, y hacer una gran cavalgada, ò rendir algun Lugar de Christianos, y con este proposito marcharon hasta llegar legua

y media de Lucena, donde el Rey mandó hacer de toda la gente tres Batallones, el uno tomó à su cargo, y el otro dió à un Alguacil mayor, y el otro à un Capitán de Loxa, llamado Aliatar, y todos corrieron la Tierra, è hicieron una gran presa. Esta correduria de los Moros se supo en Lucena, Baena, y Cabra, y asi salió el Conde de ella, y el valiente Alcayde de los Donceles, con mucha gente á pelear con los Moros, los quales como vieron tal tropel de Christianos, juntaron sus tres Batallones, y pusieron en medio la cavalgada. Los valientes Andaluces dieron en los Moros de tal forma, que aunque se defendieron con gran valor, fueron desbaratados junto al arroyo del Puerto, que otros llaman de Martin Gonzalez, fue preso el Rey de Granada, y otros muchos con él. Los Moros que se escaparon fueron huyendo la buelta de Granada; el Rey fue llevado à Baena, y de alli á Cordova, paraque le viese el Rey Don Fernando. Fueronle embiados Mensageros al Rey Catholico, que tratase de rescate para el Rey Chico; y sobre si rescataria, ò no, huvo muchas diferencias entre los del Consejo, y Grandes de Castilla. Al fin, se acordó de darle libertad, con que fuese Vasallo

del

del Rey Don Fernando, y asi le juró de ser leal, y fiel, con que le diese favor, y ayuda para conquistar algunos Lugares que no le querian obedecer, sino á su Padre. El Rey Don Fernando lo prometió asi, y le dió cartas para todos los Capitanes Christianos que estaban en las fronteras de Granada, paraque le ayudasen en lo que el Rey Chico quisiese; y que á los Moros que quisiesen ir á labrar las tierras fuera de Granada, no se les hiciese perjuicio. Y haviendo asentado, y jurado todo lo dicho, pidió licencia el Rey de Granada al Catholico, y dandosela, y muchos presentes, se fue á su Patria; y asi como su Tio Audalí, y los Cavalleros de Granada supieron el trato que havia hecho el Reyecillo con el Rey Don Fernando, les pareció mal, y realsandose que por esta causa no se perdiese Granada, el Infante Audalí les hizo el siguiente razonamiento:

Claros, Ilustres, y esforzados Cavalleros, que tan injusto odio me teneis, sin razon. Bien sabeis como mi Sobrino fue alzado por Rey de Granada, sin ser muerto mi hermano, y su Padre á pura fuerza, por una causa muy ligera, solo porque degolló quatro Cavalleros Abencerrages, que lo me-

merecian, y por esta le negasteis la obediencia, y alzasteis á su hijo por Rey, contra toda razon. Y mi Sobrino haviendo con vuestro favor degollado treinta Cavalleros Abencerrages sin ninguna culpa, haviendo levantado tal testimonio á su Muger, y Reyna nuestra Señora; por tantos escandalos, y muertes que ha havido en la Ciudad, le teneis obediencia, y le amais, sin mirar que no es digno de ser Rey, pues su Padre es vivo; y sin esto mirad ahora lo que ha concertado con el Rey Don Fernando de Castilla, que le ha de dar gente belica para hacer guerra con ella á los Pueblos que no le han querido obedecer, y siempre han estado en la obediencia de su Padre; y mas le dá al Rey Christiano tantas mil doblas de tributos, despues de haverse perdído él, y los suyos en esta entrada, que ha hecho tan sin causa; ya que Alhama era perdída, no tenia necesidad, sino de reparar las demás Fuerzas, pues Alhama no se podia reparar al presente, la qual por tiempo se pudiera restaurar. Pues considerad ahora Cavalleros, á vosotros digo, Zegries, Gomeles, Mazas, y Vanegas, allegados á mi Sobrino con tanta vehemencia, si ahora metiese gente Christiana, guerra en Granada, qué

espe-

esperanza podiadeis tener, y qué seguridad paraque no se levantasen con la tierra? No veis que los Christianos son gente endiablada, velóz, y belicosa, todos con animos levantados hasta el Cielo, Sino mirad lo de Alhama, como ha sido, quan presto la han atropellado? Pues Alhama gente de guerra tenia dentro para su defensa, mirad como no la defendieron? Pues si entrasen estos en Granada, y tuviesen lugar de ver sus murallas, quien quita que luego no fuese ganada por los Christianos? Abrid, amigos, los ojos, y no deis lugar á mayores males. Mi Sobrino no sea admitido por Rey, pues se ha hecho amigo del Rey Christiano. Mi hermano el Rey, por ser ya viejo, tengo yo el Govierno de la Corona Real: si el muere, y mi Padre fue Rey de Granada, por que no lo seré yo, pues de legitimo derecho me viene, y la razon lo pide? Ahora cada uno responda, y dé su voto á lo que tengo propuesto, y sea la respuesta tocante al bien de nuestro Reyno.

Fueron tan eficaces estas razones, que dixo el Infante Audalí contra su Sobrino, que los Alfaquies, y Cavalleros, especialmente Almoradies, y Marines, fueron de comun acuerdo, que el Rey Chico no fue-

admitido en Granada, y que el Tio fuese
zado por Rey, y entregado en el Alhamra;
lo qual le fue dicho al Rey Mulahazen,
qual agravado de pesadumbre, y males,
lió de su voluntad del Alhambra, y se
posentó en el Alcazaba, junto con su familia;
y su hermano fue apoderado en el
lhambra, con titulo de Rey, aunque cona
la voluntad de los Zegries, Mazas, Goeles,
Gazules, Alabezes, Aldoradines, y
anegas; mas disimularon por ver en que
raban aquellas cosas. El Rey Chico llegó
Granada cargado de joyas, y presentes,
ie el Rey Don Fernando le havia dado.
os de Granada no le quisieron recibir, ni
oger, diciendole, que el Rey Moro, que
cia alianzas, y paces con Christianos, no
via que fiar de él. Visto por el Rey, que
le querian recibir, y sabiendo que su Tio
taba apoderado en el Alhambra, se fue à
Ciudad de Almería (que era tan grande
mo Granada, y de tanto trato, y cabeza
Reyno) donde le recibieron como à su
ey. Desde alli querian à algunos Lugares,
e le diesen la obediencia, ó sino los desuíria.
Los Lugares no se la quisiron dar,
r lo qual les hacia Guerra con Christianos,
y Moros. En esta sazon murió el Rey

Viejo; con cuya muerte se renovaron los Vandos, porque visto el testamento que tenïa hecho en vida, hallaron en él la traícion que su hermano havia intentado contra él, y como dexaba à su hijo por heredero del Reyno, y que fuese obedecido de todos, sino que la maldicion de Mahoma viniese sobre todos ellos. Por esto se comenzaron nuevos escandalos, porque el Reyno le venia al hijo de Mulahazen, y no al Infante. En esto estuvieron muchos dias, en los quales le aconsejaron al Infante, que procurase con diligencia matar à su Sobrino, y muerto reynaria en paz. Admitió este consejo, y determinó de ir à Almería à matarle; y primero escrivió à los Alfaquies de Almería lo que su Sobrino havia tratado con el Rey Don Fernando; de lo qual les pesó, y le embiaron á decir, que ellos le darian entrada secretamente en Almería, que le viniese à prender, ò matar. Vista esta respuesta por el Infante, se partió con secreto llevando algunos Cavalleros consigo; y llegando à Almería, los Alfáquies le entraron secretamente, y cercando la Casa Real procuró, prender, ò matar à su Sobrino; pero oyendo el alboroto, avisaron al Rey Chico, y se escapó huyendo con algunos

de

e los suyos, y se fue á Tierra de Christia-
os. El Infante quedô muy enojado, por
aversele escapado el Sobrino; pero alli en
lmería halló à un muchacho, Sobrino suyo, y hermano del Rey Chico, y le hizo
egollar; porque si el Rey Chico muriera,
udiese él reynar, sin que nadie se lo im-
idiere. Pasado esto, se bolvió á Granada,
onde estuvo apoderado del Alhambra, y
Ciudad, y obedecido por Rey del Reyno
unque no de todo, porque todavia no en-
ndian, que aquel no era su Señor natural.
l Rey Chico se fue adonde estaba el Rey
on Fernando, y la Reyna Doña Isabel, y
s contó todo su negocio, de todo lo qual
esó mucho á los Catholicos Rey, y le
eron carta al Rey Moro, para los Capi-
nes de las fronteras del Reyno de Grana-
, especialmente para Benavides, que es-
ba en Lorca con gente de guarnicion; y
ndole al Rey Moro muy gran cantidad
dinero, y otras cosas de valor, le embió
Velez el Blanco, donde fue bien recibi-
, y los suyos; y asimismo en Velez el
ubio, donde estaba el Alcayde Coro, que
decia Alabez, y en Velez el Blanco esta-
un hermano suyo. Estando aqui el Rey
hico, entraba, y salia en los Reynos de
 Cas-

Castilla, à cosas que le cumplian, donde era de los Christianos favorecido, por mandado del Rey Don Fernando. Y à este tiempo havian ganada los Christianos muchos Lugares de Granada, asi como Ronda, Marbella, y otros Lugares comarcanos; Loxa y su comarca. El Tio del Rey Chico no s aseguraba un punto; porque tenia el Reyn tiranizado, y siempre procuraba la muert del Sobrino, porque no reynase, y pr metia muchas cosas à quien le matase co yervas, ò violentamente, y no faltaron qua tro Moros condiciosos á las promesas, qu le dieron palabra de matar al Rey Chic y para la execucion les embió con cart para su Sobrino, porque no recelase d ello, atento que el Tio le hacia Guerra, ahora como de paz le embiaba aquel Mer sage, con blandas, y cautelosas palabr que decia asi:

AMado Sobrino, no embargante las ca sas de las pasadas Guerras que hav mos tenido por el Reyno, sabiendo ya que v daderamente es vuestro, por una clausula Testamento de mi hermano, donde dice q vos sois heredero de él; y asi he acordado, q sereys entregado en él, y le reciboys deba de

le vuestro amparo, como Rey, y Señor de el, landome el Lugar en que esté con renta para pasar mi vida que con esto vivirè contento, y à vuestro mandato; y mirad que os lo requiero de parte de Dios todo poderoso, y de Mahoma, porque el Reyno de Granada se vá perdiendo, sin que en nada haya reparo; Por tanto, mis recaudos, vos venid á Granada muy seguro como Rey, y Señor della. De todo lo pasado estoy muy arrepentido, y asi espero perdon de vos, como de mi Señor, y Rey; y mirad que si tenemos division, y Guerras Civiles, el Reyno será perdido, y no viniendo á él, se le entregaré à vuestro hermano Muza, el qual no tiene poco deseo de governar; y si él se apodera en el Reyno, y los Grandes le juramos por Rey, con dificultad será desposeído. Ceso, y de Granada.

Muley Audalí.

Esta carta dió el Infante á quatro Moros valientes, y conjurados, paraque en acabandosela de dar, le matasen, y sino pudiesen buenamente salir con su intento, que se bolviesen. No faltó quien diese aviso de esto al Rey Chico paraque se guardase. Llegado los Mensageros á Velez el Blanco, preguntaron al Alcayde Alabez por el Rey. El respondió, que alli estaba, y que era

era lo que querian ? Traemos unos recaudos del Rey su Tio. Alabez dixo : como puede ser su Tio Rey , haviendo legitimo heredero en el Reyno. Eso no sabemos nosotros (respondieron los Mensageros) mas de quanto nos mandó venir con estos recaudos. Pues dadme la carta , que vosotros no podeys entrar á hablar , dixo el Alcayde. No la podemos dar sino en sus manos , respondieron ellos. Pues aguardad aqui , avisaré al Rey , dixo Alabez , y dió aviso al Rey, y dixo, si los dexaria entrar , ò no. El Rey mandó , que los dexase entrar para oír su Mensagero , y mandó á doce Cavalleros Zegries, y Gomeles , que estuviesen prevenidos en su Sala , por si havia alguna traícion. Esto hecho , y el Alcayde alistado de armas , bolvió à los Mensageros, y les dixo , que entrasen; y entrando donde estaba el Rey, y viendole que estaba tan acompañado , disimularon, y alargando la mano el un Mensagero para dale al Rey los despachos , se los quitó el Alcayde , y se los diò al Rey , y abriendo la carta , la leyò, y como estaba avisado de la traícion , mandò luego que prendiesen á los Mensageros , y dandoles tormento , confesaron la verdad , y fueron sentenciados á muerte , y los ahorcaron de las almenas de

Cas-

Castilla; y el Rey Chico respondiò á su Tio
n una carta lo siguiente.

EL muy poderoso Dios, Criador del Cielo, y Tierra, no quiere que las maldades de los hombres estén ocultas, sino que odas sean patentes, como ahora ha hecho, n haver descubierto tu maldad. Recibi tu carta, mas llena de engaños, que el cavallo de os Griegos. Ahora me prometes amistad, que stás harto de perseguirme matando á mis familiares, y Cavalleros que me seguian. Trayo por testigo desto à los de Almería, que lo aben, y mi inocente hermano que degollase; no sé por qual razon hiciste tal crueldad; as yo confio en Dios, que algun dia me lo agáras con tu cabeza, y los de Almería no uedaran sin castigo; el Reyno que tienes era e mi Padre, y de derecho es mio: quereysme odos mal, porque trato con Christianos; bien abeis, que por comunicar con ellos, labran os Moros sus tierras tratan con sus mercaurias, seguramente, lo qual no hacen estano debaxo de tu dominio, contra toda razon. lvisote, que algun dia he de estar sobre tu abeza, y me pagáras la traicion que contra i Padre cometiste, y la que á mi ahora queias hecer debaxo de tus melosas palabras; ues sabete, que donde tu estás, tengo quien

me

me dá aviso de tus traiciones, embiaste quatro Mensageros, tales como tu, paraque me diesen la muerte, ya pagaron su maldad, y confio que tu pagáras la tuya. Las joyas que me embiaste quemé, recelandome de tus traiciones; no se porque las usas, siendo de linage de Reyes, y teniendote por tal. No mas. De Velez el Blanco.

El Rey de Granada natural.

Esta carta escrita, la embió à Granada con otra que iba para Muza, y él se la dió á su Tio, el qual como supo que los Mensageros que él embió para matar á su Sobrino, los havia ahorcado, haviendo confesado la traicion, se halló muy confuso; mas dissimulando, andaba cuidadoso, y con recato de su persona. Muza leyó la carta de su hermano, y decia:

NO se amado hermano, como tu valor consiente, que un tirano sin razon, ni ley, tenga usurpado el Reyno de nuestro Padre y Abuelos, y que me persiga, y tenga desterrado de lo que es mio. Si están mal conmigo los Almoradies y Marines, por la muerte de los Abencerrages quien fue la causa dello pagó su culpa, yo como Rey usaba justicia. Si siendo Cautivo traté amistad con Christianos, fue por mi libertad, y por el

bien

bien de Granada; porque con el favor dellos las tierras se labran. Poco hacia al caso pagar al Rey tributo, dexando nuestro Reyno en Paz. Ahora veo que vá peor, teniendo Granada otro Rey, porque los Christianos se van apoderando del Reyno à mas andar, y ensanchando el suyo. Por Alá te ruego, que pues tu valor es para todo bastante, que tomes á tu cargo mi defensa; pues es honra ad ambos, y considera la ambicion de ese tirano, pues derramó la sangre de nuestro inocente hermano. Dame aviso de todo. De Velez el Blanco.

Tu hermano el Rey.

Asi como Muza leyó la carta de su hermano, se indignó mucho contra su Tio, especialmente por la muerte de su tierno hermano, y asi luego enseñó la carta á sus amigos los Cavalleros, Alabeces, Aldoradines, Gazules, Vanegas, Zegries, Gomelés, y Mazas, porque eran amigos de su hermano; y haviendo visto por ellos la disculpa que daba de la muerte de los Abencerrages, y el arrepentimiento que mostraba del testimonio levantado á la Reyna, acordaron entre todos los Cavalleros de escrivir al Rey Chico que viniese á Granada con secreto,

y que viniese al Albaicin por la Puerta Fachalanza, y que le darian entrada en la Fortaleza de Bibabolut, antigua morada de los Reyes, y era Alcayde de ella Muza. Esta carta fue embiada al Rey Chico, el qual como la leyó, y vió la firma de su hermano Muza, y de algunos Cavalleros, luego se dispuso para ir à Granada, y tambien porque se le iban los Moros que tenia en su guardia, y le quedaban ya pocos: y asi se partió, y llegó una noche muy obscura à la Puerta Fachalanza, con solos quatro de à cavallo, porque los demás se havian quedado apartados un poco atrás; asi como llegó llamó à la Puerta. Las Guardas preguntaron quien era, él dixo: Vuestro Rey soy. Luego le conocieron, y como ya estaban avisados de Muza, que si viniese le diesen franca Puerta, al punto le abrieron, y entró con su gente. En sabiendo Muza su venida, la fue à recibir, y le metió en la Fuerza de le Alcazaba. Aquella noche fue el Rey à casa de algunos Cavalleros los mas principales del Albaicin à decirles su venida, à como era para obrar su Reyno con su ayuda. Todos los Cavalleros le prometieron su favor, y haviendo visitado à los Cavalleros de consideracion, se bolvió à la Alcazaba.

Otro

Otro dia por la mañana se supo por la Ciudad de Granada la venida del Rey Chico, y tomaron las armas para defenderle como à Rey, y no ofenderle como à enemigo. El Rey Viejo su Tio (que estaba en el Alhambra) como supo su venida de su Sobrino el Rey Chico, hizo armar mucha gente de la Ciudad, para pelear contra los del Albaicin, y entre unos, y otros huvo una cruel Batalla, en la qual morian muchos de ambas partes. De la parte del Rey Viejo, eran Almoradines, Marines, Abencerrages, y otros muchos Cavalleros. De la parte del Rey Chico eran Zegries, Gomeles, Mazas, Vanegas, Alabeces, Gazules, Aldoradines, y otros muchos Cavalleros principales. Fue tan reñida aquella refriega, que ninguna de las pasadas le llegó, porque huvo mucha mortandad, y derramamiento de sangre. El valor de Muza (que seguia la parte de su hermano) era causa que los de la Ciudad lo pasasen peor, aunque ya les tenian aportillado el Muro por tres, ò quatro partes, lo qual visto por el Rey Chico, embió à gran priesa à pedir socorro à Don Fadrique, Capitan General, puesto por el Rey Don Fernando, haciendole saber como estaba en el Albaicin en gran peligro, por

que

que su Tio le hacia cruel Guerra. Don Fedrique le socorrió por mandado del Rey Catholicò, y le embió mucha gente de Guerra, todos arcabuceros, y por Capitan de ellas à Hernando Alvarez, Alcayde de Colomera. Con este socorro los Moros se holgaron mucho, porque Don Fadrique lo embió à decir, que peleasen como Varones fuertes por su Rey, que era aquel, y que les daba palabra que seguramente podian salir à la Vega à sembrar, y labrar sus tierras, sin que nadie los enojase. Con este favor tomaron grande animo los Moros, y peleaban como Leones con el ayuda de los Christianos, à los quales no les faltaba nada de lo que havian menester. Estas Batallas duraron cinquenta dias sin cesar de pelear de dia, y de noche; y al fin dellos se retiraron los de la Ciudad con mucha pérdida de su gente, por el valor de los Christianos, y de Muza. El Rey Chico reparó las Murallas, y puso mucha defensa para este seguro. Los Christianos fueron muy bien tratados. Los Moros del Albaicin salian à la Vega, y à sus campos á labrar sus tierras, y nadie los enojaba; lo qual fue causa paraque casi todos siguiesen el Vando del Rey Chico; mas no por eso dexaban las continuas Batallas en-

tre los de la Ciudad, y Albaicin. Los Moros de la Ciudad tenian mas trabajo, porque peleaban con los Christianos de las fronteras, y con los Moros del Albaicin, de suerte, que de continuo tenian Guerra. En este tiempo fue cercada Velez Malaga por el Rey Don Fernando. Los Moros de Velez embiaron à pedir socorro á los de Granada. Los Alfaquies amonestaron, y requirieron al Rey Viejo, que fuese à favorecer á los Moros de Velez: El Rey quando lo supo, se turbó, que nunca imaginó, que los Christianos osarian entrar tan adentro, y temia salir de Granada, recelandose, que en saliendo se alzaria su Sobrino con la Ciudad, y se apoderaria en el Alhambra. Los Alfaquies le daban priesa, diciendo: Dí Muley, de qué Reyno piensas ser Rey, si lo dexas perder? Estas sangrientas armas, que tan sin piedad moveis en vuestro daño aqui en la Ciudad, movedlas contra los enemigos, y no matando los amigos. Estas cosas decian los Alfaquies al Rey, y predicando por las calles, que era muy justo, y conveniente cosa, que Velez-Malaga fuese socorrida. Tanta era la persuasion de los Alfaquies que al fin se determinó de ir à socorrer à Velez-Malaga, y en llegando se puso en lo alto de

una

una sierra, dando muestra de su gente. Los Christianos le acometieron, y no les quiso aguardar, sino se volvió huyendo él, y su gente, y dexaban los campos donde pasaban poblados de muchas armas, por poder huír mas à la ligera. El Rey fue à Almunecar, y de alli à la Ciudad de Almería, y à Guadix. Todos los Moros se bolvieron à Granada, donde sabiendo los Alfaquies, y Cavalleros lo poco que havia hecho el Rey en aquella jornada, y que como cobarde havia huído, llamaron al Rey Chico, y le entregaron la Alambra, y le alzaron por su Rey, à pesar de los Cavalleros Almoradies, y Marines, y de los demás de su Vando, que eran muchos; aunque es verdad, que los de la parte del Rey Chico eran mas, y todos muy principales. Haviendo entregado al Rey Chico la Alhambra, y todas las demás Fuerzas, en las quales puso gente de confianza. Los Moros le suplicaron pidiese al Rey Don Fernando seguro, para que la Vega se sembrase: y asi se le embió á suplicar, y que todos los Lugares de Moros (que estaban fronteros de los Lugares de Christianos) que le obedeciesen à él, y no à su Tio, y que para ello les daria seguro que pudiesen sembrar, y tratar en Granada li-

libremente, Todo lo qual le otorgaron los Reyes Catholicos, por ayudarle, y asi el Rey Christiano escrivió à los Lugares de los Moros, que obedeciesen al Rey Chico, pues era su Rey natural, y no á su Tio, y que él les daba seguro de no hacerles ningun daño, y que pudiesen labrar sus tierras. Los Moros con este seguro lo hicieron asi. Asimismo escrivió el Rey Christiano á todos sus Capitanes de la fronteras, que no hiciesen mal á los Moros fronterizos, lo qual cumplieron, y los Moros andaban muy alegres, y contentos, y dieron la obediencia al Rey Chico. El Rey Chico haviendo hecho todo aquesto, y dado contento á sus Ciudadanos, y Aldeanos, mandó cortar las cabezas à quatro Cavalleros Almoradies, que le havian sido muy contrarios, y con esto cesaron las sangrientas, y Civiles Guerras por entonces. Y porque la intencion del Moro Coronista no fue tratar de la Guerra de Granada, sino de las cosas que pasaron dentro della, y de las Guerras Civiles que en ella huvo, no pongo aqui la Guerra, sino el nombre de los Lugares que se le rindieron tomada la Ciudad de Velez-Malaga, que son estos.

Ben-

Bentomiz.
La Villa de Camares.
Compera.
La Villa de Castillo.
Canillas.
Alcornache.
Canillas de Albaydas.
Xauraca.
Almexia.
Mainete.
Venaquer.
Albomayla.
Benadaliz.
Chimbechillas.
Prudilipe.
Beiros.
Sinetar.
Benicoran.
Casis.
Bucas.
Natija.
Gadalia.
Nararax.
Garbila.
Rubir.
Pitargis.
Lacus.
Alharaba.
Alcuchan.
Alhitanar.
Daimas.
Algorgia.
Morgazon.
Malchachar.
Haxar.
Cotetra.
Alhadaque.
Almedira.
Aprina.
Alatu.

Estos Lugares de la Alpujarra se dieron á los Reyes Catholicos; de todo lo qual les pesaba á los Moros de Granada, teniendo grande recelo de perderse, como los demás Lugares se havian perdido. Pues vengamos ahora al proposito, despues de haver rendido á Velez Malaga, que los pusieron en tan-

anto aprieto, que les faltó el mantenimien-
o y otras municiones de Guerra, de suer-
e, que estaban por darse los Moros de Cua-
lix sabiendo este negocio, lo sintieron mu-
cho, y los Alfaquies rogaron al Rey Viejo
que fuese á socorrer á Malaga, el qúal fue
con mucha gente. El Rey Chico supo este
socorro de su Tio, y mandó juntar mucha
gente de à pie, y de à cavallo, y fue Muza
por Capitan de ellos, paraque les impide-
e el paso, y los desbaratase, y asi lo hizo,
que los aguardó, y salió al encuentro, y
trabaron una cruel batalla, en la qual fue-
ron muertos gran parte de los de Guadix, y
os demás huyeron, y se volvieron á su Tier-
a admirados del valeroso Muza, y de los
uyos. Luego el Rey Chico escrivió al Rey
Don Fernando lo que havia pasado con los
Moros de Guadix, que iban al socorro de
Malaga; de lo qual se alegró el Rey Catho-
co, y se lo agradeció, y le embió un rico
resente, y el Rey Chico embió al Rey Don
Fernando un presente de cavallos riquisi-
amente enjaezados, y á la Reyna embió
años de seda, y preciosos perfumes. Los
eyes Christianos escrivieron á los Capita-
es, y Alcaydes fronterizos de Granada, y
s Lugares, que le diesen favor al Rey

Chico contra su Tio, y que no hiciesen mal, ni daño á los Moros, ni Tratantes de Granada, que fuesen á sembrar, ó á labrar sus tierras. El Rey de Granada embió á decir al Rey Don Fernando, que tenia noticia como los Moros de Malaga no tenian bastimentos, que les impidiese, que por Mar, ni por Tierra no les entrase, y que se rendirian sin falta. Finalmente dieron los Christianos tan gran Batalla á los cercados, que fue ganada Malaga, y todo su districto; y puesta buena guarda en Malaga, y su costa, recibieron los Reyes Catholicos una carta de Granada de los Cavalleros Alabezes, Gazules, y Aldoradines, la qual dice asi:

MUY poderosos Señores. Los dias pasados hicimos saber á Vuestra Magestad los Cavalleros Alabezes, Gazules, Aldoradines y otros muchos de esta Ciudad de Granada (que somos un Vando, del qual es Muza como queriamos ser Christianos, y entregar este Reyno á vuestras Reales Personas. Y pues se ha dado fin glorioso á las cosas de Andalucia, se puede empezar la Conquista de este Reyno por la parte de Murcia, que es cierto que los Alcaydes de las fronteras, y del Rio de Almanzora se entregarán luego sin defen

sa

porque asi está tratado entre nosotros: y iendo ganada Almería, y su Rio que es lo mas ificultoso, y Baza, se puede cercar á Grana- a, que te damos fee como Cavalleros de ha- er tanto en tu servicio, que Granada se te ntregue á pesar de todos los que en ella viven. Iuza en nombre de los Vasallos arriba conte- idos besa vuestras Reales manos de Granada.

Escrita esta carta, fue embiada al Rey Don Fernando; el qual como entendió sus ra- ones, y viendo como los Cavalleros Aben- errages, que andaban en su servicio, proce- an tan bien como lo havian escrito, luego se uso en camino para Valencia, y alli hizo ortes el Rey Catholico; y con el gran deseo ue tenia de acabar de cobrar del todo el eyno, se vino à la Ciudad de Murcia, alli ó orden como havia de entrar por las partes Vera, y Almería; y resuelto en lo que via de hacer, se fue á la Villa de Lorca, ra desde alli entrar en el Reyno de Grana- . Fueron de la Ciudad de Murcia con el Rey on Fernando muchos Cavalleros, è Hidal- s muy principales, los quales será bien clararlos, porque su valor, y proezas lo erecen, aunque no se nombran todos.

Fueron Faxardos, Cavalleros de claro linage.

Albornoces.
Ayalas.
Carrillos.
Glavillos.
Laras.
Giles.
Caleros.
Salares.
Guzmanes.
Requelmes.
Avellanedas.
Villaseñores.
Somontes.
Pusmarinas.
Valibreas.
Peralejas.
Sautines.
Moncadas.
Monzones.
Guevaras.
Melgarejos.
Torrecillas.
Llamas.
Fusteros.
Ancosillas.
Loaysas.
Rafones.
Pereas.
Fontes.
Avalos.
Valcarceles.
Pachecos.
Tizones.
Paganos.
Fauras.
Zambranas.
Cascales.
Sotos.
Sotomayores.
Rodas.
Biveros.
Hurtados.

De la Villa de Mul[a] salieron.

Pere de Avila, y Gita[...]
Lazaros.
Vorias.
Peñalveros.
Escamez.
Dotos.
Rosales.

Ina

nfres.
aavedras.
lermosillas.
'alazones.
/alboas.
Jlloas.
\larcones.
'omases.
Cildranes.
Bernales.
A'emanes.
Dtros Ponces.
De Leon.
Rosiques.
Leybas.
Correllas.
Mazas.
Meigeres.
De Lorca salieron.
Moratas.
Portales.
Cazorlas.
Xerezes.
Gomez.
Mulas.
Marines.
Albuquerques.
Loritas.
Ponces de Leon.
Guevaras.
Lisones.
Manchirones.
Leoneses.
Perez Tudela.
Hurtados.
Quiñoneros.
Piñeros.
Falconetas.
Mateos.
Rendones.
Muneras.
Burgos.
Alcazares.
Romanes.

Finalmente destos Lugares referidos, Murcia, Lorca, y Mula, salieron estos Cavalleros, é Hidalgos en servicio del Rey Don Fernando contra los Moros del Reyno de Granada; y otros muchos que no se refieren

ren por evitar prolixidad, los quales mostraron bien el valor de sus personas en las ocasiones que se ofrecieron. En Lorca dexó el Rey en Santa Maria una Costodia de oro, y una Cruz de cristal, guarnecida de oro fino Pues haviendo puesto el Rey toda su gente en muy buena orden, se partió à Vera, en la qual estaba por Alcayde un bravo Moro, hijo del valiente Alabez, que murió preso en Lorca, llamabase tambien Alabez, no menos valiente que el otro, el qual como supo la venida del Rey Don Fernando, luego se dispuso à entregar la Ciudad, y Fuerza, por lo qual estaba tratado por cartas: y asi llegando el Rey à una Fuente que llaman del Pulpi, saliò el Alcayde Alabez á recibirle, y le entregó las llaves de la Ciudad de Vera, y de su Fuerza. El Rey entró en la Ciudad, y se apoderó de ella, y puso nuevo Alcayde, y á Alabez hizo muchas mercedes. No havia sino seis dias que estaba en Vera el Rey, quando se le entregaron los Lugares siguientes: Vera, Antas, Lobrin, Sorbas, Teresa, Cabrera, Serena, Turve, Muxacar, Ureyla del Campo, Guebro Tabernas, Inox, las Cuevas, Portilla, Overa, Surgena, Guercal, Velez el Blanco, y Velez el Rubio, Tirieza, Xiquena, Purgena

Cu-

Cural, Benamaurel, Castileja, Albeas, el Box, Santoperar, Criacantoris, Partaloba, Finix, Albanches, Inmuytin, Venitagla, Urraca. Orce, Galera, Huerca, Tijola, Almuña, Báyarque, Sierro, Filabres, Vacares, Durca; y sin estos otros Lugares del Rio de Almanzora. Los tres Alabezes suplicaron al Catholico Rey, que los mandase bautizar; conviene á saber, Alabez, Alcayde de Vera, Alabèz Alcayde de Velez el Rubio, y Alabez Alcayde de Velez el Blanco. El Rey se holgó mucho dello, y por ser principales los Cavalleros, mandó que los bautizase el Obispo de Plasencia; y del Alcayde deVera, fue Padrino Don Juan Chacon, Adelantado de Murcia; y del Alcayde de Velez el Rubio, fue un principal Cavallero llamado Don Juan de Avalos, hombre de gran valor, y muy estimado de Rey por su gran bondad. Este Avalos fue Alcayde de la Villa de Cuellar, y otros Cavalleros naturales de la Villa de Mula, llamados Perez de Hita, pelearon con los Moros de Baza, que cercaron la Villa de Cuellar, y ellos la defendieron tan bien, que jamás se vió en tan pocos Christianos tan braba resistencia; y asi los Moros no la tomaron por ser tan bien defendida. Esta Batalla escrive Hernando

do del Pulgar, Coronista del Rey Don Fernando. Del nombre deste Alcayde de Avalos, se llamó el Alcayde de Velez el Rubio, Don Pedro de Avalos, á quien el Rey Don Fernando hizo grandes mercedes por su valor, y le dió, y otorgó grandes Privilegios, en que pudiese traer armas, y tener oficios nobles en la Republica. Del Alcayde de Velez el Blanco, hermano del que havemos dicho, fue Padrino un Cavallero llamado Don Fadrique. De aquestos tres famosos Alcaydes hay hoy dia deudos, en especial de Avalos. Desta suerte se iban bolviendo Christianos algunos de los mas principales Alcaydes de aquellos Lugares, entregandosele sin pelear. Siendo el Rey apoderado de todas estas fuerzas ya dichas, determinó de ir á Almería, por ver su asiento, y ponerle cerco, dando lugar á los Moros, que se havian dado, que los que quisiesen se fuesen à Africa, ó donde les pareciese, y que los que quisiesen estarse quedos, que se estuviesen. Con esto el Rey fue á Almería, donde tuvieron con los Moros encuentros. Partióse de Almería el Rey, dexando el cerco para despues, y asi mismo lo hizo en Baza, despues de haber bien reconocido, y visto donde podria poner sitio, y Real. Tuvo con

los

los Moros en Baza grandes encuentros, donde murieron muchos de ellos. Alli hizo Don Juan Chacon cosas muy memorables. Levantòse el Real, y fue á Huescar, la qual se dió luego. Aqui mandó el Rey despedir la gente de guerra, y él fue á Caravaca á adorar la Santa Cruz, que en ella está, y de alli se partió á Murcia donde estaba la Reyna Doña Isabel, y alli descansó aquel año. En este tiempo huvo grandes rebeliones en lo Lugares que havian dado: pero el Rey Don Fernando los apaciguó, embiando gente de guerra que los quietase. El año siguiente puso cerco el Rey Don Fernando á la Ciudad de Baza, donde huvo muchas escaramuzas, y Batallas entre Moros, y Christianos. Vino á tanto extremo de necesidad Baza, que pidió socorro al Rey Viejo, que estaba en Guadix, y al Rey Chico de Granada, mas no quiso dár ningun socorro: el Rey Viejo embió bastimentos, y gente de guerra á Baza. Muchos Moros de Granada comenzaron á alborotar la Ciudad; visto por el Rey de élla, no quiso dár favor á los de Baza, y decia que los Christianos ganaban el Reyno, y no eran socorridos los Moros, y que era mal hecho; y

asi

asi se salian muchos Moros, secretamente al socorro de Baza. El Rey Chico enojado contra los que alborotaban la Ciudad, mandó hacer pesquisa dellos, y sabido, los hizo cortar las cabezas. Al fin Baza se dió, y Almería, y Guadix, porque el Rey Viejo se las entregó. El Rey Don Fernando le dió ciertas Villas en recompensa; pero á pocos dias se pasó en Africa. Asi como se dieron las tres Ciudades dichas, no huvo Villa, Lugar, ni Fortaleza, que no se diese al Rey Catholico; de suerte, que en todo el Reyno estaba enposesionado, salvo la Ciudad de Granada, y asi será bien dár fin á las Guerras Civiles, y tratar del Rey de ella, que era el Rey Chico.

Ya diximos como fue preso el Rey Chico de Granada, por el Alcayde de los Donceles, Don Diego Fernando de Cordova, Señor de Lucena, y por el Conde de Cabra; y como el Rey Don Fernando le dió libertad, con condicion, que el Moro le havia de dar ciertos tributos. Otrosi, entre estos dos Reyes fue concertado, que acabado de ganar Guadix, Maza, y Almería, y todo lo demás del Reyno, el Rey Chico le habia de entregar al Rey Don Fernando la Ciudad de Granada, y la Alambra, con el Alcazaba, y Al-

baicin,

baicin, y Torres Bermejas, y Castillo de Bibataubin, con todas las demás Fuerzas de la Ciudad, y que el Rey Don Fernando le havia de dár al Rey Moro la Ciudad de Purchena, y tres Lugares en que estuviese, y con la renta de ellos viviesse hasta su fin. Pues habiendo el Rey Christiano ganado à Baza, Guadix, y Almería, con todo lo demás, luego embió sus Mensageros al Rey Moro, paraque le entregase á Granada, y las Fuerzas de ella, como estaba puesto en el concierto, y trato, que él daria á Purchena, y los Lugares prometidos. A esto respondió el Rey Moro, que estaba arrepentido del trato hecho, y que aquella Ciudad era muy grande, y popalosa, y llena de gente, naturales, y estrangeros, de los que havian escapado de todas las Ciudades ganadas; y que havia diversos pareceres sobre la entrega de la Ciudad, y aun se comenzaban nuevos escandalos en ella. Y que aunque los Christianos se apoderasen de la Ciudad, que no la podrian sojuzgar. Por tanto, que su Alteza pidiese dobladas parias, y tributo, que lo pagaria; pero que no le pidiese á Granada que no se le podia dár, y que le perdonase. Con esta respuesta se enojó el Rey Don Fernando en vér que le quebraba la palabra:

tor-

tornòle á replicar, que tenia determinado de darle á Purchena, y otros Lugares: pero pues se retiraba de lo prometido, no le daria sino otros Pueblos no tan buenos. Y que pues decia que la Ciudad de Granada no podia ser sojuzgada, que el se avendria con la gente; y que siendo entregado en todas las Fuerzas, y quitando las armas á los moradores, los allanaria con facilidad; y que si no le entregaba la Ciudad, le haria cruel guerra. Turbado el Moro de la resolucion del Rey Christiano, juntó todos sus Consejeros, con los quales, comunicò aquel caso, y sobre ellos huvo muchos pareceres. Los Zegries decian que no hiciese tal, ni por imaginacion, ni quitase las armas. Los Gomeles, y Mazas estuvieron de aquel parecer. Los Vanegas, Aldoradines, Gazules, y Alabezes, que determinaban ser Christianos, decian, que el Rey Don Fernando pedia justicia, pues estaba asi concertado, pues debaxo de aquel concierto el Rey Don Fernando les havia dado lugar de cultivar sus haciendas, y labores, y dado lugar á los Mercaderes para entrar, y salir en los Reynos de Castilla á tratar con sus cartas de seguro, y que ahora no era cosa justa hacer otra cosa. Que no era de Rey quebrar la palabra, pues el Chris-

Christiano no la havia quebrado. Los Almoradies decian, que no convenia darle al Rey Don Fermando nada de lo que pedia, que si él havia dado lugar á los Moros para cultivar sus labores, tambien ellos no havian corrido los campos de las fronteras, que tambien ellos gozaban de quella paz, y concierto asi como los Moros, y mejor. Toda la demás gente de guerra fue desto parecer; y asi fue respondido al Rey Catholico, que no havia lugar lo que pedia. Vista la respuesta del Rey Moro, y que venian á correr la tierra de los Christianos, mandó el Rey Don Fernando reforzar, y guarnecer todas las fronteras, y proverlas de bastimentos, y municiones, con intento de poner cerco á Granada el Verano siguiente; y asi fue á Segovia á invernar.

CAPITULO XVII.

EN QUE SE DA CUENTA DEL CERCO de Granada por los Reyes Catolicos, y de la fundacion de Santa Fé.

EL Verano siguiente vino el Rey D. Fernando á Cordova, y de allí tuvo ciertas escaramuzas con los Moros de Granada,

y

y quitó el cerco de Selobreña, que la tenian los Moros en aprieto. Hecho esto, se fue à Sevilla á tratar ciertas cosas para el cerco de Granada. Bolvió á Cordova, y de alli vino á la Vega de Granada, y destruyó todo el valle de Alhendin, y mataron los Christianos á muchos Moros, y quemaron nueve Aldeas. En una escaramuza murieron muchos Zegries á manos de los Christianos Abencerrages; y un Zegri escapó huyendo á dár esta nueva al Rey Moro. El Rey Don Fernando puso su Real en la Vega, junto de los ojos de Huezarta, á veinte y seis de Abril, donde estaba prevenido de todo lo necesario, y puso toda su gente en esquadron formado, con todas sus vanderas tendidas, y su Real estandarte, en el qual llevaba por divisa un Christo crucificado. Por la nueva que llevó el Zegri al Rey Moro, se hizo este Romance:

MEnsageros le han entrado
al Rey Chico de Granada,
entran por la Puerta Elvira,
y paran en el Alhambra.
Ese que primero llegó
Mahomad Zegri se llama,
herido viene en el brazo.

de

de una muy mala lanzada;
 Y asi como ante él llegó,
desta manera le habla,
con el rostro demudado,
de color muy fria : y blanca:
 Nuevas te traygo Señor,
y una muy mala embaxada,
por ese fresco Genil
mucha gente viene armada,
 Sus vanderas traen tendidas,
puestas al son de Batalla,
un estandarte dorado,
en el qual viene bordada,
 Una muy hermosa Cruz,
que mas relumbra que plata,
y un Christo Crucificado
traía por cada vanda:
 General de aquesta gente
el Rey Fernando se llama,
todos hacen juramento
en la Imagen figurada,
 De no salir de la Vega
hasta ganar á Granada;
y con esta gente viene
una Reyna muy preciada,
 Llamada Doña Isabel
de grande nobleza, y fama:
veisme aqui herido vengo

ahora

ahora de una Batalla,
Que entre Christianos, y Moros
en la Vega fue trabada:
treinta Zegries quedan muertos,
pasados por la espada
De Christianos Bencerrages,
con braveza no pensada,
con otros acompañados
de la Christiana manada.
Hicieron aqueste estrago
en la Vega de Granada;
perdoname por Dios Rey,
que no puedo hablar palabra,
Que me siento desmayado
de la sangre que me falta;
estas palabras diciendo
el Zegri alli se desmaya.
De esto quedó triste el Rey,
y no pudo hablar palabra;
quitaron de alli al Zegri,
y llevaronle á su casa.

Otros cantaron este Romance de otra manera. Y porque no se haga agravio al que lo compuso, lo pondrémos aqui, aunque los dos Romances tienen un mismo sentido, y dice asi:

AL

AL Rey Chico de Granada
Mensageros le han entrado,
entran por la Puerta Elvira,
y en el Alhambra han parado.
Ese que primero llega,
es ese Zegri nombrado,
con una marlota negra,
señal de luto mostrando.
Las rodillas por el suelo,
de esta manera ha hablado:
Nuevas te traigo, Señor,
de dolor en sumo grado.
Por eso fresco Genil
un campo viene marchando,
todo de lucida gente,
las armas van relumbrando;
Las vanderas traen tendidas,
y un estandarte dorado;
el General de esta gente
es el invicto Fernando.
En el estandarte trae
un Christo crucificado:
todos hacen juramento
morir por el figurado.
Y no salir de la Vega,
ni atrás bolver un paso,
hasta ganar à Granada,
y tenerla à su mandado.

Y tambien viene la Reyna,
Muger del Rey Don Fernando,
la qual tiene tanto esfuerzo,
que aníma à qualquier Soldado.
Yo vengo herido, buen Rey,
un brazo traigo pasado,
y un esquadron de tus Moros
ha sido desbaratado.
Todo el Campo de Alendin
queda roto, y saqueado:
estas palabras diciendo,
cayó el Zegri desmayado.
Mucho lo sintió el Rey Moro,
del gran dolor ha llorado;
quitaron de alli al Zegri,
y à su casa le han llevado.

Dexando ahora Romances, y bolviend à lo que hace al caso à nuestra Histori El Rey Don Fernando asentó su Real, le fortificó con gran discrecion, conform práctica de milicia, y en una noche se hiz alli un Lugar en quatro partes partido, que dando en Cruz, el qual tenia quatro puer tas, y todas se veían estando en medio d las quatro calles. Hizose esta Poblacion er tre quatro Grandes de Castilla, y cada un tomó su quartel à su cargo. Fué cercado d

un

un firme Valuarte de madera, y por encima cubierto de lienzo encerado, de modo, que parecia una firme, y blanca muralla, toda almenada, y torreada, que era cosa de ver, que no parecia sino labrada de una muy curiosa cantería. Otro dia por la mañana, quando los Moros vieron aquel Lugar hecho, y tan cerca de Granada, todo torreado, se maravillaron mucho de verle. El Rey Don Fernando como vió acabado el Lugar con tan grande perfeccion, le hizo Ciudad, y le puso por nombre Santa Fé, y la dotó de muchas franquicias, y privilegios, de los quales oy gozan. Y porque esta Ciudad se hizo de esta suerte, se hizo este Romance, que dice asi:

CErcada está Santa Fé,
con mucho lienzo encerado,
al rededor muchas tiendas
de seda, Oro, y brocado.
Donde están Duques, y Condes,
Señores de grande estado,
y otros muchos Capitanes,
que lleva el Rey Don Fernando.
Todos de valor crecido,
como ya lo haveis notado
en la guerra que se ha hecho

 con-

contra el Granadino Estado.
Quando à las nueve del dia
un Moro se ha demostrado
encima un cavallo negro,
de blancas manchus manchado:
Cortados ambos hocicos,
porque lo tiene enseñado
el Moro, que con sus dientes
despedace à los Christianos.
El Moro viene vestido
de blanco, azul, y encarnado,
y debaxo esta librea,
traía un fuerte jaco.
Y una lanza con dos hierros
de acero muy bien templado,
y una adarga hecha en Fez
de un ante rico estimado.
Aqueste perro con befa,
en la cola del cavallo,
la sagrada AVE MARIA
llevaba haciendo escarnio;
Llegando junto à las tiendas,
desta manera ha hablado:
Qual será aquel Cavallero;
que sea tan esforzado,
Que quiera hacer conmigo
Batalla en aqueste Campo?
Salga uno, salgan dos,

sal-

salgan tres, ò salgan quatro.
  El Alcayde de los Donceles
salga, que es hombre afamado:
salga ese Conde de Cabra,
en la guerra experimentado.
  Salga Gonzalo Fernandez,
que es de Cordova nombrado;
ó sino Martin Galindo,
que es valeroso soldado.
  Salga ese Portocarrero,
Señor de Palma nombrado;
ò el bravo Don Manuel
Ponce de Leon llamado.
  Aquel que sacó el guante,
que por industria fue echado
donde estaban los Leones,
y él le sacó muy osado.
  Y sino salen aquestos,
salga el mismo Rey Fernando,
que yo le daré à entender
si soy de valor sobrado.
  Los Cavalleros del Rey,
todos le están escuchando,
cada uno pretendia
salir con el Moro al Campo.
  Garcilaso estaba alli,
mozo gallardo esforzado,
licencia le pide al Rey

para salir al Pagano.
  Garcilaso soys muy mozo,
para emprender este caso,
otros hay en el Real
para poder encargarlo.
  Garcilaso se despide
muy confuso, y enojado,
por no tener la licencia,
que al Rey havia demandado:
  Pero muy secretamente
Garcilaso se havia armado,
y en un cavallo morcillo
salido se havia al campo.
  Nadie le ha conocido,
porque sale disfrazado:
fuese donde estaba el Moro,
y desta suerte le ha hablado.
  Ahora verás al Moro,
si tiene el Rey Don Fernando
Cavalleros valerosos,
que salgan contigo al campo.
  Yo soy el menor de todos,
y vengo poa su mandado.
El Moro quando le vió
en poco le havia estimado.
  Y dixole desta suerte:
Yo no estoy acostumbrado
à hacer Batalla campal,

sino

sino con hombres barbados.
Buelvete rapáz, le dice,
y venga el mas estimado.
Garcilaso con enojo
puso piernas al cavallo.
Arremetió para el Moro,
y un gran encuentro le ha dado:
el Moro que aquesto vió,
rebuelve asi como un rayo.
Comienza la escaramuza
con un furor muy sobrado.
Garcilaso aunque era mozo,
mostraba valor sobrado.
Dióle al Moro una lanzada
por debaxo del sobaco,
el Moro cayera muerto,
tendido le havia en el campo.
Garcilaso con presteza,
del cavallo se ha apeado
cortárale la cabeza,
y en el arzon la ha colgado.
Quitóle el AVE MARIA
de la cola del cavallo,
é hincado de ambas rodillas,
con devocion le ha besado.
Y en la punta de la lanza
por vandera la ha colgado;
subió en su cavallo luego,

y el del Moro havia tomado.
Cargado destos despojos
al Real se havia tornado,
do estaban todos los Grandes,
tambien el Rey Don Fernando.
Todos tienen à grandeza
aquel hecho señalado,
tambien el Rey, y la Reyna
mucho se han maravillado.
En ser Garcilaso mozo,
y haver hecho un tan gran caso:
Garcilaso de la Vega
desde alli se ha intitulado,
porque en la Vega hiciera
campo con aquel Pagano.

Como dice el Romance, el Rey, y la Reyna, y todos los del Real se maravillaron de aquel gran hecho de Garcilaso. El Rey le mandó poner en sus Armas las letras del AVE MARIA, con justa razon, por haversela quitado à aquel Moro de tan mala parte, y por esto haverle cortado la cabeza. Desde entonces en adelante los Moros de Granada salian à tener escaramuzas con los Christianos en la Vega, en las quales siempre los Christianos llevaron lo mejor. Los valerosos Abencerrages Christianos suplica-

ron

ron al Rey, que les diese licencia para hacer un desafio con los Zegries. El Rey conociendo su bondad, y valor, se la otorgó, y les dió por caudillo el valeroso Cavallero Don Diego Fernandez de Cordova, Alcayde de los Donceles. Hecho el desafio, los Moros Zegries salieron fuera de la Ciudad, y el desafio se hizo de cinquenta à cinquenta; no muy lexos del Real se hallaron los Zegries muy bien aderezados, todos vestidos de su acostumbrada librea pagiza, y morada, plumas de lo mismo: parecian tan bien, que el Rey, y la Reyna, y todos los demás del Real se holgaban de verlos tan galanes. Los bravos Abencerrages salieron con su acostumbrada librea azul, y blanca, todos llenos de ricos texidos de plata, las plumas de la misma color, en sus adargas la acostumbrada divisa, salvages que desquixaraban Leones, y otro un mundo, que le deshacia un salvage con un baston. Desta forma salió el valeroso Alcayde de los Donceles, y llegandose los unos à los otros, uno de los Caballeros Abencerrages les dixo à los Zegries: Hoy ha de ser el dia, Cavalleros en que nuestros prolixos Vandos han de tener fin, y pagarnos las deudas que nos debeis, causadas de vuestra malicia, y embidia.

A

A lo qual replicaron los Zegries, que no se gastase el tiempo en palabras; y diciendo esto comenzó entre todos una braba, y sangrienta escaramuza, lo qual se holgaba el Rey de ver, y todos los demas del Real. Duró la escaramuza quatro horas buenas, en las quales hizo el valeroso Alcayde de los Donceles cosas maravillosas; y tantas, que fue parte su bondad à que los Zegries fuesen desbaratados, y muchos muertos, y los demás puestos en huída; los Abencerrages los fueron siguiendo hasta meterlos por la puerta de Granada. Esta escaramuza puso los Zegries en grande quebranto, y al mismo Rey de Granada, que lo sintió mucho, y de alli adelante se tuvo por perdído. Otro dia siguiente la Reyna Doña Isabel tuvo gana de ver el sitio de Granada, y sus Murallas, y Torres, y asi accompañada del Rey, y de los Grandes, y de la gente de guerra, se fue à un Lugar llamado Zubia, media legua de Granada, y desde alli se puso à mirar la hermosura de la Ciudad, miraba las Torres, y Fuerza del Alhambra, miraba los labrados, y costosos Alijares, miraba las Torres Bermejas, la braba, y subervia Alcazaba, y Albaicin, con todas las demás Torras, Castillos, y Murallas. Holgabase mucho de ver-

verlo todo la Christianisima Reyna, y deseaba verse dentro, y tenerla por suya. Mandó la Reyna, aquel dia no huviese escaramuza; mas no se pudo escusar, porque sabiendo que estaba alli la Reyna, quisieron darle pesadumbre, y asi salieron de Granada mas de mil Moros, y trabaron escaramuza con los Christianos; la qual se comenzó poco à poco, y se acabó muy de veras, y à gran priesa; porque los Christianos les acometieron con tanta fortaleza, que los Moros huyeron, y los Christianos siguieron el alcance hasta las puertas de Granada, y mataron mas de quatrocientos de ellos, y cautivaron mas de cinquenta. En esta escaramuza se señaló grandemente el Alcayde de los Donceles, y Portocarrero, Señor de Palma. Este dia casi mataron à todos los Zegries. Tambien esta pérdida sintió el Rey de Granada, porque fue mucha. La Reyna se bolvió al Real con toda su gente, muy contenta de haver visto à Granada, y su asiento. En este tiempo unos Leñadores Moros, se hallaron las quatro marlotas, y los quatro escudos de los Turcos, que hicieron la Batalla por la Reyna Sultana, y como entraron por Granada con ellos, y con los escudos, el valeroso Gazul los vió, y conocien-

ciendo las marlotas, y escudos por sus divisas, se las tomó à los Leñadores, preguntandoles, donde havian hallado aquellas ropas, y escudos? Los Leñadores dixeron, que ellos los havian hallado en lo mas espeso del Soto de Roma. Gazul sospechando mal, les bolvió à preguetar, si havian hallado algunos Cavalleros muertos? Los Leñadores respondieron, que no. Gazul mandó llevar las marlotas, y escudos à casa de la Reyna Sultana; y él fué tambien allá, y mostrando las marlotas à la Reyna, dixo, Señora, estas no son las proprias marlotas de los Cavalleros que os libraron de la muerte? La Reyna Sultana las miró bien, y luego las conoció, y dixo que eran ellas. Pues qué es la causa (dixo Gazul) que unos Leñadores se las han hallado? No sé, que puede ser, dixo la Reyna Sultana. Luego suspecharon que los Zegries, y Gomeles los havian muerto, y que no podia ser otra cosa. Y Gazul contó lo que pasaba à los Alabezes, Vanegas, Aldoradines, y Almoradies; los quales por aquel respeto trataron mal de palabra à los Zegries que quedaban, y à los Gomeles, y Mazas. Estos como estaban fuera de aquel negocio defendian su partido: y sobre esto se rebolvió entre estos linages de Cavalleros

una

una pendencia, por cuya causa casi se perdiera Grannda, que harto tuvo el Rey, y los Alfaquíes que apaciguar, y decian las Alfaquies. Qué haceis Cavalleros de Granada? Por qué bolveis las armas contra vosòtros mismos, estando vuestros enemigos à las puertas de la Ciudad? Mirad que lo que ellos havian de hacer haceis vosotros. Mirad que nos perdemos. No es tiempo de andar en divisiones. Tan buenas razones dixeron los Alfaquies, y tantò hizo el Rey, y otros Cavalleros, que todo este escandalo fue apaciguado con gran pérdida de los Cavalleros Gomeles, y Mazas, y algunos de sus contrarios. Muza que deseaba que la Ciudad se diese al Christiano Rey, viendo armada de nuevo aquella division entre los mas principales, se holgó mucho por lo que él, y los de su vando pretendian, que era ser Christianos, y entregar la Ciudad al Rey Don Fernando; y un dia estando à solas con el Rey su hermano, le habló desta manera:

Muy mal lo has mirado hermano Audalí, en haver quebrado la palabra que diste al Rey Christiano, y no es trato de Rey faltar en lo que pone. Veamos ahora como te puedes conservar en esta Ciudad, que te ha

quedado sola de tu Reyno? Bastimentos ván faltando, puesta en division, no olvidados los rencores contra ti, por la muerte de los Abencerrages, y por su destierro tan sin ocasion, y por la deshonra que hiciste à tu Muger la Reyna, que aunque fue bien vengada, los Almoradies, y Marines sus Parientes te tienen un odio mortal. No quisiste recibir jamás de mi ningun consejo, que si le admitieras no vinieras al estado miserable en que estás puesto. No tienes socorro ninguno para resistir la pujanza grande del Rey Christiano. Dime ahora que determinas hacer? No hablas? Por qué no me respondes? De mi voto, sino te quieres perder de todo punto, entregale al Rey Don Fernando esta Ciudad, pues te dá en qué, y con que vivas tu, y tus siervos. No le indignes mas, cumplele la palabra con voluntad, sino quieres que à tu pesar te la haga cumplir. Adviertote, que están determinados los mas principales Cavalleros de Granada de irse à servir al Rey Catholico, y darte muy cruel Guerra. Y si quieres saber quienes son, has de saber que los Alabezes, Gazules, Aldoradines, Vanegas, Azarques, Alarifes, y todos los de sus parcialidades, que tu conoces muy bien, y yo el primero, queremos

ser

ser Christianos, y servir al Rey Don Fernando. Por tanto consuelate, y mira si estos que digo te faltan, qué harás, aunque sea en tu favor todo lo restante de la Ciudad? Porqué todos estos quieren guardar sus haciendas, y no quieren ver su cara Patria destruída, y saqueada, ni sus Reales vanderas, y estandartes, rotos con violencia no vista, y ellos esclavos divididos por diversas partes de los Reynos de Castilla. Muevete à hacer lo que te digo; mira con quanta piedad, y misericordia el Rey Don Fernando ha tratado à todos los demás Pueblos del Reyno, dexandoles vivir con libertad en sus proprias casas, y haciendas, pagando lo mismo que á ti te pagan, y que traigan sus ropas, y vestidos, y hablen en su lengua, y vivan en su ley. Muy admirado, y confuso se halló el Rey con las razones que su hermano Muza le decia, y con la libertad con que le hablaba; dando un doloroso suspiro, comenzó á llorar, sin tener consuelo ninguno, viendo que de todo punto se convenia dár su Ciudad bella, pues que no tenia reparo de hacer otra cosa, considerando, que tantos Cavalleros querian ser de la parte del Rey Catholico, y su mismo hermano con ellos. Y considerando que si no entregaba la

Ciu-

Ciudad, los males que la gente de guerra en ella pudieran hacer, asi de robos, como de fuerzas à las doncellas, y casadas, y otras cosas que los victoriosos soldados suelen hacer en las Ciudades que rinden; le dixo à su hermano, que estaba de parecer de entregar la Ciudad, y ponerse en manos del Rey Don Fernando. Y para la execucion dello, le dixo à Muza, que llamase, y juntase todos los Cavalleros, y linages que estaban de aquel parecer, lo qual hizo luego el Capitán Muza. Y siendo juntos en el Alhambra, se trató con ellos si le darian al victorioso Rey Don Fernando à Granada. Todos los que estaban alli, Alabezes, Aldoradines, Gazules, Vanegas, Azarquies, Alarifes, y otros muchos Cavalleros deste Vando, dixeron, que la Ciudad se entregase al Rey Don Fernando. Visto que la flor, y lo mejor de los Cavalleros de Granada, estaban de parecer, que la Ciudad se entregase, mandó luego tocar sus trompetas, y añafiles, al qual son se juntaron todos los Cavalleros; y quando el Rey Chico los vido juntos, los contó todo lo que estaba tratado en él, y su hermano, que por dolerse de su Ciudad, y no verla por el suelo, se la queria dár, y entregar al Rey Christiano. La Ciudad alboro-

tada

a da por ello, daban diferentes votos unos de otros. Los unos decian, que no le diese la Ciudad, otros que si, porque era bien para toda la Ciudad. Otros decian, que anduviese la guerra, y que les vendria socorro de Africa; otros decian que, no vendria. En todos estos dares, y tomares estuvieron treinta dias, al cabo de los quales fue entre todos determinado de dár la Ciudad, y ponerse á la misericordia del Rey Don Fernando, y con condicion, que todos los que quisiesen viviesen en su ley, quedasen con sus haciendas, trages, lenguage, asi como havian quedado todas las demás Ciudades, Villas, y Lugares, que al Rey Christiano se le havian entregado. Acordado esto desta manera fueron á hablar al Rey Don Fernando sobre ello; y los que fueron à tratarlo, eran Alabaces, Aldoradines, Gazules, y Vanegas, y Muza por cabeza de todos ellos, los quales se salieron de la Ciudad y se fueron à Santa Fé donde estaba el Rey Don Fernando, acompañado de los Grandes de Castilla, el qual como vió venir tan grande esquadron, mandó, que el Real se apercibiese, por si fuese menester, aunque por cartas de Muza sabía lo que se trataba en Granada. Llegados al Real los Granadinos

Cavalleros, se apearon, y entraron en Santa Fé, y fueron al aloxamiento Real. Eran Muza, Malique Alabez, Aldoradin, y Gazul, los quales llevaban comision de tratar este negocio. Todos los demás Cavalleros Moros quedaron fuera del Real, paseandose, y hablando con los demás Cavalleros, admirados de ver tanta braveza, y apercibimiento de guerra, y de ver aquel fuerte Real, y su asiento. Finalmente los Comisarios Moros hablaron con el Rey; y Aldoradin, Cavallero muy estimado, dixo lo siguiente.

RAZONAMIENTO QUE HIZO al Rey Don Fernando.

NO las sangrientas armas, ni el belico són de acordadas trompetas, y retumbantes cáxas, ni arrastradas vanderas, ni muertes de Varones inclytos, (invicto, y poderoso Rey Catholico) ha sido parte paraque nuestra Ciudad de Granada viniese á entregarsete, y dár, y abatir sus Reales Pendones, sino sola la fama de tu soberana virtud, y misericordia, que de ordinario usas con tus subditos, lo qual es muy manifiesto de todos. Y confiados en que nosotros los

mo-

moradores de la Ciudad de Granada, no seremos menos tratados, ni honrados, que los demás que à tu grandeza se han dado, nos venimos à poner en tus Reales manos, paraque de nosotros, y de todos los de la Ciudad hagas à tu voluntad, como de humildes Vasallos. Y desde ahora prometemos de darte à Granada, y todas su Fuerzas, paraque de la Ciudad, y de ellas dispongas á tu voluntad; y el Rey besa tus Reales pies, y manos, y pide perdon de haverte faltado en la palabra, y juramento dado. Y porque tu grandeza vea ser esto asi, toma una carta suya, la qual me mandó que pusiese en tus Reales manos. Y diciendo esto, hincadas ambas rodillas, besó la carta, y se la dió al Rey Don Fernando, y recibiendola con mucho contento, la abrió, y leída, entendió el Rey ser asi lo que Aldoradin le havia dicho, y que su Alteza fuese à Granada, y tomase posesion de la Ciudad, y del Alhambra. Almoradin pasó adelante con su platica, diciendo las condiciones arriba dichas, que los Moros que quisiesen irse à Africa, se fuesen libres, y los que se quisiesen quedar, que les dexase sus bienes, y que los que quisiesen vivir en su ley, viviesen, y traxesen su habito, y hablasen,

su lengua. Tode lo qual les otorgó el Rey Don Fernando muy alegremente: y asi los Christianisimos Reyes de Castilla, y Aragon Don Fernando, y Doña Isabel, fueron con gran parte de sus gentes à Granada, dexando su Real à muy buen recaudo, y en treinta de Diciembre les fue à los Reyes Catholicos entregada la famosa Fuerza de la Alhambra. Y à dos dias del mes de Enero la Reyna Doña Isabel, y su Corte, con toda la gente de guerra partió de Santa Fé para Granada, y en un cerco que estaba junto à ella, se puso à mirar la hermosura de la Ciudad, aguardando que se le hiciese la entrega de ella. El Rey Don Fernando (tambien acompañado de sus Grandes de Castilla) se puso por la parte de Gentil, adonde salió el Rey Moro, en llegando le entregó las llaves de la Ciudad, y Fuerzas, y se quiso apear para besarle los pies. El Rey Don Fernando no le consintió que hiciese lo uno, ni lo otro. Finalmente el Moro le besó en el brazo, y entregó las llaves, las quales dió el Rey al Conde de Tendilla, por haverle hecho merced de la Alcaydia, la qual tenia bien merecida. Y asi entraron en la Ciudad, y subieron al Alhambra, y encima de la Torre de Comares tan famosa se levantó la se-

ñal

ñal de la Santa Cruz, y luego el Estandarte de los Catholicos Reyes, los dos Reyes de Armas dixeron en altas voces, Viva el Rey Don Fernando, Granada por él, y por la Reyna Doña Isabel su Muger. La Catholica, y Serenisima Reyna, que vió la señal de la Santa Cruz encima de la Torre de Comares, y su Estandarte Real con ella, se hincó de rodillas, y puestas las manos, dió infinitas gracias à Dios, por la victoria que havia havido contra aquella populosa Ciudad de Granada. La musica de la Capilla del Rey cantó luego: *Te Deum laudamus.* Fue tan grande el placer de todos, que lloraban de contento. Luego se oyeron en el Alhambra mil instrumentos de belicas trompetas, pifanos, y caxas. Los Moros amigos del Rey Don Fernando, que querian ser Christianos, cuya cabeza era Muza, tocaron muchas dulzaynas, y añafiles, sonando grande ruído de atambores por toda la Ciudad. Los Cavalleros Moros, que havemos dicho, aquella noche jugaron galanamente alcancias, y cañas, las quales se holgaran de ver los dos Christianos Reyes. Havia tantas luminarias, y tanta fiesta, y regocijos aquella noche, que era cosa de ver. Dice nuestro Coronista, que aquel dia de la entrega de la

Ciu-

Ciudad el Rey Moro hizo sentimiento en dos cosas. La una es, que pasando el Rey Moro algun Rio, los Moros que ván à la par dél se cubren los pies, lo qual el Rey Moro no quiso consentir. La otra costumbre, que subiendo el Rey alguna escalera; los zapatos, que se descalza, ò pantuflos al pie de ella los mas principales que ván con él se los suben; lo qual el Rey Moro no quiso consentir aquel dia. Y asi como llegó à su casa el Rey Moro (que era en el Alcazara) comenzó à llorar lo que havia perdido. Al qual llanto le dixo su Madre, que pues no havia sido para defenderla, hacia bien de llorarla. Todos los Grandes de Castilla le fueron à besar las manos al Rey Don Fernando, y la Reyna Doña Isabel, y à jurarlos por Reyes de Granada, y su Reyno. Los Catholicos Reyes hicieron nuevas mercedes à todos los Cavalleros que se havian hallado en la conquista de Granada. Entregada la Ciudad, fueron puestas todas las armas de los Moros en el Alhambra. Acabado de dár asiento en las cosas de Granada, mandó el Rey Don Fernando, que à los Cavalleros Abencerrages se les bolviesen todas sus casas, y haciendas; y sin esto les hizo grandes mercedes. Lo mismo hizo con Re-

duan, Sarracino, y Abenamar, los quales le havian servido en la guerra muy bien, y con gran fidelidad. Muza, y Zelima se bolvieron Christianos, y los casó el Rey, y les dió grandes haveres. La Reyna Sultana fue à besar las manos à los Catholicos Reyes, los quales la recibieron benigna, y amorosamente, y dixo, que queria ser Christiana, y asi la bautizó el nuevo Arzobispo, y le puso por nombre Doña Isabel de Granada. Casóla el Rey con un principal Cavallero, y le dió en dote dos Lugares. Todos los Alabezes, Gazules, Vanegas, y Aldoradines se bolvieron Christianos, y el Rey les hizo grandes mercedes, especialmente à Malique Alavez, que se llamó Don Juan Alavez, y el mismo Rey fue Padrino suyo, y de Aldoradin, al qual llamó de su proprio nombre, Fernando Aldoradin. El Rey mandó que si quedaban Zegries, que no viniesen à Granada, por la maldad que hicieron contra los Abencerrages. Los Gomeles fueron à Africa, y el Rey Chico con ellos, que no quiso estár en España, aunque le havian dado á Purchena en que viviese, y en Africa le mataron los Moros de aquellas parte porque perdió à Granada. Nuestro Moro Coronista nos advierte de una cosa; y el

que los Cavalleros Moros llamados Mazas, que no era este su proprio nombre, sino Abembizes, y de este nombre Abembis huvo dos linages en Granada, y no bien puestos los unos con los otros, porque cada uno decia ser de mas claro linage que el otro. Sucedió que el un Vando de aquestos Abembizes (en tiempo del Rey de Castilla Don Juan el Primero) tuvieron una Batalla en la Vega de Granada con los Ghristianos, y de los Christianos se llamaba el Capitán, y el Alferez, que era su hermano. Don Pedro Maza, y Don Gaspar Maza. Decian ser estos Cavalleros del Reyno de Aragon, y de Valencia, y que esta Batalla fue muy reñida; de manera, que los Capitanes de ambas partes murieron, y asimismo los Alfereces, los Estandartes fueron trocados, que el de los Moros se llevaron los Christianos, y el de los Christianos se llevaron los Moros, y fueron Cautivos, asi de una parte como de otra: y respecto de aqnella Batalla, por la memoria de ella, en Granada en diciendo, ò nombrando los Abembizes, preguntaban, quales Abembizes y respondian, los Mazas, ò los otros. De manera, que fueron llamados los Abembizes Mazas, y se quedaron con aquel nombre. El Rey Don

Fer-

Fernando les dió à los Cavalleros Vanegas muy grandes mercedes, y privilegios, que pudiesen traer armas; y asimismo à los Alabeces, y Aldoradines. La hermosa Reyna, que ser solia, llamada Doña Isabel de Granada, siendo casada como ya havemos dicho, dió libertad à su criada Esperanza de Hita, y muchas, y muy ricas joyas, y la embió à Mula de donde era natural, al cabo de siete años de cautiverio. No muchos dias despues de tomada Granada, fue hallada una cueva de armas, de lo qual se hizo grande pesquisa, y descubierta la verdad, se hizo justicia de los culpados. Algunas cosas de aquestas no llegaron à noticia de Hernando del Pulgar, Coronista de los Reyes Catholicos, y asi no las escrivió, ni la Batalla que los quatro Cavalleros Christianos hicieron por la Reyna, porque de ello se guardó el secreto; y si algo de estas cosas supo, y entendió, no puso la pluma en ello por estár ocupado en otras cosas tocantes à los Catholicos Reyes, y de mas gravedad. Nuestro Moro Coronista supo de Sultana, debaxo de secreto, todo lo que pasó, y ella le dió las dos cartas, la que embió ella à Don Juan Chacon, y la respuesa que él le embió; y asi, él pudo escrivir aquella fa-

mosa

mosa Batalla, sin que nadie entendiese quienes fueron hasta ahora. Viendo el Coronista perdido el Reyno de Granada, se fue à Africa á Tremecen, llevando todos sus papeles consigo, y alli murió, y dexó hijos, y un nieto suyo, de no menos habilidad que él llamado Argutafa, recogió todos los papeles de su Abuelo, y en ellos halló este pequeño Libro, que no se estimó en poco, por tratar la materia de Granada; y por grande amistad se lo presentó à un Judio, llamado Rabi Santo, el qual le sacó en Hebreo por su contento; y el original Arabigo, le presentó à Don Rodrigo Ponce de Leon, Conde he Baylen; y por saber bien lo que contenia, (y por haverse hallado su Abuelo y Visabuelo en las dichas Conquistas) le rogó al Judio que le traduxese en Castellano; y despues el Conde me hizo merced de darmelo.

Y pues ya havemos acabado de decir todas las Guerras Civiles, y los Vandos de los Zegries, y Abencerrages, diremos algunas cosas de Don Alonso de Aguilar, y como le mataron los Moros en Sierra Bermeja, con algunos Romances de su historia, y darémos fin à los amores de Gazul, y Lindaraxa. Asi como bautizaron à Gazul, y

ha-

haviendole hecho el Rey mercedes, pidió licencia para ir à San Lucar, y diósela, y partido llegó con brevedad, y con deseo que tenia de ver à su Señora, le hizo saber con un Page su venida. Ella estaba enojada con él sobre ciertos zelos, y no quiso oir al Page, de lo qnal le pesó à Gazul; y sabiendo que en Gelves se jugaban cañas, porque el Alcayde de alli las havia ordenado por la paz de los Reynos, quiso ir à jugarlas, para mostrar su valor; y asi un dia se puso muy galán, la librea blanca, morada y verde, con plumas de lo mismo, llenas de argentería, oro, y plata, el cavallo enajaezado de lo mismo. Y antes de partirse, se fue por la calle de Lindaraxa, por verla, y él que llegaba à sus ventanas, y la Dama que salía à un balcon. Gazul que la vió, lleno de alegria, y contento, arremetió el cavallo, y en llegando junto al balcon, le hizo arrodillar, y poner la boca en el suelo, y asi como aquel que le tenia enseñado en aquello, para aquella, y otras ocasiones semejantes. Comenzó à hablarla, diciendo: Que, qué le mandaba para Gelves; que iba á jugar cañas? Y que con haverla visto llevaba esperanza, que le iria bien en aquella jornada. La Dama le respondió, Que à la Dama que servia

le

le pidiese favores, que á ella no havia para qué, que no curase de engañar à nadie. Y diciendo esto, echandole muchas maldiciones, se quitó del balcon, y cerró la ventana con grande furia. Gazul viendo aquel gran disfavor de su Dama, arremetió el cavallo á la pared, y alli hizo la lanza pedazos, y se bolvió à su casa, y se desnudó para no ir à las cañas. No faltó quien dió noticia desto à Lindaraxa, la qual estaba arrepentida de lo que havia hecho; asi con un Page embiò à llamar à Gazul, paraque se viese con ella en un huerto, ò jardin que ella tenia. Gazul lleno de alegre esperanza, vino á su llamado, y se viò con ella en aquel jardin, donde ella le dió disculpa, y pidiò perdon de lo hecho, y alli se casaron los dos. Y paraque fuese à jugar cañas à Gelves, ella le dió muy ricas presas. Y á esto se dice este Romance;

POR la Plaza de San Lucar,
galán paseando viene
el animoso Gazul,
de blanco, morado, y verde.
Quiere partirse el Moro
á jugar cañas á Gelves,
que hace fiesta su Alcayde

por

por las paces de los Reyes.
Adora una Abencerrage,
reliquia de los valientes,
que mataron en Granada
los Zagries, y Gomeles.
Por despedirse, y hablarla
buelve, y rebuelve mil veces,
penetrando con los ojos
las venturosas paredes,
Al cabo de una hora de años,
de esperanzas impacientes,
viéla salir al balcon,
haciendo los años breves.
Arremitió su cavallo,
viendo aquel Sol que amanece,
haciendo que se arrodille,
y el suelo en su nombre bese.
Con voz turbada le dice:
No es posible sucederme
cosa triste en esta empresa,
haviendote visto alegre.
Allá me llevan sin Alma
obligacion, y Parientes,
dame una empresa, ò memoria,
y no paraque me acuerde,
sino paraque me adorne,
guarde, acompañe, y esfuerce.
Pelosa está Lindaraxa,

que

que de zelos grandes muere,
de Zayda la de Xerez,
porque su Gazul la quiere,
Y de esto la han informado,
que por ella ardiendo muere;
y asi à Gazul responde;
Si en la Guerra te sucede,
como mi pecho desea,
y el tuyo falso merece.
No bolverás à San Lucar
tan ufano como sueles,
à los ojos que te adoran,
y à los que mas te aborrecen.
Y plegue Alá que en las cañas,
los enemigos que tienes
te tiren secretas lanzas,
porque mueras como mientes.
Y que traigan fuertes jacos
debaxo de los alquiceles,
porque si quieres vengarte,
acabes, y no te vengues.
Tus amigos no te ayuden,
tus contrarios te atropellen,
y en ombros dellos salgas,
quando à servir Damas entres.
Y que en lugar de llorarte
las que engañas, y entretienes,
con maldiciones te ayuden,
y

y de tu muerte se huelguen.
Piensa Gazul que se burla,
que es proprio del inocente,
y alzandose en los estrivos
tomarla la mano quiere.
Miente (la dice) Señora,
el Moro que me rebuelve,
à quien esas maldiciones.
le vengan, porque me vengue.
Mi alma aborrece à Zayda,
de que la amé se arrepiente;
malditos sean los años,
que la serví por mi suerte.
Dexóme à mi por un Moro
mas rico de pobres bienes:
esto que oye Lindaraxa,
aqui la paciencia pierde.
A este punto pasó un Page
con sus Cavalleros Ginetes,
que los llevaba gallardos
de plumas, y de jaeces.
La lanza con que ha de entrar,
la tomó, y fuerte arremete,
haciendola mil pedazos
contra las mismas paredes.
Y manda que à sus Cavallos,
jaeces, y plumas truequen,

ver-

verdes truequen en leonados,
para entrar leonado de Gelves.

Ya contamos, como haviendo pasado aquestas palabras entre Lindaraxa, y Gazul; ella se quitó del Balcon muy enojada, y confusa, y dió con la mano en las puertas de la ventana, y con mucho furor la cerró inconsiderablemente; mas despues siendo de ello arrepentida, como aquella, que amaba de todo corazon á su Gazul, y sabiendo como desesperadamente havia trocado sus aderezos verdes, azules, y blancos, en leonados, y roto la lanza con enojo en la pared, como atrás se dixo. Y embiandole á llamar, diciendo, que le esperaba en su jardin, trató con él muy largas cosas, y entre los dos se casaron, y ella le dió para irse á Gelves ricas preseas por su memoria, y de esto se hace un muy lindo Romance, que dice asi;

ADornado de preseas
de la bella Lindaraxa,
se parte el fuerte Gazul
á Gelves á jugar cañas.
Quatro cavallos Ginetes,
lleva cubiertos de galas,
con mil cifras de oro fino,

que

que dicen Abencerraxa.
La librea de Gazul
es azul, blanca, y morada,
los penachos de lo mismo
con una pluma encarnada,
De costosa argenteria,
de fino Oro, y fina plata;
pone el Oro en lo morado,
la Plata en lo roxo esmalta.
Un salvage por divisa
lleva en medio de la adarga,
que desquixarra un Leon,
divisa honrosa, y usada
De nobles Abencerrages,
que fueron flor de Granada,
de todos bien conocida,
y de muchos estimada.
Llevaba el fuerte Gazul,
por respeto de su Dama,
que era de los Abencerrages,
á aquien en extremo amaba,
Una letra lleva el Moro,
que dice: *Nadie le iguala.*
De aquesta suerte Gazul,
de Gelves entró en la Plaza.
Con treinta de su quadrilla,
que asi concertado estaba,
de una librea vestidos,

que admira á quien los miraba.
Y una divisa sacaron,
que ninguno discrepaba;
sino fue el fuerte Gasul
en las cifras que llevaba.
Al son de los añafiles
el juego se comenzaba,
tan trabado, y tan rebuelto,
que parece una Batalla;
Mas el Vando de Gazul
en todo lleva ventaja;
el Moro caña no tira,
que no aportilla una adarga.
Miranlo mil damas Moras
de balcones, y ventanas,
tambien lo estaba mirando
la hermosa Mora Zayda,
La qual dicen de Xeréz,
que en las fiestas se hallára,
vestida de leonado,
por el luto que llevaba
Por su Esposo tan querido,
que el brabo Gazul matára:
Zayda bien le reconoce
en el tirar de la caña.
Acuerdase en su memoria
de aquellas cosas pasadas,
quando Gazul la servia,
y

y ella le fue tan ingrata.
Muy mal pagó sus servicios,
y lo mucho que él la amaba:
siente tanto dolor desto,
que allí cayó desmayada,
Y al cabo que bolvió en sí,
la hablára su Criada:
Qué es esto Señora mia,
por qué causa te desmayas?
Zayda la responde asi,
con voz baxa, y muy turbada:
Advierte bien aquel Moro,
que ahora arroja la caña,
Aquel se llama Gazul,
cuya fama es bien nombrada,
seis años fuí de él servida,
sin de mi alcanzar nada;
Aquel mató à mi marido,
y dello yo fuí la causa,
y con todo eso le quiero,
y le tengo acá en el alma.
Holgára que me quisiera,
pero no me estima en nada:
adora una Abencerrage,
por quien vivo desamada,
En esto se acabó el juego,
y la fiesta aqui se acaba,

Gazul se parte á San Lucar
con mucha honra ganada.

Muy maravillados quedaron en Gelves de la bondad, y fortaleza de Gazul, y quan bien lo havia hecho en el juego de las cañas, y de su valor quedaron muchas Damas amarteladas, y se holgáran de ser amadas de tan buen Cavallero. Llegado Gazul á San Lucar, luego fue á ver á su Dama Lindaraxa, la qual no se holgó poco con su venida, y preguntandole por muy extenso todo lo que en Gelves havia pasado, de todo lo qual el enamorado Gazul la satisfizo con mucha alegria, contandola quan bien le havia ido en aquel viage; y no faltó quien desta buelta de Gelves hizo un Romance á Gazul, que dice:

DE honor, y trofeos lleno,
mas que el granMarte lo ha sido,
el valeroso Gazul
de Gelves havia venido.
Vinose para San Lucar,
donde fue bien recibido
de su Dama Lindaraxa,
de la qual es muy querido.
Estando ambos á dos

en

en un jardin muy florido,
con amorosos regalos
siendo cada qual servido.
Lindaraxa aficionada,
una guirnalda ha texido
de clavelinas, y rosas,
y un alhelí escogido.
Cercada de violetas
flor que de amantes ha sido,
se la puso en la cabeza
à Gazul, y asi le dixo:
Nunca fuera Ganimedes
de rostro tan escogido,
si el gran Jupiter te viera,
èl te llevára consigo.
El fuerte Gazul la abraza
diciendola con un riso:
No puede ser tan hermosa
la que el Troyano ha escogido
Por la qual se perdió Troya,
y en fuego se havia encendido,
como tu, Señora mia,
vencedora de Cupido.
Si hermosa te parezco,
Gazul casate conmigo,
pues que me diste la fee
que serias mi marido.

Pla-

Placeme, dixo Gazul,
pues yo gano en tal partido.

Estas, y otras amorosas palabras pasaron entre Lindaraxa, y su amante Gazul; y asi ordenaron de casarse, y Gazul se la pidió á su Tio en cuyo poder estaba Lindaraxa. El Tio se holgó mucho por ser Gazul principal, valiente, y rico; y asi se celebraron las bodas, y fueron muy costosas, se hallaron en ellas muchos Cavalleros Christianos, y Moros; por que vinieron de Granada los Christianos Gazules, Abencerrages, y Vanegas. Tambien vino Daraxa, hermana de Lindaraxa, y su marido Zulema que eran ya Christianos, y muy queridos del Rey Catholico. Huvo Trucos, cañas, y sortija: Duraron estas fiestas dos meses, al cabo de las quales todos los Cavalleros que havian venido de Granada, se volvieron, llevandose consigo á los desposados, los quales entrando, fueron á besar las manos á los Reyes Catholicos, los quales se holgaron mucho de verlo, mandaron que todos los bienes del Padre de Lindaraxa, se los entregasen á Gazul, y á su Esposa. Bolviose Christiana Lindaraxa, y la llamaron Doña Juana. El se llamó Don Pedro Anzul quando le bautizaron.

ron. En esta historia de Gazul se quedó por poner otro Romance que era primero del de San Lucar; mas por no estár bueno, ni haverlo entendido el Autor que le hizo, no se puso al principio, porque no causára confusion, y porque no quede con aquesta ignorancia, diremos la verdad del caso. El Romance que digo, es aquel que dice: Sale la Estrella de Venus; y el que lo compuso no entendió la historia, porque no tuvo razon de decir que se casaba Zayda hija del Alcayde de Xeréz, con el Alcayde de Sevilla, y su Fuerza, porque Gazul, que mató al desposado de Zayda, no fue en tiempo que Xeréz, ni Sevilla eran de Moros, sino en tiempo de los Reyes Catholicos, como se prueba por aquel verso del Romance de San Lucar, quando dice: Reliquia de los valientes; pues en este tiempo ya havian ganado los Christianos á Sevilla, y á Xeréz, mas hace de entender de esta manera el Romance, y su historia; Zayda de Xeréz era nieta, ó viznieta de los Alcaydes de alli, y siendo Xeréz tomada de Christianos, quedando los Moros en pleytesia, gozando de sus libertades, lengua, y habito, viviendo en su secta, siendo los Christanos Señores de la Ciudad, y Fortaleza. Lo mismo fue en Se-
vi-

villa, que aquel Moro rico, que dice el Romance, que se casaba con Zayda, por ser Alcayde en Sevilla, no porque lo era él, sino su Abuelo, ó Visabuelo, y el Moro vivie en Sevilla con los demás que en ella quedaron, y entre todos se hizo el casamiento que dice el Romance. Pues viniendo al caso, Gazul servia á Zayda en el tiempo que se trató el casamiento con el Moro de Sevilla, y nunca pudo alcanzar Gazul lo que pretendia, porque sabia Zayda que sus Padres no querian casarla con èl, sino con el Sevillano, por tener algun deudo con èl, y por ser mas rico que Gazul, y por esto no le favorecia, aunque le amaba de secreto; y no lo manifestaba, por no dar disgusto á sus Padres. Pues estando ya tratado el casamiento, una noche en cierta zambra que se hacia en casa de Zayda, se halló Gazul, porque entonces havia licencia para entrar de Paz los Moros en las tierras de los Christianos, á tratar, ó hablar con los demás Moros que estaban en ellas. Pues como se halló alli, danzó la zambra con Zayda. Estando danzando, asidos de las manos (como es costumbre en aquel baile) no pudo refrenarse Gazul tanto, que con el demasiado amor que á Zayda tenia, que al tiempo que acabó
de

de danzar no la abrazase estrechamente. Lo qual visto por el Moro Sevillano, asi como un Leon, lleno, y ciego de colera puso mano à su alfange, y fue à herir á Gazul, el qual se puso en defensa, y aun huviera ofendido muy mal al desposado, sino fuera por la gente que se puso de por medio. Alborotada la sala de Zayda por esta ocasion, sus Padres de ella se enojaron con Gazul, y le dixeron que se fuese de su casa. Gazul sin replicar en cosa alguna se salió muy enojado de allí, y juró de matar al desposado, y para ello aguardó tiempo, y lugar oportuno, y sabiendo quando se desposaba Zayda, ya que era hora, se aderezó muy bien, y subido en un buen cavallo, se partió de Medina Sidonia para Xeréz, y entró al anochecer, quando salia Zayda, y su desposado, acompañados de muchos Cavalleros, asi Christanos, como Moros de su casa, para ir á otra, donde se havian de celebrar las bodas; lo qual visto por Gazul, rabioso de zelos, y de colera, echó mano á un estoque, y embistiò con el desposado, y le diò una estocada, de la qual quedò muerto. Admirados los circunstantes de tal hazaña, no sabian que hacer, ni que decir, salvo los Parientes del muerto, y los de Zayda que acome-

me-

metieron á Gazul para matarle, diciendo, muera el traydor; pero Gazul se defendiò de todos, hiriendo algunos de ellos, sin que á él le ofendiesen, y asi se escapò de todos. Por la muerte de Zayda; y por este hecho se dixo este Romance que se sigue, el qual se habia de poner primero que los ya dichos de Gazul; mas pues se ha declarado la causa, no importa que se ponga aqui.

SAle la Estrella de Venus
al tiempo que el Sol se pone,
y la enemiga del dia
su negro manto descoge,
Y con ella un fuerte Moro
semejante á Rodamonte;
sale de Sidonia ayrado,
de Xeréz la Vega corre,
Por do entra Guadalete
al Mar de España, y por donde
Santa Maria del Puerto
recibe famoso nombre.
Desesperado camina,
que aunque es de linage noble
le dexa su Dama ingrata,
porque le suena que es pobre,
Y aquella noche se casa
con un Moro feo, y torpe,

por-

porque es Alcayde en Sevilla
del Alcazar, y la Torre.
Quexabase grandemente,
de un agravio tan enorme,
y á sus palabras la Vega
con el eco le responde.
Zayda, dice, mas ayrada,
que el Mar que las Naves sorbe,
mas dura, é inexorable,
que las entrañas que de un monte;
Como permites cruel,
despues de tantos favores,
que de prendas son mias
agena mano se adorne?
Es posible que aborreces
á las cortezas de un roble,
y dexes al arbol tuyo
desnudo de fruta, y flores?
Dexas un pobre muy rico,
y nn rico muy pobre escoges,
y las riquezas del cuerpo
á las del alma antepones.
Dexas al noble Gazul,
dexas seis años de amores,
y dás la mano á Albunzayde,
que aun apenas le conoces.
Alá permita enemiga,
que te aborrezca, y lo adores,

que

que por zelos de él suspires,
y por ausencia le llores;
Y en la cama le fastidies,
y que à la mesa le enojes,
y que de noche no duermas,
ni de dia no reposes,
El en las zambras, ni en las fiestas
no vista de tus colores,
ni el amayzar que le labres,
ni la manga que le bordes.
Y se ponga el de su amiga,
con la cifra de su nombre,
y para verle en las cañas
no consienta el que te asomes,
A la puerta, ni ventana,
paraque mas te alborotes,
y si le has de aborrecer,
que largos años le goces.
Y si mucho le quisieres,
de verle muerto te asombres,
que es la mayor maldicion,
que te pueden dar los hombres.
Y plegue Alá que se enfade
quando la mano le tomes:
con esto llegò á Xeréz
á la mitad de la noche,
Hallò el Palacio cubierto
de luminarias, y voces,

y los Moros fronterizos,
que por todas partes corren,
Con mil hachas encendidas,
y sus libreas conformes;
delante del desposado
en los estrivos se pone,
(Que tambien anda à cavallo
por honra de aquella noche)
y arrojandole la lanza
de parte á parte pasòle.
Alborotòse la Plaza,
desnuda el Moro su estoque,
y por medio de todos
para Medina bolviòse.

No hay cosa tan rabiosa como el mal de zelos, y asi están las escrituras llenas de casos acontecidos, y desastrados por los zelos, y con verdad dicen los que de ellos tienen experiencia, que es cruel mal de rabia, y esto nace de los amantes, que son mal considerados. Sino mirese por Zayda la de Xeréz, que despues de seis años de amores, y de otros dares, y tomares que tuvo con Gazul, inconsideradamente lo olvidò, y se casò con Zayde de Sevilla, por ser rico, y porque Gazul no lo era tanto, no mirando el valor de las personas, que eran diversas, por-

porque Gazul (aunque no era rico) era noble de linage, y era valiente, y gentilhombre, como ya se ha dicho; y no era tan pobre, que no tenia hacienda que valia mas de treinta mil doblas, y muy emparentado en Granada, y todos los de su linage eran muy ricos, y estimados; mas porque el Moro Zayde era de mayor riqueza, le escogió por marido. Mal haya la riqueza, pues que muchas veces por ella pierden muchas personas nobles, muy buenas ocasiones por no ser ricas, como ahora tenemos exemplo en Gazul, que fue desechado, porque decian que no era tan rico como Zayde, segun parece por el Romance; pero á mi parecer no se puede creer que Zayda olvidase á su Gazul por ser pobre, al cabo de seis años de amores, en el qual tiempo no podia ignorar Zayda su necesidad, y no podia ser perfecto amor, si fuera fundado en interés, porque por eso pintan á Cupido desnudo, que se entiende que los amantes han de estar desnudos de todo puuto en materia de interés; porque asi entre verdaderos amantes, de dos voluntades, y de dos almas hacen una, por la obediencia, que el uno al otro se tienen, es fuerza que en lo menos, que es la hacienda, haya de haver

la

la misma conformidad; y digo, que no es posible, sino que por causa de sus Padres, ó deudos dexó Zayda á Gazul, asi parece por aquel Romance que trata del juego de cañas en Gelves, donde ella confiesa á su criada querer á Gasul, por donde se colige que la casaron contra su voluntad. Este Romance dicho, y su principio, dá fuera del blanco de la Historia, y ahora (salvo paz de su Autor) vá enmendado, declarando fielmente la Historia, por que verdaderamente fueron los amores de Gazul en tiempo de los Reyes Catholicos, y Sevilla, y Xeréz ya eran de Christianos; Sevilla ganada por el Rey Don Fernando el Tercero, y Xeréz por el Rey Don Alonso el Onceno. Y asi no faltó otro Poeta que compusiese otro Romance del mismo tema, y no tan intrincado como el pasado, el qual dice asi:

NO de tal braveza lleno
Rodamonte el Africano
que llamaron Rey de Argél,
y de Zarza intitulado;
Salió por su Doralice
contra el fuerte Mandricardo
como salió el buen Gazul
de Sidonia aderezado.

Pa-

Para emprender un hecho,
tal, que nunca se ha intentado,
y para esto se adorna
de jacerina, y de jaco,
Y al lado puesto un estoque,
que de Fez le fue embiado
muy fino, y de duros temples,
que le forjára un Christiano,
Que allá estaba en Fez Cautivo.
porque del Rey era esclavo;
mas le estima Gazul
que á Granada, y su Reynado.
Sobre las armas se pone
un alquizel leonado;
lanza no quiere llevar,
por ir mas disimulado.
Partese para Xeréz,
do tiene puesto el cuydado,
tropella toda la Vega,
corriendo con su cavallo.
Vadeando pasa el Rio,
que Guadalete es llamado,
el que dá famoso nombre
al Puerto antiguo nombrado,
qual dicen Santa Maria,
deste nombre Rey Hispano.
Asi como pasó el Rio,
mas aprieta su cavallo.

pa-

para llegar á Xerez,
ni muy tarde, ni temprano.
Porque se casa su Zayda
con un Moro Sevillano,
por ser rico, y poderoso,
y en Sevilla emparentado,
Y viznieto de un Alcayde,
que fue en Sevilla nombrado
del Alcazar, y la Torre,
Moro valiente esforzado.
Pues de casarla con este
à su Zayda havian tratado:
mas aqueste casamiento
caro al Moro le ha costado.
Porque el valiente Gazul,
como á Xerez ha llegado
á dos horas de la noche,
que asi lo tiene acordado,
junto á la casa de Zayda,
se puso disimulado.
Pensando está qué hará
en un caso tan pensado,
determina de entrar dentro,
y matar al desposado.
Ya que en esto está resuelto,
vido salir muy de espacio,
mucha caterva de gente,
con mil hachas alumbrando.

La Zayda venia en medio,
con su Esposo de la mano,
que iban con los Padrinos,
á desposarse á otro cabo.
El buen Gazul que los vido,
con animo alborotado,
como si fuera un Leon
se havia encolerizado.
Mas refrenando la ira,
se acercó en su cavallo,
por acertar con su intento,
y en nada salir errado.
Y aguarda llegue la gente
adonde estaba parado,
y como llegaron juntos,
á su estoque puso mano.
Y en alta voz que lo oyeron,
desta manera ha hablado;
No pienses gozar á Zayda,
Moro baxo, y vil villano.
No me tengas por tràidor,
pues que te aviso, y te hablo:
pon mano á tu cimitarra,
si presumes de esforzado.
Estas palabras diciendo,
un golpe le havia tirado
de una estocada cruel,
que le pasó al otro cabo.

Muer-

Muerto cayó el triste Moro
de aquel golpe desastrado,
todos dicen, muera, muera,
hombre que ha hecho tal daño.
El buen Gazul se defiende,
nadie se llega á enojarlo;
desta manera Gazul
se escapó con su cavallo.

Admirados quedaron todos los que iban acompañando á los desposados, de lo que Gazul hizo, y aun algunos heridos, porque pretendieron vengar la muerte del desposado. Y visto que no podian ofender á Gazul, por ir á cavallo, y por ser valiente, alzaron el cuerpo del Moro ya difunto, y se bolvieron á casa de Zayda, haciendo grandes llantos sus Parientes, y ella, la qual toda aquella noche no cesó de llorar á su amado Esposo, no le quedó de sus llantos otro consuelo, sino que sería posible que el enamorado Gazul la bolveria á servir como solia; y que se casaría con ella, lo qual sucedió muy diferentemente. La mañana venida, fue enterrado el difunto con mucha pompa, no sin falta de llantos de una parte, y otra. Los Parientes del muerto se conjuraron de seguir á Gazul hasta la muerte por

via de justicia, porque de otra suerte no tenian remedio. Pues bolviendo á Gazul, asi como vió cumplido el fin de su deseo, y juramento, como desesperado se fue á Granada, donde tenia su hacienda, y Parientes; mas á pocos dias llegado le fue puesta acusacion criminal delante del Rey, sobre la muerte del Sevillano Moro, que tambien se llamaba Zayde. Mucho le peso al Rey de la acusacion, porque amaba mucho á Gazul por su valor, mas vista y entendida la causa, no pudo menos de dar contento á los acusantes. Finalmente el mismo Rey puso la mano en el negocio, y con otros Cavalleros de los mas principales de Granada, y tanto hicieron en ello, que condenaron á Gazul de dos mil doblas para las partes, y asi fue libre deste negocio. En este tiempo Gazul puso los ojos en Lindaraxa, y se dió á servirla, como atrás havemos dicho; y ella le quiso bien, y por ella Gazul, y Reduan tuvieron aquella Batalla que ya se ha contado. Finalmente por respeto de Muza Reduan se apartó de los amores de Lindaraxa, y quedó por Gazul, el qual la sirvió hasta que sucedió la muerte de los Abencerrages, donde fue muerto su Padre de Lindaraxa, y por ello ella se saliò de Gra-

dana

nada como desterrada se fue á San Lucar, y con ella Gazul, y otros amigos suyos. Estando en San Lucar estos dos amantes, se hablaban, y se visitaban con gran contento. Despues como el Rey Don Fernando cercó à Granada, fue Gazul llamado de sus Parientes, paraque se hallase con ellos en el trato que se havia de hacer con el Rey de Granada, paraque al Rey Christiano se le entregase la Ciudad: Gazul se partió á Granada, y no faltó quien dixo á Lindaraxa los amores de Gazul, y Zayda, y la muerte que el dió à su Esposo; y aún le dixeron que Gazul estaba en aquella sazon en Xerez, y no en Granada; de lo qual Lindaraxa recibió mucha pena, y concibió mortales zelos en su animo; y fue la causa principal, que Lindaraxa se le mostró cruel á Gazul quando bolvió de Granada á San Lucar. Pues como vió tanta mudanza en Lindaraxa, estaba muy confuso, por no saber la causa de aquellos desdenes; y pretendió hablar para satisfacerla, pero ella no quiso escucharle, mostrandose cruel. A esta sazon se ordenaba en Gelves aquel juego de cañas, y fue combidado á él Gazul, para lo qual se puso tan galán, como havemos dicho, y antes de ir á Gelves quiso verla, y hablarla, y hablando

se

se pasó lo atrás referido; y como diximos fueron á Granada. Zayda se halló burlada, porque siempre entendió que Gazul bolveria á pretenderla; y quando supo que se havia casado, le aborreció, y dicen, que se casó Zayda con un primo hermano de Gazul, que era muy rico, y estimado, y vivia en Granada, y mediante esto cesò el rencor.

Pues dexando todo esto, y bolviendo á nuestra Historia, que todavia hay que decir de ella. A pocos dias se rebelaron los Lugares del Alpujarra, por lo qual convino que el Rey Don Fernando mandase juntar á todos sus Capitanes, y quando los tuvo juntos, les dixo: Bien sabeis como Dios nuestro Señor ha sido servido de ponernos en posesion de Granada, y su Reyno, con tanta costa, y trabajo nuestro. Ahora parece, que no temiendo nuestro castigo, se han rebelado los Lugares de la Sierra, y es menester irlos á conquistar de nuevo. Por tanto, qual de vosotros se determina á ir á emprender esta hazaña, y á poner mis Reales Pendones encima de las Alpujarras que yo lo tendré á gran servicio, y aumentará el su honra? Y con esto diò fin á sus razones el Rey, aguardando respuesta de algunos de los Capitanes; todos los quales se miraban

unos

unos á otros, sin aceptar ninguno la oferta del Rey, porque era una conquista muy dificultosa. Y visto por el Capitán Don Alonso de Aguilar, que todos estaban suspensos, y que nadie respondia, se levantò, y haciendo la reverencia devida, dixo: Esa empresa (Catholica Magestad) confirmada está para mi, porque la Reyna mi Señora la tiene prometida. Admirados quedaron todos los demás Cavalleros de la acceptacion de Don Alonso de Aguilar, con la qual el Rey se holgò mucho, y luego otro dia mandò que se le diesen á Don Alonso mil infantes todos escogidos, y quinientos hombres de á cavallo, entendiendo el Rey, y los de su Consejo, que con aquella gente havia harto para tornar á apaciguar aquellos Pueblos levantados, y rebeldes. Don Alonso de Aguilar acompañado de muchos Cavalleros, deudos, y amigos suyos, que en aquella jornada le quisieron acompañar, se partiò de Granada, y comenzò á subir por la Sierra. Los Moros que supieron la venida de los Christianos, con gran presteza se apercibieron para defenderse, y asi tomaron todos los pasos mas angostos, y estrechos del camino, para impedir á los Christianos la subida. Pues marchando Don Alonso con su

es-

esquadron, y metidos por los caminos mas estrechos; los Moros con grande alarido acometieron à los Christianos, arrojando gran muchedumbre de peñascos por las cuestas abaxo, los quales hacian muy notable daño en la Christiana gente, tanto que mataban à muchos. La gente de cavallo fue desbaratada de todo punto y se huvo de retirar atrás, por no poder hacer alli ningun efecto, y alli murieron muchos de ellos. Visto por Don Alonso el poco provecho de sus cavallos, y la destruccion total de sus Infantes, à grandes voces animaba su gente, subiendo todavia; pero ningun provecho se le seguia de esto, porque sin pelear los Moros mataban muchos Soldados, con las peñas que arrojaban. Fue tal la matanza, que quando Don Alonso llegó à lo alto, no tenia gente que le ayudase, porque los que subieron con él eran pocos, y mal heridos, y en la cumbre la de Sierra, un llano que havia determinó de pelear con los Moros, y cargaron tantos, que en breve tiempo mataron à los cansados Christianos, y el ultimo fue Don Alonso de Aguilar, haviendo mostrado el valor de su animoso corazon; pues quando murió havia muerto mas de treinta Moros; algunos Ginetes se esca-

paron,

paron, y dieron la nueva al Rey Don Fernando de la perdida de Don Alonso de Aguilar, y su gente. Lo qual fue muy sentido en toda la Corte. Por eso succeso desgraciado se hizo el Romance qne se sigue.

ROMANCE.

ESTando el Rey Don Fernando
en conquista de Granada,
donde están Duques, y Condes,
y otros Señores de salva.
Con valientes Capitanes
de la Nobleza de España:
de que la huvo ganado
à sus Capiranes llama.
Quando los tuviera juntos.
desta manera les habla;
Qual de vosotros, amigos,
irá à la Sierra mañana,
à poner mi Real pendon
encima de la Alpujarra?
Miranse unos à otros,
y ninguno el sí le daba,
que la vida es peligrosa,
y dudosa la tornada.
Y con el temor que tiene
à todos tiembla la barba,

sino

sino fuera Don Alonso,
que de Aguilar se llamaba.
levantóse en pie ante el Rey,
de esta manera le habla.
Aquesa empresa, Señor,
para mi estaba guardada,
que mi Señora la Reyna
ya me la tiene mandada.
Alegróse mucho el Rey
por la oferta que le daba,
aun no era amanecido
Don Alonso ya cavalga.
Con quinientos de á cavallo,
y mil Infantes llevaba;
comienza à subir la Sierra.
que llamaban la nevada.
Los Moros de que lo vieron
ordenaron gran Batalla,
y entre ramblas, y mil cuestas
se pusieron en parada.
La Batalla se comienza
muy cruel, y sangrentada,
porque los Moros son muchos,
tienen la cuesta ganada.
Aqui la Cavallería
no podia hacer nada,
y asi con grandes peñascos
fue en un punto destrozada.

Los que escaparon de aqui
buelven huyendo à Granada;
Don Alonso, y los Infantes
subieron á una llanada.
Aunque quedan muchos muertos
en una rambla, y cañada;
tantos cargan de los Moros,
que à los Christianos mataban.
Solo queda Don Alonso,
su campaña es acabada,
pelea como un Leon,
pero poco aprovechaba.
Porque los Moros son muchos,
y ningun vagar le daban,
en mil partes ya herido,
no puede mover la espada.
De la sangre que ha perdído
Don Alonso se desmaya;
al fin cayó muerto en tierra,
à Dios rindiendo su alma.
No se tiene por buen Moro
el que no le dá lanzada:
llevaronle à un Lugar,
que es Oxicar la nombrada.
Alli la vienen à ver
como à cosa señalada,
miranle Moros, y Moras,
de su muerte se holgaban.

Llo-

Lloradale una Cautiva,
una Cautiva Christiana,
que de chiquito en la cuna
à sus pechos le criára.
A las palabras que dice,
qualquiera Moro lloraba:
Don Alonso, Don Alonso,
Dios perdone la tu alma,
que te mataron los Moros,
los Moros de la Alpujarra.

Este fin glorioso tuvo este valeroso Cavallero Don Alonso de Aguilar. Ahora sobre su muerte hay discordia entre los Poetas que sobre esta Historia han escrito Romances, porque el uno; cuyo Romance es el que havemos contado, dice, que esta Batalla, y rota de Christianos, fue en la Sierra Navada. Otro Poeta, que hizo el Romance del Rio verde, dice que fue esta Batalla en Sierra Bermeja; no sé à qual elija. El Lector puede hacer esta eleccion, pues importa poco que muriera en una parte, ò en otra, pues todo se llama Alpujarra. Aunque me parece, y es asi, que la Batalla dicha pasó en Sierra Bermeja, que asi lo declara un Romance muy antiguo, que dice de esta manera:

RIO

RIO verde, Rio verde,
tinto vá en sangre viva,
entre ti, y Sierra Bermeja
murió gran Cavalleria.
Murieron Duques, y Condes,
Señores de gran valía;
alli murió Urdiales,
hombre de valor, y estima.
Huyendo vá Saavedra
por una ladera arriba,
trás el iba un Renegado,
que muy bien le conocia.
Con algazára muy grande
desta manera decia:
Date, date Saavedra;
que muy bien te conocia.
Bien te vide jugar cañas
en la Plaza de Sevilla,
y bien conocí à tus Padres,
y tu Muger Doña Elvira.
Siete años fuí tu cautivo,
y me diste mala vida,
y ahora lo serás mio,
ò me costará la vida.
Saavedra que lo oyera,
como un Leon rebolvia,
tiróle el Moro un quadrillo,
y por alto hizo la via.

Saa-

Saavedra con su lanza
durante le heria,
cayó muerto el Renegado
de aquella grande herida.

Cercaron à Saavedra
mas de mil Moros que havia,
hicieronle mil pedazos,
con saña que le tenia.

Don Alonso en este tiempo
muy gran Batalla hacia,
el cavallo le havian muerto,
por muralla le tenia.

Y arrimado à un gran peñon
con valor se defendia:
muchos Moros tiene muertos,
pero poco le valía.

Porque sobre él cargan muchos,
y le dán grandes heridas,
tantas que cayó alli muerto
entre la gente enemiga.

Tambien el Conde de Ureña,
mal herido en demasia,
se sale de la Batalla,
llevado por una guia.

Que sabía bíen la senda
que de la Sierra salia:
muchos Moros dexaba muertos
por su grande valentia.

Tam-

Tambien algunos se escapan,
que al buen Conde le seguian:
Don Alonso quedó muerto,
recobrando nueva vida.
con una fama inmortal
de su esfuerzo, y valentia.

Algunos Poetas, teniendo noticia de que la muerte de Don Alonso de Aguilar, fue en Sierra Bermeja, alumbrados de las Coronicas Reales, haviendo visto este Romance Pasado, no faltó un Poeta que hizo otro nuevo à la misma materia aplicado à él, dice asi:

RIO verde, Rio verde,
quanto cuerpo en ti se baña,
de Christianos, y de Moros,
muertos por la dura espada.
Y tus hondas cristaliaas
de roxa sangre se esmaltan,
que entre Moros, y Christianos,
se trabó muy gran Batalla.
Murieron Duques, y Condes,
grandes Señores de salva,
murió gente de valía,
de la Nobleza de España.
En ti murió Don Alonso,

que

que de Aguilar se llamaba:
el valeroso Urdiales
con Don Alonso acababa.
Por una ladera arriba
el buen Saavedra marcha;
natural es de Sevilla,
de la gente mas granada.
Trás dél iba un Renegado,
desta manera le habla:
Date, date Saavedra;
no huyas de la Batalla.
Yo te conocí muy bien,
gran tiempo estuve en tu casa,
y en la Ciudad de Sevilla
bien te vide jugar cañas.
Conocí à tu Padre, y Madre
y à tu Muger Doña Clara;
siete años fuí tu cautivo,
malamente me tratabas.
Y ahora lo serás mio,
si Mahoma me ayudaba,
y tambien te trataré
como tu à mi me tratabas.
Saavedra que lo oyera,
al Moro bolvió la cara,
tiróle el Moro una flecha,
pero nunca le acertára.
Mas hirióle Saavedra

de una muy cruel lanzada,
muerto cayó el Renegado,
sin poder hablar paladra.
Saavedra fue cercado
de mucha Mora canalla,
y al cabo quedó alli muerto
de una muy mala lanzada.
Don Alonso en este tiempo
bravamente peleaba,
que el cavallo le havian muverto,
y le tiene por muralla.
Mas cargaron tantos Moros,
que mal le hieren, y tratan;
de la sangre que perdía
Don Alonso se desmaya.
Al fin, al fin cayó muerto
al pie de una peña alta.
tambien el Conde de Ureña
mal herido se escapaba,
por guiarle un Adalid,
que sabe bien las entradas.
Muchos salen con el Conde
que le siguen las pisadas;
muerto queda Don Alonso,
y eterna fama ganada.

Esta fue la honrosa muerte del valeroso Don Alonso de Aguilar, y como havemos

dicho, les pesó mucho á los Reyes Catholicos, los quales viendo la braba resistencia de los Moros, por estár en tan asperos Lugares, no quisieron embiar contra ellos por entonces mas gente. Más los Moros de la serranía, viendo que no podian vivir sin tratar en Granada, los unos pasaron á Africa, y los otros se dieron al Rey Catholico, el qual los recibió con mucha clemencia.

Este fin tuvo la Guerra de Granada, á gloria de Dios nuestro Señor.



TABLA DE LOS CAPITPLOS de este Libro.

CAP. I. En que se trata la fundacion de Granada, y de los Reyes que huvo en ella, con otras cosas tocantes á la Historia. fol. 1.

CAP. II. En que se trata la sangrienta Batalla de los Alporchones, y la gente que en ella se halló de Moros, y Christianos. fol. 16.

CAP. III. En que se declaran los nombres de los Cavalleros Moros de Granada, de los treinta y dos linages, y de otras cosas que pasaron en Granada. Asimismo se nombran todos los Lugares que estaban en aquel tiempo debaxo de la Corona de Granada. fol. 33.

CAP. IV. Que trata de la Batalla que el valiente Muza tuvo con el Maestre, y de otras cosas que pasaron. fol. 47.

CAP. V. Que trata de un sarao que se hizo en Palacio entre las Damas de la Reyna, y los Cavalleros de la Corte, sobre el qual tuvieron pesadas palabras entre Muza, y Zulema, Abencerrages, y de todo lo que. pasó. fol. 61

CAP. VI. como se hicieron fiestas en Granada, y como por ellas se encendieron mas la enemistades de los Zegries, Abencer-

cer-

cerrages, Alabeces, y Gomeles, y lo que pasó entre Zayde, y su Mora Zayda, cerca de sus amores. fol. 73.

CAP. VII. Del triste llanto que hizo la hermosa Fatima por la muerte de su Padre, y como se iba á Almería la bella Galiana, si su Padre no viniera, la qual estaba vencida de amores de Sarracino; y de lo que entre èl, y Abenamar pasó una noche debxo de las ventanas del Real Palacio. fol. 112.

CAP. VIII. De la Batalla cruel que Malique Alabez tuvo con Don Manuel Ponce de Leon en la Vega, y de lo que le sucedió. fol. 123.

CAP. IX. En que se dá cuenta de unas fiestas solemnes, y juego de sortija que se hicieron en Granada, y como se iban mas encendiendo los Vandos de Zegries, y Abencerrages. fol. 134.

CAP. X. En que se cuenta el fin que tuvo el juego de sortija, el desafio que pasó entre el Moro Albayaldos, y el Maestre de Calatraba. fol. 162.

CAP. XI. De la Batalla que Albayaldos tuvo con el Maestre de Calatraba, y como el Maestre le venció, y dió muerte. fol. 206.

CAP. XII. En que se dá cuenta de una braba

ba

ba pendencia que los Cavalleros Zegries tuvieron con los Abencerrages, y como estuvo Granada en punto de perderse aquel dia. fol. 240.

CAP. XIII. En que se dá cuenta de lo que al Rey Chico, y á su gente sucedió, yendo á entrar á Jaen, y la gran traícion que los Zegries, y Gomeles levantaron á la Reyna Mora, y á los Cavalleros Abencerrages, y muerte dellos. fol. 297.

CAP. XIV. Que trata de la acusacion que los Cavalleros traydores pusieron contra la Reyna Sultana, y Cavalleros Abencerrages, y como la Reyna fue presa por ello, y dió quatro Cavalleros que la defendiesen; y todo lo demás que pasó. fol. 340.

CAP. XV. En que se dá cuenta de la Batalla que se hizo entre los quatro Cavalleros Christianos, y los quatro Moros, cerca de la libertad de la Reyna; y como vencieron los Christianos, y mataron á los Moros; y como la Reyna fue libre, y de otras cosas. fol. 415.

CAP. XVI. De lo que pasó en Granada, y como se bolvieron á refrescar los Vandos della, y la prision del Rey Mulahazen en Murcia, y de la del Rey Chico en Andalucia, y de otras cosas. fol. 456.

CAP. XVII. En que se dá cuenta del cerco de Granada por los Reyes Catholicos; y de la fundacion de la Ciudad de Santa Fé. fol. 509.

FIN.

Abenamar, Abenamar . . . 30
Abencerrages levanten . . . 267
Adornado de preseas 544
Afuera, afuera, afuera . . . 109
Allà en Granada la rica . 23
× Alà no quiere que al cielo . 268
Al Rey Chico de Granada . 513
Anda Christiano cautivo . 14
× Aqui yace Albayaldos . . 227
× Ay Dios que buen cavallero . 60

Bella Zayda de mis ojos . 78

Caballeros Granadinos . 334.
Cante la fama las glorias 182
Cercada està Santa Fé . 515
Con mas de treinta enquadrilla 270
Contra vuestras entrañas 474

De Granada sale el Moro . 257
De honor, y trofeos Pleno . . 548
De tres mortales heridas . . 224
Di, Zayda de que me avisas? . 91
Divina Galiana 116

En el quarto de Gomares . . 153
En las torres de la Alhambra . 328
En las huertas de Almeria* . 63
Ensillenme el Potro rucio . 133
Es trofeo pendiente . . 228
Estando el Rey Don Fernando 569
Estando toda la Corte . . 264

Fortuna, que en lo estenso
de tu rueda . . 291
~~numbered wrong~~ should be 391

---

*Lagrimas que no pudieron 82

La mañana de San Juan . 141
Le subiré hasta el Cielo . . 430
La verdadera nobleza . . . 183

Merece mas dura suerte . 429
Mi lucero no obscurece . 230
Mira, Zayde, que te aviso . 87
Muy rebuelta está Granada 379
Muy rebuelto ~~anda~~ Jaen . 307
Moro Alcayde, Moro Alcayde . 469
Mensageros le han entrado . 510

No de tal braveza lleno . 559
No es muerte la que por ella 182

Ocho à ocho, diez à diez 196
O Hermosissima Sultana,
no te aflijas . . 297

Paseabase el Rey Moro . . 464

Por la Ciudad de Granada . 466
Por la Plaza de San Lucar . . 540
× Por los filos de la espada . 430
Por la calle de su Dama . . 76

× Quien de humor sangriento
gusta y baña . . 181

Reduan, bien se te acuerda . 302
Rio verde, Rio verde. Percy . 573
Rio verde, Rio verde . . . 575

Sale la Estrella de benus . 554
× Solo yo, sola mi Dama . 145

× Tan firme está mi fee como
la roca . . . 151
× Toque la famosa Trompa . 183

Ya repican en Andujar . 309
× Ya se eclypsò mi esperanza . 229

